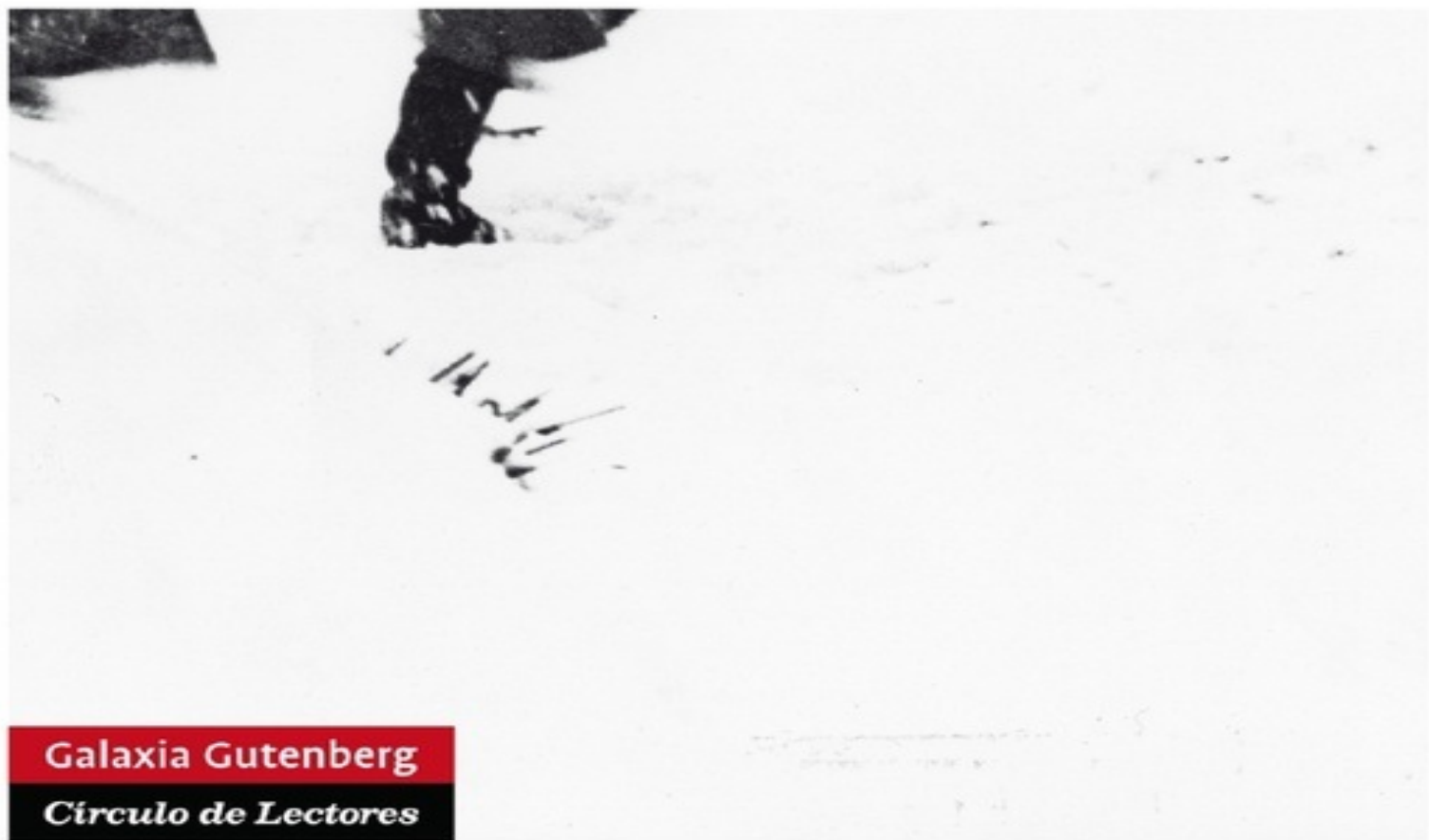




# Humphrey Slater

## Tres entre montañas



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores







En otoño de 1944, la prisión de Naronne, en los Pirineos Orientales, estaba llena de ladrones y sádicos acusados de perversiones menores y actos de violencia. Los casos interesantes, como los sospechosos de delitos políticos, se llevaban en Toulouse, donde se encargaban de ellos las autoridades alemanas, y Naronne se reservaba a los condenados por los delitos comunes más sórdidos.

Once reclusos, que cumplían sentencias de entre doce y dieciocho meses, ocupaban la celda número cinco. Ésta tenía unos anchos bancos de madera fijados a las paredes y, en una de las esquinas, sujeta al suelo de piedra, una mesa de hierro. El techo, muy alto, estaba esmeradamente tallado y por una claraboya entraba al sesgo un cegador rayo de sol; no había ventanas y la única ventilación era la corriente de aire que pasaba por debajo de las puertas que daban al pasillo y al patio. La claraboya era tan pequeña que, incluso los días soleados, la celda permanecía oscura y fría; sin embargo, el calabozo no estaba superpoblado y los presos podían deambular arriba y abajo libremente y repantigarse a sus anchas en los bancos mugrientos.

Por la noche, los carceleros les proporcionaban colchonetas y una manta por cabeza. Los presos no se desvestían, pero la mayoría se quitaba las botas o las alpargatas, aunque algunos se acostaban calzados y con la gorra o el sombrero puestos. Dormían en los bancos de las paredes, envueltos en las mantas y en completa oscuridad. Uno de los hombres hablaba en sueños incesantemente y otros roncaban con gruñidos y gorgoteos. Por la noche, los ratones se deslizaban por debajo de la puerta para dar cuenta de las migas y restos de comida junto a la mesa de hierro o para buscar desperdicios en el cubo de los excrementos y durante el día, cuando la puerta del corredor estaba abierta, llegaba a colarse en la celda alguna rata. De vez en cuando, una de ellas quedaba encerrada por la noche y, al pasar por encima de algún durmiente, causaba revuelo entre los

presos, que empezaban a agredirse a ciegas porque alguno creía notar que unos dedos hurgaban en sus bolsillos.

A las siete de la mañana, un negro enorme llevaba a la celda un cubo de agua casi hirviendo y el carcelero que lo acompañaba golpeaba la puerta con un manojo de llaves y gritaba, a la manera de un sargento primero:

–¡En pie! ¡El desayuno!

Los hombres se levantaban enseguida y, arrastrando los pies, formaban con sus escudillas de latón en torno al cubo de agua caliente, temerosos de que la puerta se cerrara antes de conseguir su ración.

Antes de la guerra, los presos podían comprar tabletas de chocolate negro de la cantina para deshacerlas en el agua, pero en 1944 no había nada que comprar. Algunos guardaban pedazos de pan del día anterior para tener algo que comer por la mañana, pero la mayoría aprendía poco a poco a tomarle el gusto a su litro de agua hirviendo matutino, sin nada sólido. La celda número cinco era la más próxima a la cocina y sólo en raras ocasiones el desayuno llegaba tibio.

Un corpulento proxeneta, Isidore, expulsado del Vieux Port de Marsella y detenido más tarde por traficar con opio en Sète, se abrió paso entre los hombres congregados en torno al cubo y apuró su cuenco de agua caliente sin moverse de donde estaba; volvió a llenarlo y luego se retiró, abriéndose paso de nuevo, y se sentó a la mesa a observar con impaciencia cómo los demás bebían. Mientras terminaban, Isidore los observó uno a uno y lanzó una mirada colérica a Gil Quinto, un contrabandista catalán, que bebía despacio, tomándose su tiempo, y que le pareció que estaba demorándose a propósito para molestarlo.

Isidore se levantó, abrió los brazos y, con una sonrisa burlona, arrinconó a nueve de sus compañeros de celda en una esquina.

–¡Hora de jugar! –exclamó, en una imitación vociferante del carcelero.

Se quitó la sucia gorra blanca con visera y alargó la mano hacia Clair, uno de los presos más enclenques. Agarrándolo por el pelo, lo forzó a meter la cara en la gorra, que Isidore sostenía en la otra mano a la altura la cintura. Los demás jugadores se dispusieron en corro alrededor de la víctima y, para más comodidad, uno de los hombres le levantó el faldón de la chaqueta.

Se produjo un momento de silencio y, de pronto, un preso de bastante edad

golpeó en las nalgas a Clair con la mano abierta, volvió rápidamente a su lugar inicial y disimuló, haciéndose el inocente.

Tan pronto notó la palmada, Clair se incorporó y se dio la vuelta para adivinar quién había sido. Todos, salvo el culpable, se reían a carcajadas y Clair decidió que el viejo que estaba tan visiblemente avergonzado debía de estar fingiendo, por lo que señaló al azar a otro. Como se había equivocado, tuvo que inclinarse otra vez y un segundo jugador decidió arriesgarse a darle otro golpe. Clair se volvió con rapidez suficiente como para ver la mano que se retiraba y advertir la expresión satisfecha del hombre, en contraste con las ganas apenas contenidas que veía en la mirada de los demás. Acertó al señalar quién había sido y el culpable ocupó su puesto y se inclinó dócilmente, mientras Clair le ponía en la cara el grasiento interior de la gorra.

El grandullón Isidore se sumó a la fila de jugadores y flexionó los dedos, preparándose para la oportunidad de hacer daño.

El juego se prolongó casi dos horas. La mayoría se entretenía con aquello y, en cualquier caso, a nadie le disgustaba hasta el punto de considerar que mereciese la pena correr el riesgo de tener una trifulca con Isidore, quien disfrutaba hasta el punto de no querer jugar, por su propio interés, de otro modo que no fuese con el más estricto buen humor. Sin embargo, el juego no resultaba divertido a menos que hubiera suficientes jugadores y la única manera de que uno pudiera retirarse, al menos temporalmente, era ir a usar el cubo de los excrementos situado junto a la puerta. El juego se había convertido en una costumbre y les ocupaba todas las mañanas hasta la hora de salir al patio a hacer ejercicio. Luego, volvían a jugar entre la hora del almuerzo y la segunda salida al patio. Y a partir de las cuatro, cuando los encerraban de nuevo en la celda para pasar la noche, continuaban hasta que se hacía demasiado oscuro para precisar el golpe y para ver quién había sido. En ocasiones, incluso jugaban durante el periodo de patio. Así, horas y horas cada día, durante semanas y meses. Los presos, sin recursos mentales, estaban tan mortalmente aburridos, en cualquier caso, que no eran muy conscientes del horrible tedio de su ridículo pasatiempo, aunque dos o tres de ellos, últimamente, habían empezado a mostrar preferencia, durante las horas de patio, por entretenerse con cierta versión de la petanca e incluso, para pasmo e irritación de Isidore, estaban fabricando un juego de piezas de ajedrez.

Gil Quinto, al que habían detenido en un escarpado sendero de montaña en plenos Pirineos con un cargamento de mil plumas estilográficas americanas a lomos de un burro, era quien había parecido encabezar, durante el último mes, la leve resistencia al brutal egoísmo de Isidore. Como los demás, Quinto iba sucio y sin afeitar, pero se comportaba con dignidad y hablaba en voz baja con un cerrado acento franco-catalán. Su delito implicaba que manejaba más dinero que ninguno de los demás y, por ello, era respetado como un hombre importante con el que algún día podía resultar ventajoso haber compartido celda. Incluso el grandullón Isidore alcanzaba a entenderlo así y le permitía un grado de independencia que no habría tolerado a nadie con una condena menos prestigiosa.

La gran puerta de hierro se abrió con un chirrido y entró un carcelero con una libreta para preguntar a los presos qué querían de la cantina. Se sentó a la mesa, sacó de una funda deteriorada sus gafas de montura metálica y se llevó la punta del lápiz a la lengua.

El hombre empezó a escribir con dedos torpes en una caligrafía de escolar retrasado:

«Isidore Mitau, narcóticos, una cebolla.

Jean Crosier, agresión violenta, una cebolla.

Dupin Esgrignon, hurtos, una cebolla.

Cibot Berryer, agresión sexual, una cebolla.

Gil Quinto, contrabando, un par de cordones de zapato y una cebolla.

Raymond Remonaque, violación, una cebolla.

Martin Clair, hurtos, una cebolla.»

Cuatro de los presos no tenían dinero depositado a su nombre en la oficina, por lo que no podían hacer pedidos.

Cuando hubo hecho la lista, el carcelero sacó otra libreta, la abrió junto a la primera y pasó el dedo despacio por la lista de nombres, leyéndolos y localizándolos en la otra. Cuando llegó al de Felix Sterner, se detuvo, comparó las libretas con impaciencia y, con una regla, procedió a tachar limpiamente una línea en una de ellas. Luego, se sentó muy erguido, se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y gritó:

—¡Sterner!

Un corpulento joven alsaciano, con un marcado acento alemán, se acercó



pesadamente desde las inmediaciones de la puerta. Tenía el pelo rubio y tupido, los ojos azules y las manos y los pies grandes. Siempre estaba riéndose, o sonriendo entre unos dientes amarillentos. Llevaba ocho semanas en la celda y aún parecía tan feliz.

Con una expresión complacida, el alsaciano se plantó ante el carcelero y bajó la vista hacia él, esforzándose por mantener un aire de seriedad.

–Tú no tienes dinero –le recriminó el carcelero con severidad.

Sin poder dominarse, Sterner estalló en carcajadas y se alejó, sacudiendo los hombros de la risa. El carcelero se acercó a la puerta del patio y gritó:

–¡A hacer ejercicio! ¡Paso ligero!

Los hombres salieron a empellones, protegiéndose los ojos del intenso sol otoñal y tiritando bajo el aire frío y seco del patio, y Gil Quinto y el menudo Clair, con su rostro ratonil, empezaron a recoger del suelo piedras adecuadas para jugar a petanca. Isidore se sintió insultado, pero no intervino. Dupin no tardó en sumarse al juego; buscaron a un cuarto y llamaron por señas a Sterner.

Sin su principal seguidor, Isidore se encogió de hombros cínicamente, se sentó en el suelo de espaldas a la pared y bajó la visera de la gorra blanca para protegerse los ojos de la luz.

Los demás deambularon por el patio, aburridos pero disfrutando del sol. Cibot Berryer accionó la bomba del agua sin esperanzas y, en efecto, no consiguió extraer el menor borboteo. Dos carceleros, sentados cerca de la puerta en sendas sillas de la cocina, leían los periódicos de la mañana.

Clair y Quinto jugaban según sus propias reglas: se colocaban de espaldas a la tapia de la prisión, casi tocándola, y desde allí lanzaban sus piedras a un pedazo de baldosa que hacía de boliche y que situaban a unos metros. La idea era arrojar las piedras muy alto para que cayeran a plomo y no salieran rebotando. La segunda ronda se jugaba de cara a la tapia, con el boliche muy próximo a ella, y la manera más segura de dejar la piedra cerca era hacerla rebotar antes en el muro. La gracia del juego estaba en el control y en la elección de la piedra: una redonda rodaba demasiado y una plana, si aterrizaba de canto, era imprevisible. Clair aprendió enseguida a usar las que tenían caras y esquinas lo más parecidas a un cubo. Sterner siempre prefería las redondas, a pesar de la dificultad de controlarlas, y coleccionaba un puñado de las más esféricas. Gil Quinto estaba convencido de que las planas eran las más efectivas.

Clair y Quinto jugaban con ceñuda concentración y apostaban fuerte a cada resultado: Quinto se jugaba el agua caliente de la mañana contra la cebolla de Clair del día siguiente y, a veces, apostaban la mitad del pan e incluso, cuando se excitaban, todo un cuenco de sopa. Sterner, en cambio, sólo arriesgaba un cuarto de cebolla cada vez y, cuando había perdido los cuatro, siempre se retiraba del juego, riéndose.

Los jugadores gritaron, discutieron y midieron distancias minuciosamente hasta que terminó la mañana y fue hora de recogerse de nuevo en la celda en penumbra para la colación de mediodía.

Dentro, formaron en cola delante de la puerta del corredor y aguardaron impacientes, hambrientos, sin hablar. Pareció que transcurría mucho rato hasta que el cerrojo chirrió y el mismo preso de confianza negro que había llevado el agua por la mañana entró con un cesto de pequeñas rebanadas de una *baguette* de un metro de largo. La cola desfiló una vez para recoger la ración de pan y, en el mismo orden, esperó de nuevo a que sirvieran la sopa. Siempre era la misma agua grasienta casi hirviendo con, dos o tres veces por semana, unos pedazos de carne de mulo o de caballo, casi descompuesta. Todos apuraban la sopa apresuradamente, quemándose la lengua, porque siempre estaban tan hambrientos que les parecía deliciosa; sólo tenían una escudilla cada uno para todos los propósitos y debían vaciarla antes de que el negro volviera con la ración diaria de ácido vino tinto.

El tiempo entre el almuerzo de las doce y el segundo periodo de patio transcurría deprisa y todos ellos lo disfrutaban casi con pasión. El litro de vino áspero por cabeza bastaba para llenarlos y excitarlos y lo paladeaban como sibaritas, bebiéndolo a sorbos para hacerlo durar y mordisqueando, entretanto, los mendrugos de pan. Y siempre, hacia las cuatro de la tarde, todos empezaban ya a esperar, con el ansia más viva, la ración del día siguiente.

Era una suerte para los presos que uno de los cosecheros más importantes de la zona fuera hermano del alcaide y que, por lo tanto, tuviese un amplio y lucrativo contrato para el suministro de vino a la prisión, con cargo a las arcas públicas. Fuera de los muros de la cárcel, apenas habría existido para los hombres un placer comparable en intensidad con aquél, que se repetía con regularidad, día tras día.

Los once presos se sentaron en círculo en el suelo de piedra con las piernas

cruzadas y dieron tragos al vino mientras contaban historias y repetían poemas, o celebraban estentóreamente unos chistes que ya habían oído más de una vez. Cibot Berryer era el más divertido de todos, pues había sido conserje de un burdel de París y describía a los clientes, sobre todo a los oficiales alemanes, con malicia y profundo desprecio. Contaba que los alemanes se comportaban con toda corrección en el salón y siempre se descubrían, hacían reverencias y entrechocaban los talones. Pero en los dormitorios, decía, sus excentricidades eran de lo más estrambóticas y, por más ropa que llegaran a quitarse, no se sabía de ninguno que, incluso si se quedaba a dormir toda la noche, se hubiera quitado las botas.

–La disciplina –suspiró Cibot– es algo maravilloso.

–Magnífico –asintió Isidore–. Aquí, en Francia, carecemos de ella.

–Completamente –corroboraron todos con pesadumbre.

–Es terrible –dijo Cibot.

De pronto, todos parecieron menos animados y, poco a poco, el círculo se rompió en grupitos de dos o tres hombres que murmuraban en los rincones de la celda. Pronto, varios de ellos se echaron a dormir en los bancos.

Isidore se encontró solo e ignorado. Usó el cubo de los excrementos y luego, bastante a la ventura y sin muchas esperanzas, gritó:

–¿Quién se apunta a jugar?

No respondió nadie e Isidore se sentó en un banco y se puso a jugar en solitario con un pedazo de cordón de zapato. Al cabo de unos minutos de manosearlo con aire desconsolado, advirtió que Clair roncaba a su lado en el banco y se entretuvo en suspender el cordón sobre la oreja del durmiente, introduciéndole el extremo en el oído. Clair, maquinalmente, lo apartó con la mano e Isidore se rió por lo bajo, esperó unos segundos y volvió a hacerle cosquillas. Clair gruñó y apartó el cordón, irritado. El juego continuó unos minutos, hasta que Clair despertó por completo y reparó en lo que sucedía. Pálido de odio concentrado, se puso en pie de un brinco y miró con furia al gordo bruto que se reía en el banco. Cerró el puño lentamente y, de pronto, lanzó un directo al rostro de Isidore con todas sus fuerzas.

Isidore se golpeó la cabeza con la pared que tenía detrás y quedó aturdido un instante, pero se recuperó enseguida y se levantó, con las piernas separadas y los grandes brazos simiescos ligeramente doblados, balanceándolos delante de sí.

Bramó y rugió y avanzó hacia Clair, embistiendo con la cabeza baja como un toro. Clair se hizo a un lado ágilmente e Isidore colisionó con Sterner, que estaba disfrutando de aquella interrupción de la monotonía del día. Los dos soltaron juramentos con tono feroz y los demás empezaron a lanzar insultos y a gritar desaforadamente como para instigarlos a iniciar la pelea.

Isidore embistió otra vez contra Clair pero, cuando intentaba alcanzarlo, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo.

Entre gritos amenazadores, dos carceleros entraron blandiendo las cachiporras emplomadas. Casi al momento, se hizo el silencio y los presos se quedaron quietos donde estaban. Isidore se volvió y alzó la vista desde el suelo con aire dócil.

–Bien –dijo el funcionario jefe–, como queráis. Os quedáis una semana sin vino.

Los hombres se mostraron contritos y asustados y nadie dijo nada.

El carcelero decidió que la trifulca había concluido y, unos minutos antes de la hora, abrió la puerta del patio.

–¡Paso ligero! –gritó.

Alarmados y con la cabeza gacha, los presos salieron a toda prisa.

No era la primera vez que los amenazaban con quedarse sin vino, pero en esta ocasión estaban abatidos porque no podían estar seguros de si la amenaza iba en serio.

En realidad, era muy infrecuente que el alcaide cerrara el suministro de vino. No era un hombre deshonesto y no le gustaba acumular unas reservas inútiles costeadas por la República. Ni se le ocurriría vender los excedentes en el pueblo y era un hombre demasiado frugal como para contemplar la idea de echarlos por el desagüe. Y habría resultado muy impropio, en opinión del alcaide, dar el vino de los presos a los carceleros. Por otra parte, comprar una cantidad menor al proveedor no sería sino hacer perder un buen dinero a la familia y, por lo tanto, el hombre consideraba necesario tener la cautela de mantener un consumo constante y abundante.

Sin embargo, los presos de la celda cinco no sabían nada de esto y estaban terriblemente preocupados por su ración de bebida de la semana siguiente. Pasearon despacio por el patio en grupitos, rehuendo la compañía de Isidore y de Clair, los cuales deambulaban en solitario, cada uno por su lado, con

expresión alicaída y como pidiendo perdón. Clair restregó laboriosamente su cuenco con arena del suelo hasta que el latón brilló como plata bruñida; sentado con la espalda apoyada en la tapia, raspó la cuchara en una piedra y miró a los demás por el rabillo del ojo para ver qué cara ponían. El sol brillaba en lo alto y Clair reparó en el delicado color rosado del tejado de la prisión, en la variada gama de grises de las paredes, llenas de barrotes negros y antiguas rejas, y en las sombras púrpura que se dibujaban en todas partes. El azul desvaído del uniforme de los dos carceleros y el negro de sus botas se sumaban a la escena y contribuían a dar la impresión de que habían sido colocados allí a propósito por un Goya o, pensó Clair, por algún pintor más reciente, como Manet.

Las facciones cetrinas de Clair, con la barba mal afeitada, expresaban agotamiento mientras seguía rascando la cuchara.

Cibot Berryer y cuatro más empezaron a jugar a adivina quién te dio, por puro hábito, e Isidore no tardó en añadirse.

El avión de la tarde de la línea de Toulouse a Barcelona pasó a baja altura sobre el patio con un gruñido mecánico y Quinto alzó la mirada con envidia. Casi alcanzó a ver a los pasajeros por las ventanillas. Oficiales alemanes de servicio y señoritos españoles que regresaban de unas alegres vacaciones en París, pensó.

Cuando el aeroplano se alejó, llegó hasta los hombres una canción que sonaba entre crepitaciones en el viejo gramófono de una de las casas cercanas, al otro lado de la tapia, y cuya letra repetía cada dos por tres la palabra «bum». Las voces contenidas de los que jugaban en el patio aumentaron de tono gradualmente, mientras continuaban su inacabable somanta de golpes.

El carcelero de turno levantó la vista del periódico con aire paternal, complacido de que todo volviera a estar tranquilo y normal.

De vuelta en la celda, se procedió al reparto de la sopa de la noche. Era la misma, recalentada, que ya habían tomado a mediodía, pero la disfrutaron como si fuera la primera vez. Cuando hubo vaciado su escudilla, Quinto se arrodilló en un rincón a oscuras y sacó de debajo de un banco las piezas de ajedrez que él y Sterner habían hecho dos días antes. Habían reunido pequeños recortes de periódico, los habían mezclado con pan en la boca, masticándolo todo a conciencia, y luego habían trabajado la pasta con los dedos para dar forma toscamente a las piezas y los peones. Después de un secado lento, las piezas ya

habían adquirido la dureza suficiente para usarlas y, con las casillas del tablero rayadas en la mesa de hierro, Sterner y Quinto se sentaron a jugar una partida.

Los demás se alinearon para continuar su juego interrumpido pero, antes de que empezaran, Isidore vio a Clair en un rincón, solitario, con un aire furtivo y deprimido. Sintió lástima de él, se acercó y, con un gesto de perdón pasándole el brazo por los hombros, lo invitó a volver con los demás. Clair habría preferido quedarse a observar la partida, pero decidió que sería mejor aplacar a Isidore y pasó la hora siguiente dando y recibiendo palmadas concienzudamente. Tan pronto como creyó posible hacerlo sin molestar a Isidore, escurrió el bulto y se situó detrás de Quinto, observando sus movimientos.

Con admiración, descubrió que era un jugador muy competente, aunque conservador.

Y se dio cuenta de que aquel nuevo pasatiempo iba a suponer un antes y un después en su capacidad para cumplir sentencia, sin enloquecer, en la lamentable compañía de aquellos once pequeños delincuentes, sucios e irritantes.



Cuando se hizo demasiado oscuro para el ajedrez y para el adivina quién te dio, los presos se dispusieron a dormir. Clair se tumbó boca arriba sobre el duro banco y pensó en la vida en la cárcel. Llegó a la conclusión de que el único motivo por el que todavía no se había vuelto loco era que todo aquel mundo de gregarismo, rutina, autoridades emocionalmente inestables y mala alimentación le resultaba muy familiar. Se había acostumbrado a todas aquellas cosas antes de cumplir los doce años, en la escuela elemental, y ahora le producían exasperación y le resultaban cínicamente divertidas.

Recordó su primer día de escuela, cuando tenía siete años. Ahora comprendía que aquel día había sido probablemente el más difícil de su vida porque había determinado la dificultad que todavía encontraba en hacer amigos entre sus coetáneos y en obtener el respeto de sus mayores.

La escuela era una mansión de ladrillo rojo de falso estilo georgiano que se alzaba en The Meads, la zona más cara de Eastbourne. Los ciento cincuenta alumnos, de menos de catorce años, vestían chaqueta cruzada de franela gris con botones de latón y gorra de paño escarlata. En verano, los chicos desfilaban por las amplias calles de dos en dos, los más altos delante, camino de los baños.

El señor Scargill, el director, era un hombre amante de la disciplina y en una ocasión decidió que los chicos, en público, debían marcar el paso. Al cabo de unos días, sin embargo, anuló la orden, pues, de pronto, se le había ocurrido que la gente podía considerar que sus alumnos eran una especie de *boy scouts* sin bastón ni el típico sombrero. El conflicto del señor Scargill entre su amor por la uniformidad y su determinación de preservar y fomentar el aire de selecto buen tono de la escuela agudizaba su mal carácter natural, pero su comportamiento con los padres de los candidatos a ingresar en la institución siempre era amistoso y apacible e inspiraba confianza. En cambio, con los padres cuyos hijos ya eran



alumnos de la escuela y era improbable que quisieran llevarlos a otra, se mostraba despreocupado o dominante. Algunos chicos realmente brillantes de familias más pobres eran admitidos en la escuela con una tarifa reducida porque sus becas para Eton quedaban bien en el folleto; a los padres de tales alumnos los trataba con impaciencia y, a menudo, de forma ofensiva. Y a esos chicos, los trataba con cruel severidad.

Con siete años, Cecil Clair llegó a la escuela del señor Scargill sin haber conocido bien a nadie más que a su niñera, a su madre, a una tía y a su padre, un hombre amable que era médico con consulta en Weymouth Stret. Los únicos niños con los que se había relacionado un poco eran los educados y vigilados chiquillos que acudían invitados a tomar el té en el cuarto de los niños. Cecil toleraba aquellas fiestas porque en ellas se servían más dulces de lo habitual, pero siempre se sentía un poco aliviado cuando los visitantes se marchaban.

Una hora después de su llegada a la escuela, a Cecil Clair y seis nuevos alumnos más los habían mandado a la cama. Su madre recibió permiso para acostarlo y darle las buenas noches, pero el chico no pudo disfrutar mucho de ella porque había cinco madres más en la habitación al mismo tiempo y porque el señor Scargill trataba a la señora Clair no tanto como a una madre que pagaba la tarifa completa por la educación de su hijo, sino más bien como a una mujer joven y atractiva. Mientras se despedía de ella, Scargill captó la mirada crítica de la señora Appleby y, bruscamente, cambió de actitud y volvió a adoptar la propia de un maestro de escuela digno de confianza. Comentó que esperaba que la señora Clair diera su aprobación a la habitación del niño.

–Sí, es una alcoba encantadora –respondió ella–, pero vaya colección de horribles conejitos.

Al señor Scargill no le habría parecido tan gracioso el deplorable acento de la mujer de no haber sido por su encantadora belleza, su ropa y el Rolls Royce que la esperaba fuera.

Durante todos sus años en la escuela, Cecil Clair se relacionó con los demás niños lo menos posible y fue muy cauto en su trato con cualquier adulto. Compensaba su soledad aplicando con intensidad sus buenas dotes naturales para los estudios. Siempre estaba entre los alumnos más destacados y, a los trece

años, ganó con facilidad una beca para Eton, donde pronto empezó a mostrar una brillante aptitud para las certidumbres de las matemáticas, tan ajenas a las emociones. En la escuela del señor Scargill, Clair se había acostumbrado a que lo despreciaran como un empollón y el hecho de que en Eton encontrara respeto e incluso aprobación por su inteligencia no hizo sino confirmarle la irremediable inestabilidad de los juicios humanos e incrementar su sensación de aislamiento y de ser un bicho raro.

En Eton le fue bien y, aunque no se percataba de ello, se hizo bastante popular. Al cumplir los diecisiete, empezaba a recuperarse de los horrores de su primera escuela, que tanto lo habían afectado psicológicamente.

Por esa época crucial de su vida, se enamoró profundamente de una muchacha de veintitrés años, Diana Macduff-Montcrief. Se decía que era la joven mejor vestida de Londres y, aunque pobre, era dadivosa y siempre andaba endeudada. Pertenecía a una familia más distinguida que la de él. Clair era demasiado joven para ella y desde el principio tuvo pocas oportunidades: ella siempre rechazó sus invitaciones pero a veces, cuando no tenía otros compromisos, lo llamaba hacia las siete de la tarde y se ofrecía a dejar que la invitara a cenar. Era una mujer por naturaleza franca pero incluso se las daba de serlo más de lo que era en realidad. Cecil Clair la adoraba por ser predecible y estaba abrumado y excitado por su sensualidad.

Diana era más inteligente y tenía mejor educación que la mayoría de los jóvenes que conocía y por eso no le importaba prestar atención a Clair. Con él se podía hablar y, en cualquier caso, que alguien estuviera enamorado de ella siempre le parecía un rasgo cautivador, por joven que fuese, o incluso viejo. En ocasiones, se sentía un poco culpable al pensar en lo indigno que era por su parte dar alas a alguien tan joven y fácil de lastimar, pero se absolvía a sí misma teniendo buen cuidado en permitir a Clair, a cambio de aquellas cenas, acompañarla a su casa y quedarse a pasar la noche.

Clair recordó toda su vida el exquisito placer de aquellas noches y la diversión de regresar a casa a escondidas poco después del amanecer, antes de que se levantaran las doncellas. Una mañana, su madre lo sorprendió entrando con la ropa de la cena. Cecil había olvidado que se marchaba en el avión de la mañana a pasar una semana en París. El encuentro era una lamentable catástrofe y, durante unos segundos, a Cecil se le cortó la respiración y estuvo a punto de

desmayarse de horror, pero la señora Clair miró a su hijo y dijo con tristeza:

–¡Qué espanto! Pronto voy a ser abuela.

–Un club nocturno, unos amigos... –farfulló Cecil.

–Ve a cambiarte antes de que te vea tu padre. No debes poner en apuros a tu padre antes del desayuno.

Aquel otoño, Clair ingresó en Cambridge y Diana Macduff-Montcrief se casó con un joven banquero llamado Christopher, que había ganado varias carreras internacionales de vallas. No sabía expresarse pero era rico y atractivo.

Clair no tuvo más noticias de Diana mientras permaneció en Cambridge, pero volvieron a hacerse grandes amigos poco después de graduarse y él pasó unas largas vacaciones en la casa de Diana en Antibes. Le encantaba el Mediterráneo, dijo, pero vivir en la única compañía de su marido le resultaba aburrido y agradecía la conversación de Clair. La profundidad y violencia de los sentimientos de Cecil no eran correspondidas con franqueza, pero él consiguió gradualmente aceptar y disfrutar de la relación poco intensa, aunque sí íntima físicamente, que prefería Diana.

El marido solía ausentarse por negocios durante semanas y los dejaba allí a solas sin la menor reticencia. No le parecía posible que un maestrillo flacucho como aquel pudiera sustituirlo y prefería que Diana fuese feliz, por lo que no ponía impedimentos a la relación considerando, acertadamente, que la presencia de Cecil ayudaba a mantener a distancia a otros rivales más peligrosos.

Cecil Clair era un bioquímico respetado y el libro que publicó sobre ese tema cuando tenía veintiséis años fue considerado una aportación sobresaliente. A principios de 1939, aceptó la propuesta de participar en un proyecto de investigación secreto del gobierno, pero poco después de que estallara la guerra empezó a presionar para que lo liberaran de aquel trabajo con el fin de alistarse en el ejército. El motivo principal para hacerlo –lo sabía perfectamente– fue que, como civil, por indispensable que fuera, se sentía en desventaja ante el marido de Diana, que se había alistado en la Marina. Le irritaba la manera de pavonearse de Christopher por el Ritz y el Dorchester con aquel cómico uniforme de marino, pintorescamente arcaico.

Una noche, cuando Clair lo llamó «marinerito feliz» durante la cena, Diana

se tomó el comentario con perplejidad y enfado y discutieron en serio por primera vez. Diana dijo que era muy respetable por parte de Christopher haberse alistado a filas y ocupar un destino en el frente en lugar de buscarse, como bien podría haber hecho, algún trabajo financiero en Washington.

–Déjale que presuma un poco, si eso le divierte –comentó ella–. ¿Por qué no habría de hacerlo?

–Porque es un fastidio para sus amigos –replicó con su preciosa voz de profesor.

–Por mí, no hay problema –declaró Diana.

Se separaron enfadados y, a la mañana siguiente, Clair reforzó sus anteriores peticiones verbales con el envío de una carta de dimisión a su departamento. Seis meses después, quedó liberado para presentarse voluntario y, al cabo de seis más, se incorporó a un regimiento de instrucción en Surrey.

El paisaje era desolador, cubierto de tojos y cuatro abetos escuálidos. El cuartel de ladrillo rojo, al estilo de los asilos de los victorianos pobres, era húmedo y sombrío. Cuando Christopher, que estaba de permiso y lo había llevado en coche desde Londres, se marchó dejándolo ante la verja con su maleta, Clair se sintió desamparado. «¡Sigue el pífano y el tambor!», entonó Christopher alegremente (insensiblemente, pensó Clair) mientras se alejaba.

A las siete de la mañana siguiente, lo despertó un soldado de cierta edad con un cubo de té caliente, delicioso. Llenó la jarra de medio litro y bebió, sentado en la litera.

–¿Nuevo? –preguntó el hombre de la litera contigua, por trabar conversación.

–Sí –respondió Clair.

–Asqueroso, ¿verdad? –dijo el hombre.

En realidad, a Clair le había sorprendido la actitud amistosa y jocosa de escribientes y sargentos y la atmósfera hogareña en general. El té le gustaba, pero no quería dar la impresión de que contradecía a su amable compañero.

–El servicio es razonablemente eficiente –dijo, con aire pedante–, pero me quejaré de los colchones al gerente.

Durante tres meses, Clair recibió instrucción en el recinto cuartelero, formando parte de un pelotón mandado por un sargento negro que no sabía leer ni escribir. Sin embargo, la voz de mando del sargento Williams era clara y perfectamente acompasada, lo que facilitaba que sus hombres, al cabo de unas

semanas, destacaran entre los demás reclutas.

Una mañana, los condujeron a un barracón prefabricado para hacer unos tests de inteligencia. Sentados en filas como escolares, resolvieron rompecabezas, basados en complejos dibujos, en unos cuadernos. Los resultados de Clair dieron un cociente de inteligencia tan asombroso que el oficial encargado de las pruebas sospechó que había encontrado alguna manera de engañarlo. Cuando los demás salieron, le ordenó quedarse y llevar a cabo otro test más complicado, bajo estricta supervisión. Los problemas más complejos tenían que ver con series de cifras, en las que faltaba una, que el examinado debía completar. Clair, excelente matemático, los encontró facilísimos de resolver y alcanzó una puntuación aún más alta que en las pruebas anteriores.

Era la primera vez que se hacían pruebas de inteligencia en aquel regimiento de instrucción y el coronel que lo mandaba mostró tanto interés que ordenó que Clair fuese a verlo aquella tarde.

Le preguntó a qué se dedicaba en la vida civil.

–Soy químico, señor –dijo Clair.

–¿Dónde ejerce su oficio?

–Estoy becado en Cambridge.

La respuesta incomodó un poco al confundido coronel, quien declaró con irritación que un hombre de su inteligencia debería haber solicitado el ingreso en un curso de capacitación para oficial, como si alistándose de soldado raso hubiese incumplido con su deber.

–Tengo entendido que hoy día no es imposible ascender por méritos.

Al coronel le irritó el tono de Clair así como la verdad que rezumaba de su respuesta. Le pareció que lo estaba haciendo quedar en ridículo y puso fin a la entrevista bruscamente. El sargento Williams se llevó del despacho al soldado.

Clair no se extrañó de lo sucedido. La situación era un típico ejemplo de lo que le venía sucediendo desde el primer día que había pasado en la escuela del señor Scargill. Pensó con ironía que había tenido el gesto patriótico de alistarse, en lugar de continuar cómodamente instalado en un empleo seguro y fácil, y lo único que conseguía a cambio era un trato rudo y descortés por parte de sus superiores. Sin embargo, el sargento Williams lo reconfortó y, con una sonrisa ufana, casi paternal, le dijo que era un motivo de orgullo para el pelotón.

Unas semanas después, Clair recibió la orden de trasladarse con sus

pertenencias a las antiguas dependencias donde se alojaba el pelotón de los aspirantes a oficial. Se trataba de unas cabañas decrepitas, construidas hacía cincuenta años, que habían sido cerradas por falta de condiciones higiénicas pero que, con el estallido de la guerra, volvían a emplearse como cuartel.

Clair disponía de una minúscula habitación al fondo de una de ellas, con el suelo de cemento cuarteado, que había sido el lavadero. Le resultaba muy agradable encender el fuego bajo el gran caldero de hervir la ropa y pasar allí las noches a solas, leyendo en la cama. El único aspecto de la vida en el ejército que le desagradaba profundamente era la convivencia promiscua que se daba en el cuartel.

El trabajo en la unidad de capacitación de oficiales consistía sobre todo en lecciones increíblemente aburridas sobre temas como el reconocimiento de aeronaves o sobre el funcionamiento del motor de combustión interna, pero los aspirantes a oficial estaban liberados de todos los servicios.

Cuando aprobó el curso como mejor de la unidad, no le sorprendió que el coronel lo felicitara con genuina cordialidad. Clair siempre daba por sentado que sus superiores eran impredecibles.

Llevaba unas dos semanas de exigente trabajo en la unidad de instrucción de aspirantes a oficial cuando se publicó una orden por la que todos los cadetes que hablaran idiomas extranjeros debían presentarse para una entrevista con dos oficiales de Inteligencia, con la posibilidad de recibir destino inmediatamente. Clair estaba cansado de subir y bajar montañas a la carrera y de abrir y cerrar brazos y piernas durante los interminables periodos dedicados a la nueva forma rítmica de la preparación física, por lo que informó gustosamente de su dominio del español, el francés y el alemán.

Su expediente académico y su anterior empleo en labores secretas, junto con su perfecto francés, hicieron inevitable que el cuerpo de inteligencia militar lo aceptase enseguida. Clair esperaba tener noticia del resultado de la entrevista en el plazo de un mes, pero una cálida tarde, apenas unos días después, mientras recibía instrucción sobre cómo pasar por debajo de una alambrada reptando de espaldas, el ayudante del coronel, que estaba observando el ejercicio, le comunicó para su sorpresa que le habían adjudicado un destino y que debía interrumpir la instrucción de inmediato y acudir al sastre para que le proporcionara un uniforme aquella misma tarde.

Tuvo que esperar veinticuatro horas a que el uniforme estuviera preparado y luego tomó el primer tren de la mañana a Londres, exultante.

Cenó con Diana, quien admiró con entusiasmo espontáneo su nuevo uniforme y la estrella que lucía en él. El día siguiente, recibió con expectación la orden de iniciar un curso intensivo de seguridad que duraría un mes. El lugar preciso donde se desarrollaría el curso era tan secreto que no se lo comunicaron, pero le dieron órdenes de presentarse al oficial de transmisiones de Perth, de quien recibiría nuevas órdenes lacradas. Aquella atmósfera siniestra encantó a Clair, que esperó con expectación vivir una experiencia de lo más intrigante entre gente intrépida y sutil.

Cuando llegó a Perth, le sobresaltó ver que el oficial de transmisiones, en una sala abigarrada de soldados, porteros y oficinistas, llamaba por teléfono y pedía abiertamente un coche para llevar a un oficial a las dependencias del cuerpo de inteligencia en Drumnagarry. Clair se inquietó más aún cuando, a la mañana siguiente, descubrió que la jornada de trabajo empezaba a las siete y media con un periodo de instrucción física y continuaba a lo largo del día sin más actividades que el combate sin armas, el boxeo, el entrenamiento con la bayoneta, la lucha libre, el jiu-jitsu y las tablas de gimnasia. El único buen momento del día, que era entre las nueve y las diez de la noche, tuvo la más remota relación con el espionaje, pues estuvo dedicado a la gramática elemental francesa.

Durante los tres meses siguientes, el programa no cambió. Todos los días laborables se sucedían las mismas actividades en el mismo orden. Los domingos, a los alumnos los llevaban en autobús a Perth para acudir a la iglesia y los sábados jugaban a fútbol por la mañana y a rugby por la tarde. Los sábados por la noche, en lugar de francés, se organizaba una reunión obligatoria en el comedor para cantar a coro. El bar vendía diez cigarrillos por hombre al día, pero no bebidas alcohólicas. Dentro de las limitaciones de aquel programa desconsolador, los cuarenta y cinco jóvenes oficiales vivían bien, incluso lujosamente. Todos tenían un asistente que se ocupaba de su ropa y les llevaba el té a la cama por la mañana. El caserón enorme en el que vivían tenía más de una docena de cuartos de baño forrados de azulejos con espejos que no se empañaban y el servicio de agua caliente funcionaba con eficiencia. Las comidas eran sencillas, abundantes y completas y no había duda de que, al final de cada

plato, hasta el último de los oficiales a punto de amotinarse se sentía más saludable que nunca en su vida. Sólo aquella sensación de bienestar físico y el hecho de que la mayoría de los demás estuvieran tan amargados como él le permitieron a Clair resistir hasta el final aquellos noventa días absurdos.

A continuación, durante un año y cuatro meses, Clair trabajó en la sala de mapas de un centro de planificación. Su labor podría haberla llevado a cabo cualquier ordenanza espabilado. Y entonces, cuando ya empezaba a abandonar las esperanzas de participar en alguna actividad más interesante, le asignaron su primera y única misión de servicio especial.

Se trataba de algo tremendamente importante. Iba a ser lanzado en paracaídas sobre Francia con la documentación de un farmacéutico de hospital francés y su misión consistía en encontrar trabajo en un hospital civil y usar el empleo como peldaño para optar a un puesto en un hospital militar alemán. Era un hecho conocido que la histeria de Hitler iba en aumento y que se temía que el desembarco de los aliados en Francia, planificado para la primavera siguiente, llevara al frenético líder a arriesgarse, aterrado, a lanzar alguna forma de guerra bacteriológica. Era absolutamente necesario que el alto mando aliado conociera si los alemanes llevaban a cabo algún preparativo en aquel sentido, como una campaña de vacunación preventiva de sus propias tropas, y solamente un bioquímico experto como Cecil podía averiguarlo. Como Clair no sabía nada del trabajo que hacía un farmacéutico profesional, tuvo que dedicar quince días a ser aleccionado por el francés cuya documentación llevaría. Trabajaron en el hospital de Guy y, al cabo de una semana, Clair se sintió seguro de poder pasar por auxiliar con un año de experiencia, que era lo que afirmaría ser. Se sabía que en Francia existía una aguda escasez de personal médico y se consideraba que a Clair no le costaría mucho encontrar empleo.

Se le adjudicó un radiotelegrafista –un natural de la zona en la que sería lanzado– y recibió instrucciones de que, en el caso de que fallaran las comunicaciones por radio, estuviera de regreso en Londres para informar en persona antes del 1 de enero de 1944, fuera cual fuese el resultado de su indagación. Cruzaría la frontera española, se entregaría como un prisionero de guerra fugado y sería devuelto a Inglaterra gracias a los acuerdos ya en vigor para tal propósito.



Una noche de luna, el capitán Clair y su radiotelegrafista fueron lanzados sobre un campo de remolachas a unos seis kilómetros de Nantes durante un raid aéreo sobre la ciudad. No volvió a ver a su acompañante y por ello, a las cinco de la madrugada y después de enterrar su paracaídas, se unió a una multitud que había pasado la noche en campo abierto por seguridad y que regresaba a pie para dirigirse a su trabajo cotidiano. Vio a una mujer con tres hijos pequeños cuyo cochecito de niño había perdido una rueda en algún tramo del camino a oscuras. A la pobre mujer le resultaba imposible empujar el cochecito y sostenerlo sobre tres ruedas y, al propio tiempo, cuidar de los dos niños mayores, que estaban cansados de la larga caminata y de la excitación de acampar al aire libre toda la noche. Los pequeños se rezagaban y corrían peligro de perderse conforme aparecían más y más refugiados que se sumaban a la columna desde las cunetas de la carretera. La madre llamó a los niños con gritos desesperados y cuando, llevada por la angustia, estuvo a punto de volcar el cochecito y mandar al bebé a los adoquines, terminó por sentarse al borde del camino echándose a llorar.

Clair recogió a los niños y, tomándolos de la mano, los devolvió a la madre. Dijo que llevaba el mismo camino que ellos y que se encargaría de que no se perdieran. Luego, el grupo continuó caminando sin cruzar palabra hasta que llegó al extrarradio de la ciudad y Clair sugirió detenerse a descansar. Para entonces, llevaba al menor de los dos chiquillos sentado en los hombros, con las piernecitas en torno al cuello. Se alegró de estar en forma.

Se sentaron en las ruinas de una tienda bombardeada y Clair sacó unas tabletas de chocolate francés que le habían proporcionado en Londres como suplemento de hierro. Para romper el silencio, Clair dijo que era forastero en aquella tierra, pues procedía de París.

Los dos chiquillos masticaron el chocolate y la mujer llevó unos pedacitos medio derretidos a la boca del bebé. Transcurrieron unos minutos antes de que respondiera:

–Se le nota en la manera de hablar.

A Clair le preocupó oír que tenía un acento raro. Por suerte, la mención de París que ya había hecho sirvió de explicación y decidió recurrir a ella en el futuro cuando alguien mostrara curiosidad por él, pero entonces recordó que, según sus documentos, había nacido y crecido en la Provenza.

Allí sentados, contemplando tristemente las ruinas de una fábrica al otro lado

de la calzada, Clair habló del chocolate a los niños. Venía, les dijo, del hospital donde él había trabajado.

–Es un doctor –dijo el mayor.

–Bueno, no –respondió Clair–. Soy el que mezcla las medicinas.

La mujer se mostró decepcionada y comentó, con un asomo de fastidio:

–Un simple farmacéutico...

A continuación, habló de su marido, que había sido fotógrafo retratista en una de las mejores calles de Nantes. El hombre había muerto al hundirse su despacho durante un raid aéreo, el año anterior. Ahora, la mujer vivía con su abuela, que se negaba a abandonar la casa, cayeran bombas o no. Era una buena casa, añadió.

Aquello dio a Clair la oportunidad de abordar con bastante franqueza el problema del alojamiento.

La mujer chasqueó la lengua y levantó los brazos.

–¡Ah, alojamiento! –exclamó.

Continuaron la marcha hacia la ciudad y la mujer apreció la sensibilidad con la que Clair trataba a los niños. El tamaño menudo del hombre, su traje raído y la maleta de cartón atada con un cordel la tranquilizaron y le preguntó si podía pagarse una habitación.

–Gano un buen sueldo.

Clair pensó que sería un error mostrarse demasiado impaciente, aunque contaba, por supuesto, con una enorme suma en billetes franceses, por si era necesario sobornar a alguien.

–Pero ¿tiene trabajo? –preguntó la mujer.

Él reconoció que no, pero le enseñó sus certificados y una carta de recomendación y dijo que siempre había demanda de gente cualificada.

La mujer había tenido una dolorosa experiencia en su último parto y recordaba con demasiada claridad la escasez de personal del hospital. Así pues, se decidió:

–Mi abuela tiene una habitación disponible... si puede pagar un mes por adelantado.

Clair esbozó una sonrisa espontánea de contento, mirándola a los ojos, pero enseguida recordó que debía andarse con cautela.

–Antes, tendré que ver la habitación –dijo con aire digno.

La mujer no se dejó engañar, pero le gustó aquella sonrisa y la necesidad de aquel hombre de mantener las apariencias entre desconocidos.

Clair había tenido una suerte maravillosa. La abuela resultó ser una mujer parlanchina que conocía de toda la vida a la mayoría de sus vecinos, a los que puso al corriente acerca de su invitado, monsieur Clair, de París, que tenía un trabajo de tanta responsabilidad como un médico y que había venido para trabajar en el hospital. Por supuesto, la anciana se calló que su nieta lo había conocido por casualidad en la carretera y, como se consideraba demasiado digna para tener inquilinos, insinuó que había algún parentesco lejano con él. Nadie tenía motivos para poner en duda su relato porque, en efecto, al cabo de dos días de su llegada, encontró trabajo de farmacéutico ayudante.

Al cabo de dos semanas, ya se había hecho a la vida provinciana: todas las tardes jugaba al dominó en el mismo café con la misma gente y había empezado a escuchar bromas, siempre amistosas, sobre su interés por otra de las nietas de su casera. Las cosas iban bien e incluso los raids aéreos habían cesado.

Una tarde, durante su segundo mes en el hospital, recibió una receta para preparar una inyección que, de haberse administrado, habría resultado letal. Orgullosamente, comunicó el error y se ganó con ello la buena opinión del director.

Cuando, unas semanas después, el hospital recibió la orden de nombrar a un farmacéutico para destinarlo a una casa de convalecencia del ejército alemán cerca de Perpignan, Clair no tuvo dificultades en convencer al director para que lo recomendara. Aquella oportunidad convenía a los dos, pues el director de Nantes prefería no perder al otro farmacéutico de la institución, que era un viejo amigo suyo y llevaba veinte años trabajando allí.

Daba la impresión de que nada podía salir mal: los pacientes alemanes se recuperaban en la casa de reposo antes de volver al frente y, si estaba tomándose alguna medida preventiva en alguna parte, era muy probable que aquellos hombres estuvieran entre los tratados. El alto mando esperaba la invasión y los preparativos para una guerra biológica, de haberlos, ya deberían haberse iniciado.

Clair no encontró el menor indicio de tales planes, pero se dio cuenta de que aquel resultado negativo no era menos importante que lo habría sido uno positivo. El mando aliado, en la confianza de que no tenían que temer una

epidemia entre las tropas invasoras, podía permitirse riesgos que habrían sido injustificables si hubiera tenido que tomar en cuenta la posibilidad de un brote de alguna rara enfermedad virulenta entre los soldados. En realidad, reflexionó Clair, todo el plan de campaña podía depender de si su informe era positivo o negativo y, tanto en un caso como en otro, sus conclusiones serían igualmente significativas.

Para estar seguro, continuó trabajando durante todo el verano en la casa de convalecencia, con la intención de estar de regreso en Londres para el primero de diciembre, y se dedicó a comprobar una y otra vez las recetas. Con frecuencia, pasaba la noche entera trabajando en su alojamiento.

Por desgracia, al farmacéutico que lo había precedido en el empleo lo habían sorprendido vendiendo suministros hospitalarios al farmacéutico local y, desde el primer momento, Clair estuvo sometido a estricta vigilancia.

Cuando, en junio, el cirujano de la institución sospechó que estaban robando fármacos otra vez, llamó a la policía y se realizó un registro del alojamiento de Clair. Apenas encontraron nada y, desde luego, ninguna prueba de que hubiera comerciado con medicamentos, pero Clair fue acusado de hurto y condenado a seis meses.



Fue tal el alivio del capitán Clair al verse encerrado como delincuente menor en la seguridad de una anticuada cárcel francesa, en lugar de quedar en manos de la Gestapo, que casi disfrutó de su primera semana en la celda número cinco. El juego del adivina quién te dio lo aburría, pero procuró acomodarse enseguida a las prácticas habituales del resto de los presos. No podía haber nada más peligroso, en aquel entorno, que mostrarse indiferente a los demás y pronto advirtió que la persona importante con la que tenía que estar en buenas relaciones era el grandullón Isidore. Al principio, el parecido entre la vida carcelaria y la que había llevado en la escuela del señor Scargill lo reconfortó, pero al cabo de unas semanas empezó a advertir que sus esfuerzos por controlarse eran insoportables. Perder los estribos con Isidore había sido especialmente desafortunado; desde el primer día en prisión, Clair le había estado dando vueltas al problema de cómo escapar y, antes de cometer el error de darle un puñetazo en la cara al detestable hombretón, había llegado a la conclusión de que Isidore era el preso cuya amistad debía cultivar y al que, en último término, debía convencer para que colaborara con él de alguna manera. A su parecer, Sterner era demasiado estúpido, Berryer era un borrachín empedernido y Gil Quinto era, en definitiva, un degenerado tan siniestro que no merecía ninguna confianza.

Clair, tendido de costado en el banco de la celda a oscuras, recordó el gesto de perdón con el que Isidore lo había invitado a volver al juego después de la pelea. Se le ocurrió que, en último término, haber perdido la calma tal vez lo había favorecido. Un hombre como Isidore debía de valorar la valentía física, y el que él hubiera sido capaz de derrotarlo tan fácilmente quizá le había hecho merecedor de su respeto. Clair sonrió al pensar en lo irritante que resultaba tener que reconocer que el ridículo curso que le habían impartido en Drumnagarry

quizá no había sido tan inútil.

La mañana siguiente, Clair procuró ser uno de los últimos en la cola del agua caliente para evitar cualquier riesgo de irritar a Isidore, que siempre estaba de un humor de perros antes del desayuno. Cuando hubo apurado su escudilla, se ganó la gratitud de Isidore al empezar a organizar por su cuenta una nueva sesión de adivina quién te dio. La expresión empalagosa de afecto casi maternal de Isidore llevó a Clair a pensar que había entendido la situación pero, un rato después, cuando se amontonaron en la puerta a la hora de salir al patio a hacer ejercicio, notó los gruesos muslos del grandullón pegados a su espalda y su nauseabundo aliento junto al rostro y se abrió paso a empujones para apartarse.

Isidore lo siguió, jadeante, pisándole los talones.

Durante toda la mañana, Isidore no se apartó de Clair e intentó en varias ocasiones rodearle la cintura con la mano. Los carceleros observaron el gesto y se rieron, dándose suaves codazos de complicidad.

A mediodía, Isidore seleccionó los mejores pedazos grasientos de carne de mulo de la sopa y se los llevó en el cuenco de sus manos sucias y peludas como regalo. Aquellos trozos de carne cocida medio descompuesta eran lo más valioso que Isidore podía ofrecer y Clair se quedó asombrado de su generosidad, a la par que asqueado al advertir que, por un instante, se había sentido tan hambriento que había deseado aceptar el ofrecimiento. Isidore captó su titubeo y consideró, sin equivocarse del todo, que se debía a la renuencia de Clair a privar de la mejor parte de su comida a un compañero. Los demás presos dejaron de hablar y observaron, mirándose de reojo y lanzando guiños.

Sterner fue el único que no entendió lo que sucedía. Se acercó a Isidore con una sonrisa y le dijo que si le sobraba un poco de carne, con gusto la aceptaría él.

La frustración de Isidore ante el rechazo de Clair a ser amable con él se hizo insoportable y el grandullón cerró los puños, estrujando la carne goteante, y los estampó con fuerza en la cara de Sterner, que terminó en el suelo. Allí se quedó sentado, riéndose y enjugándose la sangre de los dientes con el revés de la mano. Acto seguido, se levantó y se encaminó hacia la mesa donde había dejado el vino y se sentó a apurarlo con dos presos más.

—¿Preguntar es ofender? —preguntó amistosamente.

En aquella repugnante situación había más aspectos que considerar, se dijo Clair. Quería intentar la huida y que Isidore se hubiera enamorado de él quizá le resultara útil. Por otra parte, no iba a ser fácil controlar al hombretón, evidentemente. Clair sonrió para sí al darse cuenta de que su problema era el mismo que el de tantas jóvenes: cómo explotar en su propio interés las apremiantes proposiciones de admiradores útiles, pero carentes de atractivo. Clair se preguntó si Diana, cuando era pobre, habría pensado en él de aquel modo.

El desdichado Isidore se sentó a solas en un rincón a dar cuenta de la carne rechazada. Engulló su litro de vino y se quedó donde estaba haciendo pucheros y casi llorando, con los brazos colgando entre las rodillas. Al cabo de un rato, se tumbó en el suelo debajo del banco y se durmió.

Cuando llegó la hora de salir al patio por la tarde, Isidore se negó a moverse de donde estaba. Dijo que se sentía enfermo y que, en cualquier caso, no tenía ánimos para salir y quería que lo dejaran en paz. El carcelero a cargo, Bertiglia, le hincó la cachiporra y lo instó a que se repusiera.

—¿No te han dado nunca calabazas? —le preguntó con una amigable sonrisa burlona.

Bertiglia llevaba treinta años de funcionario de prisiones en Perpiñán y había tenido tanto trato con presos, que había desarrollado un estado de tolerante indiferencia hacia ellos. Mientras se portaran bien, dentro de la rutina y de las reglas, él se mostraba campechano, pero la menor indisciplina lo disgustaba e irritaba insufriblemente. Aquella tarde estaba de guardia a solas y no podía vigilar a los presos que estaban fuera al tiempo que intentaba convencer a Isidore de que se abstuviera de murrias. Habría sido más fácil dejarlo allí, pero Bertiglia iba a jubilarse el año siguiente y no tenía intención de jugarse la pensión arriesgándose a incumplir un ápice las reglas. Si al alcaide se le ocurría hacer una ronda y encontraba a Isidore debajo del banco, sin duda le caería una sanción por negligencia. Bertiglia se estremeció al pensarlo.

—¡En pie, gordo marica! —gritó.

Isidore no se movía, por lo que Bertiglia salió al corredor e hizo sonar el silbato tres veces, enérgicamente pero no muy alto. De inmediato, se presentaron



dos carceleros más que se llevaron por la fuerza a Isidore a cumplir cuarenta y ocho horas en la celda de aislamiento.

Bertiglia salió al patio y se sentó cómodamente a leer el periódico vespertino. Algunos presos jugaban con las piedras en un rincón y los demás estaban sentados en el suelo sin hacer nada: había vuelto la normalidad y pudo concentrarse de nuevo en las novedades de la carrera ciclista. Luego, se puso a pensar en la granja de conejos que quería montar cuando se jubilara. Ya tenía una docena de conejas y tres machos con pedigrí, que guardaba en pequeñas jaulas con barrotes en el jardín trasero de su casa. Le encantaba detenerse ante las jaulas a observar a los animales y comprobar que todo estaba como era debido. Por temor a los ladrones, el hombre tenía un aro de acero de medio palmo de diámetro en el que llevaba las llaves de los candados que cerraban las puertas de las jaulas. Su actitud hacia los conejos se parecía mucho a la que tenía hacia los presos, salvo que tenía más poder sobre los primeros y que los animales eran menos problemáticos y más lucrativos.

Bertiglia recordó que había quedado en visitar a un verdulero para recoger los desechos con los que alimentaba a los animales y escupió, furioso, al pensar que llegaría una hora tarde a la cita, por lo menos, pues tendría que redactar un informe sobre el incidente con Isidore antes de salir de la guardia.

Escupió de nuevo, resentido. Había sido prácticamente analfabeto hasta el servicio militar y todavía tenía dificultades para escribir.

De niño, apenas había acudido a la escuela unos meses antes de que lo llevaran a trabajar a la fábrica de sardinas local. Recordó cuánto aborrecía el olor a pescado y aceite y cómo ansiaba alejarse de todo lo que había en Collioure: detestaba el mar y aquellas hermosas casitas blancas, azules y rosadas y los estrechos callejones empedrados. Le irritaban las decenas de viejos que remendaban redes sentados a la sombra por todas partes y le asqueaba cuanto tenía que ver con el mar, las barcas y el pescado.

Cuando fue llamado al servicio militar, Bertiglia se alegró tanto de marcharse de casa que le tomó gusto a la milicia y pronto fue ascendido. Al terminar el servicio, la recomendación de su comandante le valió conseguir el empleo de funcionario de prisiones en Naronne, lejos del mar; allí había trabajado desde entonces y ya le quedaba muy poco para jubilarse. Observó por encima de las gafas a los sucios presos concentrados en sus juegos

interminables, se sintió feliz y agradeció reverentemente a la Providencia que le hubiera permitido llevar su vida lejos de la vista del mar. Echó una ojeada al reloj, se puso en pie y, dando la orden con voz estentórea, condujo a los hombres a la celda para pasar la noche.

Bertiglia tardó tres cuartos de hora en terminar el informe. Luego, se apresuró a salir a la calle y bajó la pendiente casi a la carrera. Temía que su amigo Belveze, el verdulero, se hubiera marchado al café dejando a su mujer a cargo de la tienda, pues sabía perfectamente que si encontraba la señora Belveze a cargo del negocio, le haría pagar por aquellas cuatro verduras invendibles, que su marido le habría dado gratis. Bertiglia tenía que ahorrar todo lo que pudiera porque quería comprar un reloj de oro para su hijo como regalo de boda.

El alcaide de la prisión, con sus pantalones de montar a cuadros y la gorra de uniforme, venía calle arriba empujando la bicicleta y entretuvo a Bertiglia con su conversación, por lo que, cuando llegó a la tienda del verdulero, el hombre encontró a la señora Belveze plantada en la puerta con su delantal negro de algodón, guardando la mercancía. La vieja de labios finos musitó un cortés «buenas tardes» y añadió que se alegraba de servir a un cliente de toda la vida que siempre pagaba en metálico. Hoy en día, decía, muchos parecían esperar que les vendieran fiado, sólo fiado.

Bertiglia le preguntó si sería tan amable de venderle una manzana jugosa y madura para su sobrina, escogió la más pequeña y barata y pagó con aire algo arrogante. Se despidió y continuó su camino sintiéndose menos irritado que un rato antes. Se felicitó por haber sido más listo que la vieja bruja. Esperaría al día siguiente y volvería a probar cuando estuviera Belveze; entretanto, aquella noche los conejos comerían media ración. No les perjudicaría, por una vez.

Entró en el gran café junto al río y estrechó la mano de dos o tres conocidos al pasar entre las mesas hacia el rincón que ocupaba siempre. Un camarero le trajo el vaso del vino más barato que tenía por costumbre tomar y se retrepó en el asiento a beberlo, satisfecho. Volvió a pensar en el problema del reloj para su hijo; estaba decidido a comprar uno bueno para dejar bien al muchacho ante los parientes de su futura esposa.

El joyero al que se proponía comprárselo estaba sentado a solas en una mesa

al otro extremo del local y Bertiglia decidió que sería ventajoso para él acercarse como quien no quiere la cosa y sugerirle una partida de dominó, acompañada de un Pernod a su cuenta.

A Bertiglia le gustaba el Pernod, pero hacía cinco años que se negaba el placer de tomar uno, por ahorrar para su hijo. Sin embargo, aún no le alcanzaba para el precio total y, como faltaban sólo dos meses para la boda y quería llevar el reloj consigo en su siguiente viaje a Toulouse, consideraba que le sería útil invitar al joyero. Así, el hombre tendría menos motivos para poner dificultades a fiarle la diferencia.

Los dos hombres, que se conocían desde hacía décadas, se dieron la mano educadamente y revolvieron las fichas. No mencionaron el reloj, pero Bertiglia, con tacto, llevó la conversación hacia el tema del enorme coste de la boda y, también, en lo afortunado que era al poder contar con una sustanciosa pensión del gobierno que le aseguraba el futuro.

El joyero entendió perfectamente dónde quería ir a parar el carcelero pero, por costumbre profesional, respondió con cautela. De hecho, sabía que la deuda sería pagada religiosamente y estaba dispuesto a venderle a crédito, con un cinco por ciento de interés.

Pasaron una hora jugando y luego Bertiglia se despidió y se dirigió a casa a cenar.

Desde la muerte de su mujer había vivido con su hermana, una activa anciana de setenta y seis años, en un ruidoso primer piso que daba a la esquina de dos bulliciosas calles. El incesante sonar de los cláxones y el traqueteo de los tranvías eran un placer para Bertiglia porque le gustaba el contraste con el silencio plano y la monotonía de su vida laboral. Le gustaba la ruidosa urgencia y la sensación de libertad del tráfico.

Violetta Bertiglia se puso a hablar tan pronto su hermano entró en la cocina. Le dijo que se quitara las botas para poder limpiárselas después de cenar y comentó que había oído que su primo Auguste había tenido que volver a la farmacia por el lumbago y que las nuevas inquilinas de arriba habían comprado dos kilos de tomates en el mercado.

Violetta tenía una voz grave, amistosa, y habló sin parar hasta que la comida estuvo en la mesa y empezaron a comer. A Bertiglia le gustaba estar al corriente de las noticias y quería mucho a su hermana; su locuacidad no lo molestaba

nunca porque, cada vez que consideraba que estaba a punto de hacerlo, se limitaba a tomar la puerta y se marchaba al café. Una hermana no era como una esposa, solía decirse; con una hermana, un hombre podía ser el dueño en su propia casa y podía ir y venir a su agrado.

Después de la cena, bajó al patio trasero, cerrado con altas tapias, que había alquilado para los conejos. En un cesto, llevaba lo que quedaba de las hojas de col medio podridas que les había dado el día anterior.

Las jaulas, construidas con gran arte, estaban dispuestas simétricamente a lo largo de las paredes. Avanzó hasta el fondo del patio haciendo oscilar en la mano el aro con las llaves; luego, volvió sobre sus pasos abriendo los candados uno por uno y depositando en las jaulas los restos de col, que había cortado cuidadosamente en raciones iguales. Bertiglia no tenía favoritos y trataba a todos los conejos con escrupulosa igualdad. Habría ganado tiempo si hubiera metido entre los barrotes las pocas hojas finas que tenía aquella noche, pero prefirió mantener la rutina de costumbre. Cuando terminó de dar de comer a los conejos y hubo llenado los bebederos con el agua de una cafetera de buen tamaño, Bertiglia volvió al piso y continuó escuchando a su hermana hasta la hora de acostarse.

Violetta se llevó una sorpresa cuando le oyó hablar del reloj y mencionó que había invitado al joyero. Dijo que era un derroche y, hablando de derroches, que su primo Auguste se había comprado una radio. Los dos estuvieron de acuerdo en que no veían ninguna utilidad al aparato: gastaba electricidad y sólo complicaba innecesariamente escuchar lo que la gente decía.

Los hermanos pasaron el rato tranquilamente, disfrutando de su mutua compañía y del profundo afecto que sentían el uno por el otro. Estaban felices, seguros y en casa y no les importaba nada que no afectara directamente a sus propias vidas. Se tenían el uno al otro, tenían sus conejos y pronto tendrían también la pensión del gobierno.

La mañana siguiente, mientras desayunaban, el cielo se nubló y empezaron a caer unos goterones dispersos en el balcón. Violetta se apresuró a limpiar las jaulas antes de que se desencadenara la tormenta. Bertiglia terminó el café sin prisas y se marchó sin despedirse, camino de la prisión. Cuando llegó, llovía con fuerza y, siguiendo las órdenes habituales del alcaide, pasó por las celdas maquinalmente, ordenando a los presos que se pusieran firmes y anunciando la

suspensión del periodo de patio debido al mal tiempo.

Los prisioneros habrían preferido que se les permitiera salir a pesar de todo y en la celda cinco, cuando Bertiglia hubo dado la noticia, los once hombres se sentaron a dejar que transcurriera el tiempo, muertos de aburrimiento. Isidore no le caía bien a nadie, pero lo echaban en falta y nadie tuvo ánimos para proponer una sesión de adivina quién te dio. Malhumorados por la inactividad, se mostraron más irritables conforme avanzaba la mañana; a las once, estaban rabiosos de tedio y dos de ellos empezaron a picar a Cibot Berryer diciendo que era impotente. Él replicó y luego tres o cuatro más se unieron al grupo e hicieron comentarios sobre la calvicie de Berryer y su aliento fétido. Pronto, todos los presos de la celda excepto Clair y Quinto rodeaban a su víctima y le lanzaban insultos a gritos. Cuando Berryer soltó una patada a uno de ellos, retrocedieron y Crosier, un hombre gordinflón que estaba encerrado por agresión grave, le puso la zancadilla y lo hizo caer de bruces al suelo. Los demás lo mantuvieron allí pisándolo y algunos se pusieron a escupirle. Berryer le levantó bruscamente hasta quedar hincado de rodillas y Crosier le arreó un bofetón en la cara. Berryer empezó a sacar espuma por la comisura de los labios y se puso a dar penetrantes alaridos, uno tras otro.

Al oír el revuelo desde el exterior del corredor, Bertiglia se puso furioso. Después de la insubordinación de Isidore, ahora iba a tener que imponer disciplina al segundo preso en dos días. El alcaide pensaría que ya no era capaz de mantener la disciplina y quizá perdería el privilegio de ser uno de los que escoltaban a los presos trasladados a Toulouse, lo cual le preocupó especialmente porque ya había decidido llevar el reloj a su hijo la siguiente vez que fuese. Hacía semanas que no hacía una de aquellas salidas y estaba seguro de que pronto le tocaría.

Cuando llegó a la celda con la cachiporra en la mano, Bertiglia vio a Berryer chillando en el suelo y a los demás rodeándole a cierta distancia, de pie, con aire inocente. Le arreó un puntapié en las costillas al caído y los alaridos cesaron.

Con sus años de experiencia, el carcelero supo al instante que el ataque de histeria de Berryer no era espontáneo. También sabía que normalmente, una vez conseguido su objetivo, los presos solían darse por satisfechos y se portaban bien el resto del día. Y estaba seguro de que, como lo sucedido no iba dirigido contra las autoridades de la prisión, el alcaide era permisivo con la práctica del acoso y

no lo consideraba una infracción de las reglas, a menos que se armara un revuelo demasiado considerable. Una vez que Berryer se había recuperado y los demás hacían cuanto podían por mostrarse dóciles, Bertiglia decidió que no era necesario hacer nada más, ni redactar un informe, y se marchó de la celda murmurando las habituales amenazas rutinarias, nada convincentes.

Berryer se levantó y se dirigió arrastrando los pies hacia el cubo de los excrementos. Luego, se pasó el día acurrucado en un rincón, humillado y avergonzado, y nadie le dirigió la palabra, como si fuese culpable de alguna falta repugnante. Clair sintió lástima de él y se habría acercado a dedicarle algún gesto amistoso, pero estaba decidido a no señalarse en modo alguno. Era fundamental que participara de forma natural en la vida de la celda mientras esperaba la oportunidad de escapar.

Se sentó a la mesa enfrente de Quinto y reconoció para sí que su única esperanza, o casi, era que lo trasladaran de prisión y aprovechara el trayecto para ganar la libertad. Sin embargo, no parecía haber la menor posibilidad de que se produjera tal traslado. Se le ocurrió pedir una entrevista con el alcaide y decirle que deseaba ser llevado a Nantes porque allí tenía amigos, pero ¿por qué razón iba el alcaide a tomar en serio una petición tan infantil? Clair cargó el peso del cuerpo sobre el otro codo y decidió que la única oportunidad sería que bombardearan Naronne y la prisión resultara alcanzada. Se sintió deprimido hasta que llegó la deliciosa sopa del mediodía y el vino.

Después del éxito orgiástico y satisfactorio del acoso a su compañero, los presos estaban saciados emocionalmente y Clair, con el vino, fue capaz de conciliar el sueño hasta las cuatro, cuando despertó para la sopa de la tarde. Entonces buscó un asiento cerca de Gil Quinto. Se había fijado en que el contrabandista había sido el único de los presos que no parecía haber disfrutado humillando a Berryer.

Cuando terminaron la colación, Clair le propuso una partida de ajedrez y estuvieron jugando sin parar hasta que oscureció. Quinto murmuraba palabras ininteligibles para sí mientras se concentraba y a Clair le intrigó observar que el hombre, a menudo, empezaba una frase en español antes de cambiar apresuradamente al francés cuando se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Quinto parecía desconcertado con sus distracciones. Cuando faltó la luz, Clair intentó iniciar una conversación sobre España y dijo que había estado en Madrid,

pero Quinto no dio muestras de interés. Al poco, los presos extendieron las mantas y se tumbaron a dormir.

Continuó lloviendo toda la noche y por la mañana, poco después del desayuno, un canalón atascado del tejado reventó y un chorro de agua se coló en la celda por la claraboya e inundó el suelo. A los presos les encantó: se rieron y se salpicaron unos a otros y algunos se quitaron las botas y chapotearon como niños con los pies descalzos. Incluso Berryer hizo un cuenco con las manos bajo el chorro y, con timidez, le arrojó el agua al rostro a Quinto. Clair percibió la irritación de Quinto, quien, a pesar de ello, hizo un esfuerzo por poner buena cara. Los demás presos estaban tan contentos con el agua que tuvieron cuidado en no reírse demasiado fuerte, por miedo a atraer a los carceleros. Soltaban risillas y farfullaban y aún no se habían cansado de la diversión cuando Bertiglia entró a anunciar que continuaban suspendidas las salidas al patio a hacer ejercicio.

El carcelero se marchó otra vez y, al cabo de unos minutos, el alcaide Marius se presentó en la celda con su habitual pavoneo para examinar el desperfecto. Bertiglia gritó «firmes» con su voz de costumbre y los presos obedecieron, vueltos hacia la puerta y de cara al orondo alcaide, que lucía sus pantalones de montar a cuadros y la gorra de funcionario de prisiones. Sólo Quinto permaneció sentado, con los codos en la mesa.

Los carceleros ordenaban a los hombres que se pusieran firmes a cada momento, sin molestarse en comprobar si lo hacían realmente, y Quinto no había visto motivo para tomarse la orden con más seriedad en esta ocasión, por lo que siguió sentado con aire deprimido y displicente.

El alcaide cruzó la celda inundada, chapoteando y dando taconazos sobre el suelo de piedra, hasta llegar a la mesa. Puso los dedos bajo el mentón de Quinto, le forzó a levantar la cara y le gritó:

–¡En pie y firmes!

Quinto se incorporó despacio, con una expresión sombría en su rostro enjuto. Era un palmo más alto que el alcaide y bajó la vista hacia él al tiempo que relajaba lentamente los puños. Después, en tono cortés y con voz clara, dijo en buen español:

–Eres un pequeño babuino despreciable.

El alcaide no entendió las palabras extranjeras y sólo apreció el tono

deferente del preso. Y, como tenía la ropa empapada del chorro de agua que todavía caía por el tragaluz, perdió interés por el incidente, se volvió y salió por la puerta a buen paso.

Clair pensó que Quinto había sido increíblemente atrevido. Muchos escolares franceses aprendían español y había bastantes posibilidades de que el alcaide entendiera o adivinara lo que le decía. Clair no sabía qué admirar más, el valor de Quinto o su dominio de sí. Todavía le daba vueltas a lo sucedido cuando la llegada del almuerzo desvió su atención.

Espontáneamente, entre los presos pareció producirse el entendimiento de que cada uno de ellos debía contribuir con un poco de vino, sopa y pan a darle un gran recibimiento a Isidore a su salida de la celda de aislamiento, donde habría estado a pan y agua durante dos días. Todos accedieron a reservar parte del vino que les quedaba para tener con qué brindar a la salud de Isidore. Y se consideró muy apropiado que Clair contribuyese con la mitad de su vino y proporcionase el cuenco en el que guardarlo. El de Isidore, que había quedado en la celda, se llenó de sopa y de una buena cantidad de pedazos de carne seleccionados especialmente. Todos consideraron que Isidore tendría suficiente hambre como para que no le importara que el agua grasienta ya estuviera fría a las cuatro, cuando se esperaba que volviese.

La lluvia cesó a primera hora de la tarde y se les permitió salir al patio a la hora de costumbre.

El sol radiante y el aire fresco y vigorizante, junto con la perspectiva de la celebración, animó a los presos a montar una nueva sesión de adivina quién te dio, con más bullicio del habitual. Todos se sumaron al juego excepto Quinto, que todavía estaba sumamente irritado. No quiso tener nada que ver con el juego y se pasó el periodo entero dando vueltas y vueltas al patio embarrado, con la cabeza muy alta. Bertiglia lo observó con atención y llegó a la conclusión de que aquel hombre sería el siguiente en provocar un altercado. El resto de los presos, sin embargo, parecía de buen ánimo y Bertiglia sabía que una insubordinación aislada siempre podía manejarse. En general, Bertiglia estaba contento de la celda cinco; durante sus años de servicio, había tenido que tratar con grupos mucho más pendencieros. Recordó que el hecho de que Quinto se significara de aquella manera no era tan sorprendente: al fin y al cabo, el tipo trabajaba a una escala muy distinta a la todos sus compañeros de celda, pequeños delincuentes y



perversos. Naturalmente, Quinto se sentía un poco por encima de la sordidez que lo rodeaba. Y nadie se lo podía reprochar, reflexionó Bertiglia.

Poco después de que los presos volvieran del patio, Isidore fue conducido de vuelta a la celda, esposado. El carcelero abrió la puerta y el grandullón avanzó hasta el centro de la celda con una sonrisa de felicidad, estrechando manos y repartiendo abrazos a diestro y siniestro de pura satisfacción de volver a estar en casa.

Los hombres lo rodearon y le dijeron que le habían guardado algo de comer. Berryer, con una sonrisa burlona, le informó de que Clair había contribuido con la parte mayor del vino.

Bebieron y brindaron y un par de presos no tardó en ponerse a tararear y a dar palmas en una invitación a echar un baile.

Hasta que oscureció y desaparecieron los efectos del vino, se dedicaron a bailar por parejas, y los que hacían de mujer se pusieron a menear el trasero y a lanzar sonrisas tontas. Los que hacían de hombre soltaban risotadas mientras magreaban los pechos y los traseros de sus parejas, aunque Isidore fue muy recatado cuando bailó con Clair. Se mantuvo muy formal, frío y distante, y pareció aliviado cuando hubo dado unas cuantas vueltas con él y consideró que podía buscarse otra pareja más alegre sin parecer desconsiderado. Entre los que hacían de chica, Cibot, que el día anterior había sufrido el acoso de sus compañeros, fue el más celebrado: movía las caderas y el trasero incansablemente y sonreía y hacía mohines con los labios mientras bailaba.

El único que no participó, sentado a solas en un rincón y dando sorbos de su escudilla con aire ceñudo, fue Quinto.

Desde fuera, Bertiglia escuchaba el rítmico sonido, pero el alcaide ya se había marchado a casa en su bicicleta y aquellas inocentes celebraciones no eran inhabituales. Según su larga experiencia, solían tener como resultado que los prisioneros se portaban bastante bien al día siguiente. Así pues, fingió que no oía nada.

Cuando los presos se preparaban para dormir, Clair se las ingenió para acostarse cerca de Quinto. Prefería estar lo más lejos posible de Isidore y también sentía interés por averiguar algo más acerca del distinguido contrabandista. Se quejó de que el banco estaba húmedo y, cuando Quinto se mostró de acuerdo, le dijo en voz baja:

–Sabes idiomas...

–He viajado –respondió Quinto, a la defensiva.

–¿Por España?

–Sí.

Era exasperante, pensó Clair. No podía seguir haciendo preguntas o Quinto, sin duda, empezaría a sospechar que era un soplón. O, más peligroso aún, podía intuir que no era exactamente quien decía ser. De pronto, se lamentó de haber abierto la boca. Debería haber controlado su curiosidad. Y, con todo, era verdaderamente interesante –e incluso podía resultar útil– averiguar por qué Quinto había insultado al alcaide en un castellano de clase alta. Era evidente que no había aprendido el idioma entre contrabandistas franceses o catalanes y, por tanto, debía de ser –o de haber sido– alguien muy distinto a quien decía.

Tal vez era también un agente aliado, pensó Clair y decidió que debería tener cuidado de no estropear algo metiendo las narices en la misión de otro: en adelante, sería mejor evitar a Quinto.

La mañana siguiente, mientras los presos estaban en el patio, apareció el carcelero Bertiglia dándose pomposos aires de importancia. A gritos, ordenó que formaran delante de él. Tardó un momento en conseguir que se alinearan y luego gritó:

–¡Silencio!

Los presos dejaron de murmurar y esperaron en una astrosa fila mientras Bertiglia se ponía las gafas y revolvía los papeles que tenía en la mano. Todos estaban tensos y bastante asustados, sin razón aparente.

–Gil Quinto, contrabando, cuatro pasos adelante, ¡ar! –gritó el carcelero.

Quinto obedeció. Bertiglia consultó de nuevo los papeles:

–Felix Sterner, hurtos, cuatro pasos adelante, ¡ar!

Sterner avanzó con una sonrisa y Bertiglia gritó:

–Martin Clair, hurtos, cuatro pasos adelante, ¡ar!

Quinto, Sterner y Clair quedaron frente a Bertiglia.

–¡Firmes! –ordenó el carcelero y, a continuación, les comunicó con un tono de voz grave y decisivo que al día siguiente, después del desayuno, los tres iban a ser trasladados a Toulouse para un interrogatorio. La norma de avisar a los presos con antelación era una formalidad que sobrevivía de la época en que se podía comprar jabón y cuchillas de afeitar en la cantina y, de este modo, llegar

ante el juez un poco más presentables.

A Gil Quinto, el anuncio le produjo un miedo atroz, pero no lo sorprendió: desde el primer momento le había parecido curioso que las autoridades alemanas, ya que no las francesas, no hubieran sospechado antes del alijo inusualmente valioso, de su falta de antecedentes, de sus documentos de identidad falsificados y de la clave de un complejo código que llevaba cosida en el forro de la chaqueta. Quinto no podía creer que fuese tan buen actor como para haber convencido a la policía francesa, a los jueces y a la Gestapo de que era un simple contrabandista del mercado negro.

Rechazó con brusquedad la propuesta de Clair de jugar a petanca, se encaminó hacia la bomba de agua y se puso a manosear el manubrio con aire ausente. Había un elemento, pensó sin muchas esperanzas, que tal vez resultaba alentador: no era el único al que habían llamado. Sin embargo, tan pronto pensó en ello se dio cuenta de que, en realidad, aquello significaba muy poco. Evidentemente, ya que se iba a realizar un traslado, podían considerar conveniente añadir dos víctimas más para aprovechar el viaje, pues no requeriría guardias o medios de transporte adicionales.

Hasta aquel momento, siempre lo había interrogado la policía provincial francesa. Lo habían acosado durante horas y se habían comportado con una arrogancia deliberadamente ruidosa e intimidatoria, pero ninguno había empleado la fuerza física. Ahora, iba a estar tras los muros insonorizados del cuartel general alemán en Toulouse y alcanzaba a imaginar la suerte de cosas que le harían.

Quinto torció un poco el rostro con expresión alicaída y tuvo que sentarse a la sombra y agachar la cabeza un rato para que le volviera la sangre al cerebro. Llevaba más de dos meses sin comer suficiente y estaba sobrecogido y desesperado. Permaneció una hora sentado bajo la tapia con los músculos tensos y temblorosos. Estaba agotado y tan hambriento que tenía retortijones de estómago.

A su alrededor, los demás se entretenían –Isidore y sus fieles, con su juego de arrearse golpes y disimular, y el siempre solitario Clair, entrenando con sus piedras– y Quinto sintió de pronto una punzada de añoranza anticipada de aquel patio, de la celda y de los ociosos guardianes con sus gafas y sus periódicos matutinos. Sabía que aquél era su último día allí: estaba seguro de que no sería

capaz de soportar el interrogatorio y que terminaría asfixiado o muerto de una descarga eléctrica en Toulouse. Y en cualquier caso, si no le acompañaba la suerte y no moría, sus interrogadores sabrían demasiado de él, como para permitirle volver a la atmósfera hogareña de una prisión a la antigua.

Ojalá encontrase una muerte rápida, pensó Quinto, y empezó a aceptar de mala gana que lo único sensato, lo único que podía esperar, en realidad, era encontrar la muerte inmediatamente, dentro de las doce horas siguientes. Cuando lo habían detenido, se había preparado mentalmente para afrontar la posibilidad de ser torturado y había sido capaz de mantener el valor y disimular astutamente. Ahora, en cambio, debilitado como estaba, carecía de reservas de vitalidad para sobreponerse. Incluso dudó de si encontraría la fuerza de voluntad necesaria para quitarse la vida. Y las dificultades puramente prácticas parecían insuperables. Pensó en la posibilidad de colgarse con los tirantes y decidió que tendría que hacerlo en la celda y de noche, pero en aquel momento no recordaba ningún saliente o gancho al que poder sujetar el nudo. Y, en cualquier caso, lo más probable era que no muriese inmediatamente, sino que hiciera ruido al asfixiarse y alguien se despertara y diera la alarma y le salvara la vida para mandarlo a Toulouse.

Y entonces se le ocurrió una idea mejor y se animó un poco: podía pedirle al carcelero que le prestara una hoja de afeitar e insistir en su derecho a adecentarse para el viaje de por la mañana. Con un poco de suerte, le permitirían usar el grifo contiguo a la oficina de recepción y, por muy estrechamente que lo vigilaran allí, sin duda tendría la oportunidad de rajarse la garganta de un solo corte y acabar de una vez. Incluso con una cuchilla de seguridad, era probable que alcanzara a hacerse una herida mortal.

No estaría mal, pensó de pronto, que sólo resultase herido, pero de suficiente gravedad como para que lo ingresaran en el hospital, donde pudiera ganar tiempo y encontrar, tal vez, un método mejor, infalible. ¿O tal vez fuese posible escapar del hospital? Pero, cuando se le ocurrió esto último, Quinto volvió a sentirse desdichado, pues pensó que no tendría el valor de quitarse la vida mientras conservara en el fondo la esperanza de que su intento resultara frustrado. Existía el peligro de que las heridas que se causara requirieran apenas unos cuantos puntos, sin anestesia, por parte del médico de la prisión, y que terminara simplemente vendado y enviado puntualmente la mañana siguiente en

peores condiciones que antes para soportar el interrogatorio.

Quinto apretó los puños, se irguió y pensó que una cosa era segura: no iba a permitir que lo interrogaran. Y lógicamente, pensó, una vez decidido a suicidarse, no había absolutamente ningún intento de fuga, por muy desquiciado e improbable que pareciera, que no mereciera la pena probar.

Observó la superficie de la tapia de seis metros de altura, reparó en que el mortero se había desmoronado en algunos lugares entre las piedras grises y se preguntó si no podría encontrar un punto en el que encontrara asideros para manos y piernas hasta lo alto. Si encontraba la oportunidad de hacer una rápida escalada por sorpresa, quizá podría saltar la tapia y perderse de vista antes de que los carceleros, sentados junto a la puerta, pudieran reaccionar e impedirselo. Ignoraba si iban armados con pistolas ocultas pero, aunque así fuera, más le valía ser abatido a balazos por la espalda que dejarse conducir a Toulouse para que lo torturasen.

Quinto observó detenidamente a los carceleros, midiendo la distancia, y les vio quitarse las gafas. Y cuando llegó la orden, «¡paso ligero!», volvió con los demás a la celda para la cena.



«Gil Quinto» era el alias que constaba en los documentos de identidad falsos de Ruy Manuel Jesús, conde de Quintanilla. Un alias propio de un aficionado, pues habría sido más profesional haber adoptado un seudónimo menos parecido a su título, pero había inventado aquel «Quinto» en 1939, cuando era todavía un experimentado proscrito, y bastante le había costado mantenerse en contacto con sus colaboradores desde entonces como para poner las cosas aún más difíciles cambiándose el nombre por el que se lo conocía.

Ruy Manuel era hijo de Manuelo, en su día el torero más famoso y celebrado de España. Su madre, que se había fugado con su padre de origen campesino cuando tenía dieciséis años, era hija de una de las familias de más rancio abolengo de Castilla y aquel emocionante romance le había valido a Manuelo, en último término, el afecto casi histérico del público aficionado a los toros.

En privado, Manuelo era enjuto, pálido y frío en grado patológico, pero la exquisita seriedad de su austera manera de matar toros agotados inspiraba las continuas hipérboles de los críticos y el entusiasmo siempre creciente de la población en general. Manuelo se hizo inmensamente rico, mezquino y arrogante: vivía con frugalidad del dinero de su esposa e invertía hasta la última peseta que ganaba en valores y acciones, y cuando murió desangrado de una cornada en la ingle, toda España lo lloró durante una semana.

El hijo de Manuelo fue educado en la provincia de Valencia por su madre aristócrata, aconsejada por el tío Pío, un pariente lejano por parte materna. La condesa no se había perdonado nunca su alocada decisión de la adolescencia y el sentimiento de culpabilidad que la embargaba por haber dado a su hijo un padre plebeyo no había hecho sino incrementar el afecto que profesaba al pequeño. Sin embargo, la madre era una persona sensata y cuando Quintanilla, de niño, le preguntaba por Manuelo, siempre le hablaba con tristeza, aunque con calma, de

la lamentable cogida. Ni eludía el tema de la profesión de su padre, ni insistía en él, y siempre procuraba dar a entender que era un asunto de poca importancia.

Desde su más tierna infancia, Quintanilla supo que no era así. Pasaba la mayor parte del tiempo con sus niñeras y con los criados y, naturalmente, pronto adquirió de ellos un sentimiento de veneración a su padre, que era visto como un héroe. Los cocheros, mozos de cuadra, peones, comerciantes y demás gente que conocía lo trataban con una amabilidad y una deferencia que se debía, como el chico descubrió muy pronto, al respeto fanático que todos sentían por Manuelo. Cuando jugaba en la calle con los chicos del pueblo, siempre se le permitía hacer de torero y ni una sola vez en toda su infancia se le sugirió que debería turnarse con los demás para hacer de toro.

Solían jugar cerca de la fuente, con las patas de una vieja silla por cornamenta. Un chico agachaba la cabeza y embestía la capa que sostenía Ruy Manuel y los espectadores adultos aplaudían con seriedad cada delicado pase que daba, complacidos ante la palidez y la solemnidad de Ruy Manuel y ante la precisión con la que arqueaba la espalda y se ponía de puntillas, exactamente igual que su padre. A los ocho años, Ruy Manuel mandaba a sus banderilleros y picadores –montados a la espalda de los chicos mayores– con completa autoridad y a veces, cuando se juntaba un grupo numeroso de espectadores, exigía que le pagaran por la actuación. Se plantaba con gesto serio en mitad del ruedo, formado por los restos de los cimientos de una casa en ruinas, y mandaba a los demás chicos a pasar la gorra. Él observaba la escena atentamente y señalaba a los que veía que no contribuían. Al final, juntaba todas las monedas en un montón delante de él, contaba el dinero y lo dividía en dos partes. La mitad era para él y el resto se repartía a partes iguales entre la cuadrilla.

–¿Y para el toro? –había preguntado un espectador en cierta ocasión.

–El toro no necesita nada –replicó Ruy Manuel con dignidad–. Está muerto.

El chico que había resoplado, bramado y embestido bajo el sol ardiente durante casi una hora se mostró decepcionado, pero no sorprendido, y salió corriendo de inmediato tras el resto del grupo, que iba a comprar chocolate con la recaudación. El chico era más fuerte que la mayoría de ellos y confiaba en que al final, lejos de la autoridad del torero, conseguiría una parte.

Con gallarda formalidad, Ruy Manuel se quitó la improvisada montera y dedicó una reverencia al público, tras lo cual se marchó solo a contar el dinero y



guardarlo en la caja de plata labrada donde depositaba sus tesoros.

De vuelta en casa, el chiquillo bajó la inmensa escalinata de piedra y salió al exuberante jardín de la parte de atrás. Había localizado el cadáver en descomposición de un conejo debajo de unos arbustos y, con una cuchara rota que le había dado la cocinera, recogió un montón de gusanos y los guardó en una lata de sardinas. Luego, se encaramó a un árbol que se alzaba junto a la tapia y se dejó caer al otro lado, en campo abierto. Tras una larga caminata por una arboleda de robles de pequeño porte, poco más que matorrales, encontró el nido de corneja que llevaba observando desde principios de primavera. A estas alturas, contenía cinco voraces polluelos y Ruy Manuel, con absoluta imparcialidad, distribuyó los gusanos uno a uno en los pequeños picos desesperadamente abiertos.

Cuando vio que el sol apenas tocaba ya las blancas cumbres de la sierra, regresó apresuradamente a casa para la cena, temeroso de que lo alcanzara la noche por el camino. Al llegar, fue a lavarse las manos, abrió la puerta del salón y entró con la cabeza alta y gesto confiado.

–Buenas noches, mamá. Buenas noches, tío Pío –dijo.

–Buenas noches, Ruy Manuel –respondió su madre con la misma ceremonia.

Sin añadir palabra, Ruy Manuel se acercó a su tío, que acababa de llegar de Madrid, y le dio la mano.

–¿Qué has hecho hoy, hijo? –le preguntó su madre.

–He jugado a los toros con unos chicos de la calle –respondió Ruy Manuel.

A la condesa le complacían los ademanes patricios que mostraba su hijo de natural, pero le inquietaba cada vez más su interés por la tauromaquia. Aquella era una situación, pensó la mujer, que requería cautela y tacto.

–No es una mala actividad, para un niño de tu edad –apunto ella con dulzura.

Ruy Manuel estuvo de acuerdo en eso y, como era demasiado pequeño para percatarse de la indirecta que encerraba el comentario, sólo percibió su tono afectuoso. Se encaramó a su regazo y le pasó los brazos en torno al cuello.

La condesa le acarició el cabello y preguntó:

–Cariño, ¿crees que está bien exigirle el dinero a esa pobre gente?

–En los toros, todo el mundo paga. Y yo tengo que dar de comer a mi cuadrilla –fue su respuesta.

Lo completo y detallado de la fantasía infantil tranquilizó a la condesa y, en

cualquier caso, el sentido de la responsabilidad que mostraba Ruy Manuel para con sus subordinados le pareció absolutamente correcto. Finalmente, decidió no prohibirle que aceptara dinero, pues sabía que a los del pueblo les divertía –y, en cierto modo, los halagaba– poder echar unas monedas al joven heredero de una de las mayores fortunas de España. Y más adelante, supuso la madre, aquello sería algo que el joven conde de Quintanilla preferiría olvidar; en último término, no estaría mal que en el fondo de su mente hubiera recuerdos de la tauromaquia de los que se sintiera vagamente avergonzado. Y no porque hubiera, a su modo de ver, la menor probabilidad de que su hijo, dada su posición, quisiera adoptar el oficio de su padre; sencillamente, le inquietaba que Ruy Manuel se implicara de alguna manera en la única clase de actividad sobre la que sería imprudente, socialmente, atraer la atención. Sin tener plena conciencia de ello, la condesa estaba decidida a compensar el terrible error que había cometido en su juventud, casando a su hijo espectacularmente bien.

Dos criados sirvieron una cena sencilla a base de pollo, arroz y plátano frito, que el tío Pío acompañó de tres vasos de buen vino. El tío era un hombre de corta estatura y hombros anchos, de unos cuarenta años, con un rostro cuadrado de facciones recias que recordaba un poco a Mussolini, aunque sus principios eran apasionadamente liberales y republicanos. Era representante en las Cortes de una parte de Valencia que siempre había sido antimonárquica, desde los días de Napoleón, y era el único de la familia Quintanilla que, desde el primer momento, se había mostrado comprensivo con el bochornoso embrollo de la joven condesa. Desde la providencial muerte temprana de Manuelo, siempre había procurado encontrar tiempo para visitar a su desafortunada sobrina una vez al mes, por lo menos, y él también esperaba restablecer el prestigio de la familia guiando a Ruy Manuel a una carrera distinguida. Ya había decidido que sus planes tenían una buena probabilidad de éxito. No se le escapaba que el niño, a su tierna edad, ya presentaba varias características muy prometedoras: era resuelto, pero reservado, y capaz de mandar y dirigir a sus compañeros de juegos. Y el tío Pío también tenía que reconocer de mala gana que el instinto que había heredado el chico de atesorar cada moneda que caía en sus manos sugería que era más probable que de mayor fuese sensato y digno de confianza, que derrochador o desenfrenado. Cuando creciera un poco, se le podría enseñar a emplear su riqueza como instrumento para su ascenso social.

Ruy Manuel pasó toda su infancia en el caserón que daba a la plaza mayor de la ciudad de provincias. Lo educó un tutor francés de buen talante, monsieur Botin, que enseñaba todas las asignaturas, incluidas las matemáticas y los idiomas extranjeros. Ruy Manuel adquirió un excelente acento francés y un risible deje alemán. El tío Pío había escogido a un francés porque en aquel momento no podía fiarse del republicanismo de ningún español. La incompetente dictadura de Primo de Rivera era, a pesar de todo, lo bastante poderosa como para intimidar a cualquiera que quizás habría preferido mostrarse neutral en política y el tío Pío, cuyos antepasados habían sido destacados anti-monárquicos durante cinco generaciones, sentía una desconfianza bastante esnob hacia todos los advenedizos conversos contemporáneos, siempre inflamados. También deseaba que el muchacho fuera educado en combinar las opiniones anticlericales con una apariencia de conformidad socialmente decente y sabía que sería casi imposible encontrar a un español que no fuese católico militante o ateo furibundo, a lo que había que sumar el delicado problema de la condesa, quien, conforme se hacía mayor, se mostraba cada vez más devota e inclinada a esperar que su hijo se tomara en serio la religión. El tío Pío no se opuso a que celebrase la primera comunión y Ruy Manuel tuvo su ceremonia y su merienda a base de dulces; sin embargo, el hombre puso todo su empeño en convencer a la duquesa de que encontrarse bajo la doble influencia de un confesor y de su tutor no haría sino confundir al muchacho. Así pues, el sereno escepticismo francés de monsieur Botin no se vio complicado por ningún íntimo contacto con la fe católica y el muchacho siempre asoció la piedad con mujeres respetables y solitarias.

Cuando su ahijado cumplió dieciocho años, el tío Pío pensó con satisfacción que su plan educativo había sido un éxito. El joven Quintanilla era un muchacho instruido, sereno y serio sin llegar al exceso.

Era primavera en Madrid cuando Ruy Manuel llegó para hacer el servicio militar. En teoría, estaba destinado en un destartalado cuartel de un barrio de chabolas en el camino a Fuencarral, pero en realidad vivía en un lujoso piso con vistas a los jardines de El Pardo. Se suponía que debía comparecer todos los días a pasar revista a las nueve de la mañana, pero era muy habitual que los jóvenes ricos se ausentaran (sobre todo los días de paga, cuando el sargento primero podía embolsarse sus haberes, además de los propios, en compensación por los favores que les hacía). Y mientras hicieran acto de presencia en determinadas

formaciones, que siempre tenían lugar hacia mediodía, nadie se quejaba de su indolencia. El conde de Quintanilla era un poco más escrupuloso que la mayoría y, en su caso, la actitud habitual de los reclutas forzosos corrientes, que detestaban y envidiaban a los privilegiados señoritos, era distinta: él siempre se mostraba cortés y, como hijo y heredero del inmortal Manuelo, era popular entre sus camaradas, sobre todo porque no se perdía nunca una corrida importante y después disfrutaba describiendo a los hombres, en los términos más técnicos, hasta el último detalle de lo que había sucedido. Sentado en cualquier café barato, entre el zumbido de las moscas, pasaba horas discutiendo y sentando cátedra sobre el último novillero prometedor que acababa de tomar la alternativa, o sobre la superioridad del toreo clásico sobre el moderno.

Quintanilla no se llevaba tan bien con los jóvenes de su propia posición. Su seriedad los habría aburrido fuera cual fuese su ideario político pero, dado que profesaba opiniones republicanas, la mayoría de ellos se resistía a hacer amistad con él. Sus posturas políticas, tan mal acogidas, no habrían importado tanto si hubiera sido un juerguista y hubiese derrochado el dinero como hacían ellos pero, a pesar de la gran fortuna que se sabía que poseía, sólo parecía interesado en frecuentar las plazas de toros y los mítines políticos. Al principio, en alguna ocasión, algún conocido en situación desesperada le pidió prestado dinero, pero él siempre se negó y como consecuencia, durante aquellos primeros años en Madrid, Ruy Manuel hizo muy pocos amigos de su edad, pero al mismo tiempo evitó también verse involucrado con camaradas indeseables. Vivía modestamente con una pequeña parte de sus ingresos y contribuía regularmente a los fondos republicanos, a través del tío Pío, con una cantidad igual a la que gastaba en sí mismo. Lo que sobraba lo reinvertía en bonos norteamericanos seguros a interés compuesto. Esta tercera porción era mucho mayor que la suma de las otras dos, pero las ganancias de Manuelo habían sido tan enormes que la parte que gastaba Quintanilla bastaba para llevar un estilo de vida propio de un joven grande de España. Contrató un criado, se compró un coche deportivo descapotable, con asientos de piel de color rojo, y aceptó obedientemente las muchas invitaciones sociales que su madre se ocupaba en concertar. Su criado era un hombre eficiente y Quintanilla siempre llevaba la ropa bien cortada y mejor cuidada.

Cuando llevaba dos años en Madrid, se enamoró de una adolescente, la

duquesa de Turgulla. La conoció en un baile en la embajada argentina, cuando la chica tenía dieciocho, y la vio con frecuencia en las casas de gente influyente a la que su madre, no siempre sin rechazos y dificultades, conseguía que lo presentaran. Isabela María era rubia y frágil y tenía una voz delicada y un aire reservado, pero era terca y estaba consentida en todo por su padre, que ocupaba un alto cargo en la corte.

Una tarde, Quintanilla se llevó a Isabela María a una corta excursión campestre. Antes de salir, tomaron el almuerzo en un pequeño restaurante, donde era improbable que los viera nadie que pudiese andar con el chisme de que Isabela no llevaba carabina. Los dos disfrutaron de la atmósfera furtiva de la comida y hablaron en voz baja, casi en susurros. Hablaron de ellos y de los toros. Naturalmente, Isabela escuchó con atención los comentarios de Quintanilla sobre los méritos técnicos de diversos toreros, pero discutió arduamente sobre cuáles eran valientes y cuáles cobardes. Ninguno de los dos insinuó el menor desprecio por los que, en opinión de ambos, tenían miedo; de hecho, estuvieron de acuerdo en que quienes merecían más admiración eran aquellos cuya actuación en la plaza no se veía afectada por el manifiesto pánico que sentían.

Isabela dirigió una tímida mirada a Quintanilla y dijo de pronto:

–Manuelo debía de ser maravilloso.

Quintanilla se sintió turbado, pero sabía que tarde o temprano tendría que afrontar el asunto de su padre.

–¿A ti te avergonzaría tener por padre a un torero? –preguntó.

La chica lo miró un instante y luego respondió, despacio:

–Sí.

–A mí me produce vergüenza y orgullo –dijo él–. Depende de con quién estoy hablando.

–Creo que Manuelo te hace atractivo y excitante –añadió ella.

De pronto, Quintanilla se sintió profundamente agradecido de que la muchacha hablara con aquella franqueza.

–¿Te casarás conmigo? –le preguntó.

–Me parece que no –respondió ella con bastante rotundidad.

–¿Por qué no?

–La boda no podría acordarse nunca. Mi padre no lo permitiría.

Quintanilla se irritó consigo mismo por haber sido tan impetuoso. Su primera

intención era quedarse a solas con ella en las montañas y contemplar la puesta de sol rodeados de un absoluto silencio. Allí la habría besado y la habría convencido de comprometerse, para sí, sin palabras.

Pagó la cuenta, montaron en el coche y avanzaron por la nueva carretera radial hacia el oeste. Luego, tomaron hacia el norte hasta el pie del Guadarrama, donde la carretera se hacía estrecha y era imposible correr. A Isabela le gustaba ir deprisa y lamentó que hubieran dejado la carretera principal, pero entonces recordó que en la dirección en la que iban se había inaugurado hacía poco un club de campo con piscina, cócteles y una orquesta de baile americana.

Tuvieron que detenerse para dejar pasar a un campesino con un burro e Isabela llamó al hombre y le preguntó el camino. El campesino no sabía qué era un club de campo, de modo que les indicó la dirección de Madrid, pero no se sorprendió cuando la pareja desoyó sus indicaciones y continuaron en el sentido en que venían.

–Encontraremos un pueblo donde preguntar –dijo Isabela.

–¿Es prudente que nos vean sin carabina?

–Estás hecho un provinciano.

–Tú también lo parecías cuando te invité a almorzar.

–Eso era una táctica. No quería que pensaras que aceptaba la invitación en el acto.

–*Bitch* –dijo él en inglés.

A ella le gustó que replicara a su insulto utilizando una sofisticada palabra extranjera y se dijo que, decididamente, era la persona más atractiva que conocía.

Llegaron a un pueblo gris, árido, en el que todos los postigos de las casas estaban firmemente cerrados, como si el lugar estuviera deshabitado. En la oficina de correos encontraron a un joven, vestido con un chaleco sucio, pantalones de algodón y zapatos de salón de charol, que conocía el camino. Salió con Quintanilla, montó en el coche, se sentó sobre la capota abierta y les hizo gestos de que continuaran la marcha. Avanzaron despacio, bamboleándose por caminos de mulas, durante unos kilómetros. Cruzaron un vado poco profundo y, finalmente, salieron a una carretera nueva que pasaba por delante de la verja de hierro del club de campo.

Quintanilla no supo bien qué hacer del joven: los había acompañado hasta

allí y no habrían encontrado el camino sin él, pero no iba vestido, precisamente, para tomar una copa en un sitio elegante.

Se detuvieron y se apearon y, cuando se abrió la puerta, los tres se encaminaron de inmediato hacia el edificio, directamente al bar.

–¿Qué le apetece tomar, señor? –preguntó Quintanilla.

Isabela pidió un Pimm’s Number One y el joven dijo que tomaría lo mismo.

Bebieron y hablaron de las magníficas carreteras nuevas y, cuando terminaron la copa, Quintanilla propuso que tomaran una segunda, para ayudar al señor en su largo camino de vuelta.

El joven rehusó.

–No debo descuidar mi trabajo en la oficina de correos –dijo.

Se estrecharon la mano y Quintanilla insistió en lo agradecidos que le estaban por su ayuda.

–En absoluto –dijo el hombre–. Hace tiempo que quería visitar el club. Soy yo quien debe agradecerles la oportunidad.

Cuando se humo marchado, Isabela comentó:

–Me alegro de que lo invitases a entrar.

–¿Por qué?

–Ha sido muy amable por tu parte.

–He estado a punto de no hacerlo.

–Ahí está otra vez tu gentileza provinciana.

Las puertas correderas de cristal se abrían a un cuidado jardín lleno de árboles y arbustos. Quintanilla tomó del brazo a la muchacha y la llevó a un rincón apartado, donde la besó apasionadamente.

Cuando volvieron al edificio, y mientras cruzaban el bar camino de la piscina, los abordó un camarero con la cuenta en la mano y les preguntó, excusándose, si eran miembros del club. Quintanilla sacó una tarjeta de visita de un tarjetero de oro y escribió a lápiz debajo de su nombre, «*e Isabela María, duquesa de Turgulla*». Dejó la tarjeta en la bandeja del camarero y añadió:

–Dígale al gerente que nos proponemos inscribirnos.

Pasaron el resto de la tarde bañándose y descansando a la sombra, acompañados por la música de swing que salía de un altavoz colgado de un naranjo. Sólo había tres o cuatro bañistas más y los camareros rondaban discretamente con sus chaquetas blancas, pendientes de que los llamaran con

unas palmadas para pedir otra bebida. A lo lejos, las montañas lucían un luminoso tono azulado bajo el sol radiante y los picos más altos brillaban, cubiertos de nieve. En un momento dado, mientras Isabela yacía boca arriba con las manos debajo de la nuca, Ruy Manuel se inclinó lentamente y pasó su lengua por el vello fino, incipiente, de sus axilas.

De regreso, tuvieron que apresurar la marcha a fin de llegar con tiempo suficiente para que Isabela pudiera vestirse para la cena. Por el camino hablaron de las elecciones generales y Quintanilla la divirtió con sus posiciones republicanas. Sin embargo, cuando ya entraban en Madrid, riñeron en serio porque él dijo que no podía llevarla a los toros al día siguiente.

–¿Por qué no? –preguntó ella.

–Porque debo viajar a Valencia para colaborar en la campaña del tío Pío.

–Manda un telegrama diciendo que estás enfermo.

–Tengo que ir; debo pronunciar un discurso. Los carteles me anuncian como el hijo de Manuelo y eso representa cientos de votos que, de otro modo, el tío Pío no conseguiría.

–Tendrás que aplazarlo –insistió Isabela con rotundidad–. Mi padre y yo salimos para Santander el viernes y puede que no vuelva a verte en semanas.

–No –dijo Quintanilla–. Tengo que ir.

–No puedo creer que seas tan desconsiderado.

–Puedo ir a Santander después de las elecciones.

–Te juro que, si vas, no volveré a hablarte en la vida.

–Eso es muy infantil por tu parte –replicó Quintanilla afectuosamente.

Habían aparcado delante del caserón donde vivía Isabela y la muchacha se apeó y cruzó la verja de hierro forjado con la cabeza muy erguida.

Quintanilla no hizo nada porque no tenía intención de dejar plantado a su tío y no se le ocurría nada más que decir. Regresó a su piso alborozado. Al fin y al cabo, se dijo, la pataleta de Isabela demostraba que le gustaba estar con él. Era evidente que había disfrutado de la excursión tanto como él y Ruy Manuel tuvo la certeza de que habría otras.

Pasó la quincena siguiente en Valencia y alrededores, enfrascado en la campaña electoral, y entre acto y acto se quedó a dormir en casa de su madre varias veces.



Una de esas noches, después de cenar, los dos se sentaron a solas en el gran salón. Durante un rato, se dedicaron a chismorrear sobre asuntos de los criados: quién tendría que casarse con quién y cuánto estaba dispuesto a pagar el padre de ella. Entonces, de pronto, Ruy Manuel se preguntó en voz alta si quizá no sería buena idea que él, también, pensara en comprometerse.

La condesa apretó los dientes y contuvo el aliento, esperando con una inquietud casi insoportable que su hijo le dijera con quién se proponía casarse, pero él se limitó a seguir soltando generalidades triviales sobre si tal vez era necesario que él también empezara a pensar en establecerse, ahora que había terminado el servicio militar.

–No es que no pueda permitírmelo –añadió.

Con un esfuerzo de voluntad que la hizo sentirse físicamente enferma, la condesa preguntó con aparente calma si había pensado en alguien en concreto.

–Hay un par de chicas adecuadas –dijo él.

La condesa había intentado concertar la boda de su hijo por su cuenta y sintió pánico de continuar la conversación, por temor a que hablar de ello le metiera la idea en la cabeza a Ruy Manuel, de una forma prematura y demasiado vaga, sin darle tiempo a ella de hacer sus planes. Al mismo tiempo, era urgente que averiguara de inmediato si había alguien en concreto en quien su hijo estuviera pensando.

Sin que fuera consciente de que se debía a ello, oír que Ruy Manuel utilizaba la palabra «adecuadas» la animó lo suficiente como para decirle:

–Háblame de tus problemas, cariño.

Ruy Manuel había pensado en Isabela María y había soñado con ella todas las horas desde que se había marchado de Madrid y le había costado un gran esfuerzo abstenerse de hablar constantemente de la muchacha a su criado.

–He estado pensando bastante en Isabela María, la hija de Toledo –confió a su madre.

La sangre le volvió a la cabeza a la condesa tan deprisa, que dio un respingo y, con una sonrisa animada y reveladora, exclamó:

–¡Bueno, eso es otra cosa!

Quintanilla sólo vio que su madre se mostraba complacida y, por otro lado, él también estaba demasiado obsesionado con sus propios pensamientos como para fijarse en lo extraño de aquel comentario. Le contó lo enamorado que estaba

y le habló de la excursión y de la pelea. La condesa le hizo preguntas y pronto llegó a la conclusión de que su hijo hablaba en serio y de que tal matrimonio sería perfectamente conveniente en todos los aspectos. La mujer llevaba tanto tiempo viviendo en el campo que había exagerado el significado de la disposición de Isabela María a aceptar invitaciones a solas con su posible pretendiente. En su juventud, tal conducta habría sido impensable en personas que no estuvieran públicamente comprometidas y dio por sentado que debía de significar, cuanto menos, que Isabela María sentía tanto afecto por Ruy Manuel como él por ella.

La condesa pidió al servicio que trajera una botella de vino y continuaron hablando hasta pasada la medianoche. Poco a poco, empezó a darse cuenta de lo difícil que sería concertar tal boda. Toledo era un monárquico visceral y en aquellos momentos críticos que vivía el país era más que posible que se opusiera rotundamente a cualquier vinculación con un pariente del tío Pío.

A pesar de ello, se propuso encontrar una solución al problema.

–Está decidido –dijo–. Te casarás con ella.

–El problema –replicó Ruy Manuel– es que Toledo es demasiado rico como para que mi dinero sea un buen señuelo.

–El dinero siempre es un señuelo –le corrigió ella y añadió–: Y si actúas con valor, no puedes fallar. Toledo es un padre indulgente y, al final, cederá.

Ruy Manuel miró fijamente a los ojos a su madre.

–¿Qué estás diciendo?

–Si quieres casarte con ella, hazlo.

–Yo creía que siempre, o casi siempre, habías deplorado la menor irregularidad en estas cosas.

La condesa estaba tan complacida con su hijo, que no le incomodó lo que daba a entender. Se rió y dijo:

–Quiero que consigas lo que quieres.

Ruy Manuel sonrió y, al cabo de unos minutos, dio las buenas noches a su madre con un beso y subió a su habitación a terminar una carta a Isabela María antes de acostarse.

Mientras su doncella le cepillaba el pelo, la condesa pensó conscientemente, por primera vez, en lo emocionante que sería que su hijo protagonizara una fuga de amantes tan brillante como desdolorosa había sido la suya. Tenía la vaga

sensación de que, de alguna oscura manera, con aquello quedaría vengada y absuelta.

Isabela María leyó la carta de Quintanilla una mañana, a la hora del almuerzo, en presencia de su padre. Toledo era de una generación que consideraba su deber supervisar la correspondencia de las hijas y no esperaba que ella lo llamase entrometido cuando le pidió ver la carta.

–No te interesaría –dijo Isabela María–. Es de uno de mis amantes, nada más.

A Toledo siempre le hacían gracia las bromas de su hija y se dio cuenta de que no conseguiría su propósito a menos que se lo exigiera de forma autoritaria, lo cual cortaría aquel momento de familiaridad amigable y alegre. Al mismo tiempo, no quería darse por vencido completamente.

–¿Cuál? –preguntó.

–Quintanilla.

–¡Desvergonzada! –exclamó con una risilla–. El hijo de un torero...

–Es muy rico.

–¡Mercenaria!

–Tengo el deber con la familia de hacer una buena boda –declaró ella con voz recatada.

Toledo se rió de nuevo, le dio unas palmaditas en la mano y no continuó la conversación porque no creía posible que Isabela tomara en serio a Quintanilla como posible marido. El conde, que había vivido siempre en el reducido círculo de las contadas familias más próximas a la corte, consideraba insignificantes a todos los demás y no tenía el menor interés por la militancia política de Quintanilla porque la desconocía por completo; apenas había oído hablar del tío Pío y sólo relacionaba al joven con Manuelo, quien, como la mayoría de toreros de fama, podía presumirse que había sido respetuosamente leal al rey.

Isabela María había decidido que estaba enamorada de Ruy Manuel, pero sentía tanto afecto por su padre que no se planteaba casarse con nadie sin su aprobación. Por otra parte, estaba disfrutando tanto de su primera temporada de actividades adultas, que no quería en absoluto comprometerse de inmediato. Estar enamorada y tener citas más o menos clandestinas con Ruy Manuel era emocionante, pero casarse era algo que apenas imaginaba muy vagamente, en un

futuro inconcreto, y su boda tendría con certeza toda la parafernalia habitual de vestidos nuevos, regalos, madrinas, lirios, velos y música solemne.

Mientras tomaban el café con unas tostadas, por la radio empezaron a anunciarse los primeros resultados de las elecciones. Perplejos, no oyeron más que derrotas monárquicas. A Toledo, las noticias le parecieron tan completamente impensables que, durante un rato, creyó en serio que estaba oyendo alguna especie de irrupción propagandística organizada por los republicanos desde alguna emisora extranjera. Pasó la mañana haciendo llamadas por teléfono y, antes del almuerzo, partió para Madrid con Isabela María en su coche más rápido.

Condujeron sin parar y llegaron a última hora de la tarde al centro de la ciudad. Les costó avanzar entre la muchedumbre que daba vítores por las calles. En la Puerta del Sol, había un atasco de tráfico. Era imposible moverse. Muchos de los manifestantes vociferaban, agitando antorchas improvisadas de las que saltaban pavesas que causaban pequeños pánicos localizados y estimularon e intensificaron el griterío vociferante y la creciente histeria masiva. Cinco jóvenes con recias botas se subieron al techo del Rolls-Royce de Toledo. Una ventanilla se rompió de una patada y las tachuelas de la bota alcanzaron a Isabela y le causaron profundos cortes en la oreja y la mejilla. Les costó un buen rato salir del coche. Toledo dejó al chofer a cargo del vehículo y, rodeando con firmeza por los hombros a su hija, se abrió paso a empujones y codazos con una sonrisa artificial en el rostro y respondiendo con disculpas al enojo de la gente a la que empujaba con demasiada brusquedad.

La multitud, cada vez más numerosa, se sentía triunfante y se volvía cada vez más amenazadora. La policía había desaparecido de las calles a primera hora del día y decenas de miles de revolucionarios fieramente exaltados proclamaban a gritos su intención de asaltar aquella noche el Palacio Real y sacar a rastras al rey. Los soldados eran tan poco de fiar como la policía y, antes del amanecer, Alfonso había abdicado y había abandonado el palacio por una calle secundaria con su familia, en secreto y a toda prisa, camino del exilio.

Toledo e Isabela lo siguieron por vía aérea al día siguiente.

El tío Pío se encontró convertido, para su sorpresa y asombro, en miembro

importante del nuevo gabinete republicano. Su conocida moderación e integridad, combinada con su experto conocimiento de la teoría fiscal, lo convertían en un muy idóneo ministro de Finanzas. El inesperado hundimiento de la monarquía, de la noche a la mañana, había pillado por sorpresa a todos los partidos y el nuevo gobierno hubo de improvisarse a toda prisa bajo la iniciativa de los escasos líderes reconocidos que había. El ministerio del tío Pío era tal vez el más difícil de dotar de personal porque sus funcionarios habían sido escogidos por el anterior ministro debido precisamente a su extremo conservadurismo. Era demasiado arriesgado no despedir a una gran parte de ellos y, sin embargo, eran demasiado pocos los republicanos con la cualificación necesaria para sustituirlos.

Inevitablemente, pues, el tío Pío se vio obligado a seleccionar a hombres que conocía en persona y de cuyo carácter y convicciones estaba seguro y, aunque por un segundo le preocupó la idea del nepotismo, decidió que su ahijado, Ruy Manuel, era exactamente el tipo de joven solvente que necesitaban y que estaba perfectamente capacitado, por méritos propios, para desempeñar un cargo de responsabilidad. Así pues, sucedió que mientras Isabela María mandaba telegramas desde el Claridge's a Ruy Manuel para que volara de inmediato a Inglaterra, él estaba ocupado en dar los primeros pasos, partiendo de un par de peldaños de la cima, en la escalera de su carrera política en España.

Durante los meses siguientes, Isabela vivió con su padre en Curzon Street, en un piso amueblado sin carácter, aburrida y echando de menos el sol y la vida al aire libre de España. Escribió largas cartas imperiosas a Quintanilla, insistiendo en que se presentara inmediatamente en Londres y aprovechara la oportunidad de congraciarse con su padre. Una vez que toda la estructura tradicional de la vida en la corte se había derrumbado, decía, sería fácil convencer a su padre para que accediera a su matrimonio si Ruy Manuel tenía la sensatez de venirse a vivir en Londres, donde todos los exiliados españoles, agrupados en la desgracia, se conocían y se apoyaban y se aprobaban mutuamente.

Las respuestas de Quintanilla eran apasionadas e inflexibles: la amaba desesperadamente, pero tenía mucho trabajo. Quizá pudiera tomarse unos cuantos días de vacaciones por navidad y hasta entonces sólo podía reafirmarse en la intensidad de sus deseos de verla y de su amor imperecedero.

Sin embargo, las cosas se desarrollaron de tal manera que pasaron varios años hasta que volvieron a verse. Sobreviviendo a los cambios y más cambios de gobierno entre la caída de la monarquía y la rebelión fascista de 1936, Quintanilla continuó trabajando para el tío Pío, el único ministro que permaneció en todo momento en el poder –y desempeñando la misma cartera– hasta el último año de la guerra civil.

Hacia 1938, en círculos gubernamentales empezó a hacerse secretamente evidente que los rebeldes dirigidos por el general Franco conseguirían imponerse. Pocos se atrevían a comentarlo, ni siquiera a sus amigos más íntimos, por miedo a la ubicua presencia de la policía política que los consejeros rusos habían establecido para entonces en todo el territorio republicano. Sólo en las reuniones del propio gabinete gubernamental, del cual formaban parte dos comunistas y unos cuantos compañeros de viaje, se podía insinuar la teórica posibilidad de una victoria de Franco sin correr el riesgo de la liquidación inmediata por derrotismo. E incluso entre los ministros, sólo uno de los comunistas habría aceptado dedicar un instante a discutir tal contingencia. Sin embargo, la catastrófica derrota en Aragón y la división de la España leal al gobierno en dos partes obligaron finalmente a que se hablara del tema. El avance del enemigo forzó a tomar la decisión de trasladar las reservas nacionales de oro a un lugar alejado de la lucha, y para entonces no había ciudad ni pueblo en España que el gobierno legítimo estuviera seguro de conservar.

Se trataba de una valiosísima y fabulosa cantidad de lingotes de oro fácilmente realizables, por valor de decenas de millones de libras, y el gabinete debatió la cuestión con gélida intensidad. Los socialistas de la coalición propusieron esconderla en una ciudad pequeña que los demás sabían que estaba bajo control socialista, mientras que los comunistas sugirieron una provincia que casualmente, según hicieron notar los socialistas, estaba dominada por tropas comunistas exclusivamente. El tío Pío, que era el único liberal que quedaba en el gobierno, quedó muy decepcionado ante la exhibición de flagrante interés partidario a expensas de España, pero no participó en las discusiones hasta que los demás, tras muchas horas de tira y afloja, llegaron al acuerdo de que el oro debería ser enviado al extranjero. Los comunistas propusieron Moscú como lugar más seguro y los socialistas se decantaron por México. Los compañeros de viaje intentaron una solución de compromiso y señalaron París como la capital

más conveniente para guardar el tesoro.

Fue el tío Pío, como tantas veces sucedía, quien propuso la resolución que se adoptó finalmente. En ella se recomendaba que una parte fuese a Moscú, otra parte a Ciudad de México y otra a París. El experimentado ministro tuvo buen cuidado en redactar la resolución en estos términos y en lograr que quedara constancia oficial de ella, pues había decidido por su cuenta que, en cualquier caso y por principios, una cuarta parte de la herencia nacional española permanecería en territorio nacional. La resolución, que hacía referencia a tres «partes» y no a tres tercios, le permitía, sin apenas remordimientos de conciencia, aprovechar el hecho de ser el único miembro del gabinete que conocía con precisión cuánto oro había, dónde estaba exactamente y bajo qué condiciones se guardaba. Y para justificarse a sí mismo la reticencia que había mostrado durante el debate, apeló al hecho de que dos miembros del gabinete, por lo menos, guardaban lealtad al Comintern de la Unión Soviética, antes que a España.

Como ministro responsable de llevar a la práctica la decisión adoptada, el tío Pío podía elegir libremente a sus colaboradores y fue inevitable que colocara a Quintanilla a cargo de la cuarta parte secreta, cuya existencia sólo conocían ellos dos. Dispusieron que el oro, embalado en sólidas cajas de transporte de munición, fuese enterrado en una pequeña meseta, estrecha y casi inaccesible, en el corazón de los remotos Pirineos, a menos de dos kilómetros de la frontera francesa. A los soldados que participaron en el traslado se les dijo que estaban estableciendo un depósito de munición de emergencia y, aunque se les exigió juramento de guardar secreto, Quintanilla consiguió que todos creyeran que la operación era un asunto rutinario, poco importante y bastante tedioso. El tesoro fue acumulado gradualmente por hombres procedentes de distintas unidades y ninguno de ellos tenía la menor idea del tamaño del depósito. El único camino que llevaba al lugar fue dinamitado muy a conciencia para hacerlo inaccesible y Quintanilla confió en que el tesoro no sería descubierto fortuitamente por ningún grupo de soldados en retirada o por una avanzadilla de exploración. El tío Pío había insistido en que lo único importante era la seguridad, dando por hecho que, cuando necesitaran acceder al oro, dispondrían de todo el apoyo gubernamental para abrir y construir un nuevo camino de acceso.

Aquel invierno, Ruy Manuel pasó unos meses en Francia para arreglar los

detalles legales relativos al transporte de las otras tres partes del oro y en enero se tomó unas cortas vacaciones en Davos para esquiar.

Isabela y su padre se alojaban en el mismo hotel. Ruy Manuel seguía enamorado de ella e Isabela se comportó de una manera muy formal e intentó convencer a su padre de que accediera al compromiso, pero no sirvió de nada porque Toledo no quiso hablar siquiera de emparentar con alguien que apoyaba lo que él llamaba «la junta bolchevique» española. El hombre se mostró especialmente difícil porque, para entonces, ya era muy evidente que Ruy Manuel estaba en el bando perdedor.

Unos meses después, con el hundimiento final del gobierno legítimo, el tío Pío y Quintanilla escaparon a Burdeos y, el año siguiente, la conquista alemana de Francia obligó al tío Pío a embarcarse apresuradamente en un mercante rumbo a México, dejando a Ruy Manuel como único responsable de los asuntos de su partido en Europa. Según se vio después, el tío Pío tuvo motivo para congratularse de su previsión con respecto a las reservas de oro, puesto que el gobierno francés devolvió la parte guardada en París al régimen de Franco, victorioso aunque ilegítimo, y los rusos se limitaron a repartir pequeñas cantidades de la suya exclusivamente a aquellos políticos republicanos que seguían al pie de la letra la línea del partido comunista. El tercero de los envíos conocidos había terminado en Ciudad de México, en la cuenta personal de un ex ministro al que, salvo en esto, el tío Pío consideraba un hombre respetable y políticamente leal. De hecho, el principal motivo de que el tío Pío dejara Europa fue, precisamente, negociar una solución más constitucional de aquel asunto.

En su condición de refugiado individual sin respaldo oficial en ningún país, el veterano político habría descubierto a su llegada a México que, a pesar de su fama de persona íntegra, carecía de una base convincente sobre la que negociar, de no haber sido por la existencia de aquella ignorada cuarta parte de las reservas, que calculaba que debía ascender a, por lo menos, tanto como la parte que todavía retenía en su poder el otro ex ministro.

Durante las negociaciones, la extraordinaria revelación del tío Pío no se cuestionó, pero no fue hasta 1944 cuando pudo acordarse un programa político definido, para el cual deberían emplearse ambas partes del tesoro nacional. Y, antes de comprometerse a la entrega del control exclusivo de su parte, el grupo mexicano insistió en recibir alguna garantía reciente que demostrara que el oro



de los Pirineos seguía oculto e intacto.

Los conferenciantes no tuvieron dificultades para ponerse de acuerdo: todos se conocían de haber pasado muchos años en la oposición y en el poder y les unía el mismo odio al fascismo de Franco y al comunismo ruso. Por unanimidad y casi sin debate, se decidió que Quintanilla era la persona más adecuada a la que confiar la investigación; sus instrucciones, trasmitidas a través de amigos de una embajada neutral en Vichy, fueron acudir al lugar donde estaba escondido el oro, hacer un inventario exacto de lo que encontraba allí e informar del resultado sin dilación. Ni siquiera el tío Pío tenía idea de lo impracticable que resultaba el encargo, pues daba por hecho que, aunque el emplazamiento era casi inaccesible, a alguien como Ruy Manuel, que tenía un conocimiento preciso de la zona, no le resultaría imposible encontrar la manera de llegar.

Cuando recibió la misión, Quintanilla no se dejó amilanar por su dificultad. Estaba harto de no hacer nada y el año anterior, en previsión de que pudiera resultarle útil algún día, había pasado dos semanas escalando en Suiza con un experto guía e instructor. Sin ser muy consciente de ello, el verdadero motivo por el cual la comunicación del tío Pío lo alegró tanto fue que el acuerdo político firmado en México creaba un movimiento unitario de todas las fuerzas antifranquistas, excepto los comunistas, e incluía a los influyentes seguidores monárquicos del pretendiente, don Juan, entre los cuales Toledo era uno de los más activos. Quintanilla casi había llorado de gratitud al pensar en la amabilidad del tío Pío al concertarle (a sabiendas de lo que hacía, sin duda) un encuentro secreto con el padre de Isabela María como copartípe en la conspiración.

La entrevista que mantuvieron en Montecarlo resultó cordial y, aunque Quintanilla no estaba autorizado a mencionar la existencia de la desconocida reserva, Toledo se mostró encantado de conocer la increíble cantidad de dinero que el grupo mexicano estaba dispuesto a aportar a la causa común.

En la reunión se diseñó un plan complejo y de largo alcance. Toledo indicó que la primera necesidad práctica era la creación de un sistema por el que mensajeros y dinero pudieran circular libremente y en secreto entre Francia y España. Muchos de los monárquicos habían sido partidarios de Franco hasta fechas recientes y no les resultaría imposible conseguir permisos oficiales de salida del país si lo solicitaban por escrito y alegaban motivos aceptables para el desplazamiento. Sin embargo, con estas peticiones atraerían la atención sobre

ellos y, si viajaban con demasiada frecuencia, era probable que se hicieran sospechosos de tener otras razones para hacerlo y fueran sometidos a vigilancia constante. Lo que se requería, dijo Toledo, era una agencia que se ocupara con eficacia de la preparación de todo tipo de viajes, de los cambios de divisas e incluso, en ocasiones, de la falsificación de pasaportes y documentos de identidad.

Los dos estuvieron de acuerdo en que la policía política fascista se componía de gente escogida, preparada y bien pagada, pero las fuerzas del orden corrientes seguían siendo tan incompetentes y corruptas como siempre. Su plan, por consiguiente, consistía en formar un grupo dedicado al contrabando por puro lucro que implicara a varios agentes de policía y de aduanas y que constituyera una tapadera útil bajo la cual pudieran llevarse a cabo en secreto los auténticos objetivos de la conspiración política. Este doble engaño, demasiado complicado a primera vista, quizá no habría parecido verosímil de no haber sido por las peculiares circunstancias de la semiindependiente república pirenaica de Andorra, donde se proponían establecer su centro. Tradicionalmente, los andorranos no eran leales a Francia ni a España y durante muchas generaciones su principal industria, si no la única, había sido el contrabando entre los dos países. Toledo y Quintanilla dieron por sentado que, si operaban con buenos beneficios pero eran generosos, podrían congraciarse con los miembros más importantes de la comunidad y, estableciendo vínculos con ellos y con fondos ilimitados, desarrollar gradualmente una organización que tuviera la protección del Consell de gobierno de Andorra y de la cual los agentes de la policía española residentes allí se desentendieran discretamente.

El plan era muy conveniente para Quintanilla. Sabía que el tío Pío y el comité de México no soportaban su aislamiento de cualquier política realista en España y que aplaudirían su rapidez en formar un núcleo práctico para el trabajo concreto. Al propio tiempo, el hecho de que la estrecha meseta donde se ocultaba el oro no se hallara lejos de Andorra posibilitaba utilizar la organización como un canal mediante el cual pasar, de vez en cuando, pequeñas cantidades de lingotes que no llamaran la atención. Y, además, Ruy Manuel estaba encantado con la manera irónica en que los giros y cambios de los asuntos políticos lo habían llevado a una relación de secreta complicidad con el intransigente progenitor de la persona de la que estaba enamorada desde hacía

tantos años.

Así pues, con la energía que le proporcionaba la convergencia entre sus fervores políticos y personales, Quintanilla preparó su azaroso viaje a las montañas. En el mercado negro de Niza, tuvo la suerte de poder comprar, a un precio fabuloso, una gran cantidad de elegantes plumas estilográficas para venderlas baratas en Andorra.

A continuación, se puso en contacto con los dos últimos exiliados republicanos todavía en libertad que conocía, dos hombres suficientemente jóvenes y de confianza como para que lo acompañaran a Andorra y a la meseta. Intentar acceder él solo sería una locura, supuso, y aquellos hombres también le serían útiles, incluso fundamentales, como ayudantes en sus negociaciones con la gente de aquella república de montaña.

Los tres partieron por separado hacia su primer lugar de encuentro, un pueblo al pie de las montañas llamado Ceret. Quintanilla viajó en tren, en primera clase, con las estilográficas en una caja en el furgón de carga. Habían acordado que los tres se cambiarían de ropa por el camino y se encontrarían en el pueblo haciéndose pasar por campesinos. Habían salido de Niza al comienzo de la primavera, con tiempo suficiente para la travesía antes de que las primeras nieves del otoño hicieran impracticable la ruta.

Quintanilla se presentó en Ceret con un burro que había comprado para transportar la carga y esperó durante tres semanas, pero los otros no aparecieron. Se lo veía tanto por el pueblo, y sin hacer nada, que despertó la curiosidad de la policía local, que lo interrogó un par de veces. Al final, se vio obligado a aceptar que a sus amigos los debían de haber detenido con la documentación falsa y no se presentarían. Fue la suspicacia que había levantado su larga espera, probablemente, lo que condujo a su detención, unas horas después de que partiera solo hacia Andorra. Había decidido continuar adelante porque no era más peligroso que volver por donde había venido y, en cualquier caso, tardaría semanas, si no meses, en organizar un nuevo grupo; para entonces, ya estaría demasiado avanzado el verano y tendría que pasar otro año hasta que el comité de México recibiera su informe, sobre cuya extrema urgencia le habían insistido. Ruy Manuel tenía, pues, muchos motivos para estar decidido a conseguir su objetivo y había emprendido la marcha en solitario con la esperanza de que, al final, encontraría la manera de acceder a la meseta por su cuenta. Por lo menos,

se dijo, comprobaría sobre el terreno si era posible hacerlo. Y también podría empezar a relacionarse con los andorranos vendiéndoles las plumas en condiciones muy ventajosas.

El plan, sin embargo, no resultó. La policía llevaba demasiado tiempo observándolo y, tan pronto pagó en la posada, la policía de fronteras fue puesta sobre aviso por teléfono. Le dieron el alto en un angosto camino y lo devolvieron a la comisaría de Ceret, donde lo encerraron en una celda minúscula, una especie de establo de cabra, durante nueve días, hasta que hubo suficientes detenidos como para justificar el uso del desvencijado autobús que los conduciría, encadenados, a Naronne.

Para su sorpresa, en el juicio lo trataron como un delincuente de ínfima importancia. Esto se debió a que, antes de que lo acusaran formalmente en Naronne, todas las estilográficas salvo una docena habían pasado a propiedad de los guardias de fronteras y los policías del pueblo, que se las habían repartido. Por supuesto, él no aumentó la gravedad de su delito declarando ante el juez el valor real del alijo, y la policía no tenía el menor interés en complicar un caso sencillo llamando la atención sobre la rara historia que contaba el preso y su dudosa documentación.

Los otros cinco delincuentes que compartieron conducción con Quintanilla desde Ceret conocían perfectamente, por esos curiosos medios que parecen tener los presos para estas cosas, el valor real del alijo. Incluso lo exageraron. Y los dos que terminaron en la misma celda que él en Naronne pusieron al corriente a los demás. Así pues, Quintanilla se encontró tratado como un pez gordo que, dentro de la desgracia de haber sido detenido, había sabido engañar a las autoridades con una astucia admirable. Durante las primeras semanas de encierro, era tal su alivio por haber salido de aquella sin ser torturado y tanta su gratitud a sus compañeros de celda por su cordialidad, que casi se sintió feliz y soportó con facilidad la suciedad, la comida infecta y las incesantes sesiones del adivina quién te dio. Sin embargo, últimamente había empezado a ser de nuevo consciente de la catástrofe completa e irremediable que significaba su detención. El hambre lo había vuelto cada vez más irritable y aquel horrible juego inacabable había terminado por producirle tal repulsión que, la tarde que Clair perdió los nervios, había tenido que morderse la lengua para contener las ganas de saltar él también y estrangular al grandullón Isidore por la espalda.

Quintanilla se había sumido en un estado de desesperación casi suicida ya antes de la soleada mañana en que el carcelero Bertiglia se había presentado en el patio y había leído, de forma rutinaria, la orden por la que los tres debían prepararse para ser interrogados en Toulouse.



Los presos pasaron del sol de mediodía a la oscuridad de la celda y formaron en fila, callados, a la espera de que llegara el negro con la sopa del almuerzo. Quintanilla controló el castañeteo de dientes y consiguió no pensar en nada durante unos minutos. Sacó brillo al interior de su escudilla de hierro con el codo y, de pronto, se le ocurrió que aquél quizá fuera el último almuerzo que hiciese en su vida. Respiró ruidosamente por la nariz e intentó no pensar en el viaje a Toulouse de la mañana siguiente.

Engulló la sopa y se comió todo el pan de golpe. A continuación, a grandes tragos, apuró su litro de vino diario. Sentado a la mesa, apoyó los codos en ella hasta que se sintió más tranquilo y más fuerte; entonces, se echó hacia atrás con las manos en los bolsillos y se preguntó por primera vez cómo estarían tomándose Sterner y Clair la perspectiva del traslado a Toulouse. Miró a Clair, que estaba acucillado en el suelo apurando el vino, y descubrió que sus ojillos de pájaro le devolvían la mirada. Sterner, próximo a Clair, sonrió a Quintanilla dejando a la vista sus dos filas de dientes cortos, puntiagudos, separados y manchados. Cada vez que a Ruy Manuel se le ocurría dirigir la mirada a cualquiera de los dos, los encontraba observándolo fijamente y comprendió que, como era de esperar, estaban tan interesados en su reacción a la situación como él en la suya. Irguió la espalda, irritado con su propia cobardía, y decidió que no iba a dejarse avergonzar por dos sucias ratas de alcantarilla como aquellas.

Se puso en pie, sacó las manos de los bolsillos, cerró el puño derecho y resolvió de una vez por todas, casi con ferocidad, que intentaría escapar. Rezongando por lo bajo, se dijo que cualquier intento de fuga, por desquiciado e inútil que fuera, resultaría más razonable que no hacer nada. No importaba que el intento fuese suicida porque ahora veía claramente que su deber era encontrar la manera de morir antes de que la Gestapo empezara a sonsacarle secretos.

De pronto, cayó en la cuenta de que tenía apenas una hora para decidirse a probar de saltar la tapia. Era una lástima que hubiera pasado la mañana tan trastornado, en lugar de dedicarla a hacer una inspección minuciosa de las grietas y asideros que pudiera encontrar en ella. A estas alturas, ya debería tener decidido el punto exacto por el que empezaría a escalar, porque así habría puesto buen cuidado en ser el primero en salir al patio por la tarde, con el propósito de alcanzar la pared mientras los carceleros estuvieran todavía en la celda, conduciendo al resto de los presos. Entre él y los revólveres de los guardias habría habido un muro de gente apiñada en la estrecha puerta, lo cual le habría proporcionado casi medio minuto de ventaja. Quintanilla se acercó al cubo de los desperdicios y se quedó allí, tratando de decidir si arriesgarse, aun sin saber exactamente por qué parte de la tapia intentarlo.

Los carceleros llegaron por el corredor mucho antes de que estuviera preparado, pero sabía que era su única oportunidad y tomó la decisión de que, tan pronto se abriera la puerta del patio, saldría y echaría a correr.

Por un momento, se sintió sereno, desapegado de todo; sin embargo, de pronto, fue presa de la cólera al ver que Sterner se interponía entre la puerta y él.

El carcelero tuvo que ordenarles a gritos que se apartaran para que pudiera meter la llave en la cerradura. Los dos hombres forcejearon y acabaron por empujar al funcionario.

—¡Echaos atrás! —gritó Bertiglia. Con parsimonia, abrió la puerta y volvió a gritar—: ¡Atrás!

Bertiglia esperó, decidido a afirmar su autoridad, y por fin salió al sol. Quintanilla captó un silbido en los pulmones del carcelero cuando los llenó para dar la orden:

—¡Paso ligero!

Sterner fue el primero en salir y se encaminó directamente hacia la tapia del otro lado del patio, la que daba al exterior, entorpeciendo en todo momento el paso a Quintanilla. Éste habría tenido que echar a correr para adelantarlo, pero sabía que estaban absolutamente al descubierto en medio del patio vacío y que el viejo carcelero resabiado los vigilaba. Aminoró el paso y se puso a caminar tranquilamente junto a la tapia, buscando asideros.

Enseguida se dio cuenta de que había sobrestimado las posibilidades de escalarla, pues comprobó que no había dónde asirse con la yema de los dedos



siquiera, y mucho menos dónde apoyar sus pesadas botas para impulsarse. Empezó a considerar que había tenido suerte de no poder llevar a cabo su ridícula carrera patio a través.

Llevaba un rato deambulando junto a la tapia, observándola de arriba abajo, cuando se encontró al lado de Sterner, que seguía exhibiendo una sonrisa en los labios, pero en cuyos ojos le pareció ver una mirada dura y perturbada. En aquel momento, Quintanilla decidió que aquel hombre no era el débil mental que aparentaba.

Pensó en la determinación con la que Sterner se había abierto paso para ser el primero en ganar el patio y, de pronto, le pareció probable que él también se propusiera saltar la tapia. Observó que los dos buscaban a Clair con la mirada... y lo descubrieron observándolos.

Pronto sería hora de volver a la celda para la cena, pensó, y se habría esfumado la última posibilidad de fugarse. Sin embargo, ahora se sentía menos desamparado, menos solo, pues empezaba a sospechar que podían ser tres, todos llevados por la misma desesperación, los que querían creer en la esperanza de escapar. Y entonces cayó en la cuenta de que, en efecto, los tres iban a estar juntos en aquello de la manera más literal imaginable cuando les pusieran los grilletes para el viaje a Toulouse. Y si todos tenían para entonces la misma determinación, cabía la posibilidad de que encontraran una escapatoria.

Imaginó con detalle lo que iba a suceder: los sacarían de la celda y recorrerían el pasadizo hasta la oficina de recepción, donde, probablemente, los esposarían y los encadenarían juntos. Era probable que, desde allí, dos carceleros los condujeran en fila hasta las puertas de la prisión y calle abajo, hasta el autobús.

Quintanilla vio con claridad que aquel sería el momento de intentar la huida. Una vez dentro del autobús, ya no habría nada que hacer pues, aunque se echaran encima de los carceleros y los estrangularan, quedaría el conductor, que viajaría en un compartimento aislado y que, probablemente, iría armado.

Sin embargo, pronto cambió de opinión. Se le ocurrió que, si reducían a los dos funcionarios acompañantes, podrían hacerse con sus respectivos revólveres y amenazar con ellos al conductor, al que obligarían a dejar la carretera principal y tomar alguna secundaria poco concurrida. Y en el autobús, probablemente, habría alguna caja de herramientas con una lima para cortar las cadenas.

Fue esto último lo que le hizo decidirse. Aunque al principio le había parecido más sencillo echar a correr tan pronto salieran por la puerta de la prisión y tomaran el estrecho callejón, Quintanilla comprendió que, si lo hacían, se daría la alarma de inmediato y resultaría ridículamente fácil volver a capturar a tres hombres encadenados entre sí corriendo alocadamente por las aceras. Sonrió al pensarlo y, de pronto, se sintió esperanzado y excitado. Si el autobús dejaba Perpiñán puntualmente, sin incidencias, y simplemente se le perdía la pista, pasaría cierto tiempo hasta que se diera la alarma. Primero, habría una llamada telefónica de Toulouse, quizás un par de horas después de la prevista para la llegada del transporte; se daría por supuesto que había sufrido una avería y se consultaría a las comisarías de las localidades de la ruta si sabían algo del asunto. Tomando en cuenta el estado del servicio telefónico en aquellos tiempos de guerra, todas estas conferencias podían llevar el resto del día, por lo que había buenas posibilidades de que no se diera la alarma de fuga hasta transcurridas muchas horas; de hecho, hasta que se descubriera el vehículo con los funcionarios amordazados en su interior.

Quintanilla se dedicó unos momentos a observar cómo los demás jugaban a golpearse. Sterner sonreía, pero parecía disfrutar del juego con mucho menos abandono del habitual. Clair paseaba junto a la tapia con la vista fija en Quintanilla y los dos carceleros permanecían repanchigados en sus sillas sin hacer nada.

Clair tenía un aire inteligente, astuto y traicionero y Quintanilla, inquieto, no estuvo seguro de si atreverse a confiarle el plan; el hombrecillo parecía la suerte de persona a la que podía ocurrírsele buscar el favor de las autoridades traicionando a sus compañeros y, desde luego, ya había mostrado una sospechosa tendencia a hacer muchas preguntas. Sin embargo, era inútil andarse con cautelas, se dijo, pues en aquellas circunstancias estaba obligado a correr cualquier riesgo. Con todo, era una lástima que el corpulento Isidore no formara parte del trío, en lugar de Clair. Sus brazos simiescos habrían resultado de utilidad en el autobús. Entonces, recordó la pelea y se dio cuenta de que Clair había demostrado que no era un cobarde y que, si no fuerza, al menos poseía una agilidad muy efectiva. Quizás esta rapidez de movimientos resultase más útil que la mera fuerza bruta, en un ataque por sorpresa a corta distancia.

De Sterner tenía pocas dudas. Era evidente que había estado pensando en

escapar y, grande y lerdo como era, sin duda haría lo que se le dijera. En cualquier caso, pensó Quintanilla, todas aquellas vacilaciones eran irrelevantes porque era imperioso hacer algo, por arriesgado que fuese.

Uno de los carceleros se desabrochó la chaqueta, sacó un gran reloj de plata y, a continuación, gritó:

–¡Atención! ¡Paso ligero!

De vuelta en la celda, poco después de la cena, Quintanilla llevó a Sterner a un rincón. Había otros presos cerca y Sterner era demasiado simple para andarse con sutilezas con él. En voz baja y franca, fue al grano de inmediato:

–¿Te gustaría escapar de aquí?

–Sí –sonrió Sterner.

–¿Mejor eso que ir a Toulouse?

–Sí.

–Podría ser peligroso.

–Peligroso –Sterner asintió calmosamente.

–¿Te arriesgarías?

–Sí.

Quintanilla se dio por vencido. No parecía haber modo de estar seguro de que Sterner entendía lo que le estaba diciendo; simplemente, el tipo se limitaba a sonreír y a asentir al instante a todo lo que le proponía. Decidió que era inútil andarse con generalidades; de una persona como aquella sólo podía esperarse que entendiese las palabras más claras y explícitas, de modo que le dijo:

–Tendremos que cargarnos a los guardias en el autobús.

–Sí –respondió Sterner.

Quintanilla se habría exasperado aún más si no hubiera advertido la expresión de áspera crueldad de Sterner al asentir. Quedaba claro que aquello, por lo menos, lo había entendido. Además, de pronto recordó que Sterner era un jugador de ajedrez bastante competente; por lo tanto, debía tomarlo por una persona inteligente, aunque poco expresiva. Aquello le recordó a Quintanilla que, para no dar la impresión de estar conspirando, sería conveniente sacar las piezas y fingir que estaban comentando una partida. Le dijo a Sterner que le guardara sitio en la mesa y se dirigió al otro extremo de la celda para invitar a Clair a jugar.

Clair aceptó de buena gana y los tres se inclinaron sobre el tablero,

murmurando y moviendo piezas de vez en cuando. Quintanilla decidió ir directamente al grano: dijo que él y Sterner intentarían fugarse y propuso a Clair colaborar en la huida. Luego, subrayó que la alternativa era la certeza de ser torturado, probablemente hasta la muerte, en Toulouse.

Clair dijo que sabía lo que estaban tramando y que se había preguntado todo el día si proponerles concertar esfuerzos. Quintanilla pensó que parecía interesado, pero, en cualquier caso, no le quedaba más remedio que fiarse de él.

Cuando Quintanilla hubo expuesto el plan, Clair apuntó que veía muchas dificultades. Una de ellas era la presencia de otros vehículos en la carretera. También era posible que no los llevaran en el autobús, sino en un furgón policial, en compartimentos separados y cerrados. Asimismo, continuó Clair, era posible que no fuesen los tres únicos presos y que los de las otras celdas no quisieran participar. Y por último, dijo, no tenían garantías de que no fuera a haber más que dos guardias. Quintanilla comprendió que Sterner y Clair no estaban tan desesperadamente dispuestos a correr cualquier riesgo como él y, en lugar de replicar a las objeciones, creyó mejor recordarles los métodos que usaba la Gestapo. Después de hacerlo, Clair no defendió sus objeciones con mucha convicción y pronto quedó claro que tenía tantas ganas como los demás de creer que el plan podía tener éxito.

Continuaron hablando un rato y, cuando la celda quedó a oscuras, juntaron aún más las cabezas y, entre susurros, ultimaron los detalles de cómo actuarían. Corrían poco peligro de que los oyeran porque el grandullón Isidore tenía al resto de los presos farfullando, soltando risotadas y dándose sopapos en otro rincón de la celda.

La mañana siguiente, poco después de que hubieran engullido su ración de agua caliente, Quintanilla, Clair y Sterner fueron conducidos a la oficina. Allí les devolvieron las pertenencias que les habían encontrado al detenerlos (menos el dinero y las navajas de bolsillo) y les entregaron, envuelta en papel de periódico, la parte de la comida del día que les correspondía: un trozo de pan, un pedazo de embutido y una botella de vino por cabeza. Como habían previsto, fueron esposados y encadenados y, a continuación, el carcelero Bertiglia les franqueó la puerta y los acompañó calle abajo. Bertiglia caminaba despacio porque llevaba

una decrepita maleta de cartón, pues iba a pasar la noche en casa de su hijo en Toulouse.

Todos los carceleros más jóvenes habían sido destinados meses antes a supervisar los campos de trabajo franceses en Alemania. La prisión estaba muy poblada y escasa de personal y para el trámite poco importante de escoltar a tres pequeños delincuentes que cumplían sentencias cortas no se había considerado necesario dedicar más de un funcionario. Cuando Quintanilla miró atrás y no vio a nadie más, casi lamentó haber descartado la idea de emprender la huida en la calle. Intentó susurrarle algo a Clair, pero Bertiglia lo oyó y se volvió en redondo.

–¡Silencio! –gritó.

Subieron al autobús y se instalaron en una fila de asientos de cara al carcelero, con la cadena colgando entre ellos. Los tres iban sentados con las manos esposadas delante de ellos y los paquetes de comida en el regazo. El conductor se volvió a mirar por el cristal que hacía de separación y Bertiglia le indicó con un gesto que se pusiera en marcha. El viejo motor traqueteó por las calles del pueblo y salió a la recta carretera principal.

La noche anterior habían acordado que Quintanilla, como señal para que estuvieran preparados, preguntaría la hora. Atacarían mientras el funcionario estuviera distraído con el reloj. Ya estaban en pleno campo, sin casas a la vista, cuando Quintanilla inquirió, con mucha educación:

–Señor, por favor, ¿qué hora tiene?

–¡Silencio! –replicó Bertiglia con voz severa.

Sujetando la botella de vino por el cuello con ambas manos, Quintanilla intentó estrellársela en la cabeza. El carcelero vio llegar el golpe y levantó la mano, pero no pudo evitar que, al mismo tiempo, la botella de Clair se hiciera añicos contra su sien izquierda.

El autobús tenía los frenos gastados y el conductor tardó unos segundos en detenerlo. Para entonces, Sterner ya había cogido el revólver de Bertiglia. Desde un palmo de distancia, disparó dos veces a la nuca del hombre a través del cristal y lo mató. El cuerpo cayó en mitad de la carretera y allí quedó tendido, de modo que cualquier vehículo que pasara tendría que aflojar la marcha para sortearlo.

Quintanilla hincó la rodilla entre los pedazos de cristal, la sangre y el vino y buscó la llave de las esposas en los bolsillos del pantalón del carcelero. Qué

tonto había sido, pensó, al imaginar que tendrían que encontrar una lima en la caja de herramientas. Sonrió y se dijo que probablemente se debía a la influencia de las novelitas baratas que había leído en su juventud. Entregó la llave a Clair, que se apresuró a liberarle de las esposas e hizo lo mismo con Sterner; entonces, Quintanilla vio el cuerpo tendido en la calzada y saltó del autobús para retirarlo de la vista antes de que pasara el siguiente vehículo. Maldijo la estupidez de Sterner y gritó a éste que le echara una mano.

Era primera hora de la mañana y en Francia, por esa época, la gasolina estaba tan racionada que había muy poco tráfico; aun así, por suerte para ellos, ya habían vuelto a cargar el cadáver en el autobús cuando, de repente, apareció a lo lejos la furgoneta de un panadero.

El conmocionado Bertiglia empezaba a recuperar la conciencia y Clair, todavía esposado y con la llave en la boca, inmovilizó al carcelero sujetándolo por el cuello.

El panadero y otro coche que lo seguía aminoraron un poco la velocidad, pero Quintanilla, a pie de carretera, les hizo gestos de que continuaran circulando mientras sonreía y movía la cabeza. La ventanilla rota y el aspecto andrajoso del hombre, barbudo y sucio, llamaron la atención de los conductores y, después de pasar al autobús, el segundo coche se detuvo diez metros más allá y el conductor, que era el médico local, sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó si necesitaban ayuda.

—Nos las arreglaremos —respondió Quintanilla con una sonrisa tensa—. Tenemos seguro.

El coche continuó su camino y aceleró, pero apenas había desaparecido tras un recodo cuando Sterner se inclinó y apoyó la boca del cañón del revólver en la sien del carcelero Bertiglia. Clair todavía lo sujetaba por el cuello contra el suelo cuando Sterner tiró del gatillo.

A Quintanilla le pareció que el estampido resonaba por toda la comarca. Volvió al autobús dispuesto a quitarle el revólver a aquel imbécil, pero Clair se interpuso, enseñando las esposas y la cadena al tiempo que le entregaba la llave. Mientras procedía a abrir el cerrojo, Quintanilla tuvo tiempo de contener su irritación. Clair le dio las gracias y, rápidamente, se agachó y cacheó el cadáver del conductor. Encontró el arma que andaba buscando y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Era una lástima, pensó Quintanilla, aunque tal vez

inevitable, que fueran los dos ladrones irresponsables quienes se hubieran adueñado de los revólveres. Sin embargo, no había tiempo para disputas intestinas.

El autobús detenido en mitad de la carretera llamaba peligrosamente la atención y Quintanilla decidió que debían ponerse en marcha inmediatamente, so pena de ser descubiertos y atrapados con toda certeza. Sin embargo, no tenía intención de ocupar el asiento del conductor y exponer la nuca al gatillo fácil de Sterner.

Durante toda su vida, Quintanilla había estado más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas y el tono con el que mandó a Clair que condujera fue firme y confiado. Calculó que si Clair no sabía conducir, lo diría y Sterner quizá tuviese el buen juicio suficiente para comprender que sería un error disparar al único de los tres capaz de hacerlo.

Clair miró un instante a los ojos a Quintanilla y, con una sonrisa de inteligencia, dijo en tono amigable:

–Muy bien, mi capitán.

Con un chirrido y unas toses, Clair puso el motor en marcha y empezó a avanzar. Quintanilla se sentó detrás de él, cerca del panel de cristal hecho añicos, y Sterner, con las botas, procedió a esconder los cadáveres debajo de los asientos. Fue muy oportuno por su parte pues, casi de inmediato, un transporte militar de ejes altos los alcanzó y los adelantó lentamente con un rugido. Desde la cabina del camión, cualquiera habría podido verlos.

Quintanilla y Clair intercambiaron unas frases breves, apenas dos o tres palabras seguidas, y estuvieron de acuerdo en que era imperioso encontrar un desvío a una carretera menos frecuentada.

Al cabo de unos minutos, vieron una carreterita estrecha a la derecha, bordeada de árboles frondosos. Clair aminoró la marcha y volvió a acelerar.

–Demasiadas rodadas de carro recientes –dijo.

Clair no era tonto, pensó Quintanilla, y tenía valor a pesar de sus ojillos astutos y sus maneras tímidas.

Continuaron la marcha hasta que vieron a lo lejos un grupo de casas en las afueras de un pueblo. No podían estar seguros de que el autobús no fuese reconocido al pasar por la calle del pueblo, o que no encontraran algún control rutinario de tránsito.

Quintanilla dijo que debían desviarse, por poco prometedor que fuese el camino. Clair asintió y, al cabo de unos segundos, tocó la bocina y tomó una buena carretera secundaria a la izquierda.

Avanzaron ruidosamente entre setos y a Quintanilla le inquietó la presencia de dos campesinos que cuidaban unas cabras en un prado, a pocos metros, pero los hombres estaban tan enfrascados en su trabajo que no les prestaron atención.

Las altas montañas, blancas y azuladas, se alzaban directamente delante de ellos, a treinta o cuarenta kilómetros de distancia, y Quintanilla empezó a pensar que, tal como estaban las cosas, su plan de regresar a Suiza, ponerse en contacto con sus amigos y empezar de nuevo desde allí era impracticable. Por bien que escondieran los cadáveres, no tardarían en descubrirlos; probablemente, mandarían perros para que buscaran el rastro desde el punto donde encontrarán el autobús, y entonces tendría tras él a toda la policía, local y nacional. Sin dinero ni documentación, seguro que lo detendrían, quizá como mero vagabundo; pero cuando comprobaran sus huellas dactilares, quedaría demostrada su relación con los asesinatos.

De repente, por primera vez, Quintanilla se percató de que ahora era un asesino en fuga sin un céntimo y se le ocurrió que su mejor opción era cruzar directamente los Pirineos hasta España. Desde la guerra, era improbable que la policía española tuviera una relación muy efectiva con la francesa. Además, poco interesaría a los españoles un caso que, posiblemente, ni siquiera habría sido mencionado en la prensa. En cualquier caso, pensó, si andaban en busca de alguien sería de un francés, no de un español como, naturalmente, él atestiguaría ser por su acento.

Pasaron junto al portalón de un cercado, desde el cual partía un camino que se internaba en un bosque. Nada podía llamar más la atención que vagar sin rumbo con el autobús por aquellas carreteras solitarias y Clair y Quintanilla estuvieron de acuerdo en que aquél era el mejor lugar para detenerse. Clair hizo retroceder un poco el autobús mientras Sterner saltaba y abría el portalón; montó de nuevo sin cerrarlo y tuvieron que detenerse otra vez y dejar el incongruente vehículo en mitad del campo, visible desde todas direcciones, mientras Quintanilla saltaba al suelo y corría a cerrar.

Iba a ser un día de calor y, durante los pocos segundos que la puerta estuvo abierta, cientos de moscardas del tamaño de escarabajos entraron zumbando y se



arremolinaron debajo de los asientos. Ya en el bosque, Clair dejó el camino en un claro y se adentró en la espesura, donde se detuvo.

Rápidamente, se apearon y miraron a su alrededor. Durante unos segundos permanecieron quietos y a la escucha, pero sólo les llegó el zumbido voraz de las moscardas, que parecía invadir el bosque entero. Quintanilla se alejó unos pasos y encontró a poca distancia un torrente. Regresó y los tres hombres cuchichearon entre ellos palabras sueltas y frases a medias.

–Perros –dijo Quintanilla.

–Necesitamos un pico y una pala –murmuró Sterner.

–Es mejor que los saquemos –apuntó Clair–. Lo primero que encontrarán será el autobús.

Era cuestión de darse prisa, pensó Quintanilla. Si escondían los cadáveres lejos del vehículo, pasaría cierto tiempo hasta que los descubrieran y con eso tal vez ganarían un par de horas de ventaja. Pero, por otro lado, en cualquier momento podía pasar un campesino. Tras un instante de indecisión, dijo con voz firme:

–Sí, saquémoslos.

En el autobús, incluso a la sombra, hacía calor. Sterner agarró al carcelero por el cinturón y, con un único movimiento, lo sacó medio cuerpo por la puerta; los otros dos bajaron el cadáver y, antes de que lo depositaran en el suelo, Sterner ya descendía del autobús cargando a la espalda el segundo cuerpo.

De pronto, Quintanilla cayó en la cuenta de que la clave era el río; si encontraban una poza lo bastante profunda, quizá tardarían semanas en dar con los muertos.

–Los hundiremos. Eso no deja olor –dijo.

Él y Clair corrieron al asiento del conductor, buscaron debajo del asiento y tantearon el suelo, pero allí no había ninguna caja de herramientas. Quintanilla tuvo que apretar los dientes y cerrar los ojos para obligarse a sí mismo a entrar en el autobús otra vez. Tiró de una argolla de hierro que vio en el suelo del vehículo y encontró un gran hueco donde había un gato, tres pesadas llaves inglesas, dos baterías, una pala de nieve, cuatro juegos de cadenas para la nieve y varias herramientas más. Las echó todas por la puerta y se fijó en que no había ninguna lima, recordando que su primer motivo para rechazar la idea de emprender la huida en la calle de la prisión había sido la esperanza de que en el

autobús encontraría una lima para serrar las esposas.

Mientras Quintanilla vaciaba la caja de herramientas, Sterner y Clair exploraron río abajo y descubrieron, entre unos frondosos árboles cuyas ramas pendían sobre el agua, una poza en la que cabrían los cuerpos. Regresaron y Sterner no perdió un segundo en cargarse al hombro a Bertiglia y llevárselo pesadamente hacia la poza.

—¡Lastres! —le gritó Clair. Acto seguido, Clair vació los bolsillos del conductor y le dijo a Quintanilla—: Rápido, limpiemos bien esto.

Tomó la pala y recogió con cuidado los pedazos de cristal y lo que vio en el suelo del autobús y lo arrojó al río; después, arrancó dos grandes pedazos de musgo del suelo y arrojó una palada de tierra debajo de los asientos. Subió al vehículo y empezó a limpiar el interior con el musgo a modo de estropajo.

Cuando hubo dejado el cuerpo junto al agua, Sterner volvió por el lastre. Se llevó dos llaves inglesas, una batería, dos cadenas y el gato. Quintanilla ayudó a hacer limpieza y Clair le expuso su idea. Quitaron los añicos de cristal que quedaban en el marco de la ventanilla y, pronto, no quedó ni rastro de la violenta lucha. A continuación, Clair escribió un aviso en una hoja de papel que llevaba en el bolsillo el carcelero y lo clavó en la puerta, con clavos de la caja de herramientas. El aviso decía:

Este valioso vehículo no tiene dueño. Quien lo encuentre debería llevarlo a lugar seguro y esperar que lleguen tiempos mejores, cuando tendrá la posibilidad de venderlo a un precio magnífico. ¡Larga vida a De Gaulle! ¡Abajo los boches!

Clair dijo que cabía la posibilidad de que el primer campesino que diera con el autobús abandonado simpatizara en secreto con la resistencia y, además, la apelación a su codicia podía bastar para que resolviera no dar cuenta de su descubrimiento a la policía. Por lo menos, tal vez le llevara unos cuantos días decidir qué hacía. Soltaron una risilla jubilosa al unísono y Quintanilla empezó a pensar que Clair quizá constituyese un buen elemento para su organización en Andorra.

Sterner estaba ocupado en atar y lastrar el otro cuerpo con el resto de las cadenas, incluida la que había unido a los tres presos. Quintanilla observó que le metía las esposas en los bolsillos y que llevaba a cabo el trabajo muy concienzudamente. Luego, forcejeando entre gruñidos, Sterner intentó cargarse

al hombro el cadáver con todo aquel peso, pero ni siquiera su fuerza bastaba. Miró a Quintanilla como disculpándose, pidiendo ayuda, y entre los dos consiguieron, con dos descansos, arrojarlo al agua.

La poza resultó ser más profunda de lo que habían calculado y los cuerpos hicieron un ruido como un borboteo mientras se hundían entre las rocas resbaladizas.

Quintanilla volvió al autobús, donde Clair había guardado todo lo que no querían en la caja de herramientas y había despejado el suelo. El autobús tenía el aspecto de un enorme animal gris agazapado en la espesura. Clair entregó a Quintanilla los tres paquetes de comida que les habían dado al salir de la prisión y la botella de vino de Sterner, que había quedado intacta, y se quedó allí plantado con dos maletas, la del carcelero Bertiglia y la del conductor, como un viajante de comercio con sus muestras.

El trío abandonó el lugar río abajo, casi a la carrera. Faltaba poco para el mediodía y avanzaban bajo un sol ardiente; tenían hambre y estaban débiles a causa de la vida sedentaria en la cárcel y Clair no tardó en empezar a jadear y trastabillarse. Sterner agarró las maletas y tomó la delantera del grupo, marcando el ritmo de la marcha. Los tres estaban asustados e histéricamente ansiosos de alejarse de los cadáveres y del autobús.

Continuaron caminando deprisa hasta que salieron a un valle con cultivos y distinguieron a seis o siete trabajadores en un viñedo, a un centenar de metros a su derecha. Clair y Quintanilla sugirieron un descanso en el bosque, pero Steiner señaló una arboleda situada más arriba, a menos de un kilómetro de donde estaban, e insistió en que debían continuar hasta encontrar un escondite desde el cual dominaran el terreno circundante, para advertir si alguien se acercaba. Era una buena idea y Clair y Quintanilla prosiguieron la marcha detrás de Sterner, tropezando y jadeando de calor y agotamiento. Se desviaron a la izquierda para dejar un olivar entre ellos y los campesinos y, cuando llegaron a los campos de cultivo, se mantuvieron pegados a los setos y avanzaron agachados para que no ser vistos. Un perro se puso a ladrar furiosamente en una casa de campo, a cierta distancia, y la mujer que salió a ver a qué se debía el escándalo estuvo a punto de descubrirlos. El río formaba un recodo entre ellos y el bosquecillo al que se dirigían, de modo que buscaron por dónde vadearlo y tuvieron que nadar un poco para cruzarlo. Sterner alcanzó la otra ribera, salió gateando con cuidado y

miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no había nadie a la vista.

Los demás se detuvieron en la orilla a beber grandes tragos de agua que cogían con el cuenco de las manos y se sintieron refrescados y agradecidos por el alto en la marcha; al poco rato, Sterner les animó a seguir y los condujo por una zanja que, paralela a un denso seto, ascendía hasta la arboleda. Desde allí apreciaron que todo el valle estaba cultivado y que había pequeñas casas de campo repartidas por todas partes. Cada una de ellas, pensó Quintanilla, tendría un perro para dar la alerta de la presencia de intrusos y, sin duda, no tardarían en ser vistos. Llegó hasta ellos el rumor del tráfico de la carretera principal y los bocinazos de los coches al cruzar el pueblo junto al río. Estaban en una comarca rural pequeña y reclusa en la que todos los habitantes debían de conocerse y los forasteros de paso eran escasos y llamaban la atención.

En la arboleda se sintieron más seguros y decidieron detenerse a descansar y comer. Clair quitó el tapón a la botella de vino y la pasó a los otros. Por un momento, se sintieron a salvo y triunfantes y, a modo de celebración, dieron cuenta de toda la comida que tenían. El placer de fumar los cigarrillos que habían encontrado en los bolsillos de los muertos los regocijó y les dio confianza.

Cómodamente sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, Quintanilla empezó a pensar en su siguiente movimiento. Desde el principio, había tenido la intención de separarse de los otros dos y, ahora que había decidido encaminarse directamente a España pasando por la meseta donde estaba el oro, empezó a considerar la dificultad de quitarse de encima a sus compañeros. Sin embargo, ni siquiera estaba seguro de que ésta fuese, realmente, la mejor opción, pues debía reconocer que juntos formaban un equipo bastante eficaz.

Entre él y Clair, pensó, tenían cerebro suficiente; en cuanto a Sterner, sus aptitudes físicas importaban más que su deficiencia mental. Además, cabía la posibilidad de que los cuerpos no fueran descubiertos hasta transcurridos meses, pero si dejaba a Clair y Sterner y estos debían valerse por su cuenta, era muy probable que, faltos de dinero y dada su condición de ladrones profesionales, no tardaran en ser sorprendidos robando. Sin duda, los harían confesar y enseguida se intensificaría la caza del asesino que faltaba. En resumen, Quintanilla consideró que sería más seguro para él que los tres continuaran juntos hasta

haber cruzado la frontera. De lo contrario, no cabía duda de que Sterner, sin los demás, cometería alguna tontería y sería detenido, y Clair no era una persona en la que se pudiera confiar si uno lo perdía de vista.

Entonces, Quintanilla recordó que, si sugería que se separaran, los otros dos se quedarían sin duda los revólveres que llevaban y lo dejarían completamente desprotegido. Siempre cabía el riesgo de que algún policía le diera el alto y lo interrogara antes de que llegara a las montañas; solo y desarmado, podían detenerlo con facilidad, mientras que los tres juntos, con dos armas, tendrían más posibilidades de escapar.

Decidió que sólo era posible hacer planes paso a paso, aunque previó que, tan pronto cruzaran la frontera, Sterner y Clair se convertirían en estorbos de los que debería desembarazarse sin más escrúpulos que los que habían tenido para liquidar al viejo carcelero y al conductor del autobús. Quintanilla no se engañaba pretendiéndose menos culpable de aquellos asesinatos que los demás, pero estaba seguro de que sus propósitos eran, con mucho, demasiado importantes para el futuro de España como para justificar cualquier decisión que tomara respecto a la vida de dos pequeños delincuentes de los bajos fondos franceses de provincias. Serían de utilidad hasta que cruzara la frontera, pero luego no resultarían unos camaradas de fiar y, además, sabrían tanto sobre sus movimientos que no era prudente permitirles continuar por su cuenta. Contempló las laderas rocosas más allá del valle con sus cultivos y, aún más lejos, los picos azules de las montañas más altas. Desde donde se encontraba, no reconocía nada de lo que veía, pero había memorizado los mapas de la zona tan a fondo que no dudó de su capacidad para encontrar el camino.

No servía de mucho anticiparse demasiado a las cosas, se repitió. Lo mejor que podía hacer era aprovechar la oportunidad según se presentara. Se obligó a centrar de nuevo los pensamientos en su situación inmediata y observó que Clair procedía a abrir las maletas. En ellas había dos maquinillas de afeitar. Jabón, unas tijeras de uñas, un pijama, calcetines y dos rebanadas de pan, embutido, tres paquetes de cigarrillos negros, una caja de cerillas, un mechero de gasolina y un reloj de oro sin estrenar, que se veía caro, en una caja de piel forrada de satén. Era un tesoro magnífico y Quintanilla terminó de convencerse de lo inconveniente que habría sido proponer que se separaran; era muy probable que hubieran surgido peligrosas disputas por el reparto del botín.

–Es hora de que hablemos –dijo.

Los demás asintieron y, por un instante, a Quintanilla no se le ocurrió cómo seguir. Decidió que no convenía ser demasiado sutil, de modo que expuso sin ambages que se proponía pasar a España y que conocía las montañas, y que consideraba mejor para todos ellos que siguieran juntos.

–Estoy contigo –dijo Clair y miró a Sterner.

–Yo también voy –declaró Sterner.

Durante un segundo, Quintanilla se sintió deprimido. Pensó que era una maldad por su parte aprovecharse de ellos, de su patética ignorancia de las dificultades que el desconocimiento del idioma les iba a causar. Reprimió aquellos absurdos escrúpulos y empezó a exponer su plan de acción. Dijo que sería imposible cruzar el valle hasta las estribaciones de las montañas sin que alguien los viera y que los tres, con las barbas y las greñas, tenían exactamente el aspecto de presos huidos o, cuanto menos, de vagabundos peligrosos. Lo siguiente que harían, dijo, sería bajar al río a afeitarse y asearse. Después, se pondrían en movimiento. Evitarían las carreteras principales, pero andarían con paso confiado por las secundarias y por los caminos para aparentar que eran unos respetables campesinos que se dirigían, quizás, a una boda o a un funeral. Lo importante era no parecer cohibidos y evitar el menor asomo de recelo. Si los detenía algún agente de la autoridad, añadió, tenían los revólveres.

Quintanilla les recordó que era bastante probable que no se supiera que habían escapado hasta transcurrido cierto tiempo y que, por lo menos al principio, nadie los andaría buscando. Hizo entonces una pausa y preguntó qué pensaban.

–Es incorrecto –dijo Sterner.

–¿Qué es incorrecto? –preguntó enseguida Quintanilla, levantando la cabeza bruscamente.

–Lo correcto –continuó Sterner– es esconderse de día y moverse sólo de noche.

Quintanilla lo miró, desconcertado. Le pareció que era una idea que cabía considerar, sin duda, pero el tono militante, dogmático, de Sterner dificultó que los demás se mostrara de acuerdo con él. Parecía demandar una rendición instantánea e incondicional. Quintanilla le preguntó su opinión a Clair.

–Los dos planes tienen sus ventajas –fue la respuesta–. Pero no me gusta la

idea de quedarme sentado aquí, tan cerca de la escena del crimen.

–Puede pasar todo el día hasta que empiece la búsqueda –dijo Quintanilla– y quizá no encuentren el autobús enseguida, Me inclino a pensar que Sterner tiene razón y es más seguro esperar aquí hasta que anochezca.

Discutieron un rato y Quintanilla y Clair rumiaron el asunto y se dieron la razón el uno al otro y tuvieron desacuerdos y se hicieron concesiones sin prestar atención a Sterner, que interrumpía de vez en cuando para reiterar su primera opinión. Quintanilla observó el sol y dijo que no quedaban muchas horas de claridad y que, si seguían hablando mucho rato más, el problema se resolvería por sí mismo. Tomó una decisión y dijo con firmeza:

–Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta que oscurezca.

Todos estuvieron de acuerdo y, entonces, Sterner dijo:

–Debemos tener un líder.

Quintanilla se quedó asombrado y complacido. Evidentemente, pensó, sería útil que los otros dos aceptaran explícitamente su liderazgo. Era fácil que hubiese momentos en los que se requiriera tomar una decisión rápida y, desde luego, tendrían mucho ganado si Sterner y Clair ya habían aceptado previamente que obedecerían sus órdenes.

–Tienes toda la razón –dijo, pues.

Clair no abrió la boca, pero dio la impresión de estar de acuerdo.

–Bien –dijo Sterner–. Yo seré el líder.

Conteniendo a duras penas unas risillas entrecortadas, Quintanilla y Clair hicieron cuanto pudieron por reprimir una carcajada demasiado desconsiderada. En un esfuerzo de discreción, Quintanilla cambió de tema diciendo que les esperaba una noche difícil y que dos de ellos debían intentar dormir mientras el tercero permanecía de guardia. Sterner los miró con gesto enfurruñado pero no puso reparos a la propuesta y, sin discusiones, se acordó que fuese Quintanilla quien permaneciera despierto. A Quintanilla le pareció mejor así porque, en cualquier caso, no se habría atrevido a confiarse, mientras dormía, a la inteligencia de Sterner ni a la fidelidad de Clair.

Entonces, Quintanilla planteó que, para su mutua protección, quien hiciera la guardia fuese armado. Y, como si nada, le pidió su revólver a Sterner.

–Es mío –dijo éste.

–No te sirve de nada en el bolsillo mientras duermes –le instó Quintanilla.

Sterner dio unas palmaditas afectuosas al bulto del bolsillo.

–No –replicó–. Me lo quedo.

Quintanilla insistió hasta que vio que Sterner estaba dispuesto a luchar, a muerte si era preciso, antes que entregarle el arma. Era como intentar quitarle a un niño su osito de peluche, pensó, de no ser porque, probablemente, no había acto de violencia o estúpida traición de la que Sterner no fuera capaz. Por primera vez, Quintanilla sintió verdadero recelo de Sterner; las contradicciones de su carácter eran tan manifiestas que ya no resultaban convincentes. Aquel tipo era alarmantemente extraño: parecía idiota y jugaba a ajedrez; le gustaba el juego de zurrar a sus compañeros y a veces era capaz de hacer propuestas sensatas, aunque dogmáticas, para sugerir inmediatamente después una solemne tontería, como que él debía ser el líder. Todo aquello resultaba sospechosamente incongruente y Quintanilla llegó a la conclusión de que Sterner, por los motivos que fueran, se hacía pasar por simple cuando, en realidad, debía de ser un criminal astuto y depravado.

Quintanilla pudo retirarse de la disputa por el revólver sin dar la impresión de rendirse gracias a que Clair le entregó el que él le había cogido al conductor.

Volvieron a guardar las cosas en las maletas y se ocultaron tras unos troncos a orinar. Después, se acomodaron bajo el calor de la tarde. Sterner y Clair se tumbaron a la sombra y Quintanilla salió a rondar despacio por la arboleda con la mirada atenta y aguzando el oído en todas direcciones. La densa quietud del día sofocante, como un cálido algodón absorbente, le pareció siniestra y cada vez que un perro ladraba a lo lejos, o que oía el petardeo irritante de una motocicleta en la carretera, Quintanilla estaba seguro de que la caza había empezado.





Sterner, tendido en el suelo de la arboleda, fingía dormir. Había decidido que era mejor aparentar que estaba de acuerdo con las ideas de los otros, pero a aquellas alturas habría sido imprudente confiar demasiado en su lealtad. Esbozó una sonrisa al recordar el torpe esfuerzo de Quinto por tomar posesión de su revólver y pensó que iba a ser difícil manejar a aquel hombre.

Quinto resultaría útil: era un contrabandista que conocía las montañas y podía guiarlos a España. Por lo tanto, debía evitar las discusiones con él. Y había hecho bien en asegurarse el revólver, se dijo: desarmado, no habría tenido manera de imponer su control sobre el grupo en los momentos decisivos.

Sterner rodó de costado y captó el ruido que hacía Quinto quebrando ramas secas en su torpe ronda por el otro lado de la arboleda. Pensó en lo estúpidos que eran, en el fondo, todos los criminales: resultaba inevitable que sus proyectos los llevaran con tanta frecuencia a la cárcel, pues parecían incapaces de planificar nada de manera organizada. Hasta un crío habría visto, pensó Sterner, que intentar desplazarse a la luz del día con un aspecto tan impresentable como el que ofrecían –y sin documentación alguna, además– resultaría fatal. No, aquellos hombres no tenían el menor concepto de la actividad conspirativa planificada.

La agotadora jornada empezó a amodorrarlo y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse despierto y alerta. Se puso a repasar su vida y recordó cuando, a los once años, había sido atrapado por la policía de Odesa junto a cientos de niños vagabundos más. Para entonces, llevaba cuatro años viviendo con un grupo de huérfanos abandonados, desde que sus padres habían sido desposeídos de sus propiedades durante la campaña de colectivización. Su padre era propietario de dos vacas y había sido acusado de *kulak* y deportado a Siberia con su esposa. Una vecina había cuidado al niño durante unos días, hasta que también ella había desaparecido en la jefatura del GPU del pueblo.

Los padres de Sterner eran descendientes de colonos del Volga alemanes y su idioma nativo continuaba siendo el alemán, aunque también hablaban ruso con fluidez. Hasta los siete años, cuando perdió a sus padres, Sterner sólo conocía el alemán, lengua oficial de la República del Volga, que era una de las que constituían la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas hasta que, por razones de seguridad, fue liquidada en 1942 y su población dispersada en campos de trabajo a mil quinientos kilómetros de distancia, más allá de los Urales.

Durante los cuatro años que transcurrieron entre el momento en que Steiner perdió todo contacto con cualquier adulto y su captura por la policía durante las redadas de *batzprisorni* vagabundos en Odesa, vivió entre niños que sólo hablaban ruso y, poco a poco, fue olvidando que alguna vez había hablado en otro idioma. Apenas recordaba cómo había llegado desde el Volga hasta Odesa; se acordaba vagamente de un tren de mercancías y de un guardia irresponsable que le había dado un pedazo de pescado seco en lugar de matarlo de un tiro en el rincón del vagón donde lo encontró agazapado.

También recordaba vagamente cómo se había unido a una banda de veinte o treinta chicos y chicas famélicos que rondaban la estación de tren y el almacén de mercancías para robar el equipaje a los viajeros o, en ocasiones, un saco de patatas o un cuarto de res de las furgonetas de reparto. Los chiquillos, pequeños salvajes feroces, pululaban por la ciudad en tal número que las autoridades no habían encontrado otro modo de controlarlos que dar orden a los centinelas para que los abatieran sin hacer preguntas.

Los ferroviarios y los viajeros se acostumbraron a las detonaciones de los rifles en el entorno de la estación y pocos mostraron el menor interés por la escena diaria de una docena o más de niños sucios y enflaquecidos dispersándose para ponerse a cubierto de las balas, dejando en el suelo tras ellos a un par de heridos.

Cada semana, la enorme cantidad de adultos que eran detenidos y deportados contribuía a aumentar las bandas de niños indigentes y pasaron cuatro años hasta que las autoridades diseñaron un plan de gran alcance para terminar con su molesta presencia.

Sterner anduvo suelto hasta que tenía once años.

Desde el principio fue un chico fornido y excepcionalmente fuerte y, como

era paciente y hablaba muy poco, no se metió en problemas y consiguió sobrevivir, mientras que otros chicos más susceptibles se peleaban y se pegaban entre ellos hasta matarse o, simplemente, morían de pena y desesperación. Sterner se hizo duro y experimentado; no era un chico con iniciativa y siempre esperaba a que fuese otro quien corriera el riesgo. Tercamente, permaneció cuatro años en los alrededores de la estación y llegó a conocer cada metro cuadrado del lugar, el horario de los trenes y hasta el carácter de los funcionarios y guardagujas. Planeaba las incursiones a los almacenes y señalaba a sus compinches del momento la mejor ruta de escape, por si se presentaba alguien; y luego, si era necesario, él salía corriendo solo en dirección contraria mientras la policía, naturalmente, iba en pos del grupo principal.

No hizo amigos, al principio porque no entendía apenas ruso y, después, porque su naturaleza reservada se vio exagerada debido a su lucha despiadada y obstinada por sobrevivir. Era profundamente egoísta, pero tenía buen carácter y la costumbre de sonreír que había adoptado al principio, cuando no entendía lo que le decían, le proporcionaba un aire simplón y amigable que hacía que sus transitorios camaradas confiaran en él y, a la vez, lo despreciaran.

En verano, dormía al aire libre donde estuviera cuando empezaba a sentirse fatigado, y en invierno se alojaba en sótanos y cobertizos, acurrucado junto a los demás chiquillos con los que andaba en aquel momento. Sin embargo, durante el último año, a lo largo del cual se habían intensificado las redadas de huérfanos vagabundos por todo el país, había descubierto una alcantarilla en desuso que corría por debajo de los hornos de una fábrica, que siempre estaban calientes. Sterner tuvo buen cuidado de mantener en secreto un refugio tan ideal y vivió allí a solas durante los últimos quince meses, mientras se hacía cada vez más difícil para los pequeños evitar que los capturaran y los encerrasen en reformatorios. Como un animal, solía dormir todo el día en su oscura guarida y sólo salía de noche a buscar comida. Así, la policía y los guardias del ferrocarril no conseguían tener un blanco claro y siempre lograba escapar.

Se convirtió en una leyenda entre sus perseguidores, igual que le sucede a un zorro atrevido en una comarca rural, y hablaban de él con el respeto, e incluso el afecto, que los cazadores muestran a veces por su presa.

Sin embargo, hacia 1933, la hambruna general se había agudizado tanto, que ya no se encontraba el menor bocado comestible en los montones de basura y

Sterner, azuzado por el hambre, tuvo que arriesgarse a incursiones cada vez más peligrosas a la estación. Cuando fue capturado, una mañana temprano, llevaba dos días sin comer y estaba débil y con la guardia baja. Acababa de arrebatarse un paquete envuelto en papel de periódico del regazo de un campesino, pero tropezó con una mujer que entraba por la puerta de la sala de espera y el golpe lo derribó al suelo. El campesino consiguió agarrarlo por el tobillo y lo retuvo mientras llegaba un guardia.

El famélico muchacho, vestido con una chaqueta andrajosa, tenía tanto frío que ni le importó lo que fuera a sucederle.

Con las manos atadas a la espalda, el guardia se lo llevó sujeto con una correa.

En el puesto de control, un cobertizo de chapa ondulada, había una estufa encendida, casi al rojo, en la que seis o siete soldados se calentaban las manos. A Sterner lo ataron a un banco en un rincón, pero la correa era suficientemente larga como para permitirle colarse entre las piernas de los hombres y acercarse al calor.

Estaba dormido en el suelo, con las rodillas encogidas casi hasta la barbilla, cuando la representante de Regeneración de Niños se presentó a recogerlo. Era una mujer enjuta, de unos cuarenta años, con un pie deforme que llevaba en una bota negra con alza.

Sterner tenía las manos amoratadas de la presión de las cuerdas en las muñecas y la mujer, con voz chillona y penetrante, insultó y amenazó a los guardias por su incivilizada crueldad. Hizo que uno de ellos lo soltara y, antes de que Sterner despertara del todo, ella ya estaba frotándole y calentándole los dedos. Sterner vio con el rabillo del ojo que la puerta estaba cerrada, probablemente con llave, y decidió no hacer nada hasta que alguien la abriera para entrar o salir. Se sentó obedientemente y sonrió a la mujer. Al poco rato, volvió a quedarse amodorrado sin remedio y durmió en los brazos de la representante con un sueño pesado, enfermizo, mientras esperaban el coche del reformatorio.

Cuando llegaron al edificio, Sterner estaba inconsciente y deliraba a causa del tifus. Lo acostaron en una cama de una habitación del desván y una enfermera

no se movió de su lado en toda la noche. Pasaron cinco días hasta que salió de peligro pero la fiebre lo dejó tan debilitado que no se tenía en pie y se tuvo que quedar en la cama, esperando con ansia la leche y el pan negro y la sopa que le llevaban cada pocas horas. Era capaz de distinguir el ruido de la bandeja de todos los demás sonidos de la casa cuando se la traían desde el piso de abajo. La mujer del pie deforme que había visto en el puesto de control acudía todos los días a hablar con él. Le preguntaba qué le gustaba más, si la leche, el pan o la sopa, y le contaba cuentos de ogros y de animales que hablaban. Pasó mucho tiempo hasta que pudo dar unos pasos por la habitación y, sin darse cuenta, empezó a sentirse seguro y a gusto en aquel lugar. Así, cuando estuvo más fuerte y le dejaron explorar la casa durante una hora, le preocupó más volver a su habitación a tiempo de la siguiente comida, que cualquier idea de escapar.

La mujer de la bota rara lo había ayudado a ponerse la chaqueta raída y los zapatos desparejados con los que había llegado. Todo había sido fumigado, pero no remendado.

Sterner vagó por los pasillos del enorme caserón del siglo xix: se asomó a las habitaciones cuya puerta encontraba abierta y tuvo buen cuidado de evitar a los adultos. Allí no veía rifles, pero era mejor no correr riesgos. Por todas partes se amontonaban cientos de niños andrajosos vestidos con grotescas ropas hechas de retales de colores; casi todos eran más pequeños que Sterner y se reían demasiado, pero los envolvía un olor acre que le resultaba familiar y tranquilizador. En una de las habitaciones, un hombre con un abrigo de cuero como el de los guardas del ferrocarril tocaba una armónica mientras una veintena de niños y niñas daban palmadas, batían los pies y bailaban danzas campestres; en otra, una mujer señalaba con una vara unas marcas blancas dibujadas en la pizarra y los niños decían chillando el nombre de aquellas cosas.

Sterner no se atrevió a alejarse de las escaleras del desván y, al cabo de media hora, volvió a subir a su habitación y se metió en la cama sin quitarse la ropa ni los zapatos. Cuando la enfermera le trajo la comida, lo encontró agotado y decidió no molestarlo mucho. Después de ayudarlo a incorporarse para tomar la sopa, lo tapó con una manta y lo dejó dormir toda la tarde, hasta la cena.

El reformatorio se regía por las teorías educativas de Krupskaya, la viuda de Lenin, y su personal adulto estaba compuesto de personas que seguían su ideario. Para ellos, derrocado y a todo lo que deploraban del mundo. En un

esfuerzo heroico, se abstenían de dar órdenes a los niños o de incurrir en modo alguno en el error de «amaestrarlos», como lo llamaba Krupskaya. Al principio, el resultado fue que casi todos los huérfanos, penosamente capturados por la policía, volvían a escaparse al día siguiente de su llegada y sólo se quedaban los más pequeños y los menos atrevidos. Sin embargo, con el tiempo, el número de los que preferían quedarse –porque allí comían con regularidad– aumentó. Y, aunque se portaban como animales, poco a poco se fueron domesticando. Los miembros del personal consideraban que su deber era guiar a los niños con discreción, como a iguales, y desarrollar en ellos un sentimiento de civismo mediante el fomento del máximo grado de autonomía. El único punto, prácticamente, en el que los adultos se permitían intervenir con cierta severidad era para mitigar la salvaje brutalidad de los castigos que los niños se imponían entre ellos.

Poco a poco, Sterner prolongó sus exploraciones por la casa y encontró a muchos de los huérfanos que había conocido en las bandas de Odesa y, como la mayoría eran más pequeños, no le intimidaron. Al tiempo que se ponía más fuerte, se fue acostumbrando más al entorno. De hecho, no encontraba una gran diferencia entre su nueva vida y la antigua, excepto que antes tenía que buscarse la comida.

Cuando terminó la convalecencia, llevaron a Sterner a una habitación donde había montones de retales de tela, limpios pero de segunda mano, de todos los colores y estampados. En una mesa había grandes agujas y carretes de resistente hilo de algodón y dos chicos se peleaban por unas oxidadas tijeras de sastre. La mujer del pie deforme le dijo a Sterner de buen grado que la ropa que llevaba estaba cayéndose a jirones y le sugirió que quizá le gustaría hacerse un traje nuevo.

Aquella era la primera actividad escolar organizada que se fomentaba para que desarrollaran los recién llegados, aunque habría sido más económico proveerlos de ropa ya hecha. Se consideraba, por principios, que la mejor manera de estimular el respeto a sí mismo en un chico era vincular la cuestión de su aspecto personal con sus impulsos creativos.

El método tenía éxito, pues con frecuencia un niño tardaba semanas –semanas de peleas baldías y rapaces por algún retal en particular que tenía otro niño– en quedar satisfecho con su obra y para entonces ya se había acomodado

al lugar y había olvidado la urgencia de escapar.

Cuando Sterner ya llevaba varios días peleándose con las tijeras y las agujas (y con sus compañeros), la representante se presentó en el taller con un libro de contabilidad y le preguntó cómo se llamaba y cuántos años tenía.

No supo qué responder. Otro de los chicos dijo que se llamaba el Sonrisas, pero los apodosos se consideraban incultos y los adultos desaprobaban su uso. Sin ningún motivo concreto, más allá de que tenía que poner algún nombre, la representante lo anotó en su libro como Peter Smurchka.

La mujer cerró el libro con un estruendo y lo miró, satisfecha; tomó asiento y le dijo que se acercara. Le acarició el pelo y le dijo que ya era oficialmente uno de ellos y que ahora tenía una casa y una gente a su lado que lo apoyaba. Sterner sonrió, se apartó y volvió a concentrarse en la chaqueta de franela rojo brillante que estaba cosiendo. Había tenido que ponerse duro con el chico que había escogido antes la tela.

La representante se sentía muy satisfecha cada vez que añadía un nuevo nombre en el libro: significaba otro chico rescatado y un triunfo más de las teorías educativas que con tanta pasión defendía.

Llevaba tiempo manteniendo una ardua lucha con las incultas autoridades locales: en más de una ocasión había recibido peligrosas críticas por parte de éstas, pero había sobrevivido apelando al departamento de Krupskaya en Moscú, desde donde, aunque se le daba respaldo en líneas generales, se la había prevenido de que se la juzgaría por sus resultados, y era comprensible que la policía local se quejara de la enorme proporción de fugados de su establecimiento.

Aquella mujer sólo se dejaba llevar por la insensatez en lo que hacía a su fanático amor por los niños. En realidad, había en su carácter una vena sagaz, profundamente práctica, que le había permitido, durante el último año, eludir las críticas y levantar una de las instituciones de más éxito del país. Para ello empleaba el sencillo recurso de inscribir en sus libros solamente a aquellos niños que ya mostraban indicios de querer quedarse; de este modo, no estaba en la obligación de informar de la desaparición de ningún niño del que no tuviera registro oficial.

Los huérfanos eran capturados y enviados al reformatorio desde tantos lugares distintos, que nadie tenía medios para comprobar cuántos debería haber



en la institución en un momento dado y los resultados sólo se juzgaban por los propios libros de registro. La única desventaja de este método era la dificultad para dar de comer a la parte de chicos de paso, para la cual no se podía pedir suministros oficiales. La representante superaba el problema poniendo su propio sueldo y mendigando sacos de patatas, carne y zanahorias a los directores de las granjas colectivas de los alrededores.

El entusiasmo de Anna Kirilova contagiaba a los demás miembros adultos del personal y los niños notaban la atmósfera de bondad y buena voluntad que los rodeaba.

Peter Smurchka vivió en este ambiente de libertad creativa, incluso de afecto, durante los tres años siguientes. Era de natural poco aventurero y se acomodó fácilmente a la vida en la institución: su costumbre de sonreír hacía que los adultos lo apreciaran y su buen humor lo hizo popular entre los demás niños. Pasó los primeros meses jugando, normalmente a solas, en el jardín extenso y descuidado de la finca y en los talleres, donde se hizo un par de botas y dos camisas bordadas, además del traje que había empezado el primer día después de la convalecencia; las prendas resultaban terriblemente grotescas, pero no eran peores que la de cualquiera de los demás. Todos los niños eran pobres por igual y ninguno tenía motivos para sentirse inferior, de modo que quienes se quedaban solían ganar confianza en sí mismos y eran capaces de amoldarse a los requerimientos de la sociedad humana. Peter Smurchka fue especialmente afortunado porque disfrutaba haciendo cosas y mostraba una gran habilidad para las cosas prácticas. Y además, durante el último año, se descubrió que poseía un talento excepcional para aprender idiomas. Había sido lento en aprender a leer y a escribir y no era muy bueno en aritmética, por lo que su éxito clamoroso en la clase de alemán resultó aún más destacable y la representante considero que su talento para los idiomas era casi una muestra de genialidad. No tenía ningún motivo para imaginar, y el propio Smurchka no tenía conciencia de ello, que la lengua vernácula de sus padres era el alemán y que él mismo no había hablado en otro idioma hasta los siete años.

El chico se sentía feliz con la rutina del reformatorio: presidía el comité disciplinario del centro y era el líder de la organización juvenil comunista, contaba con el beneplácito de los adultos y no caía mal a los demás niños. Por todo ello, la nueva línea del partido en educación, que se proclamó desde Moscú

cuando su periodo en el reformatorio casi finalizaba, no tuvo malas consecuencias para él.

Smurchka se convirtió en el principal propagandista de la nueva línea entre los alumnos por dos motivos: porque era correcto apoyarla y porque le proporcionaba, como secretario, un poder y un prestigio muy superiores.

La antigua política de desacostumbrar gradualmente a los huérfanos capturados de su modo de vida asilvestrado siendo amables con ellos y permitiéndoles la libertad de desarrollarse de manera natural fue condenada por la nueva línea como una manifestación de degenerada anarquía pequeñoburguesa. Se ordenó a Kirilova que segregara a las chicas de los chicos y que instituyera un nuevo sistema basado en los conceptos de disciplina, veteranía y liderazgo. Se establecieron normas estrictas con castigos severos y los niños fueron clasificados en jerarquías formales, que se apreciaban en los uniformes e insignias que ahora llevaban.

Smurchka, en su calidad de alumno más veterano, exhibía las insignias más brillantes y los mejores trajes. Nunca en su vida había estado tan bien alimentado, tan orgulloso y tan feliz.

Anna Kirilova había pasado tanto tiempo obsesionada en su trabajo en provincias, que apenas estaba al tanto de los cambios políticos acaecidos en Moscú. Ella seguía anclada en aquellos primeros tiempos revolucionarios de debate político y controversia y no se dio cuenta de que ahora resultaba no sólo peligroso, sino suicida, no mostrarse como un defensor a ultranza de cada nuevo giro de la política oficial.

Apeló por escrito al ministerio correspondiente y expuso que su experiencia demostraba que, cuando los chicos y las chicas eran educados juntos, crecían más civilizados y menos neuróticos en cuestiones de sexo que quienes estaban segregados durante la pubertad. En su memorándum, apuntaba dudas sobre las ventajas de establecer rangos y privilegios, lo cual minaba el respeto de los niños por la gloriosa idea de la igualdad de los seres humanos, y finalizaba diciendo que entendía la necesidad de una cierta dosis de educación militar entre la juventud de la Unión Soviética –sitiada como estaba la patria por los enemigos capitalistas–, pero que consideraba que este aspecto no debía exagerarse en detrimento de los principios básicos de la educación progresista.

Al cabo de cuatro días de que se recibiera esta comunicación en Moscú,

Anna Kirilova fue detenida por el GPU y enviada a trabajar de leñadora a un campo penitenciario mixto en Siberia.

El nuevo representante era un hombre joven, educado él mismo en un reformatorio y que después había sido suboficial en un regimiento de artillería. Debido a sus problemas de vista y a su físico endeble, lo habían trasladado finalmente a un destino civil. En el ejército había disfrutado de su autoridad como cabo y, no siendo un hombre interesado en teorías de ninguna clase, y menos aún las educativas, aprobaba con sincero entusiasmo los nuevos métodos que le habían ordenado aplicar.

Como Smurchka era fuerte, amistoso y perseverante, el nuevo representante encontró en él un instrumento ideal para erradicar el liberalismo del antiguo régimen y, durante sus últimos seis meses en el reformatorio, el muchacho fue el amo del gallinero entre los demás chicos. Siempre había demostrado tener confianza en sí mismo, pero durante este periodo adquirió un pundonor confiado y un entendimiento disciplinado de cuál era su deber para con la comunidad. Se volvió áspero e insensible, pero no arrogante, y ejerció su poder más para ganar la aprobación de los adultos que para compensar cualquier sentimiento de inferioridad. Fue un éxito político y su rendimiento escolar, mediocre en líneas generales, se vio aliviado por su destacado talento para las lenguas.

Sin embargo, a pesar de la estricta ortodoxia de su administración, no pasó mucho tiempo hasta que el nuevo representante empezó a notar la presión de las autoridades centrales con su exigencia permanente de resultados. Aunque había tenido la cautela de rodear los terrenos del reformatorio con una valla de alambre de espino militar, el número de niños registrados que se escapaban se había incrementado en buena medida. No era fácil que el representante pudiera encubrir aquel hecho embarazoso sin confiar la situación a los demás miembros del personal, algo que, dado el sistema prevaleciente de mutua vigilancia y delaciones, resultaba demasiado arriesgado y peligroso. Era preciso hacer algo para contrapesar la mala impresión que iba a causar en Moscú aquel aumento de deserciones.

Aquella dificultad se solventó en cierta medida gracias a la llegada de una circular del GPU, en la que se pedían nombres de chicos realmente destacados a los que se considerara adecuados para recibir instrucción especializada con vistas a incorporarse al servicio en el extranjero. Entre las cualidades que se

enumeraban como más necesarias estaban la reserva, la disciplina, la lealtad política y la capacidad para aprender idiomas. El representante se alegró de poder mejorar un poco su credibilidad mandando en respuesta un informe sobre Peter Smurchka escrito en los términos más entusiastas: el muchacho no hablaba mucho y era obediente, firme, sumamente cuidadoso de su aspecto personal, de absoluta confianza en lo político y un brillante lingüista.

De esta manera, Smurchka se encontró al poco tiempo en una privilegiada escuela especial de las afueras de Moscú. Muchos de sus nuevos compañeros eran hijos de importantes funcionarios y estudiaban allí por influencia de sus padres; como consecuencia de ello, el nivel académico de la escuela no era tan exigente como se pretendía oficialmente. Gracias a ello, al principio, Smurchka no dio la impresión de ser tan manifiestamente lerdo; sobre todo, porque continuó destacando en alemán.

Los maestros, como cualquier otro, tenían la obligación de presentar resultados y se resistían a reconocer su fracaso con Smurchka, de quien no conseguían sacar gran rendimiento. Durante tres años, lo obligaron a concentrar casi todos sus esfuerzos en aprender francés y, al final, era capaz de hablar con la fluidez suficiente –y con acento alemán– para aprobar el examen. En cambio, en dialéctica, teoría del valor y concepción materialista de la historia, resultó un completo zopenco y finalmente el profesorado tuvo que reconocer que su acendrada ortodoxia política no bastaba, por sí sola, para asegurar su utilidad como posible diplomático soviético.

Aunque no fue recomendado para un empleo en el servicio extranjero, la diligente simplicidad mental de Smurchka y su evidente lealtad, junto con el hecho de que su educación, aunque no aprovechada del todo, era muy superior a la de un joven corriente, le valió un nombramiento con rango de oficial en el departamento de extranjero de la policía secreta.

Smurchka tenía diecinueve años cuando fue adscrito a la rama del GPU que se encargaba de los asuntos relacionados con el espionaje soviético en el extranjero. Su primera misión no fue peligrosa ni difícil, pero sí muy importante: era uno de los treinta guardaespaldas que protegieron a Molotov en su viaje a Alemania al principio de la guerra. Más tarde, se lo utilizó como mensajero diplomático durante un año, tras lo cual fue ascendido a la participación en varios secuestros de escasa entidad y a un asesinato intrascendente en Suiza. En

todas estas acciones, Smurchka se mostró fiable, discreto y no del todo carente de cierto ingenio práctico.

Más de una vez, cuando regresaba a Moscú, su lealtad fue puesta a prueba mediante unas jóvenes entrenadas para ello, cuyo deber era quejarse del régimen en su presencia, en privado, y así provocarlo, tal vez, a hacer algún comentario denigratorio.

Como un mecanismo de relojería, cada vez que aquello sucedía, Smurchka denunciaba de inmediato a la chica, como era su deber, por difundir propaganda subversiva. De este modo, su crédito entre sus superiores subía continuamente, sobre todo porque sabían, por medios parecidos, que incluso en la más íntima circunstancia nunca se podía incitarlo a vanagloriarse de la importancia de sus interesantes deberes, o a insinuarlo siquiera.

Una joven, en concreto, se había quejado del aburrimiento espantoso que había sido pasar la noche con el taciturno Smurchka y había suplicado, sólo medio en broma, que le asignaran a otro más hablador.

En 1943, cuando hubo pasado lo peor de la guerra con Alemania y el ejército soviético inició su victorioso avance hacia el oeste, los líderes del Kremlin pudieron dedicar sus mentes a asuntos menos graves que los militares y prestar atención de nuevo a las necesidades fundamentales de la política estalinista. Uno de los problemas más complejos que tenían sobre la mesa era el informe que habían recibido sobre la puesta en libertad, en México, de su agente, Jackson, que en 1939 había llevado a cabo el asesinato de Leon Trotsky. Este Jackson, en libertad, constituía un cabo suelto y un posible riesgo y era necesario eliminarlo antes de que cometiese alguna indiscreción o de que fuese tentado a traicionar a la Unión Soviética. Era de vital importancia que no se produjera ningún incidente que pudiera perturbar la confianza inestimable, aunque ingenua, de Gran Bretaña y Norteamérica. No debía permitirse, al precio que fuese, que sucediera nada que pudiese aleccionar a los dirigentes occidentales, políticamente analfabetos, acerca del desprecio leninista por los escrúpulos y la moral burgueses. Nada podía haber más inconveniente, en aquellos momentos, que un recordatorio tangible de la despiadada crueldad bolchevique. Sólo por esto, ya era preciso eliminar a Jackson, pero además se daba la necesidad, más general por cuanto afectaba a la historia, de hacer que el recuerdo de Trotsky se desvaneciera; cualquier interés por su muerte daría a su figura, que incluso a

aquellas alturas era todavía bastante temida, un realce que el buró político de Stalin no podía sino lamentar.

Encontrar a la persona más adecuada para cumplir la misión llevó muchos meses de investigaciones, comprobaciones y confirmaciones de expedientes. Se precisaba de alguien en quien pudiera confiarse que llevaría a cabo el trabajo con eficiencia, pero que fuese lo bastante insignificante como para que pudiese desaparecer por completo, sin dejar parientes que hicieran preguntas o amigos curiosos.

El escogido entre la breve lista final de candidatos fue Smurchka. Era huérfano, vivía siempre en los hostales utilizados por el GPU, no tenía amigos personales e incluso sus contadas aventuras sexuales eran organizadas para él, sin que lo supiera, por sus propios superiores. No sólo no hacía preguntas, sino que era improbable que se preguntara o tuviera interés en saber a quién tenía que matar, o por qué.

El único pero que le habían encontrado era su extrema juventud, aunque después se acordó que, probablemente, la obediencia de un hombre más experimentado no sería tan admirablemente ciega.

El plan consistía en que Smurchka volara con pasaporte diplomático a Suiza, donde se despojaría por completo de su identidad soviética, y desde allí continuara hasta Lisboa, cruzando Francia y España, con los documentos de un alsaciano. En la capital portuguesa, tenía que ponerse en contacto con cierto agente de transporte que tendría instrucciones de encontrarle un pasaje a México. A Smurchka se le facilitó la dirección de Jackson y el nombre bajo el que estaba viviendo, y se le instruyó para que lo matase, a poder ser camino de su casa a la salida del café, por la noche. Luego, después de asegurarse de que no se podía establecer ninguna relación entre el muerto y él, debía presentarse en la embajada de la Unión Soviética en la capital mexicana.

El representante del G.P.U. en la embajada, que no sabía nada de la misión, recibió órdenes de liquidar a Smurchka sin preguntas, tan pronto apareciese. El cuerpo debía ser eliminado en secreto y, obviamente, sin dar cuenta a las autoridades mexicanas. De este modo, todo el asunto Trotsky quedaría resuelto finalmente, con discreción y sin dejar el más leve rastro.

Cuando recibió sus instrucciones, Smurchka se sintió muy orgulloso. Que lo enviaran al extranjero en solitario, con una suma enorme en moneda extranjera,

demostraba hasta qué punto las autoridades creían en él. Pasó varios días en su habitación, repitiendo los nombres y direcciones de los diversos agentes con los que debía ponerse en contacto a lo largo del viaje para asegurarse de que los recordaba, y la semana que tuvo que esperar para tomar el avión de Ginebra se le hizo un año. La noche antes de la partida fue a la ópera y, allí sentado con la espalda recta y los brazos pegados a los costados, se repitió una y otra vez que era uno de los ejecutivos de más confianza del país más grande y rico del mundo, que merecía viajar en aviones especiales de asientos mullidos y ceniceros brillantes y con toda la comida que le viniera en gana, servida por la respetuosa azafata. En el entreacto, echó una ojeada a los obreros de aspecto lúgubre que llenaban el patio de butacas y el anfiteatro, pensó en lo lejos que lo había llevado su brillante cerebro y se dijo que, en aquella tierra de oportunidades, quienes se quedaban atrás sólo podían echar la culpa a su propia estupidez.

El rato en que el avión sobrevoló a gran altura la zona de guerra resultó peligroso, pero no tuvo miedo y casi sintió desprecio por las expresiones tensas, verdosas, de los otros dos pasajeros, que fingían concentrarse en una partida de ajedrez. La última parte del viaje resultó bastante movida y Smurchka observó, complacido, que los dos delegados de comercio, hombres hechos y derechos, se mareaban; cuando la azafata le ofreció una jofaina, la rechazó con un gesto grandilocuente.

Apenas pasó unas horas en Ginebra antes de salir de la ciudad a pie, vestido de excursionista suizo, hacia la frontera. Después de oscurecer, cruzó a nado el Ródano y entró en Francia. Antes del amanecer, enterró todos sus documentos de identidad soviéticos y desde aquel momento viajó de contacto en contacto haciéndose pasar por alsaciano. Tardó quince días en llegar al sur en etapas perfectamente planificadas: no encontró dificultades ni hubo un instante en que se sintiera en el más mínimo peligro. La cuantiosa gratificación que entregaba a cada agente hacía que fuese bien recibido y el trato respetuoso que recibía hacía que día a día aumentara su confianza en sí mismo. Le asombró comprobar el maravilloso poder del dinero en los países capitalistas y empezó a creer que no había nada que no pudiera hacerse con mil francos. En los restaurantes, descubrió que conseguía casi todo lo que quería sólo con sacar el grueso fajo de billetes y manosearlo relajadamente. A la gente se le abrían los ojos y sus modales cambiaban cada vez que repetía el truco. Llegó pensar que era

infalible... hasta la noche en que dos matones lo siguieron al salir de su hotel en Perpiñán y lo apalearon hasta dejarlo inconsciente en un callejón a oscuras. Lo despojaron del cinturón del dinero y le quitaron hasta la última moneda de los bolsillos, pero no se molestaron en llevarse los documentos de identidad.

Ya empezaba a hacerse de día cuando Smurchka recobró la conciencia. Se descubrió acurrucado en el umbral de una tienda y un obrero madrugador le dirigió una mueca al pasar, tomándolo por un borracho. Hacía frío y, aunque le dolía un poco la cabeza, tenía hambre y deseó tomarse una buena taza de café. Volvió del revés dos o tres veces los bolsillos para asegurarse de que los ladrones no se habían olvidado alguna moneda.

Mientras regresaba apresuradamente al hotel, de pronto cayó en la cuenta de que tendría que pagar la cuenta para que le dejaran sacar su valiosa mochila suiza. No podía contar lo que había sucedido porque el hotel esperaba que informase a la policía y, desde luego, no era prudente hacerlo. Aunque su documentación estaba en orden, sería un error atraer innecesariamente la atención. Cuando ya tenía a la vista la puerta del hotel, Smurchka dio media vuelta, a su pesar. En definitiva, en la mochila no había nada incriminador y era más seguro dejarla donde estaba; probablemente, el dueño no se quejaría mucho mientras tuviera alguna garantía frente a la deuda.

Smurchka vagó por la ciudad durante horas, abatido, mientras llegaba el momento de la cita con su contacto en Perpiñán, un tal monsieur Bonté. Se encontraron a mediodía, según el plan, en un gran restaurante de la plaza mayor. Smurchka presentó sus credenciales pero fue recibido con recelo. Monsieur Bonté esperaba encontrar a un importante viajero y Smurchka parecía pobre y afligido y mostraba una actitud obsequiosa, casi servil. El agente pidió de inmediato su dinero y la historia lastimera que contó Smurchka acerca del robo confirmó sus sospechas. En cualquier caso, no era asunto de Bonté: él había concertado ciertos servicios a un precio determinado y, sin el dinero, Smurchka no le interesaba ni siquiera lo suficiente como para ofrecerle una copa. Lo dejó allí sentado y se marchó. Smurchka esperó tres horas con la esperanza de que volviera, hasta que un camarero le dijo que necesitaba la mesa, a menos que el caballero tuviera intención de pedir de comer.

Aquella noche, Smurchka volvió a pasarla al raso. Tuvo miedo de lo que pudiera sucederle si el GPU llegaba a enterarse de su infortunio. Las órdenes se



cumplían y los incumplimientos se castigaban como sabotaje, fuese «deliberado» u «objetivo». En cualquier caso, había poca diferencia en la severidad con la que era tratado el reo. Smurchka sabía que la gente que había conocido desde que estaba en Francia eran todos agentes profesionales de baja categoría y estraperlistas que no sabían nada de su misión ni de su verdadera nacionalidad. Para ponerse en contacto con sus superiores, tendría que encontrar la manera de volver a Ginebra y aquello sería fatal, sin duda. Y, en cualquier caso, no sería más fácil que continuar viaje como mejor pudiera hasta Lisboa, donde estaba previsto que recibiera una nueva remesa de dinero mexicano. Por la mañana, Smurchka estaba consumido de miedo y muy hambriento y se vio obligado a hacer algo decisivo. Llegó hasta la estación de ferrocarril y se llevó de un tirón el bolso de una mujer que estaba en la cola de la taquilla. Sin embargo, ella se resistió un segundo más de lo previsto y un mozo de cuerda le echó la zancadilla y lo capturó.

En la comisaría, a Smurchka lo esperaba pan y un café de achicoria. La policía era débil y fácil y sonrió al pensar que habría podido enseñarles un par de cosas sobre cómo sacar información a los detenidos. Parecían no tener la menor idea de cómo se llevaba a cabo un interrogatorio efectivo y Smurchka se reafirmó una vez más en su desprecio por la plácida degeneración de todo el mundo capitalista. El juicio ante los magistrados fue una comedia: a un funcionario vestido con toga negra se le permitía interrumpir constantemente el proceso con afirmaciones sobre la inocencia del preso y declaraciones de que se trataba de un caso de confusión de identidad. Antes de presentarse ante el tribunal, Smurchka se había entrevistado con aquella persona, que decía ser su abogado defensor; la idea de que hubieran pensado que lo atraparían con un truco tan visto lo molestó bastante, pero tuvo la cautela de controlar su irritación y fingir en todo momento que era un obrero de muy pocas luces, casi imbécil.

Cuando lo llevaron a la prisión de Naronne a cumplir condena, a Smurchka le gustaron las comidas regulares y los alegres juegos en la celda. Se habría sentido completamente satisfecho de no ser por la inquietud que lo roía por dentro de que debía llegar a Lisboa antes de que sus superiores empezaran a preguntarse por qué se retrasaba. Sin embargo, no podía hacer nada y ya empezaba a acostumbrarse a la vida en la cárcel cuando, de pronto, tuvo un nuevo y serio motivo de preocupación. Fue el día en que el viejo carcelero

pregonó en el patio la orden de traslado a Toulouse para ser interrogado por la Gestapo.

Los fascistas alemanes eran muy distintos, como bien sabía Smurchka, de los débiles funcionarios de las democracias burguesas. Los nazis eran representantes de un país joven, combativo y en crecimiento, como la Unión Soviética. En 1940, antes del traicionero ataque contra Rusia, había trabajado con la Gestapo en Polonia y, tras su experiencia como colaborador en diversos arrestos e interrogatorios rutinarios, sentía un sincero respeto por la manera alemana, inmisericordemente eficaz, de cumplir con su deber.

Mientras tomaba la sopa de mediodía, Smurchka decidió escaparse. Habría ido directamente hacia la tapia del patio, si Quinto no se hubiera entremetido cuando salían de la celda. La torpeza de Quinto había puesto en alerta al carcelero y había tenido que renunciar a la idea. Advirtió con interés que Quinto había tenido la misma intención que él y no le sorprendió, cuando se pusieron a hablar en un rincón del patio, descubrir que sería sencillo manipular a los otros dos para concertar un intento de fuga organizado.

Una vez hubo sucedido todo, lo asombró la energía con la que Quinto y Clair colaboraban en la liquidación de los carceleros y la buena ayuda que prestaron en deshacerse del autobús y borrar el rastro.

Como la mayoría de aquellos extranjeros, se dijo, Quinto y Clair eran vacilantes y propensos a perderse en detalles irrelevantes, pero habían demostrado que, cuando se aplicaban en serio, eran capaces de actuar con decisión.

Tumbado entre los árboles a la espera de que el sol se ocultara, Smurchka reflexionó que Clair y Quinto se habían portado como niñas de escuela estúpidas cuando había surgido la cuestión del liderazgo, pero supuso que era inevitable que unos pequeños delincuentes profesionales reaccionaran contra cualquier cosa que pensaran que podía estorbar su voraz individualismo. En cualquier caso, decidió, debía continuar haciendo lo posible para reafirmar, con tacto, la autoridad que ya había empezado a establecer en la práctica...



Toda la tarde, en la arboleda, el bochorno estival se cernió sobre ellos amenazando tormenta y a Sterner le costó mantenerse despierto. No se atrevió a dormirse porque sabía que su única esperanza de completar la misión que le habían encomendado era cruzar las montañas antes de que las nieves invernales lo hiciesen imposible. Era una suerte maravillosa, pensó, que Quintanilla conociera los caminos de los contrabandistas y pudiera guiarlos.

Empezaba a caer la noche cuando Sterner despertó a Clair y, sin alzar la voz, llamó a Quintanilla, que montaba guardia bajo los árboles a cierta distancia. Los tres se sentaron juntos y, hablando en susurros mientras a lo lejos resonaban los truenos, Quintanilla propuso que cruzaran por la noche el valle cultivado y se escondieran al pie de las montañas a pasar el día siguiente.

El trío estaba impaciente por emprender la marcha, pero Sterner insistió con firmeza en que debían esperar hasta que oscureciera del todo. Observó que Clair pedía a Quintanilla que le devolviera el revólver y el muy estúpido lo hacía, pero le pareció mejor así, pues el hecho de ser el guía ya daba suficiente poder a Quintanilla y, de haber estado armado, habría sido difícil mantenerlo bajo control. Que Clair tuviera el arma no importaba tanto, pues durante el ataque al carcelero había observado que el ladronzuelo de ojillos brillantes tenía reparos en utilizarla y, en cualquier caso, era una persona demasiado insignificante para atreverse a reclamar el liderazgo del grupo.

Cuando se pusieron en marcha, los truenos resonaban en el aire cada pocos instantes y el cielo púrpura, negro y añil parecía hundirse pesadamente y engullir el valle. Desde el pie de las montañas no alcanzaban a ver los picos y siguieron el río durante un rato; luego, Quintanilla dijo que debían vadearlo y cruzar el valle directamente hacia las alturas. Con las tormentas, los ríos de montaña podían llenarse rápidamente y resultar peligrosos en el plazo de apenas una hora,

expuso, y era mejor que cruzaran mientras podían.

Sterner decidió reafirmar su autoridad. El río no iba a desbordarse en cinco minutos, obviamente, y ni siquiera había empezado a llover. Si lo hacía, aún tendrían tiempo de reaccionar. No había ninguna razón para no cruzar de inmediato, pero consideró que debía demostrar a Quintanilla que él sólo era el guía para cruzar la frontera, y no la persona al mando hasta entonces.

–Continuaremos hasta que se ponga a llover –dijo.

Sterner iba en cabeza, cargando con una de las maletas, e incrementó la marcha de modo que los otros casi tuvieron que correr para mantenerse a su altura. No querían tener que llamarlo a gritos y Quintanilla no estaba dispuesto a defender su plan hasta el punto de pelearse. Estaba muy oscuro y durante la tarde, desde la arboleda, había visto que el río fluía en la dirección correcta durante unos cuantos kilómetros.

Escalaron un muro de piedras sueltas y continuaron la marcha por un pequeño olivar y, de pronto, se encontraron a unos metros de una casa de piedra negra.

Un perro corrió violentamente hacia ellos entre feroces ladridos, entonces Quintanilla se inclinó, se dio unas palmaditas en las rodillas y habló en voz suave para tranquilizarlo.

Sterner, de un golpe seco, dejó inconsciente al animal con la culada del arma. Por suerte, los enloquecidos ladridos del perro y, a continuación, su súbito silencio quedaron sofocados en cierta medida por el estampido casi seguido de dos truenos.

–Imbécil –dijo Quintanilla cuando estuvieron a buena distancia de la casa–. ¿Crees que el granjero no hará correr la voz de que hay alguien por la zona que le ha matado el perro?

Sterner no hizo caso. Había aprendido a tratar a los perros antes de cumplir los diez años, pensó para sí.

Alcanzaron un punto donde el río trazaba una curva hacia atrás y, sin considerar necesario consultar a los demás, Sterner se deslizó con cuidado en el agua y vadeó la corriente. Quintanilla y Clair lo siguieron. Sterner se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era trazar una línea clara y los otros la seguirían de inmediato.

La lluvia llegó de pronto, torrencial, como si la vertieran de un cubo. Estaba

tan oscuro que no se veía a un palmo y Sterner empezó a temer que se extraviaran; se detuvo y esperó a que Quintanilla lo alcanzase. Decidieron que sería mejor esperar a que clareara un poco antes de continuar. Necesitaban encontrar un carretera secundaria o un camino que los llevara en la dirección deseada. En una noche como aquella, corrían poco riesgo de encontrarse a nadie que les fuera a hacer preguntas.

Empapados, los tres se sentaron bajo un esmirriado roble y esperaron hasta que pudieron verse unos a otros. Estaban demasiado mojados y nerviosos como para notar el hambre y, agachados allí sin moverse, pronto se quedaron helados.

De repente, Clair dijo que no había ningún motivo para suponer que las nubes se levantarían antes de que saliera el sol, añadió que sería un error que los pillaran en medio del poblado valle a plena luz del día y propuso que volvieran al río y lo siguieran hasta llegar a una carretera. Tarde o temprano encontrarían un puente y algún camino. Quintanilla estuvo de acuerdo, se levantó y emprendió la marcha con Clair. Sterner estaba ocupado en intentar encontrar una idea mejor y permaneció sentado unos instantes más. Cuando miró, se encontró solo en la negra noche, bajo los árboles. Se asustó, se levantó, se arriesgó a llamarlos a gritos y regresó apresuradamente por donde habían venido. Estuvo corriendo un minuto y al ver que no encontraba el seto que habían saltado, se dio cuenta de que había tomado la dirección equivocada y que no podía hacer nada para encontrar a los otros dos. Llovía con más fuerza que antes y la noche oscura como boca de lobo lo aterrorizaba. Se llevó las manos a la boca a modo de bocina y gritó y gritó en la oscuridad hasta enronquecer. Oyó que le respondía a lo lejos el ladrido de un perro y se sintió menos espantosamente solo. No se atrevió a alejarse mucho de donde lo habían dejado los otros, por si volvían a buscarlo y estuvo cinco minutos allí plantado, hasta que oyó que algo se movía cerca de él; entonces, silbó y gritó otra vez, pero bastante menos histéricamente.

–Silencio –cuchicheó Quintanilla al tiempo que ponía en la mano de Sterner el extremo de una cuerda que había encontrado en la maleta que llevaba.

A continuación, reemprendieron la marcha los tres juntos, agarrados de la cuerda para asegurarse de que no se separaban. Quintanilla tenía un buen sentido de la orientación y volvieron a encontrar el río bastante pronto. Sin embargo, había demasiadas casitas de labranza y, a pesar de la lluvia, un perro tras otro se ponía a ladrar cada pocos minutos.

Sterner recuperó por completo el ánimo cuando, poco después de medianoche, la lluvia cesó y hubo de nuevo luz suficiente para verse entre ellos y poder distinguir la negra silueta de árboles y casas recortada contra el firmamento. Descansaron entre unos altos juntos, deseando tener algo que llevarse a la boca. Clair y Quintanilla se sentaron un poco aparte y se pusieron a cuchichear algo que Sterner no alcanzó a oír. Al cabo de unos minutos, los dos se pusieron en pie y prosiguieron la marcha.

Sterner los siguió, inquieto. Empezaba a parecerle que los dos ladrones estaban congeniando demasiado; si permitía que aquello continuara, correría peligro de perder su influencia sobre ellos. Mientras caminaba, urdió una manera de desunirlos. Quintanilla, decidió, era el más peligroso y, por lo tanto, cada vez que hubiera alguna discusión o diferencia de opinión entre ellos, él siempre apoyaría a Clair, que era demasiado menudo y tímido como para tener la menor aspiración a liderar el grupo. De este modo, Quintanilla quedaría en minoría y tendría que hacer lo que le dijeran.

Era un plan excelente, se dijo Sterner; irguió los hombros y apresuró el paso y rebasó a los demás para coger la cabeza. Iban en fila india y Sterner fue el primero en ver el puente y la carretera que cruzaba el valle.

–Tomaremos a la derecha aquí –dijo en tono perentorio.

Se puso a llover otra vez. Las nubes se cerraron sobre ellos y enseguida dejaron de verse otra vez. Impaciente, Quintanilla le dijo a Sterner que se detuviera y agarrara la cuerda. Incluso en una carreta recta, Sterner era muy capaz de encontrar la manera de perderse.

Sterner advirtió el tono de insubordinación de Quintanilla y empezó a pensar que no podía permitirse esperar a que surgieran espontáneamente ocasiones para llevar a cabo su plan. Tenía que encontrar la manera de provocar una diferencia –a ser posible, una pelea– entre los otros dos.

De pronto, vieron a los lejos los faros de un coche que se acercaba.

Rápidamente, saltaron a la profunda acequia que corría al lado de la carretera y se arrojaron al agua fangosa. El coche pasó y, cuando volvieron a la carretera, Sterner pensó que sería una pena que fuera a estropearse el magnífico reloj que le había robado al carcelero; entonces, de repente, se dio cuenta de que el reloj constituía, precisamente, el arma para lo que se proponía. Tan pronto clareara, se detendría y propondría un justo reparto del contenido de las maletas. Sin duda,

aquello causaría problemas porque todos querrían quedarse el reloj. Sterner decidió que apoyaría a Clair y así se pondría en contra a Quintanilla y, al mismo tiempo, se ganaría la gratitud y la lealtad de Clair. Él se quedaría el revólver y, probablemente, recuperaría el reloj cuando estuvieran al otro lado de la frontera.

De hecho, sería ciertamente necesario que volviera a su poder, pues tendría que venderlo para conseguir el dinero preciso para el viaje a Lisboa. Quizá, después de todo, haría mejor en no soltarlo, ni siquiera temporalmente.

La carretera trazaba una curva en torno a un granero y, de pronto, se encontraron en mitad de la calle de un pueblo. Delante, salía luz de un ventanal con balcón y vieron un coche con los faros encendidos. Cuando llegaron a la zona iluminada, podían verlos fácilmente desde alguna ventana.

Se le ocurrió a Sterner que la única casa donde permanecían despiertos tan tarde tenía que ser la comisaría y empezó a trotar y a tirar de la cuerda para cruzar la zona de peligro lo más deprisa posible. La cuerda se le escapó de la mano cuando Quintanilla y Clair se detuvieron bruscamente e intentaron disuadirlo. A Sterner le exasperó su apocamiento, pues era un claro error retroceder y perder una hora o más dando un rodeo por las afueras del pueblo, donde habría tapias, huertos y perros ladrones. Sólo quedaban dos o tres horas de oscuridad e iba a ser mucho más peligroso que se encontraran en el valle todavía cuando amaneciera.

Se agachó a buscar la cuerda para arrastrarlos con él, pero ya habían empezado a volver sobre sus pasos y cuando se vio obligado a decidir rápidamente si continuaba él solo, o si los seguía.

De repente, oyó a través de la ventana iluminada la voz profunda de un hombre y el grito terrible de dolor de una mujer. El débil gemido del recién nacido que en aquel instante daba a luz la mujer no llegó a los oídos de Sterner, a quien la voz y el grito confirmaron en su creencia de que la casa era la comisaría, dio media vuelta y corrió hasta alcanzar a sus compañeros.

Cuando Sterner se acercó, Clair le susurró a Quintanilla que se detuviese. Habían acordado que, por lo menos de momento, era preferible llevar con ellos a Sterner. En opinión de Clair, el muchacho tenía el carácter y hasta el aspecto, en cierto modo, de un joven caballo de tiro: era voluntarioso, enérgico, algo lerdo y propenso a actuar torpemente. Sin alguien que lo cuidara, se perdería y no tardaría en volver a ser capturado. Clair sonrió cuando pensó que Quintanilla



también parecía un caballo, pero éste viejo y delgado, como el Rocinante de las ilustraciones de Daumier de *Don Quijote*. Luego, se preguntó si también él tenía aspecto de caballo, pero decidió que no; él se parecía más a una mula pequeña.

Volvían a estar en la carretera y Quintanilla, que iba delante, no tardó en internarse en un olivar para rodear el pueblo. Bajo los árboles estaba más oscuro que nunca y unos perros ladraban monótonamente a lo lejos. Clair empezó a preocuparse. Durante toda la noche habían oído a su espalda esporádicos ladridos que no parecían deberse a que pasaran demasiado cerca de una casa. Delante de ellos, en cambio, apenas había ladrado ningún perro y Clair comenzó a tener la impresión de que los de atrás eran todo el rato los mismos animales, que los seguían. Se preguntó si habrían descubierto el autobús y estarían empleando perros. Desde luego, no podían seguirles el rastro bajo la lluvia. Habían vadeado más de un riachuelo y tenía que haber sido imposible que los sabuesos, por bien entrenados que estuvieran, fuesen capaces de encontrar su olor. Aguzó el oído otra vez para ver si captaba un aullido. No recordaba haber tenido ninguna experiencia con sabuesos y los ladridos corrientes que oía podían ser, fácilmente, los aullidos que parecían producirse con tanta frecuencia en los melodramas victorianos.

Clair reflexionó sobre el ánimo asombrosamente poco aventurero que lo embargaba a pesar de los elementos decididamente melodramáticos de la situación: la importante misión histórica que le habían encomendado, el salto en paracaídas durante el bombardeo, la huida de la cárcel con dos peligrosos delincuentes, los asesinatos y la tremenda tormenta de medianoche. Sin embargo, recordó que no había habido un momento desde que había dejado Inglaterra en que hubiera tenido la menor sensación de exaltación o de espanto; todo lo sucedido a cada paso le había parecido, en el momento de producirse, algo evidente, normal e inevitable de una manera sórdida, casi doméstica. Su vida provinciana corriente en Nantes y su detención poco heroica por pequeños hurtos, a cargo de unos cansados gendarmes, y el polvo y la suciedad y el tedio de la prisión. Incluso el asesinato del carcelero apenas se le había antojado un acto chapucero, insensible y cobardemente inevitable. Y ahora que era un fugitivo perseguido, lo único que sentía realmente era el frío, el hambre y una inquietud sorda y corrosiva ante aquellos ladridos lejanos.

El destello cegador de un relámpago iluminó un sendero desde el olivar hasta

un huerto de tomates y Quintanilla avivó el paso. Luego, esperó a que los demás lo alcanzaran y dijo:

–Será mejor que comamos, ahora que podemos.

Clair hincó la rodilla y tiró de los enormes tomates y los estrujó con ambas manos para ver si estaban maduros. Luego, con la boca muy abierta, mordió vorazmente la suave piel y derramó jugo y semillas. Rápidamente, dio cuenta de siete tomates y luego se llenó la camisa con todos los que podía llevar. Cuando se incorporó, algunos reventaron y le gotearon desagradablemente en el pantalón, pero ya estaba tan empapado y cansado, que no le merecía la pena molestarse en quitarse de encima los que estaban demasiado maduros y continuó la marcha detrás de Sterner y Quintanilla. Al otro lado del campo encontraron una valla de alambre de espino y, por un momento, Clair pudo sentirse superior a los otros dos. Cuando intentaron saltarla, sus compañeros sólo lo consiguieron al precio de desgarrarse las ropas; él, en cambio, se tumbó boca arriba, sujetó la alambrada más baja con las manos y pasó reptando por debajo impulsándose con los codos, como le habían enseñado en el ejército.

De madrugada, cesó la lluvia. Empezó a clarear un poco y ya no necesitaron más la cuerda. Ahora avanzaban rápidamente por una carretera secundaria y delante de ellos se distinguían vagamente las montañas. Los tres estaban tan concentrados en la marcha, que no advirtieron que el sol se alzaba tras ellos hasta que las nubes se despejaron y se encontraron casi a plena luz. Repararon entonces en un campesino que caminaba hacia ellos; conducía un rebaño de cabras que ocupaba todo el ancho de la carretera y estaba ya a veinte pasos del grupo. Era demasiado tarde para esconderse y tuvieron que hacerse a un lado y esperar, como estúpidos, a que pasaran los animales, de pelaje pardo liso y brillante.

El pastor se sorprendió de encontrar en aquella carretera a unos hombres que no conocía y se detuvo a charlar un rato. Clair vio que Sterner se llevaba la mano al bolsillo en busca del arma y sintió alivio cuando Quintanilla soltó un chascarrillo obsceno acerca de las cabras con una voz rica y gutural. Clair observó que el campesino se reía y que no mostraba ningún recelo; probablemente, daba por sentado que procedían de algún rincón de la zona. Desde luego, había sido magnífico contar con Quintanilla, se dijo. De no haberlo tranquilizado inmediatamente, el hombre se habría fijado sin duda en sus

camisas llenas de tomates y en sus ropas, mojadas y sucias.

No se atrevieron a dejar la carretera por si el pastor volvía la cabeza y se preguntaba dónde se habían metido. Continuaron hacia delante hasta que el hombre se perdió de vista y entonces Sterner, que iba en cabeza, se detuvo de pronto y dijo que había demasiada luz para continuar y que debían buscar un escondite para pasar el día.

A ambos lados de la carretera se extendían los viñedos casi hasta donde alcanzaba la vista y delante, a un par de kilómetros, se alzaba una colina de roca pelada con un bosquecillo rectangular de alcornoques en una de las laderas, como la espesa pelambreira del lomo de un animal. Quintanilla dijo que todavía era muy temprano, que tenían buenas oportunidades de llegar hasta la plantación sin encontrarse con nadie más y que allí estarían más seguros que en el valle. En general, Clair consideró que era la mejor idea, pero también la más obvia; todavía estaba preocupado por los perros que ladraban a su espalda durante toda la noche y todavía no estaba seguro de que no los siguieran de cerca. Si era así, la policía hablaría sin duda con el cabrero de las cabras y, si los perros habían perdido el rastro, lo cual le parecía probable, los agentes intentarían adivinar dónde se habían metido. Darían por sentado que los fugitivos se dirigían a la frontera y en kilómetros a la redonda no había lugar más evidente para unos presos a los que pisaban los talones que el alcornocal de la ladera de aquella colina pelada.

Así lo señaló Clair a Quintanilla con cierta vacilación, pero estaba a punto de añadir que, de todos modos, el bosquecillo era probablemente el lugar más seguro, cuando, para su irritación, Sterner lo interrumpió y anunció, con aquel dogmatismo suyo, que Clair tenía razón y Quintanilla se equivocaba. El bosque era el peor lugar, declaró; harían mejor en echarse en medio de aquellos viñedos; las plantas tenían más de un metro de altura y, mientras no se incorporaran, nadie los vería.

Clair pensó que podían encontrarse con gente que trabajara las vides, o que recorriera los viñedos para ver si tenían insectos o plagas. Había que correr ciertos riesgos y, de las alternativas, el bosque era la menos insatisfactoria.

–Seguiremos hasta los árboles –dijo con firmeza.

Quintanilla y él emprendieron la marcha a buen paso y, al cabo de unos segundos, Sterner los alcanzó al trote y tomó la cabeza. De nuevo, Clair pensó

en la suerte fantástica que había tenido, salvo la catástrofe de su detención. Todo lo demás había salido a la perfección: no podría haber escogido mejores compañeros de fuga. Quintanilla conocía el terreno y era despierto, casi inteligente, y Sterner era vigoroso y resistente, cuando menos. Si no lo hubieran tenido para que marcara el paso, dudaba de que hubieran llegado tan lejos.

El sol escarlata se alzó sobre los árboles a su espalda y el cielo quedó vetado de castaño rojizo brillante y negro. Clair no dejaba de volver la mirada en busca de alguna señal de que los perseguían y admiró y disfrutó, casi sin darse cuenta, de los colores que teñían el amanecer. Sterner los condujo hacia el alcornocal siguiendo una apretada hilera de abetos oscuros y puntiagudos, plantados a modo de barrera contra el viento. Avanzaron demasiado deprisa y de pronto se encontraron, al final de los árboles, a plena vista de una casa de campo pintada de rosa pálido con brillantes postigos azules. Una anciana de negro, ayudada por un chiquillo desnudo de piel atezada, perseguía una gallina negra con un hacha de cocina.

Se ocultaron rápidamente detrás de los abetos y observaron, entre las ramas, la casa y el amplio jardín que se extendía detrás. Clair advirtió con interés que el jardín, perfectamente cuidado y entrecruzado de rectos canales de irrigación, se componía casi por entero de bancales de zinias, dalias, margaritas y caléndulas, plantadas simétricamente. El diseño del jardín era eminentemente utilitario y evidenciaba que aquellas flores se cultivaban para la venta. Clair reflexionó sobre lo encantador y extraordinario que resultaba encontrar a una familia que, en plena guerra mundial, cuando todas las naciones se concentraban de forma desesperada en producir aún más armamento y comida, encontrara natural –y posible– ganarse la vida cultivando y vendiendo algo tan puramente estético y absolutamente inútil como aquellas flores. Tanto le complació la idea que, por un momento, olvidó su creciente terror a la persecución que, estaba convencido, ya se había desencadenado contra ellos. En el mejor de los casos, pensó, apenas debía de faltar un par de horas para que la noticia de la fuga y de los asesinatos corriese por toda la región.

Clair se apresuró a susurrar a los demás que se sentaran y guardaran silencio. Sin duda, el perro de la casa se pondría a ladrar en cualquier momento. Sería mejor que retrocedieran a rastras a cubierto de los árboles y se alejaran de las inmediaciones del lugar.

A Quintanilla le interesaron más las gallinas sueltas que la mujer dispersaba en sus esfuerzos por capturar a la que había escogido. Calculaba que tardarían al menos dos días y dos noches más en alcanzar la frontera; les esperaba una exigente ascensión y ya andaban casi famélicos. Cuando dejaran el valle, ya no habría más tomates y lo máximo que encontrarían en adelante sería, si acaso, unas aceitunas sin madurar.

Contempló las gallinas y escuchó sus cacareos con la esperanza de que alguna se acercara lo suficiente como para echarle mano, pero de inmediato pensó en lo fatal que sería que la gallina negra corriese en dirección a ellos: serían descubiertos acechando entre los abetos y, aunque los moradores de la casa todavía no tuviesen noticia de la fuga, los tomarían, sin duda, por vagabundos peligrosos. Y, desde luego, tan pronto se enterasen de que tres presos andaban huidos por la zona, sospecharían y denunciarían la presencia de los tres vagabundos.

Mientras observaba, el niño logró agarrar a la gallina por el pescuezo. La sostuvo en alto y, mientras el animal abría el pico y batía furiosamente las alas, la entregó a la mujer, que le cortó la cabeza de un limpio golpe de hacha sobre un bloque de madera.

A Quintanilla se le ocurrió que en el billetero del carcelero había dinero suficiente para comprar una de aquellas gallinas. Quizá debería acercarse a la casa él solo y pedir el precio. Y tal vez sería mejor aún inventarse una historia de que volvía a casa de su madre y empezar preguntando si le venderían un ramo de flores. Con ello establecería una atmósfera familiar y entonces podría, mientras la mujer cortaba las flores, inquirir por la gallina. De este modo, no daría la impresión de andar buscando comida tan desesperadamente.

Miró a Sterner y a Clair. Ya volvían a ir mal afeitados y llevaban semanas durmiendo con la misma ropa, desde su estancia en las sucias celdas de Perpiñán. Le parecieron unas caricaturas exageradas de los peligrosos delincuentes que eran en realidad. Supuso que él mismo debía de tener aquel mismo aspecto espantoso y decidió que presentarse así en la granja sería correr un riesgo demasiado grande. En cualquier caso, sería difícil cocinar el animal sin hacer humo.

Habló en susurros con los demás y se escabulleron siguiendo los abetos. Avanzaron agachados hasta el borde de los viñedos y entonces se incorporaron y

continuaron la marcha con paso decidido. Evidentemente, no podían arriesgarse a que los vieran en la carretera, pensó Quintanilla, pero sería aún más sospechoso que los descubrieran en los campos, pues la gente podía pensar que pretendían robar los cultivos. Vieron a varios hombres trabajando en las vides y, desde un murete, Quintanilla divisó casas y personas por todas partes. Finalmente, decidió que deberían seguir la carretera; así se lo hizo saber a los demás y se llevó una sorpresa al ver que asentían de inmediato.

Vadearon una acequia profunda y fangosa y, cuando alcanzaron la carretera, iban más sucios y enfangados que nunca.

Un pelotón de jóvenes soldados nazis pasó en formación sin prestarles la menor atención, aparentemente. Los soldados venían cantando, y muy bien, una edulcorada canción de guerra alemana. Quintanilla los encontró a todos exactamente iguales: rubios, musculosos y también increíble y patéticamente aniñados. Antes de que pasara un año, pensó, la mayoría de aquellos jóvenes serían cadáveres putrefactos en cualquier rincón, muy lejos de sus hogares. Estudió los rostros para ver si alguno mostraba signos de inquietud por el futuro, pero sólo parecían ser adolescentes fatigados y cumplidamente satisfechos, salidos de algún campamento de vacaciones.

La carretera trazaba una curva al pie de la colina y los tres se disponían a dejarla para ascender al bosquecillo de alcornoques, cuando un gendarme vestido de caqui se cruzó con ellos, pedaleando furiosamente sobre una bicicleta de carreras de metal cromado. Su rostro, a pocos centímetros del manillar, tenía la mirada fija en la rueda delantera y en el par de metros de calzada siguientes, pero de algún modo se percató de su presencia, le pareció a Quintanilla, pues hizo sonar el timbre metálico con aire arrogante, importante, como si estuviera ocupado en alguna misión tremendamente urgente y trascendental.

Quintanilla tuvo la certeza de que la caza había empezado. A aquellas alturas, todas las comisarías de Francia estarían alertadas de la fuga. Ascendió con grandes zancadas por la ladera pelada y rocosa de la colina y los otros dos le siguieron, sudando. Decidió no comentar nada a Clair y Sterner por temor a que se amilanaran. Era un hecho conocido que los pequeños delincuentes solían ser cobardes, aunque tuvo que reconocer que, hasta aquel momento, los otros se habían comportado con el debido valor, aunque cruel e insensible. Volvió a pensar en Clair. Su francés era demasiado culto para un delincuente habitual y,

no obstante, le parecía captar una ligerísima imperfección en su pronunciación. Por un segundo, se le pasó por la cabeza preguntarle directamente, pero cambio de idea de inmediato. Si Clair no era quien fingía ser, tendría mucho cuidado en no delatarse y tal vez se le ocurriera que si él, Quintanilla, sospechaba de él, fuese posiblemente porque también tuviera razones ocultas para representar un papel. Así pues, resolvió que tendría especial cautela con Clair, pues ahora estaba decididamente seguro de que no era un vulgar delincuente de poca monta.

La ascensión era más larga y más dura de lo que habían esperado y cuando, al cabo de más de una hora, llegaron al alcornocal, vieron que los árboles eran chaparros y que había una amplia separación entre ellos. No encontraron ningún buen escondite y, a lo lejos, la arboleda apenas se espesaba lo suficiente para que resultara difícil descubrir con tiempo que alguien se aproximaba. Quintanilla dijo que tendrían que continuar hasta que encontraran un sitio mejor para pasar el día

Sterner insistió en que habían acordado no moverse durante el día, pero ni Clair ni Quintanilla le hicieron caso y reemprendieron la marcha entre los árboles. Sterner se encogió de hombros y los siguió arrastrando los pies.

Al otro lado de la colina, descendieron a un profundo valle por el que corría una línea principal de ferrocarril. No había casas ni otros edificios a la vista, pero la vía se dividía en cuatro ramales con piedras apiladas y viejos topes de madera al final del tendido. Situadas a lo largo de las combadas vías de los ramales había diecisiete gigantescas locomotoras herrumbrosas. Los tubos y chimeneas empezaban a caerse y algunas calderas habían reventado como si dentro de las máquinas hubiesen estallado unas pequeñas bombas. Entre las traviesas crecían hierbas y zarzas y todas las locomotoras parecían haber sido abandonadas allí al mismo tiempo, hacía por lo menos una década. Los motores eran enormes, llenos de una profusión de válvulas, palancas, ventiladores, tubos de escape y manivelas. El extraordinario peso de las máquinas había hundido los ejes y roto las ruedas de acero, de modo que algunas yacían ladeadas, otras habían perdido las ruedas delanteras y estaban inclinadas de morro y otras más parecían sentadas sobre las posaderas, y todas yacían allí oxidándose, algunas inclinadas como juntándose, otras como si se apartaran de las demás en ángulos desequilibrados, discrepantes, caóticos. Sólo una se había derrumbado de costado por completo y había expirado con las ruedas, como patas, al aire.

A pesar de la compleja modernidad de su maquinaria, el enorme tamaño de las locomotoras y su terrible deterioro le recordaron a Quintanilla un cementerio de espantosos monstruos del Mesozoico de hacía cientos de millones de años. Quintanilla no podía explicarse por qué aquellas máquinas habían sido llevadas al apartadero y abandonadas en aquel valle remoto y pensó con irritación en la vil incompetencia de los funcionarios de ferrocarriles estatales, responsables del despilfarro de tantas toneladas de chatarra evidentemente valiosa.

Los tres estaban casi agotados después de la falta de ejercicio en la cárcel y del difícil periplo tras la fuga. Avanzaron con dificultad entre las máquinas, poniendo mucha atención en no torcerse los tobillos con los raíles y las piezas de acero escondidas entre la maleza. Después de su larga marcha nocturna, aquella fue para todos una penalidad innecesaria, gratuita e irritante.

Del otro lado del apartadero, en lo alto de una empinada cuesta, se distinguían los restos de un castillo.

La torre de vigilancia llamó el interés de Quintanilla. Reconoció el peligro de subir la pendiente desnuda a la luz del día, pero pensó que, si conseguían llegar a la atalaya sin que los vieran, estarían en una posición perfecta para echar el día descansando. Desde allí verían acercarse a los posibles perseguidores desde cualquier dirección y tendrían tiempo de escabullirse al siguiente valle. La policía vendría subiendo la ladera, despacio, y desde luego no podría alcanzar la cresta antes de que ellos encontrasen un escondite donde ocultarse o, si los perseguidores eran sólo dos o tres, emboscarse para abatirlos a tiros.

Quintanilla no quería tener más asesinatos sobre su conciencia, pero se tranquilizó recordando que, ética y políticamente, su actual misión era una extensión –y parte integral– de la guerra civil y que eran los fascistas del general Franco quienes habían empezado el derramamiento de sangre. El gobierno legítimo, del cual todavía era miembro y decidido seguidor, no había podido hacer otra cosa que defenderse. Quintanilla pensó con desagrado que era de cobardes disparar por la espalda a un policía francés políticamente ignorante que sólo cumplía su deber, pero se reafirmó en su determinación, recordándose que su responsabilidad para con España era encontrar la reserva de oro y completar con éxito su histórica misión.





Mientras los tres hambrientos fugitivos ascendían sudorosos la pendiente desde el apartadero de trenes hasta el castillo, a veinte y pocos kilómetros de distancia, monsieur Heger, administrador de un gran terrateniente, espiaba entre los arbustos el autobús abandonado de la prisión. Presa de un gran nerviosismo, permaneció donde estaba en lugar de seguir avanzando entre los árboles. Con las manos a modo de bocina, lanzó unas voces en dirección al vehículo y, al cabo de un par de minutos, se decidió a acercarse y apartar algunas ramas con las que Sterner y Quintanilla lo habían medio escondido.

Heger había crecido en una cabaña de la yerma Camarga, pero no había tardado en trasladarse tierra adentro, donde se enamoró del verde intenso de las vides y de los árboles de follaje exuberante. A lo largo de veintiséis años de trabajo en diversas fincas de la Provenza, había adquirido profundos conocimientos de viticultura y silvicultura, además de familiarizarse en el cuidado de caballos y ganado. Era un experto agrícola de primera y tenía bien merecido hasta el último franco que sacaba, de varias maneras, como jefe supervisor de la enorme hacienda de monsieur Alfred Montalba-Latour. Heger tenía cincuenta y cinco años y era bastante miope; vio el anuncio que Clair había escrito y colgado en la parte trasera del autobús, pero dejó para más tarde la molestia de leerlo.

Montó en el asiento del conductor, le dio al contacto y se llevó un sobresalto cuando pulsó el encendido automático y el motor cobró vida. Volvió a apearse de un salto y se apartó unos pasos, observando con nerviosismo su descubrimiento.

Rodeó el autobús a corta distancia, mirándolo con recelo, como si pensara que podía volverse de golpe y atacarlo, y apuntó instintivamente hacia él su largo bastón puntiagudo, como si fuera el afilado tridente de un ganadero de la

Camarga. Se acercó con sigilo a la parte trasera y cogió la nota de Clair. Sacó las gafas de montura de carey de su nueva funda de piel y se dispuso a leer el extraordinario mensaje.

Le costó descifrar la caligrafía ratonil de Clair y pasó un rato hasta que estuvo seguro de haber leído bien. Miró furtivamente en una dirección y otra y luego, con paso rápido, se alejó cien metros por el camino del bosque. Cuando estuvo fuera de la vista del autobús, se sentó con la espalda apoyada en un tronco y encendió un caro cigarrillo alemán. Volvió a leer la nota y, a continuación, la enterró bajo una alfombra de musgo.

Desde luego, pensó, era un vehículo valioso, en excelente estado, pero si aquello tenía que ver con la Resistencia, lo mejor era ni acercarse, estaba claro.

No obstante, Heger conocía el garaje perfecto al que vender el autobús. Mejor todavía, se dijo: podía convencer a Montalba-Latour de que tendría utilidad en la finca. Lo cierto era que, en cualquiera de los casos, podía sacar un buen provecho. El consejo de la nota era muy sensato, decidió; lo mejor sería esconder el vehículo hasta que finalizara la guerra. Lo podía guardar en una de las decenas de dependencias del *château* y taparlo con lonas. Nadie le preguntaría nada y monsieur Montalba-Latour era tan anciano y dejaba tantas decisiones en manos del administrador que, probablemente, no sospecharía de la presencia de otro vehículo que no recordaba haber comprado. Si le preguntaba, Heger se limitaría a decir que era una ganga que había encontrado hacía poco y que monsieur vería reflejada la compra en las cuentas del mes siguiente. Heger sabía que el viejo disfrutaba revisando interminablemente los libros de contabilidad y el de la compra innecesaria de un autobús de segunda mano sólo sería un asunto más entre las decenas de quejas parecidas, seniles, del quisquilloso anciano.

Heger pensó un momento en la Resistencia. Más de uno de sus hombres, convocado para ir a trabajar a Alemania, había desaparecido en las montañas. Heger lamentaba perder a sus trabajadores en una época en la que, precisamente, la agricultura se había convertido en un negocio provechoso. Sin embargo, como la finca se habría quedado sin ellos en cualquier caso, no tenía inquina hacia los fugitivos. Estaba muy al tanto del desarrollo de la lucrativa contienda y leía las noticias del día con detenimiento. La invasión angloamericana de Francia se esperaba para la primavera siguiente y Heger no estaba seguro de si podría hacer

la recogida de la aceituna antes de que empezara el conflicto.

Calculó que los combates importantes se producirían lejos y que, si se ocupaba de sus propios asuntos –y de los de su patrono–, podría mantenerse a salvo de problemas y también, probablemente, salir bien librado de aquellos tiempos de dificultad. De hecho, el único problema serio que temía era que estallase la lucha entre la Resistencia y los alemanes. Por la noche, en el café, siempre tenía los oídos muy abiertos y sabía que en las montañas había varios cientos de hombres armados con los que la gente del pueblo simpatizaba en secreto.

En cambio, monsieur Montalba-Latour y los tres amigos que le quedaban se pasaban el día despotricando de la falta de disciplina y la decadencia moral de su amado país, en comparación con otros tiempos. Eran grandes patriotas, pensaba Heger, que sacaban buenos beneficios suministrando al enemigo.

Se levantó y recorrió el camino hasta el lindero del bosque para comprobar si había alguien a la vista.

No distinguió a nadie en los campos de labor y todavía era muy temprano; probablemente, le daría tiempo a meter el autobús en uno de los garajes antes de que el viejo se levantara. Decidió arriesgarse. Un vehículo como aquél valdría una pequeña fortuna al final de la guerra.

Volvió rápidamente al bosque, puso en marcha el autobús y condujo con cuidado por el desigual sendero hasta una de las dependencias más distantes del *château*.

Tardó veinte minutos en despejar el lugar de las sillas viejas y las mesas de caballete que se guardaban allí para los temporeros contratados para la vendimia. Estaba seguro de que nadie lo había visto entrar el autobús y cerrar la puerta. Después del café mandaría a un hombre con un carro para que recogiera las sillas y los caballetes y los llevara a otra parte.

Hegel se pasó el día recorriendo los viñedos y las arboledas que rodeaban el lugar donde había encontrado el autobús. Habló con todos los que se cruzó y siempre condujo la conversación hacia la escasez de gasolina y la ausencia de tráfico en las carreteras. No descubrió nada fuera de lo común en los bosques ni en los campos y sólo un par de los peones de más edad comentaron algo acerca del tráfico: la mañana anterior, habían visto un autobús de turismo subiendo el sendero del bosque que quedaba detrás del *château*. Había algunos que parecían

capaces de cuidar muy bien de sí mismos a base de trapicheos, insinuó uno de los obreros con acritud.

Por un instante, el comentario dejó conmocionado a Hegel.

Luego, declaró con rotundidad que había tropas alemanas de maniobras al pie de las montañas. El vehículo debía de ir a recoger a los oficiales para llevarlos de vuelta a su alojamiento.

–Así se ahorran la molestia de tener que usar los pies –añadió.

Los hombres asintieron con indiferencia. Desde la ocupación les habían sucedido demasiadas cosas como para sentir mucho interés por el asunto.

Hegel regresó rápidamente al bosque para ver qué rastros del autobús habían quedado allí.

Las marcas de los neumáticos y las ramas rotas eran muy visibles. Cualquiera que rastreara el camino sospecharía de inmediato de aquel lugar. Sin embargo, Heger había observado que la tormenta había borrado las rodadas desde la carretera principal hasta el bosque y pensó que no había ningún motivo para que una partida de búsqueda fuera a desviarse e investigar precisamente aquél, de los muchos caminos parecidos que había en la zona. Además, iba a seguir lloviendo.

Aquella tarde, bajó al café del pueblo bastante más temprano de lo habitual. La mitad de las mesas estaban ocupadas, sobre todo por trabajadores de la finca. Heger avanzó despacio entre las filas de mesas, estrechando manos de conocidos sin cruzar palabra con ninguno, en dirección a la que ocupaba siempre, y tomó asiento a solas en el rincón donde él y monsieur Nicol, el notario local, jugaban a backgammon todas las noches desde hacía seis años. El dueño del café le llevó un Pernod y dijo que esperaba que la tormenta no hubiese producido daños.

–No –dijo Heger–. Ninguno de consideración.

Dos cosas habían consolidado la amistad de Hegel con el notario: la costumbre y el mutuo interés de los dos. Heger cerraba numerosos acuerdos, transacciones y contratos privados de todo tipo relacionados con las actividades de la finca y el notario siempre colaboraba eficazmente, por una comisión razonable, en aquellas empresas y negociaciones que Heger deseaba ocultar, de modo especial, a Montalba-Latour.

Aquella tarde, el administrador esperó con impaciencia a que su amigo se presentara. Quería enterarse de las noticias.

El notario había pasado todo el día en la población más importante de la comarca (casi una ciudad pequeña) y no era probable que hubiese sucedido nada de interés que no hubiera llegado a sus oídos. Heger no tenía ninguna intención de mencionar el asunto del autobús, pero a Nicol podía hacerle sin reparos preguntas directas –y no era raro que se las hiciese–, sin explicar con detalle lo que intentaba averiguar. Como bien sabía, para su amigo el notario, la cualidad más importante era el tacto.

Al cabo de media hora, llegó monsieur Nicol, quien también avanzó despacio entre las mesas saludando y estrechando manos sin abrir la boca. Tomó asiento frente a Heger y el dueño les llevó el tablero de backgammon.

Jugaron una partida, que perdió Heger, y luego se retreparon en sus asientos y se pusieron a charlar. El administrador hizo un informe sobre los efectos de la tormenta en el olivar. No dijo nada interesante y Nicol se dio cuenta de que estaba dando rodeos para llegar a algún otro asunto más importante.

Aun así, se sorprendió cuando Heger, con nerviosa brusquedad, preguntó de pronto:

–¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

Nicol comentó que el lunes siguiente se celebraría la Primera Comuni3n y que había modificaciones en el horario de los trenes.

–¿Los alemanes est1n requisando caballos? –quiso saber Heger.

–Han encontrado muy pocos.

–Deben de andar cortos de transportes motorizados –coment3.

Nicol se encogió de hombros.

Heger llegó a la conclusi3n de que el notario no había oído nada, pero fue incapaz de cambiar de tema.

–Esta mañana me han contado que un autobús militar había cruzado la finca en direcci3n a las montañas.

–La carretera no aguantará el tráfico militar. La van a destrozar –dijo Nicol.

–Presentaremos una reclamaci3n de compensaciones.

Continuaron hablando del asunto unos minutos y concluyeron que no tenían la menor esperanza; luego, callaron un momento y siguieron con la mirada al sargento de policia local, que cruzaba el café en direcci3n al mostrador para hablar con el dueño. El sargento avanzaba con paso decidido, como si estuviera de servicio. Heger se inquietó y Nicol observó su expresi3n de ligera zozobra y

el movimiento nervioso de sus dedos.

La conversación del mostrador se prolongó un buen rato y el dueño, cada dos por tres, sacudía la cabeza y encogía los hombros. Cuando el sargento se marchó, Heger pidió otro Pernod e invitó a uno al dueño.

Nicol y Heger aguardaron en silencio a que les contara la noticia.

El dueño se inclinó hacia ellos y les reveló, exultante, que se había producido una gran fuga de presos. Siete delincuentes esposados y toda su escolta de guardianes habían desaparecido mientras eran conducidos a Toulouse en autobús. Para dominar a la escolta tenía que haberse recurrido a una violencia extrema y se temía que se hubiesen producido muertes.

Nicol no apartó un momento su penetrante mirada del rostro crispado de Heger y, para disimular la peligrosa situación, pidió otra ronda.

Heger estaba tan asustado, que no lograba ocultarlo. Se preguntó desesperadamente hasta qué punto podía fiarse de Nicol y su aprensión aumentó cuando vio que el dueño, gesticulando melodramáticamente, comentaba la noticia a una excitada multitud que se agolpaba en el mostrador.

Hizo un esfuerzo por dominarse e intentó pensar qué hacer. Si decidía informar del hallazgo del autobús, tendría que explicar por qué lo había ocultado y por qué había tardado doce horas en decidirse a informar a la policía. Podía alegar que había pasado todo el día muy ocupado en inspeccionar los daños producidos por la tormenta y que estaba cansado y se había acercado al café a recuperarse un poco antes de dirigirse a la comisaría. Al fin y al cabo, se dijo, era uno de los vecinos más respetado y rico de la comarca y habría sido una impertinencia, por parte de la policía, dudar de su palabra.

Pensó que había cometido una estupidez al encargar a otro que retirase las sillas y los caballetes, aunque, ¿cómo iba a saber que aquel vehículo tenía relación con algún asesinato? Tal vez sería mejor, se dijo, declarar que la mañana anterior dos de sus peones habían visto un vehículo sospechoso que cruzaba por la finca, camino de las montañas. Sin embargo, torció el gesto al pensar en lo arriesgado que sería hacerlo. Se presentaría un puñado de policías a interrogar a los obreros y quizá batirían la zona, incluso. Descubrirían el autobús y parecería evidente que él mismo y de alguna manera estaba involucrado en el crimen.

Todos los parroquianos se arremolinaban en medio del local, discutiendo a

gritos y agitando las manos. Todos habían bebido más de lo habitual para celebrar las emocionantes novedades. En el centro del grupo de vociferantes entusiastas, los dos peones que habían visto el autobús y se lo habían mencionado a Heger estaban contando la historia por tercera vez y juraban que era el vehículo buscado. Hablaban a gritos para hacerse oír en el tumulto e insistían en que decían la verdad y no se inventaban una sola palabra.

El mayor de los dos hombres afirmó que podía demostrarlo. Se puso en pie, apoyándose en la silla para no perder el equilibrio, y se dirigió con paso inseguro hacia la mesa de Heger. Delante de éste, se quitó la boina y le pidió que corroborase su historia. ¿Era o no verdad que aquella misma mañana le había hablado a monsieur Hegel de que había visto un autobús?

Heger tuvo que confirmar que, en efecto, se lo había dicho y la multitud se desvió hacia la puerta. Encabezada triunfalmente por los dos peones, la comitiva marchó calle abajo para transmitir la información.

De repente, el café se quedó vacío, salvo el dueño, Heger y el notario.

Nicol miró con cautela a los ojos a Hegel y dijo, con mucha calma:

–Una cosa son los arreglos privados y otra muy distinta el asesinato.

Heger había bebido tanto Pernod que se sentía más valiente y afrontó el hecho de que no podía confiar en Nicol. De pronto, decidió finalmente que diría que había visto un vehículo aparcado cerca del *château* y había dado por supuesto que pertenecía a algún visitante de monsieur Montalba-Latour. Como todo el mundo sabía, los últimos días estaba haciendo un tiempo horrible y había considerado su deber poner el coche a cubierto. Si alguien se sorprendía de que no le hubiera extrañado que un invitado llegara al *château* de buena mañana en un enorme autobús, siempre podía representar el papel de sencillo hombre de campo cuyo lugar era servir a su señor, y no criticar sus excentricidades.

Sacudió la cabeza y, con expresión triste, sostuvo la mirada del notario y dijo que temía que era un mal día para la finca. Aquello concernía al patrón, en cierto modo, pero ante una sospecha de asesinato era deber de todo buen ciudadano informar a la policía.

Mientras Heger y el notario seguían a la multitud a la comisaría, el comandante Marius, alcaide de la prisión, estudiaba los mapas en la oficina. La alerta por la



desaparición de los presos y los carceleros se había dado la tarde anterior, a última hora. De momento, lo único que podía hacer era esperar alguna información que le permitiera trazar un plan de campaña.

Los presos habían pasado todo el día confinados en las celdas y dos tercios de los guardianes habían sido destinados a la búsqueda. Algunos ya estaban siguiendo varias pistas pero, de momento, sólo se había verificado un hecho: el médico de Saint Paul había informado de que había visto un autobús detenido en la carretera y, junto al vehículo, a dos hombres barbudos y de aspecto patibulario que podrían ser los fugados. El doctor decía que no había podido detenerse porque se dirigía a atender una urgencia.

Dos funcionarios habían determinado con el testigo el lugar exacto de la carretera donde se había producido el encuentro y el alcaide lo había marcado en un mapa con una banderita roja. Ya habían llegado informes de toda la región alertando de la presencia de desconocidos sospechosos, pero ninguno llevaba barba y los tres o cuatro casos para los que había podido destinar algún hombre no parecían muy prometedores.

El comandante había pasado toda la noche revisando el interrogatorio de los restantes presos de la celda número cinco. Todos ellos habían sido esposados y encadenados rigurosamente, pero sólo el grandullón Isidore había dado la impresión de conocer algo del asunto y, hasta el momento, se había negado tercamente a colaborar.

El comandante Marius estaba convencido de que Isidore sabía más de lo que reconocía. Era evidente, se dijo, que el grandullón había sido durante semanas el cabecilla de la indisciplina que había culminado en la fuga. Sin embargo, de momento, parecía imposible sonsacarle nada.

Isidore se encontraba de nuevo en régimen de aislamiento, a dieta de pan y agua, y se le había advertido de que así seguiría hasta que empezara a colaborar. Tal vez fuese necesario incluso, pensó el alcaide, mandarlo a Toulouse para someterlo allí a un interrogatorio especial.

El comandante, veterano de la anterior guerra, no sentía el menor aprecio por los alemanes y se resistía a tomar medidas tan drásticas, pero, si la obstinación de Isidore lo obligaba, estaba dispuesto a aplicar cualquier medio, por desagradable que fuera, que lo condujese finalmente a la captura de los fugitivos.

Tener que tomar una decisión semejante le resultaría especialmente irritante

porque la tarde anterior, al confirmarse la desaparición del transporte, las autoridades alemanas habían sido muy secas y directas con él. Antes de que se hubiera abierto una investigación, ya habían empezado a amenazarlo por teléfono con insinuaciones de que, a su debido tiempo, el asunto traería consecuencias para él y de que era mejor que entendiese lo mucho que se jugaba y que no perdiera un minuto en entregar a los criminales fugados. ¡Como si él fuera un sórdido cómplice, o un confidente que se pasaba de listo con la esperanza de obtener una mayor gratificación económica!

El espantoso francés que hablaban los alemanes enfurecía al alcaide y, al evocar la conversación, se acordó de aquel corpulento alsaciano, Sterner.

A pesar de que los alemanes no dejaban de hablar elogiosamente de la moral de sus tropas, Marius se dijo que no le sorprendería que uno de los fugados, por lo menos, fuese un desertor corriente y moliente del maravilloso ejército del cabo Hitler.

El comandante se levantó del escritorio y se acercó a la ventana. Contempló los luminosos tejados rosa de Naronne y frunció los labios, impaciente. La ineficiencia siempre lo irritaba y, en el fondo del corazón, consideró que los alemanes tenían razón a medias. Efectivamente, era responsable –y debía ser censurado por ello, si no despedido– de haber permitido que se efectuara aquel transporte con un único vigilante a cargo. Sobre todo, tratándose de aquel inútil, Bertiglia, que ya estaba senil.

Recordar que la prisión estaba terriblemente infradotada de personal no le sirvió de consuelo, pues toda su vida de servicio había considerado que un oficial competente era aquél capaz de encontrar la manera de cumplir las órdenes en cualquier situación. Una dificultad, solía decir el comandante a sus subordinados, era algo que Dios inventaba para que los buenos oficiales lo superasen.

El comandante Marius oyó una agria discusión en el dormitorio de los carceleros, en la planta superior. Pulsó violentamente el timbre para llamar a su ayudante y, cuando el hombre se presentó, el alcaide le dijo a gritos:

–¡He mandado que la patrulla móvil se fuera a dormir! ¡Que siga durmiendo hasta que se le ordene salir a participar en una persecución que resultará difícil y prolongada!

Todas las comisarías estaban sobre aviso y, para entonces, el público en general ya debía de conocer la noticia. El alcaide se proponía esperar a que la policía informara de algo concreto y enviar entonces su propio grupo a efectuar la captura. Sabía que era muy posible que la policía llegara primero, pero consideró que había una posibilidad, según aquel plan, de que sus hombres se adelantasen y fueran ellos quienes echaran mano a los fugados. De hacerlo, el asunto se convertiría, técnicamente, en un mero incidente de indisciplina manejado de forma competente por el propio alcaide en el cumplimiento de su deber.

Llamaron por teléfono de la garita de la puerta para informar de que mademoiselle Violetta Bertiglia quería hablar con el alcaide urgentemente. No podía excusarse en que estaba ocupado, pero suspiró de irritación ante la perspectiva de tener que escuchar con aire comprensivo el parloteo inacabable de la vieja parlanchina. No obstante, cabía la posibilidad de que supiera algo útil para la investigación. Así pues, dijo que la acompañaran a su despacho.

Cuando la mujer se presentó, al comandante le costó reconocerla. Tenía la cara del color de una sábana gastada y los párpados rojos e hinchados. Entró en la oficina con aire manso y esperó a que el alcaide hablase. Cuando él la invitó a sentarse, no reaccionó. Casi en un susurro, desesperada de inquietud, preguntó si había alguna noticia de su hermano.

El comandante Marius respondió que todavía no se sabía nada, pero que no tardaría mucho en tener noticias.

Violetta se quedó plantada en mitad del despacho, angustiada, macilenta y desesperada. Movié sus labios secos, pero no logró articular palabra. Allí se quedó, esperando, con la vista fija en el suelo. El alcaide la tomó del codo con suavidad y la ayudó a sentarse. Luego, descolgó el teléfono y pidió que trajeran un vaso de coñac. Mientras él apuraba la bebida, ella no abrió más la boca y fue incapaz de dar las gracias al comandante cuando éste la acompañó por el pasillo, despacio, y bajó con ella hasta la puerta principal.

Cuando cruzaba la oficina de recepción, de regreso a su despacho, el telefonista lo llamó para decirle que habían recibido un mensaje importante de Campoussy. Corrió al teléfono y se llevó una enojosa decepción cuando el mensaje resultó ser sobre un perro al que, al parecer, alguien había matado con

una piedra durante la noche. Pensó, irritado, que el hecho de que hubiera pedido informes de todos los sucesos sospechosos no significaba que tuviese que perder el tiempo en tonterías como aquella.

Cuando el comandante Marius llegó a su despacho, lo estaba esperando la llamada de la comisaría donde Heger había hecho su declaración. Pulsó el timbre y dio orden de que levantaran a la patrulla móvil y de que le tuvieran el coche preparado en la puerta. Con movimientos bruscos pero precisos, sacó el revólver de un cajón y clavó una banderita de papel en el punto donde aparecía marcado en el mapa el *château* de monsieur Montalba-Latour. Observó atentamente las dos banderitas y luego se apartó un poco e imaginó una línea que pasaba por las dos y continuaba adelante. La línea seguía a grandes trazos el valle del río Tet y las montañas hacia Andorra, y luego hasta España.

Marius pensó de nuevo en el perro muerto y observó que, si ponía una tercera banderita en Campoussy, las tres quedarían casi en una línea recta perfecta. Se previno diciéndose que no debía sacar conclusiones precipitadas, pero no era difícil imaginar que los fugados podían estar dirigiéndose a la frontera. Le sorprendió sentirse tan seguro de ello con tan pocos indicios, pero de pronto recordó que a Quinto, el de personalidad más fuerte de los tres, lo habían detenido en las montañas, cuando se encaminaba a la frontera. Sin duda, tenía cómplices en España y era muy probable que intentara dirigirse allí. En Francia, sin dinero, ni documentos de identidad, ni amigos, sabría que acabarían capturándolo de nuevo.

El comandante Marius observó con atención las curvas de nivel del mapa y calculó que llevaría semanas de marcha increíblemente penosa alcanzar la frontera por las montañas que se alzaban a ambos lados del valle. Los fugitivos se verían obligados, aunque sólo fuera por el hambre, a avanzar por el fondo de éste, casi siempre a la vista del río.

Decidió arriesgarse y ordenar a la patrulla móvil que se dirigiera de inmediato a la vecindad de Mont Louis, por la que los huidos tendrían que pasar, probablemente. Desde luego, no debían de haber llegado tan lejos en un día y medio y, cuando llegaran, todo el mundo estaría alerta y la patrulla se habría desplegado para interceptarlos. Al mismo tiempo, otro grupo más pequeño

partiría con los dos sabuesos desde el lugar donde se había encontrado el autobús y seguiría el rastro como mejor pudiese. El comandante no tenía mucha fe en este grupo perseguidor, sobre todo después de la tormenta, pero no quería dejar cabos sueltos. No habría querido perder el tiempo desplazándose hasta allí para inspeccionar el autobús, en lugar de organizar la persecución valle arriba, pero comprendió que se esperaba de él que mostrara un gran interés en la primera pista verdaderamente clara que se encontraba; además, por pura cortesía, debería efectuar una breve aparición oficial en el *château*, por lo menos.

Oscurecía cuando el comandante Marius llegó al garaje donde estaba el autobús. Encontró allí a varias decenas de agentes de policía y a un grupo de cinco detectives que batían el lugar. Todos andaban ocupados en iluminar el lugar con las linternas, levantar huellas dactilares y tomar notas, y prestaron poca atención al alcaide cuya ineficiencia había conducido a todo aquel problema.

No se le permitió la entrada en el garaje y tuvo que pedir al administrador de la finca, Heger, que le mostrara el lugar exacto en el que había encontrado el vehículo y en qué dirección estaba orientado. Heger estaba excitado, charlatán y visiblemente complacido de la importancia que le había proporcionado el descubrimiento, pero era un hombre simple, probablemente medio analfabeto, se dijo el alcaide.

Al cabo de unos minutos, la torpeza pueblerina de Heger, rayana en la imbecilidad, incrementó la impaciencia del comandante por marcharse de allí. Se encaminó al grupo de policías y exigió una entrevista con el detective encargado del asunto, inmediatamente.

La luna no había salido todavía y el comandante Marius era un hombre menudo, nada imponente. Los agentes le cerraron el paso y el que habló con él no lo conocía de vista y empezó a ordenarle que se apartara. Resultó humillante tener casi que implorar al individuo que echara un vistazo a sus documentos y que informara al oficial al mando que no tenía tiempo que perder.

Pasaron diez minutos hasta que el agente volvió para anunciar que el inspector recibiría al comandante en el *château* al cabo de media hora.

Tentado estuvo Marius de marcharse al momento de Mont Louis, pero consiguió dominarse y decidió esperar por si la policía descubría algo que le

resultaba útil.

Monsieur Alfred de Montalba-Latour recibió a disgusto al comandante Marius cuando éste fue conducido al salón, pero ya se conocían ligeramente y no se le ocurrió ninguna excusa para expresarle que no era bien acogido. Le ofreció, pues, una copa de vino, pero el alcaide siempre cumplía con estricto rigor la norma de no beber estando de servicio y pidió, en su lugar, un vaso de agua.

Ocuparon sendos cómodos asientos mientras intentaban pensar en algo que decir al otro. El comandante no tenía interés en hablar de la fuga porque aquel asunto era un reflejo de su capacidad y también porque le parecía que apenas conocía nada de lo sucedido. Desde luego, no iba a revelar su plan de campaña.

El viejo Montalba-Latour no se mostró demasiado curioso. El alboroto en torno a la casa lo molestaba, y ahora tenía que habérselas con visitantes cuando lo único que quería era seguir revisando las cuentas, como siempre, hasta la hora de la cena. Heger era un agricultor competente, pero un tonto ignorante con los libros. De no ser por la atención constante que él dedicaba a la contabilidad, toda la finca se hundiría pronto en la ruina y la quiebra.

Un arraigado sentido de la hospitalidad llevó a Montalba-Latour a hacerle unas educadas preguntas acerca de la fuga, pero la resistencia del alcaide a hablar del asunto dificultó la conversación y los dos sintieron alivio cuando, por fin, se presentó el inspector jefe. El terrateniente dijo al criado que condujera a los caballeros al estudio y que se ocupara de que no los molestaran. Le dio la mano a Marius sin levantarse y empezó de inmediato a abrir el enorme libro mayor encuadernado en piel.

En el estudio, el alcaide y el inspector se sentaron en extremos opuestos de la ancha mesa de biblioteca.

El detective dijo que en el autobús había restos de sangre y otros indicios de una lucha violenta y que, a menos que se encontrara con vida al guardia y al conductor en el plazo de veinticuatro horas, daría por sentado que se encontraba ante un caso de asesinato. Había muchas huellas dactilares, que llevaría una semana analizar. Entretanto, se proponía llevar a cabo un interrogatorio sistemático de todos los campesinos en un radio de cinco kilómetros en torno al *château* y recibir informes de las comisarías de la zona dos veces al día. Por

desgracia, añadió, que tenía que darse por sentado que los fugados habrían robado el dinero que llevaban los funcionarios encargados del traslado y no había ninguna certeza de que no hubieran escapado en tren antes de que se diera la alarma. En cualquier caso, tarde o temprano se les terminaría el dinero e, indocumentados, volverían a recurrir a la delincuencia. Sin duda, al final caerían detenidos, se los identificaría por las huellas y el caso se cerraría con la condena de los fugados a la pena capital.

Al comandante Marius le impresionó la mente organizada y paciente del inspector y casi se avergonzó de su ofrecimiento de poner a disposición de la policía su pequeña patrulla, con dos sabuesos ya bastante viejos. Al propio tiempo, le complació que el inspector llevara el caso de una manera tan metódica y científica, sin llegar a conclusiones precipitadas. Aquello proporcionaba a la patrulla principal de Mont Louis cierta oportunidad de ser la que efectuara la captura, de la cual se llevaría todo el mérito su propia organización carcelaria, y no la policía. Aquélla, como bien sabía el alcaide, sería la única manera en que podría rehabilitarse, hasta cierto punto, delante de sus superiores.

A lo largo de la conversación, Marius no hizo la menor alusión a su convencimiento de que los presos fugados se dirigen a España, ni sobre su patrulla principal. Terminó la entrevista asegurando al inspector su colaboración más plena con la policía en todo lo que pudiera requerir. Entretanto, dijo, los hombres bajo su mando continuarían sus pesquisas auxiliares y formarían patrullas. Si había algo que el inspector necesitara durante los días siguientes, sólo tenía que hacérselo saber.

Se despidieron en términos amistosos, cada cual con un leve sentimiento de desprecio hacia el otro.

El comandante Marius irguió los hombros, salió de la casa y se dirigió al coche. Era demasiado tarde para poder hacer mucho aquella noche, pensó, pero establecería un puesto de mando provisional en el camino que ascendía el valle hasta Mont Louis, en el pueblo próximo al apartadero donde estaban abandonadas las máquinas obsoletas. Se pondría en acción con las primeras luces y pasaría la mañana haciendo minuciosas indagaciones en aquella zona.





A Quintanilla, Clair y Sterner, la distancia desde el apartadero del ferrocarril hasta la atalaya se les hizo mucho más larga de que lo habían previsto. El castillo, que desde el valle se veía pequeño y casi como de juguete, era enorme y estaba muy bien conservado, aunque por completo abandonado. No había señales de que nadie se hubiese acercado por allí en muchos años. Había hierba seca sin pisar por doquier y una maraña de arbustos y zarzales llenaba el foso de siete metros que rodeaba el edificio. Cuando los tres hombres llegaron, estaban tan exhaustos de la empinada e incluso peligrosa ascensión por los grandes peñascos, que no les quedaba energía ni interés para explorar los laberintos de hondas bodegas, patios, torres y mazmorras. Enseguida, porfiados y jadeantes, procedieron a ascender los peldaños de piedra medio rotos hasta la cima de la torre de vigilancia más alta.

Después de la lluvia, el aire estaba limpio y despejado y se divisaba el paisaje treinta o cuarenta kilómetros a la redonda. Quintanilla señaló las gruesas murallas medievales de Mont Louis delante de ellos, a lo lejos, y dijo que Andorra y España no quedaban mucho más allá. Una vez dejasen atrás Mont Louis, llegarían a la frontera en pocas horas. Cuando la cruzaran, estarían a salvo de sus inmediatos perseguidores y lo único que deberían hacer sería procurar que la policía española no los tomara por sospechosos de contrabando o por maleantes.

Se sentaron, con la espalda apoyada en los enormes bloques de piedra de la torre, y dieron cuenta con voracidad de los tomates que les quedaban. Clair estaba tan cansado que pensó que no podía permanecer despierto diez minutos más, pero recordó que el día anterior había estado de guardia Quintanilla y que, por lo tanto, esta vez les tocaba a Sterner o a él. Miró a Sterner y vio que también estaba al límite del cansancio. No conseguiría permanecer despierto y

en la torre podían atraparlos fácilmente.

Si la policía interrogaba al cabrero con el que habían hablado en la carretera, éste los pondría sobre su pista y los sabuesos, seguramente, los seguirían hasta el castillo. Era fundamental que siempre hubiese alguien de guardia, para poder escapar a tiempo si se acercaba alguien.

Clair se pasó la mañana caminando, dando vueltas a la torre; cada vez que se sentaba para descansar un minuto en el parapeto, se le cerraban los ojos. Tenía que seguir moviéndose, pero también sabía que debía conservar cada gramo de fuerza que le quedaba para la decisiva marcha nocturna de la mañana siguiente. Miró hacia Mont Louis y, más allá, hacia el lado español de los Pirineos.

Por fortuna, la frontera estaba muy cerca y Clair intentó animarse y, para no caer dormido, recurrió a concentrar sus pensamientos en la misión.

Sonrió, satisfecho, al pensar que aún podía mantener intacta la esperanza de entregar su trascendental informe a la Oficina de Guerra con puntualidad exacta. En realidad, probablemente llegaría antes de tiempo, incluso. Se había dispuesto lo necesario para que, tan pronto se entregara a la policía española, siguiendo el plan de hacerse pasar por un prisionero de guerra huido, su caso se tramitara con la máxima urgencia. Tendría que dar su nombre auténtico, su rango y su nacionalidad. Siempre que lo encontraran solo, no habría nada que lo relacionara con la fuga de la cárcel de tres delincuentes franceses, aun en el caso improbable de que las autoridades españolas hubiesen sido informadas del incidente. Clair sabía que la organización que repatriaba prisioneros funcionaba bien; a través de los canales oficiales habían pasado ya muchos oficiales británicos y, como sabía perfectamente por quién tenía que preguntar cuando lo detuvieran y qué historia concreta debía contar para asegurarse de que lo trataban como a un veterano importante, se sentía bastante confiado respecto a la posibilidad de su inmediato retorno a Londres por vía aérea.

Clair estaba sentado en el amplio parapeto y sus tranquilos pensamientos lo habían llevado casi a rendirse al sueño cuando, de repente, se percató de que existía una peligrosa y aterradora posibilidad. Si le tomaban las huellas y descubrían que se correspondían con las de un criminal y asesino francés, las autoridades españolas lo encarcelarían, por convincente que fuera la historia que contase.

Sabía que, en aquellos momentos, España se hallaba enfrascada en pasar de

un apoyo no beligerante a las potencias del Eje a una cuidadosa y absoluta neutralidad. Sin duda, las autoridades de Franco considerarían que un preso huido acusado de asesinato no entraba en el acuerdo de intercambio y repatriación de prisioneros de guerra y lo extraditarían a la Francia de Vichy.

Las reflexiones sobre aquel problema despejaron por completo a Clair. Imaginó que, en aquella situación de guerra, se tardaría algunas semanas en investigar las huellas dactilares, seguramente en algún laboratorio de Madrid. Aun en el caso de que recibieran de la policía francesa las huellas del buscado Leclerc, para entonces, casi con certeza, él ya habría partido hacia Londres. Además, pensó, no estaba seguro de que en España le tomasen las huellas. Antes de salir de Londres, le habían dado instrucción varios agentes que habían regresado por los mismos medios desde Alemania y ninguno de ellos había mencionado las huellas. Parecía que, para los que se entregaban y acreditaban su identidad ante el agente destinado en Figueras, el procedimiento habitual era dejarlos en libertad con fianza al cabo de pocas horas. Se les daba un poco de dinero y se les permitía vivir libremente en un hotel hasta que se completaban los trámites para la repatriación.

Si lo tenía todo en cuenta, decidió Clair, el peligro no era excesivo. Si era necesario, haría valer su dignidad como oficial británico en servicio activo y se negaría a que lo sometieran a medidas aplicables sólo a los delincuentes comunes. Era una actitud que un funcionario español comprendería e incluso aplaudiría.

Con más claridad que nunca, se dio cuenta de lo importantísimo que era librarse de Quintanilla y Sterner. Si se divulgaba su relación con aquellos dos personajes, su posición se vería peligrosamente debilitada. Los observó, pálidos de agotamiento y durmiendo con su harapienta ropa. Tenían el aspecto exacto de los asesinos fugitivos que eran en realidad.

Clair metió la mano en el bolsillo del pantalón y palpó su revólver. Nada sería más fácil que incrustarles una rápida bala en la cabeza, allí mismo y en aquel momento. Pero, apenas se le hubo ocurrido la idea, advirtió que el primer disparo despertaría al otro y temió que éste se le echara encima antes de que pudiera disparar por segunda vez. Entonces recordó que Quintanilla no tenía revólver, así que lo único que tenía que hacer era matar a Sterner primero; Quintanilla, por despierto que estuviese, no tendría ninguna oportunidad. En

cualquier caso, lo mejor sería, probablemente, atontarlos primero a los dos con dos rápidos golpes.

No obstante, rechazó este método porque Sterner y Quintanilla se encontraban a unos dos metros de distancia uno del otro, lo cual complicaba las cosas innecesariamente. No; lo mejor sería disparar primero a Sterner e, inmediatamente, hacer lo propio contra el desarmado Quintanilla.

La situación era muy tentadora, pero Clair decidió no obrar de manera apresurada sin sopesar cuidadosamente todos los factores. El más obvio era que, cruzando la frontera, siempre llamaría mucho menos la atención un fugitivo que tres. Por lo tanto, solucionar el asunto en aquel momento sería una ventaja, pensó. Nadie parecía haber pisado las hierbas y la vegetación del entorno del castillo desde hacía mucho tiempo. Era muy poco probable que un campesino que pasara por allí se molestase en subir los cientos de peldaños difíciles e incluso peligrosos que llevaban a lo alto de la torre. Con la inminente llegada del invierno, podían pasar meses, años incluso, antes de que alguien descubriese los cadáveres. Y no habría otra oportunidad mejor, pensó Clair. A partir de aquel momento, y hasta que cruzase la frontera, estaría en campo abierto y un cabrero o una patrulla fronteriza podía descubrir por casualidad los dos cadáveres. Como su futuro dependía de que su caso fuera considerado por España como algo rutinario, sería un error fatal cometer un asesinato en territorio español a pocos kilómetros de donde planeaba entregarse.

Despacio, Clair dio una vuelta a la torre contemplando el grandioso paisaje de montañas que se alzaban en todas direcciones. No vio señales de seres humanos pero observó, a poca distancia, unos alcornoques y un huerto de olivos chaparros. Tal vez en ellos había trabajadores que oírían el disparo de una pistola.

Otra poderosa razón para no dejar a los otros en la torre, pensó, era que Quintanilla era el único que conocía el camino a la frontera. Si lo intentaba por su cuenta, sin el conocimiento de los senderos y, sobre todo, de las costumbres de los guardias fronterizos que tenía el contrabandista, con seguridad se toparía con una patrulla francesa o se perdería al cruzar un paso de montaña bordeado de precipicios.

Aún no había tomado una decisión cuando notó que Sterner tenía los ojos abiertos y lo miraba con una expresión de intensa y aterrorizada suspicacia. Clair

había notado que, durante el día, Sterner sólo había dormido de forma intermitente; se había despertado a menudo y constantemente se incorporaba, apoyando la espalda incómodamente en el parapeto, casi como si intentase con todas sus fuerzas mantenerse despierto. Por la expresión que ponía, era como si hubiese adivinado lo que Clair pensaba. Quizás el alsaciano estaba despierto en el momento en que él había palpado ominosamente el revólver que llevaba en el bolsillo, se dijo Clair.

Volvió la espalda a Sterner y anduvo hacia el otro lado de la torre, pensando en lo extraordinario que resultaba que en aquel momento no estuviera dispuesto a mirar a Sterner a los ojos cuando, hacía un instante, había considerado, sin el menor remordimiento de conciencia, la conveniencia de matar a sus dos compañeros mientras estaban dormidos e indefensos.

Clair reflexionó sobre el pasmoso poder psicológico de la autoridad. Sólo porque una autoridad que él acataba, la Oficina de Guerra, le hubiese ordenado que no se ocupara en otra cosa que no fuera hacer llegar a tiempo su informe a Inglaterra, estaba dispuesto a cometer los crímenes más brutales a sangre fría y a hacerlo, confesó para sí, con una sensación casi de martirio y de superioridad moral. De hecho, reconoció, cuanto más sangrienta fuera la violencia que cometiera, más creería que merecía, cuando volviese a su país, una Cruz Militar, o incluso una medalla por Servicios Distinguidos. Al fin y al cabo, su sola misión habría significado una notable contribución al esfuerzo bélico.

Por un instante, pensó en lo desdeñable, bárbaro y también infantil que resultaba el deseo de recibir una baratija con un lazo chillón que colgarse en la chaqueta del uniforme. Se sintió deprimido y avergonzado pero intentó consolarse recordando que estaba siendo absolutamente sincero en su determinación de combatir el fascismo. En el plano ético, aprobaba la derrota militar de Alemania y, lógicamente, aquello significaba que debía aceptar la idea de que muriesen hombres. No había diferencia moral entre disparar a sus compañeros a fin de mejorar las posibilidades de éxito de su misión militar y lanzar una bomba sobre Berlín, salvo que, en el caso de la bomba, moría mucha más gente, niños incluidos.

Clair estaba tan cansado que decidió no pensar más y, hacia el final de la tarde, se descubrió tan exhausto que no sabía si podría mantenerse despierto. Vio que Sterner estaba tumbado con los ojos abiertos y comprendió que, si no dormía

un par de horas, aquella noche no podría caminar hasta Mont Louis. Sin algo de descanso, no llegaría hasta allí.

Le contó a Sterner lo que ocurría y le pidió que lo relevase en la guardia hasta el atardecer.

Sterner vio que Clair estaba al borde de la extenuación y se avino enseguida en relevarlo de la guardia porque en todo el día le había resultado difícil fingir que dormía sin dormirse de verdad y, ahora que estaban tan cerca de la frontera, le pareció más necesario que nunca mantener una intensa vigilancia. Era consciente del hecho de que, a excepción de Rusia, ignoraba casi por completo la geografía europea y no recordaba si los Pirineos iban de norte a sur o de este a oeste. Entre las laberínticas estribaciones montañosas era imposible saber dónde se encontraba exactamente la cordillera principal y Sterner estaba seguro de que, para llegar a España, necesitaría un guía. Recordó la expresión taimada de Clair mientras él fingía dormir y se congratuló de haber tomado la sabia decisión de no quitar el ojo de encima de sus astutos compañeros de viaje.

Que de momento le fueran útiles no significaba que tuviese que confiar en ellos y permitirse perderlos de vista.

Sterner contempló los formidables bastiones de granito del castillo. Durante unos instantes, su robustez, su enorme altura y su aire solitario lo asustaron y desvió la mirada enseguida, volviendo los ojos hacia el valle.

Una columna de humo se elevaba encima de una aldea y en la distancia, muy lejos, se oyó tres veces el silbato de un tren. Era un sonido familiar y reconfortante.

No soplaba viento ni había nubes en el cielo. En la calma absoluta de la tarde y bajo el sol implacable y ardiente, Sterner se adormiló casi irremediamente. Sacudió la cabeza para despejarse y volvió a mirar hacia el valle por encima del parapeto.

Tenía hambre y advirtió que seguramente tendrían que bajar al valle y conseguir algo más alimenticio que los tomates y las aceitunas amargas, pero entonces recordó que les había costado al menos tres horas subir a lo alto del castillo y que sería de noche antes de que llegaran donde estaban las casas y volviesen a subir para ponerse a salvo en las alturas. En veinticuatro horas, no

habían avanzado prácticamente nada en su camino a la frontera. Y el tiempo era sumamente importante. Sterner sabía que la NKVD no era una organización que aceptase muchas excusas o elaboradas historias sobre la falta de puntualidad de sus agentes responsables.

Decidió que era su deber conservar hasta el último gramo de fuerzas y se quedó sentado bajo el cálido sol. Fue un alivio no sentirse observado constantemente y poder relajarse y descansar un poco. El sol le daba en la cara y, por unos instantes, se permitió cerrar los ojos y adormilarse. No se percató de lo debilitado que estaba por la falta de ejercicio y comida durante su estancia en la cárcel y de que lo único que los había impulsado a seguir adelante hasta entonces había sido el violento apremio a escapar.

Con los ojos cómodamente cerrados, Sterner oyó la reconfortante respiración de sus compañeros y, de vez en cuando, los lejanos silbidos de los trenes que cruzaban el valle. Poco a poco, se quedó dormido.

Cuando volvió a despertar, ya estaba amaneciendo.

Despertó de repente y vio las franjas de nubes escarlata que veteaban el cielo y la aurora verdosa que se levantaba en dirección a Perpiñán y el mar. Por un momento, intentó convencerse de que era el atardecer, pero enseguida le quedó claro que había dormido toda la noche.

Sterner se maldijo por su debilidad. No sólo habían perdido doce horas vitales, sino que él mismo había echado a perder la autoridad que tenía sobre los demás y que consideraba tan importante conservar. Quizá sería mejor, pensó, negar firmemente que le tocaba aquella guardia. Al fin y al cabo, era el turno de Clair y, sin duda, Quintanilla consideraría que la falta era de éste, pero el inconveniente de obrar así sería que la confianza de Clair en su liderazgo, en el liderazgo de Sterner, apenas mejoraría.

Entonces, de repente, mientras pensaba aquello, Sterner advirtió que el resentimiento de Clair tal vez le resultase útil. El pequeño ratero se enfadaría con Quintanilla por no creerse su historia y el incidente podía ser la oportunidad que esperaba a fin de romper la alianza que los otros dos estaban consolidando. Más adelante, intentaría que Clair volviese a ponerse de su parte o, por lo menos, procuraría atenuar su antagonismo, insistiendo, cuando dividieran los objetos de las maletas de los muertos, en que fuera Clair, y no Quintanilla, quien se quedara el valioso reloj de oro.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, se le ocurrió una idea mejor. Podía admitir mansamente que había acordado con Clair que lo relevaría y decir que había notado lo cansadísimos que estaban los otros dos y lo necesario que era que gozasen de un sueño prolongado. De aquel modo, haría hincapié en su propio sacrificio, en haberse quedado despierto media tarde y toda la noche, y también podría fingir una gran preocupación por el bienestar de sus compañeros. A continuación, podría demostrar su liderazgo práctico con la sugerencia de que, además, había considerado que el terreno montañoso era demasiado escarpado y abrupto para que fuese posible o necesario recorrerlo de noche. Recordarían las dificultades de la ascensión al castillo y eso bastaría para que estuvieran de acuerdo con él sin demasiadas discusiones.

Clair y Quintanilla continuaron durmiendo profundamente y Sterner se mantuvo muy quieto por temor a que despertaran antes de que hubiera decidido lo que iba a hacer. Aunque al principio se le había antojado plausible, el plan de aceptar la responsabilidad del hecho de no haber despertado antes a los otros tal vez no fuese la mejor alternativa. Con eso, la alianza de Clair y Quintanilla quedaría intacta y quizá se consolidaría aún más. Quizá los dos se enfurecerían con él por no haberlos despertado, por bienintencionados y sensatos que fueran sus motivos. En general, se dijo Sterner, la cuestión crucial era siempre el poder, el liderazgo. Aquella había sido, recordó, la diferencia entre bolcheviques y mencheviques y, no bien hubo pensado en ellos, experimentó una momentánea punzada de culpa. Con tanto darle vueltas a las cosas, sus pensamientos se habían desviado, estaba claro, en una dirección peligrosamente liberal.

Sterner cruzó la torre con cautela y contempló el paisaje. Ya era completamente de día y, con los rayos del sol aún bajo iluminándolo desde el este, Mont Louis parecía más próximo que nunca. Sterner quedó satisfecho de su perspicacia política y se animó ante la proximidad de la frontera. Pronto llegaría a España y la cruzaría camino de Lisboa. Sabía que lo que contaba eran los resultados: lo único que tenía que hacer era cumplir su objetivo en México y, cuando por fin regresara a casa, se encontraría en una posición excepcionalmente buena dentro del Partido.

Dio media vuelta y observó que Quintanilla estaba despierto. Lo vio sentarse de repente y volver la cabeza al sol que se levantaba por el este.

—¿Es por la mañana? —preguntó.



Sterner miró a Clair, que dormía hecho un ovillo debajo del parapeto.

–Ese hijo de puta no nos ha despertado –dijo.

Quintanilla contempló unos instantes el paisaje que los rodeaba. Abajo, a menos de un kilómetro de distancia, había una vieja con unas cuantas cabras. Estaban demasiado lejos como para que llegara el sonido de los cencerros metálicos.

–Esperaba que a estas horas ya hubiéramos dejado atrás Mont Louis –dijo Quintanilla–. De ese modo, habríamos llegado a la frontera antes del anochecer.

A fin de mantener la situación bajo su firme control, Sterner se acercó a Clair con paso ligero, le tiró del pelo y lo sacudió para despertarlo. Tan pronto estuvo seguro que Clair lo entendería, le gritó en tono agresivo:

–¿Por qué no te has quedado despierto?

Clair se puso en pie y miró a su alrededor.

–Tal parece cual si hubiésemos dormido toda la noche –dijo en su tono de voz más culto y pedante.

Sterner pensó que Clair era un auténtico mequetrefe y le replicó con amargas recriminaciones, como si realmente se hubiese dormido durante la guardia. Sterner preguntó para qué demonios servía alguien de quien no se podía confiar que cuidase de sí mismo y todavía menos de sus amigos.

–Corrígeme si me equivoco –dijo Clair en tono pausado–, pero tengo la clara idea de que tú me relevaste de la guardia y que por tanto, creo, de ello se deduce necesariamente que eres tú quien tendrías que habernos despertado.

Sterner miró de reojo a Quintanilla para ver cómo se lo estaba tomando y su ira aumentó al descubrir que era incapaz de captar nada en la altanera y arrogante pose del contrabandista. Había tenido suerte, pensó, de que Clair fuera tan estúpido y despreciable como para replicar en aquellos términos inciertos. Con aquellas vacilaciones, Clair había reconocido, prácticamente, que el error había sido suyo.

Sin embargo, Quintanilla no parecía dispuesto a reconocer ese hecho, ni a negarlo. Se limitaba a mirarlos a los dos como si fueran animales inofensivos.

Sterner se sintió impotente y también incapaz de controlar la situación y ésta empeoró cuando Quintanilla le robó protagonismo señalando, con toda sensatez, que el problema seguía siendo que habían dormido toda la noche y que ahora tenían que decidir lo que harían a continuación.

–Estoy de acuerdo –dijo Clair en español–, pero, por una cuestión de pura curiosidad, una curiosidad que podría ser incluso censurable, me gustaría saber lo que se lleva entre manos nuestro compañero.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Quintanilla, también en español.

Clair se lo explicó y los dos miraron con aire inquisitivo a Sterner, el cual advirtió que no había logrado debilitar en absoluto la peligrosa alianza de los otros dos. Su tranquila conversación en una lengua extranjera, posiblemente catalán, lo alarmó y decidió que era necesario enfrentarlos en una pelea por el reparto de las pertenencias del carcelero Bertiglia.

Dijo que el terreno era tan escarpado que sería mejor no cargar con las maletas. Lo primero que tenían que hacer era repartirse entre ellos los objetos que querían y deshacerse de lo demás.

–Eso puede esperar a que decidamos cómo vamos a seguir a partir de ahora –replicó Quintanilla.

Clair calló, sin apartar los ojos ni un instante de Sterner.

–Debido a la negligencia de Clair –dijo Sterner–, ahora estamos en un mayor peligro. Debemos viajar lo más ligeros de equipaje que podamos.

Empezó a desatar las maletas.

Hablando en francés, Quintanilla le preguntó a Clair qué plan creía que tenían que seguir y conversaron unos minutos haciendo caso omiso de Sterner.

Sterner vio que la autoridad se le escapaba rápidamente de las manos y creyó conveniente sacar a relucir el asunto decisivo en aquel mismo momento. Interrumpió a Quintanilla, que estaba hablando de la distancia que los separaba de Mont Louis, y dijo en voz alta y enérgica:

–Ante todo está el problema de quién recibirá el reloj de oro. No puede dividirse en tres partes.

Desde que había despertado, Quintanilla se sentía exasperado. Tenía un hambre y una sed atroces y la voz ronca y la agresividad de Sterner le habían puesto los nervios al límite. Desde el primer momento, a Quintanilla le había quedado claro que la conducta de Sterner era la de alguien que se sentía terriblemente culpable de algo, mientras que no sucedía lo mismo en el caso de Clair. Le quedaron, pues, pocas dudas de que, por escurridizo y evasivo que fuese Clair, las cosas

habían sucedido como las contaba. Sterner era un idiota.

Quintanilla controló el mal humor con esfuerzo y, en un tono excesivamente paciente, dijo:

–No nos preocuparemos del reloj hasta que hayamos decidido lo que vamos a hacer.

–Es un asunto que hay que resolver –insistió Sterner y en tono persuasivo añadió–: Es muy valioso.

Quintanilla y Clair intentaron discutir los planes otra vez, pero Sterner no dejaba de interrumpirlos y vieron que sería inútil. Sterner se emperraba en que le dieran el reloj hasta tal punto, pensó Quintanilla, que no iba a prestar atención a nada más. Decidió que tenía que encontrar una manera de librarse de aquel imbécil y también de Clair; al fin y al cabo, si no se podía confiar en que se mantuvieran despiertos durante la guardia, era absurdo seguir con ellos. Ya estaban muy cerca de la frontera y no importaba demasiado que los demás fueran apresados, como a buen seguro lo serían, si continuaban por su cuenta. Quintanilla estaría muy pronto en España y se pondría en contacto con sus amigos.

Entonces pensó que su optimismo era excesivo. Solo y desarmado, cruzar la frontera iba a ser sumamente peligroso. En la refriega del autobús, debería haberse hecho con alguno de los revólveres. No pensar en ello había sido una imprevisión por su parte.

–Estamos perdiendo el tiempo –dijo Sterner–. Hay que resolver ahora mismo el asunto del reloj.

A Quintanilla se le ocurrió una idea para aprovecharse de lo que consideraba codicia infantil por parte de Sterner.

–Hay tres objetos importantes –dijo Quintanilla–, y como somos tres, no tendría que ser difícil que nos pusiéramos de acuerdo. Me refiero a los dos revólveres y al costoso reloj.

Sterner intentó interrumpirlo, pero Quintanilla continuó hablando con firmeza.

–Propongo que Sterner se quede con el reloj y nosotros dos nos conformemos con los revólveres.

–Los revólveres están fuera de toda cuestión –se apresuró a decir Sterner– y considero que Clair tendría que quedarse el reloj.

Quintanilla se quedó tan sorprendido que soltó una sonora carcajada. Luego miró a Sterner a los ojos y, lacónico, preguntó:

–¿Por qué?

Sterner dio un respingo, como si le hubieran pegado, y calló unos instantes.

–Porque... porque... porque le sería útil –balbució finalmente.

–Creo que ninguno de nosotros tiene derecho a tener un revólver y el reloj a la vez –dijo Quintanilla–. Si nos ponemos de acuerdo en esto, apoyaré la petición de Clair para quedarse con el reloj.

–Yo no quiero ese reloj –dijo Clair en tono expeditivo–. Decidamos qué vamos a hacer a continuación, por el amor de Dios.

Quintanilla no pudo por menos de fijarse en el inexplicable gesto de asombro y decepción de Sterner y, una vez más, se convenció de que, incluso desarmado, las cosas le irían mejor solo. Si Clair y Sterner seguían discutiendo, y parecía que eso era lo que iban a hacer, la situación se volvería muy peligrosa. Decidió urdir un plan que le brindara una oportunidad adecuada de abandonarlos.

Tenían un hambre desmedida y la conversación agudizó su sed. El sol ya estaba alto y empezaba a calentar. Se anunciaba un día muy caluroso.

Se sentaron bajo el parapeto y hablaron en voz baja, ronca. Pronto convinieron en que era imposible quedarse donde estaban ni un momento más. Sin agua ni comida, al anochecer estarían demasiado débiles para emprender el difícil camino a Mont Louis.

Quintanilla planteó que el problema estaba en que, a la luz del día, los tres juntos llamarían mucho la atención. Propuso que bajaran de la torre y se dirigieran a los alcornocales para esconderse allí. Él seguiría hasta el río y se lavaría, se afeitaría y se pondría la camisa limpia del carcelero. Cogería el dinero y entraría con toda la calma en la panadería del pueblo; gastaría todo lo que tenían en pan, queso y salchichón y volvería a los alcornocales con la comida. Era una acción desesperada en la que correría un gran riesgo, señaló Quintanilla, pero alguien tenía que hacerlo. Si no comían, no soportarían las largas marchas.

–No estoy de acuerdo en que vayas solo –dijo Sterner.

–Yo, tampoco –dijo Clair, en un tono que a Quintanilla se le antojó casi amenazador.

Ya mientras lo proponía, a Quintanilla le había parecido improbable que le confiaran el dinero a él solo y por eso no le extrañó la contundente y unánime

negativa a su plan. Sin embargo, aparte de su secreto deseo de separarse de ellos, creía que su plan era en realidad el más sensato y pensó en proponer que fuera Clair al pueblo en vez de él. Era evidente que tres forasteros juntos despertarían sospechas, sobre todo por lo sucios que iban. Y tenían que conseguir comida.

–Os aseguro –prosiguió Quintanilla–, que no tengo ningún deseo particular de ser yo quien corra el riesgo. Quizás uno de vosotros quiera ir.

Clair se quedó pensando unos instantes y luego dijo que creía que como mejor funcionarían era como grupo. Necesitaban a Quintanilla para que los guiase al otro lado de la frontera, y Quintanilla los necesitaba a ellos por si tenían que recurrir a la violencia para salir de alguna situación apurada.

Quintanilla consideró que lo que Clair había dicho era muy sensato y su respeto por él aumentó. Empezó a cambiar de idea con respecto a abandonarlos.

–Ahora, bajaremos hasta el río y beberemos –dijo Sterner de repente–, y el resto del día tendremos que conformarnos con los tomates o cualquier otra cosa que encontremos en los campos. Al anochecer, uno de nosotros puede entrar en una tienda a comprar pan y queso, mientras los otros montan guardia fuera.

Los otros dos estuvieron de acuerdo y Sterner sonrió con expresión complacida y confiada. Sacó de las maletas los objetos que podían interesarles, incluido el reloj. Quintanilla consiguió hacerse con la camisa limpia y, en la poco digna pero amigable refriega, Clair se adueñó de un par de tijeras, una navaja de afeitar y un trozo de jabón. No había nada más que interesase a ninguno de los tres hasta el punto de considerar que mereciese la pena pelearse por ello, e incluso pudieron dividirse el dinero en tres partes sin que hubiera fricciones. Lo único que a Quintanilla le interesaba de veras era hacerse con un revólver, pero se dio cuenta de que no podría convencer a ninguno de los dos de que renunciara al suyo.

Sterner abrió la marcha escaleras abajo y, en el último momento, Quintanilla advirtió que se olvidaban los rollos de cuerda, las herramientas y las maletas. Evidentemente, debían deshacerse de todo aquello en otra parte, donde fuese más difícil de encontrar.

Al llegar al pie de la torre, miraron a su alrededor y descartaron la posibilidad de arrojar las maletas a la maleza que crecía en el profundo foso del castillo, ya que podían quedar a la vista y alguien podía descender a rescatarlas. Por otra parte, en aquel suelo rocoso resultaba difícil cavar hondo y tampoco

tenían intenciones de quedarse mucho más tiempo en los alrededores del castillo, así que hicieron un hoyo somero, metieron los objetos dentro y lo taparon con dos grandes y pesados bloques rectangulares de piedra. A Quintanilla le pareció un trabajo chapucero, una manera descuidada de ocultar pistas peligrosas, pero tenía tantas ganas de marcharse de allí como los demás. Empezaban a sentirse tan acorralados e impotentes en la torre que aquello les provocaba un pánico irracional.

El descenso entre las abruptas rocas y la maraña de hierbas les llevó más tiempo de lo previsto y, por primera vez, Quintanilla comprendió con toda claridad que iba a ser imposible avanzar por las montañas que discurrían paralelas al valle. Incluso con luz diurna, la marcha sería peligrosamente lenta y, de noche, tardarían tanto en llegar a la frontera –que ya divisaban desde el terreno elevado en el que se encontraban–, que estarían exhaustos y a punto de morir de hambre y no lo lograrían nunca, teniendo en cuenta sobre todo que los últimos kilómetros serían los más difíciles.

Tendrían que caminar valle arriba, con la población y las patrullas fronterizas alertadas de la presencia de unos sospechosos vagabundos forasteros.

Quintanilla empezó a desesperarse. Una persona sola quizá conseguiría colarse al otro lado, pero a los tres juntos seguramente los verían. Ahora ya sabía que Clair era un individuo tan astuto, inteligente incluso, que no le resultaría fácil librarse de él. Clair, pensó, ya sospechaba que ésas eran sus intenciones, por lo que se cuidaría muy mucho de no perderlo de vista. Y Sterner pondría todo su empeño en seguirlos con su paso torpe. Quintanilla decidió que estaba demasiado debilitado y que sus compañeros eran demasiado peligrosos como para ceñirse a su plan original de pasar a Andorra y seguir hasta la reserva de oro. Tal como estaban las cosas, tendría que tomar el camino más corto a España con la esperanza de poder desembarazarse de los otros dos en algún lugar de las montañas. Se concentró en la visualización del mapa y recordó que la frontera más cercana quedaba casi directamente al sur de la población de Mont Louis. Seguiría por el valle hasta dejar atrás Olette, donde sabía que encontraría un riachuelo que descendía directamente desde la frontera, que se hallaba unos ocho o nueve kilómetros más arriba, en las montañas.

Tan pronto hubo tomado la decisión de dejar atrás Olette aquella noche, esconderse y descansar al día siguiente y cruzar a España antes del atardecer,

Quintanilla sintió más confianza en sí mismo. Sabía perfectamente que no era razonable pensar que sus dificultades se desvanecerían por ensalmo no bien pusiera los pies en España, pero, de todos modos, sería maravilloso sentirse de nuevo en su país y, ciertamente, una vez llegara allí, el peligro de que lo capturasen como fugitivo asesino disminuiría.

Por aquella ruta, seguiría estando a muchos kilómetros de Andorra y de la meseta donde se hallaba el oro, pero tendría la oportunidad de encaminarse directamente a Barcelona y contactar allí con los conspiradores monárquicos y descansar y replantearse el futuro. Tal vez se arriesgaría incluso a hacerle una visita a su madre en Valencia.

Con esfuerzo, Quintanilla trató de concentrarse en el inmediato y azaroso presente.

Estaban cruzando los alcornocales y desde allí el descenso sería fácil. Si no hubieran estado tan sedientos, habría sido mejor no arriesgarse a bajar hasta el río.

Vieron con claridad las casas de la aldea y el tren de la mañana que pasaba. Por la carretera circulaba un coche seguido de dos motocicletas, pero Quintanilla estaba demasiado lejos y no vio que quienes las montaban llevaban uniforme de funcionarios de prisiones.





El comandante Marius llevaba levantado desde el amanecer; había esperado una hora más o menos en la gendarmería por si llegaba alguna información que considerase merecedora de ser investigada y había hablado con los propietarios de cafés, ninguno de los cuales había visto nada desacostumbrado, aunque todos prometieron, con una efusiva disposición a demostrar el placer que les producía colaborar con la policía, que si veían a extranjeros sospechosos los denunciarían.

Sin saber por qué, al comandante Marius no lo convencieron aquellas expresiones de respeto a la ley y supuso que todos ellos se sentían culpables porque estaban involucrados en alguna clase de mercado negro prohibido.

El alcaide casi había decidido ir directamente a inspeccionar su patrulla móvil de Mont Louis, cuando llegó a la comisaría un mensaje en el que se decía que un cabrero que vivía unos kilómetros valle abajo, declaraba con toda rotundidad que había visto la mañana anterior a los tres criminales evadidos. Marius pensó que era una pista que merecía la pena seguir, aunque la certeza del hombre apenas se justificaba; aunque hubiese leído la vaga descripción oficial de los fugitivos, no podía asegurar que fuesen ellos los individuos que había visto. Sin embargo, de todos los rumores que le habían llegado, aquél era el mejor y, con sus mensajeros motoristas, se dirigía a interrogar al hombre en el preciso momento en que Quintanilla, Sterner y Clair contemplaban su coche desde los alcornoques en su camino hacia el río.

El comandante Marius encontró al cabrero en una insalubre cabaña situada a la vera del camino. El hombre dijo que había visto a los convictos en el camino que llevaba al apartadero del ferrocarril. Los tres iban mojados, sucios y cualquiera hubiese visto que se trataba de unos sinvergüenzas.

Marius le preguntó cuánto tiempo llevaba viviendo en la zona, si realmente estaba seguro de que eran forasteros y qué aspecto tenían. Pensó que las dos

maletas que mencionó el cabrero podían ser las del carcelero Bertiglia y el chófer pero, cuando el hombre insistió en que los tres iban bien afeitados, dudó de todo lo que le había contado. Al comandante Marius se le antojó improbable que aquellos criminales fugitivos se arriesgaran a ir al barbero para que los afeitasen. Tal vez hubiesen utilizado la cuchilla de Bertiglia, pero era improbable que hubieran pensado que merecía la pena hacerlo hasta que estuviesen más lejos del escenario del crimen. Debían de estar ansiosos y desesperados por poner la mayor distancia posible entre ellos y al autobús abandonado.

Durante unos instantes, Marius se preguntó dónde estarían los cadáveres de Bertiglia y del conductor. Supuso que la policía haría una búsqueda a fondo en los alrededores del *château* pero, en cualquier caso, el hallazgo de los cuerpos tenía poco interés para él: su principal preocupación era capturar a los prisioneros.

Llevó al cabrero en coche hasta el lugar donde había visto a los forasteros y luego siguió hasta el apartadero y se apeó para echar una ojeada. Pensó en mandar que trajeran los sabuesos, pero recordó que el rebaño de cabras habría disipado cualquier aroma que los perros pudiesen captar. Alzó la vista hacia el castillo colgado en lo alto de la montaña y pensó que podía ser un buen escondite, pero luego imaginó que los prisioneros estaban obsesionados con su persecución y que habrían seguido adelante. Avanzarían más si seguían el valle, pensó. Y, de hecho, esto era lo que hacían en aquellos instantes, caminando unos quince o veinte kilómetros por delante. Si daba por buena la versión del cabrero, ya debían de haber llegado a Olette.

El comandante decidió que estaba perdiendo el tiempo y que lo mejor sería volver al pueblo a ver había llegado más información que confirmara o contradijera lo que había contado el cabrero. Le irritó tener que reconocer que era de justicia llevar al hombre de vuelta a su cabaña, que estaba a tres o cuatro kilómetros, pues aquello significaba perder unos minutos tal vez vitales, pero en aquellos infortunados tiempos ya era bastante difícil lograr que la población colaborase con las autoridades y creyó conveniente no disgustar a alguien que creía que estaba siendo útil.

Cuando el alcaide llegó a sus habitaciones, situadas encima del restaurante de la población, le comunicaron que había un mensaje para él pidiéndole que telefonara al *château*. Al parecer, la policía había hecho un importante descubrimiento. Tardó casi media hora en conseguir línea y, cuando la tuvo, le

costó oír lo que le decían debido al ruidoso parloteo del atestado café donde estaba el teléfono. Después de unos minutos de frustración, el comandante supo que la policía había encontrado las gafas rotas del carcelero Bertiglia a cincuenta metros del *château*. Por lo que decían, parecía que se hubiera producido una pelea.

Marius preguntó lacónicamente si había algún rastro de los prisioneros.

El inspector dijo que no, pero que cada vez tenían una idea más clara de lo que había sucedido y preguntó, más o menos por cortesía, si el comandante tenía algo nuevo de lo que informar.

Marius le dijo que no había averiguado nada que mereciera la pena comentar y el inspector cloqueó y le dijo que no podía superar los experimentados métodos de la policía: Moverse en círculos por todo el campo era siempre una manera insatisfactoria de afrontar el trabajo.

El alcaide consideró innecesariamente rudo aquel comentario, pero controló su temperamento sin dificultad porque tenía más confianza que nunca en que los fugitivos se hallaban en algún lugar del valle y se toparán con su patrulla móvil. Si la policía perdía el tiempo tras pistas inútiles, aquello lo favorecería.

Salió a la abarrotada calle. Recordó que era domingo por la mañana pero, aun así, parecía haber más gente de lo acostumbrado. Preguntó por qué en la comisaría y le dijeron que la multitud había acudido al torneo de petanca, que empezaría a las once de la mañana. Los hombres de su patrulla informaron que, desde que había roto el alba, había llegado tantísima gente procedente de pueblos distantes, que no merecía la pena seguir las pesquisas sobre los forasteros sospechosos. Había decenas de personas a quienes los habitantes locales no habían visto nunca.

El comandante Marius decidió ir directamente en coche a Olette, donde estaba esperando su ayudante, el capitán Tresser, y una pequeña patrulla.

De camino hacia allí, pensó en Tresser. Era un hombre estricto y cuidadoso que trabajaba lo que le correspondía según el cargo. Nunca tomaba ninguna iniciativa sobre la administración de la cárcel y siempre pedía permisos para ocuparse de los asuntos de la Asociación Nacional de Petanca, de la que era su más activo secretario. Marius no había podido pillar nunca a Tresser en una falta de puntualidad o una negligencia, pero le enojaba tener que soportar la permanente resistencia de su ayudante a hacer más de lo estrictamente necesario

en el trabajo. Marius se habría librado con gusto de él, pero en aquella situación de guerra resultaba imposible saber si encontraría a alguien mejor para sustituirlo. Quizá se encontraría sin ayudante durante meses, mientras el nuevo se sometía al complicado proceso de su nombramiento. Y, además, el alcaide tenía que reconocer que, fuera de servicio, Tresser era una persona interesante y cordial. En cierto modo, sentía aprecio por él.

Mientras recorría el profundo valle encajado entre los picos que se elevaban a cada lado, Marius volvió a sentirse satisfecho de sí mismo. A lo largo de varios kilómetros, algunas partes del valle eran tan estrechas que no había campos, sólo la carretera y el riachuelo marrón, crecido después de los aguaceros. Si estaba en lo cierto y los fugitivos se dirigían a la frontera, alguien los vería y los capturaría. Incluso a Tresser le resultaría difícil dejarlos pasar sin interceptarlos, se dijo. Sin embargo, cuando lo pensó un poco mejor, Marius se percató de que estaba siendo injusto con su ayudante. Tresser no era nunca incompetente; sólo estaba harto de su trabajo en la prisión y de todo lo que tuviese relación con ello. Al fin y al cabo, pensó Marius, le convenía contar con alguien como Tresser, pues no le habría gustado tener de ayudante a un entrometido.

El comandante llegó a Olette a mediodía y se reunió con el capitán Tresser en un pequeño y sucio restaurante situado junto a la carretera. Comieron una trucha recién pescada ilegalmente en el río y sabrosamente cocinada y bebieron vino blanco de la comarca.

El capitán Tresser era alto y apuesto. Había sido oficial regular de caballería hasta la caída de Francia, en 1940, y un grupo de importantes militantes gaullistas le había ordenado entonces ingresar en el servicio penitenciario, pues les había parecido conveniente situar a unos cuantos de los suyos en cargos de autoridad en diversas prisiones en las que más adelante, probablemente, serían encerrados los presos políticos.

Durante su primer año como ayudante, Tresser había podido organizar la fuga de dos ex ministros y un brigadier sin involucrarse políticamente, pero recibió severas reprimendas por negligencia en ambas ocasiones y, a partir de entonces, tenía dos manchas negras en su expediente. Como era natural, no había conseguido borrarlas y, además, se habían producido otros incidentes que, si no

equivalían directamente a un sabotaje, habían demostrado, al menos, que no estaba capacitado para un ascenso. No sólo seguía siendo un ayudante sino que, además, había tenido que soportar el oprobio de que lo destinaran a la cárcel de Naronne, una prisión menor. En realidad, de no haber sido por la protección de un funcionario importante del gobierno de Vichy, lo habrían echado del puesto sumariamente.

Dado que en Naronne no había presos políticos, el capitán Tresser no tenía ningún trabajo secreto que hacer en la cárcel, prácticamente, y por ello había dedicado toda su energía y entusiasmo a organizar el movimiento de la resistencia local. Su cargo de secretario de la asociación de petanca le daba una excusa perfecta para viajar por los pueblos de la zona y hablar con campesinos y dueños de café de todo tipo, entablando con ellos unas amistosas conversaciones que, de otro modo, siendo como era un funcionario en activo, habrían levantado sospechas.

El torneo organizado aquel día en Arboussols se había planeado con meses de anticipación como tapadera de un importante encuentro del maquis de la comarca.

El capitán Tresser estaba preocupado. La fuga de los tres presos de la celda cinco era lo más inconveniente que había podido suceder. Precisamente en un momento en que necesitaba que el alcaide le diera el máximo de permisos posibles, se veía obligado a estar de guardia día y noche, fingiendo que llevaba a cabo una batida por la zona en busca de los fugitivos. Sobre todo, era lamentable que el comandante Marius se hubiera convencido con tanta obstinación de que sus presas estaban en el valle del Tet, donde los pueblos eran fuertemente gaullistas y donde se esperaba una acción inminente de la Resistencia.

El alcaide se pasó toda la comida sentando cátedra, como era habitual en él, sobre los movimientos de los fugados. A Tresser le interesó el informe del cabrero porque había hecho correr la voz, entre los de la Resistencia, que no había que colaborar con la policía en dar información sobre la fuga. Tratándose de forasteros, nadie podía estar seguro de que no fuesen miembros del movimiento. Tresser había ordenado que no se informase a las autoridades de actividades inusuales, fueran las que fuesen.

Decidió entrevistar al cabrero y hacer comprobaciones.

Era necesario fingir cierto interés en el asunto y, cuando el comandante

Marius dejó de hablar por fin, Tresser le preguntó cómo podía estar seguros de que los tres fugitivos permanecerían juntos.

Por una cuestión de psicología, afirmó el alcaide mientras sorbía el café de bellota con que remataron la comida. Los hombres con asesinatos en su conciencia no querían estar solos.

Había otra cuestión que preocupaba a Tresser. El conductor del autobús era el único funcionario de la prisión en quien había podido confiar; los demás eran hombres mayores, con muchos años de servicio, a quienes lo único que interesaba era no hacer nada que pusiera en peligro la pensión. Al capitán le entristeció pensar que un patriota tan valioso como el conductor había muerto probablemente en una reyerta absurda con unos delincuentes sórdidos e insignificantes.

El comandante Marius y Tresser pagaron la factura y felicitaron al propietario por la deliciosa comida. En aquel momento, llegó un mensajero con información procedente de la cárcel. Como pasaban el día encerrados en la celda sin hacer ejercicio, los prisioneros se mostraban cada vez más indisciplinados y peligrosos y golpeaban las puertas con las escudillas. El ruido se oía desde la calle.

El alcaide cuadró los hombros y dictó a gritos las órdenes para el centinela principal, que el capitán Tresser procedería de inmediato a poner por escrito. Los cabecillas serían encerrados en celdas de castigo y los demás harían todo el ejercicio que la escasez de personal permitiera. La comida y el vino que se ahorraría con los prisioneros castigados a pan y agua serían añadidos a las raciones del resto.

No tenía la menor intención, explicó Marius, de caer en la trampa de retirar hombres de las patrullas de persecución, pues tal era, a buen seguro, el propósito de las algaradas.

El capitán Tresser se preguntó por qué el alcaide no le había ordenado volver para hacerse cargo del asunto. No le cabía en la cabeza que su superior lo considerase una pieza imprescindible en el rastreo de los huidos y decidió que estaba ante otro ejemplo del entusiasmo del alcaide por lo que él llamaba cuestiones de principios: mandar de vuelta a un oficial sería transgredir el principio de no debilitar la persecución. En realidad, a Tresser le parecía que no había motivos para suponer que los hombres hubiesen organizado de forma

consciente algo más siniestro que manifestar que no podían soportar un día más el intolerable tedio de las celdas. Sin embargo, al comandante Marius nunca se le ocurriría pensar en tal posibilidad. Para él, absolutamente todo lo que sucedía guardaba relación con la preocupación que tuviese en aquel momento.

Sería interesante conocer qué opinión tenía el alcaide de él en realidad, reflexionó el capitán, pero entonces advirtió que el comandante nunca pensaba seriamente en nada ni en nadie, excepto en sí mismo, su eficiencia y sus legítimos emolumentos. La gente le interesaba menos aun que la política, lo cual lo convertía en un colaborador natural de cualquier sistema político en el que se encontrase. Y también lo convertía, tuvo que reconocer Tresser, en el superior negligente ideal para un capitán que era gaullista en secreto.

Cuando lo habían destinado a Naronne, y con el fin de que tener la oportunidad de ser destinado a una cárcel de más importancia, el capitán Tresser había hecho lo posible para conseguir que el alcaide deseara librarse de él y recomendara su traslado a otra parte. Sin embargo, últimamente, con la invasión aliada de Francia tan próxima, Tresser había empezado a considerar que su trabajo en la Resistencia local era tan importante que no debía abandonarlo y que tenía que hacer cuanto estuviese en su mano para quedarse en Naronne.

Decidió que había llegado el momento de demostrar un poco más de devoción por el deber y pensó en la manera de mejorar su posición ante el alcaide.

En un tono subordinado, competente y castrense, el capitán Tresser pidió permiso para ir al torneo de petanca de Arboussols. Dijo que su cargo de secretario de la asociación le brindaba la oportunidad de hablar con gentes de todo tipo y que era posible que le llegase alguna información que, de otro modo, desconocerían. Le recordó al alcaide la aversión casi criminal del populacho a colaborar con la autoridad, pero luego añadió que la gente hablaría más libremente con alguien de quien sabían que era un entusiasta de la petanca, pese a su empleo en el servicio penitenciario.

A Marius, la idea le pareció buena. Por un momento, le sorprendió y le complació oír que Tresser hacía una propuesta factible, en lugar de limitarse a cumplir estrictamente con su deber, pero enseguida advirtió que la sugerencia no era más que una treta para combinar trabajo y diversión. Lo único que preocupaba a Tresser era tener una excusa para perder el tiempo siguiendo el

torneo de petanca. Sin embargo, pensó Marius, de todo ello podía salir algo interesante y la efectividad de la patrulla de Olette no se vería reducida de manera significativa por la ausencia de su apático comandante.

El alcaide le dio permiso, pero decidió obligarlo a que hiciera, como mínimo, algunas pesquisas de verdad y le anunció que haría un rápido viaje a Mont Louis y que regresaría a Arboussols por la noche para que le proporcionara un informe detallado de sus progresos.

Marius sonrió con cínico placer ante su propia sagacidad y la incomodidad de su subordinado. Le devolvió el saludo con gesto relajado y cruzó la carretera con paso confiado camino de su automóvil.

El comandante Marius pasó la tarde entretenido desplegando sus patrullas en Mont Louis. El funcionario al mando no tenía nada concreto sobre lo que informar, pero a menos de un kilómetro de la población, carretera abajo, las montañas se elevaban tanto desde la estrecha garganta, que resultaría fácil establecer posiciones fijas que los fugitivos no podrían eludir sin ser detectados, incluso en la noche más oscura, El alcaide estaba seguro de que aún no habían llegado tan lejos y todos los guardias fronterizos estaban en alerta. Sólo había unos pocos pasos por los que cruzar la frontera y todos ellos estaban bien vigilados, e incluso algunos de los conocidos contrabandistas profesionales de la zona habían prometido su colaboración, a cambio de ciertas concesiones no oficiales.

A Marius le pareció que todo estaba absolutamente bajo control y pudo regresar a Arboussols bastante antes de la caída del sol, mientras el umbrío lugar todavía estaba lleno de aficionados que asistían a las rondas finales del torneo.

Formaban largas hileras bajo los gigantescos plátanos, vestidos casi todos ellos con camisas y pantalones azules de algodón, descoloridos y remendados. La mayoría calzaba alpargatas catalanas, con suelas de esparto y unas largas tiras negras cruzadas alrededor de sus piernas tostadas por el sol. Entre los más ancianos, algunos llevaban unas brillantes fajas escarlata en torno a la cintura.

A Marius le sorprendió no encontrar al capitán Tresser entre los espectadores. Vestían todos tan parecido, que lo hubiese distinguido enseguida y decidió esperar un rato por si se había escaqueado a tomar un trago rápido en el café. Al cabo de un rato, Marius empezó a sentir interés por el juego que presenciaba.



Nunca había visto a expertos en acción y se descubrió admirando su asombrosa precisión en un terreno tan irregular y lleno de guijarros. A Marius le gustó la forma en que lanzaban las bolas de metal, muy alto en el aire, con efecto hacia atrás, de modo que cada *boule* cayera casi muerta en el lugar al que el jugador apuntaba y disfrutó con las hazañas del *tirage*, donde la bola del oponente, muy cercana al *bouchon*, tenía que ser golpeada y sacada de los límites con un satisfactorio golpe seco mientras la *boule* del tirador se posaba en el sitio que había ocupado la otra.

El comandante Marius se dijo que entendía la fascinación del juego y que empezaba a comprender a su ayudante. Había infravalorado la meticulosidad de Tresser cuando había supuesto que no tenía otra intención que disfrutar del torneo. Al mismo tiempo, Marius estaba satisfecho consigo mismo por comprobar en persona que sus órdenes se cumplían. Era la mejor manera de sacar el máximo provecho de sus subordinados, pensó. El liderazgo consistía no sólo en dar órdenes correctas, sino también en asegurarse de que se cumplían.

Dio un rodeo en torno al terreno de juego y luego recorrió la calle mayor, echando ojeadas al interior de los cafés.

En la comisaría, encontró a un locuaz sargento que le dijo que el capitán Tresser había dejado un mensaje para el comandante: estaría en el café Sport de seis a siete.

Salió de nuevo a la calle y le pareció curioso que todos los cafés estuviesen tan llenos. Si toda aquella gente había acudido para presenciar el torneo, era raro que no estuviera en la plaza disfrutando de las emocionantes rondas finales. En todas partes había un ambiente de determinación, casi de tensión, y cada vez que miraba en el interior de un café, todo el mundo dejaba de hablar inmediatamente aunque nadie lo miraba.

El alcaide dejó de lado aquellos pensamientos cuando vio a Tresser en el café Sport, poco antes de las seis. Se saludaron formalmente, se sentaron a una mesa y Tresser pidió un Pernod, que ellos y todo el mundo sabían que era ilegal. Tresser no era estúpido, pensó Marius. Si estando fuera de servicio hacían caso omiso de la ley y se regalaban con una bebida decente, su transgresión los haría más humanos y serían mejor aceptados en aquella zona de mercado negro, contrabando al viejo estilo y sedición moderna.

Poco a poco, el tono de voz aumentó de nuevo en la sala y Tresser pudo

exponer su informe sin que nadie lo oyera. Dijo que había descubierto que tres hombres se habían afeitado a orillas del río, a menos de un kilómetro de Arboussols. Le recordó al alcaide que, entre los lugareños, afeitarse no era cosa de todos los días sino algo muy serio, que requería preparación y esmero, como ponerse el traje de los domingos. Muchos granjeros iban al barbero una vez a la semana y consideraban que afeitarse ellos mismos era casi indigno. Ningún ciudadano respetable se afeitaba junto al río porque la barba de unos pocos días no era nada de lo que avergonzarse; no veían razón para comportarse de una manera tan extraña. Además, explicó Tresser, los tres hombres, al parecer, se habían escondido en las junqueras y, cuando se habían dirigido, renqueantes, al apartadero del ferrocarril, se los veía cansados y enfermos. Los habían seguido a distancia y se creía que seguían ocultos allí. El capitán Tresser dijo que se había enterado de todo aquello hacía apenas media hora y que había decidido no informar a la policía local. Había pensado que el alcaide quizá prefiriese asumir toda la responsabilidad de actuar a partir de aquella información.

El comandante Marius se sintió alborozado ante esta prueba final de lo correcta que era su suposición sobre los movimientos de los fugitivos. En un tono de voz auténticamente amistoso, felicitó a Tresser por su diplomacia y su trabajo de aquella tarde. Entonces, se retrepó de repente en el asiento y le dijo que transmitiera una orden por teléfono a la patrulla de Olette. Iban a regresar todos para realizar una búsqueda inmediata en aquel apartadero; él se les uniría en la carretera, a un kilómetro de Arboussols, y dirigiría la operación personalmente.

Mientras Tresser se ponía en pie para acercarse al teléfono, un viejo se coló por la puerta de la calle, susurró algo a cuatro hombres que jugaban al dominó en una esquina y se acercó a toda prisa al dueño del local, que estaba detrás de la barra. Sin llamar la atención, pero con una rapidez asombrosa, la mitad de los parroquianos desapareció por la puerta trasera, cruzando la cocina. Ninguno de ellos pagó la cuenta.

Tresser se acercó a una mesa ante la que todavía quedaban unos hombres sentados. Dijeron algo en voz baja que Marius no oyó y le pareció que Tresser parecía tenso y preocupado.

El dueño del café y dos clientes recogieron las bebidas que habían quedado en las mesas vacías.

Nadie decía nada y el único sonido que se oía en el local era el entrecuchar de las fichas de dominó que removía un campesino.

El comandante Marius llamó a Tresser y se disponía a preguntarle qué demonios ocurría, cuando entraron cinco soldados de la Gestapo y un aburrido teniente. Uno de ellos fue a la cocina e hizo salir a la mujer del dueño al café. Luego, se plantó junto a la barra y vigiló el local, metralleta en mano. En un francés chapurreado, el teniente dijo que nadie saldría del local hasta que comprobasen la documentación de todos.

El alcaide se acercó al teniente con paso firme y le mostró sus documentos. Dijo que su ayudante y él estaban tratando un importante asunto oficial y que tenían que marcharse de inmediato. Sin molestarse en mirar los documentos, el teniente dijo que lamentaba cualquier molestia que les estuviera causando y que los caballeros podrían marcharse cuando se completara el registro del establecimiento.

El comandante Marius insistió en que su misión era tan urgente que cada segundo contaba.

El teniente lo miró con cinismo y dijo que, tan pronto había entrado en el café, había advertido lo urgente que eran los asuntos de los caballeros y que, sin lugar a dudas, estaban acelerados en gran manera por las placenteras copas de Pernod del mercado negro que los había visto tomar.

El alcaide se enojó tanto que cometió el error de dirigirse a la puerta, ordenar a los soldados que se apartaran y empujar a uno de ellos para intentar salir.

Con ademán lánguido, el teniente ordenó a sus hombres que detuvieran y desarmaran a Marius y a Tresser. Los llevaron a la cocina y les dijeron que se sentaran y callaran. Dos soldados armados con ametralladoras se apostaron en la puerta, de espaldas a la calle.

El capitán Tresser estaba inquieto, pero no asustado, en realidad. Confiaba en que todos aquellos cuya documentación no estuviera en orden se hubieran esfumado a tiempo y, además, lo que contase de sí mismo resultaría convincente. Era una pena que el retraso permitiera, de momento, seguir libres a los fugitivos, pero, para él, aquello no tenía importancia. En cualquier caso, su único interés había sido congraciarse con el alcaide y lo había conseguido. La única preocupación sería que hubiesen aparecido tropas de la Gestapo en Arboussols el mismo día en que los de la Resistencia se habían reunido allí.

Sopesando todas las circunstancias, quizás había sido oportunísimo que el comandante Marius se hubiese comportado de una forma tan estúpida. El ridículo incidente tal vez distraería la atención de los alemanes de investigaciones más serias.

El alcaide y Tresser permanecieron sentados a la mesa de la cocina con gesto avergonzado mientras los soldados los apuntaban con las ametralladoras. Tresser empezó a hablar pero uno de los militares gritó:

–¡Silencio!

En la cocina sólo se oía el tictac metálico de un reloj barato y, de repente, la leche de un cazo puesto al fuego en el fogón de gas se derramó y emitió un silbido explosivo que sobresaltó a los soldados, los cuales volvieron las armas hacia el origen del sonido.

Tresser les sugirió que apagasen el gas, pero el mismo soldado le mandó callar otra vez.

Durante diez minutos, todos permanecieron donde estaban, escuchando el ruido de la leche al quemarse. Tresser se preguntó cuánto rato pasaría hasta que el cazo se pusiera al rojo vivo y si, llegado ese punto, los soldados considerarían que no desobedecían las órdenes si apagaban la llama. Era una especulación intrigante y le habría gustado apostar sobre ella con el alcaide, pero vio que éste estaba de un humor de mil demonios y, en cualquier caso, si hablaba, volverían a hacerlo callar.

El tiempo que pasó hasta que los hicieron volver al café le pareció más largo de lo que realmente había sido. Todos los parroquianos se habían marchado y el teniente estaba sentado solo ante una mesa en el centro del local. Ordenó que el alcaide y Tresser se acercaran y se explicaran. Tresser vio que a Marius le sangraba el labio inferior de habérselo mordido.

El teniente examinó sus documentos con mucha meticulosidad y fingió no asombrarse al ver quiénes eran. Se limitó a pedirles que se sentaran y dijo que el comandante Marius, siendo como era militar, apreciaría la necesidad de emplear cierta mano dura, cierta rudeza incluso, con los lugareños. Ahora que ya se conocían y tenían la sala para ellos solos, no resultaría inapropiado discutir el asunto que creía que tenían en común. Se refería a la fuga de los tres espías que estaban a cargo del alcaide.

–¿Espías? –preguntó Marius.

Al oír aquello, se quedó tan asombrado que se le olvidó protestar por la forma intolerable en que lo habían tratado y, antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró involucrado en una razonable y casi amistosa discusión sobre la fuga.

Al parecer, el teniente tenía la misión de registrar los pueblos fronterizos por orden de las autoridades alemanas de Toulouse. Era una tarea rutinaria, dijo el teniente, porque lo más probable era que, a aquellas alturas, los fugitivos se hubiesen ocultado en una ciudad importante de la provincia donde pudieran continuar con sus actividades sediciosas.

Tresser notó que Marius estaba tan satisfecho de saber que no era así, que controló los nervios y empezó a impacientarse por salir de allí. Sin embargo, estaba decidido a averiguar más antes de marcharse.

—¿Por qué está tan seguro de que son espías? —preguntó.

—Por el hecho de que fueran a llevarlos a Toulouse para someterlos a un interrogatorio político.

—¿Y eso demuestra que son espías? —inquirió Tresser.

—En mi opinión, sí —respondió el teniente.

—Entonces, ¿por qué los encerraron en un lugar como Naronne?

—Por incompetencia de la policía local —respondió el teniente—. A la que debe sumarse la senilidad de los magistrados —añadió.

El comandante Marius se puso en pie, entrechocó los talones y dijo que tenía un importante asunto que resolver antes de que anocheciera.

Cuando cruzaron el café camino de la puerta, uno de los soldados les devolvió los revólveres. Tresser advirtió que todo había cambiado. Si era cierto que los prisioneros evadidos eran presos políticos, tenía que evitar que los capturasen de nuevo. Había ingresado en el servicio penitenciario para solucionar asuntos como aquel, precisamente. El teniente parecía muy convencido de lo que contaba y tal vez se había mostrado evasivo respecto a las pruebas adrede, por razones de seguridad. Tresser recordó que ninguno de los tres presos tenía condenas previas, lo cual era raro en Naronne, y se le ocurrió pensar que quizá Bujol, el chófer, los había ayudado a escapar y luego había desaparecido por miedo a las consecuencias.

Sin embargo, se dijo, era muy improbable que el viejo Bertiglia se involucrase en un asunto de aquel tipo.

Tresser sabía que el alcaide esperaba impaciente que llamase a Olette y no tenía tiempo para pensar en otras posibilidades. Lo único que tenía claro era que no podía correr el riesgo de ser el responsable de la captura de los fugados, que tal vez trabajaban para la Resistencia. Si al final resultaba que eran delincuentes comunes, dejarlos escapar perjudicaría menos que detener a personas que tal vez estuvieran involucradas en importantes actividades en contra de los alemanes.

Una vez en la calle, Tresser dijo que preferiría telefonar de una manera más privada desde la barbería, que se encontraba a unos cincuenta metros de la plaza mayor. No quería que en la comisaría se enterasen de lo que iba a decir.

El barbero, que era miembro de la asociación de petanca, se encontraba en casa y Tresser le contó el problema. Entre los dos decidieron enviar a un grupo de la Resistencia para ver si encontraban a los fugitivos y averiguaban quiénes eran. Avisarían a todos los amigos de la zona para que estuvieran alerta e hicieran cuanto estuviera en sus manos para impedir que las autoridades volvieran a capturar a los evadidos.

El barbero se marchó a toda prisa.

Tresser esperó todo lo que se atrevió antes de llamar a la patrulla y, cuando se reunió de nuevo con el alcaide en la comisaría, se quejó de la ineficiencia del servicio telefónico.



Cuando se puso el sol, Quintanilla se mostró cada vez más nervioso sobre la conveniencia de esperar a que oscureciera antes de acercarse al pueblo. Sabía que, en tiempos normales, no era raro que las tiendas de pueblo estuvieran abiertas hasta tarde, pero con la guerra y la ocupación, las costumbres habían cambiado y Quintanilla dudaba de que encontraran nada abierto, si esperaban demasiado.

El valle ya estaba en sombra, pero el sol todavía teñía las cumbres de un brillante amarillo. Quintanilla se deleitó en la visión del cielo vespertino vetado de verde y escarlata y se sorprendió de que, aun en las incómodas circunstancias en que se encontraba, todavía fuera capaz de interesarse por las bellezas de la naturaleza, cuando todo llevaba a pensar que el hambre y el miedo de aquellos últimos días le habrían aturdido los sentidos, en lugar de aguzarlos.

Miró a Sterner y Clair, recostados entre los matorrales al lado de las vías, donde habían pasado el día, y observó su aspecto exhausto, enfermo. Era preciso encontrar algo de comer aquella noche, como fuera.

Vio que estaban despiertos y les dijo que sería mejor no esperar más; sabía que era peligroso dejarse ver cuando aún había tanta luz, pero las tiendas podían cerrar y era preciso correr el riesgo. Si querían, estaba dispuesto a ir él solo y volver con la comida. De hecho, aquel era el plan más seguro, en su opinión.

Sterner y Clair se incorporaron hasta quedar sentados, atentos a lo que decía, y replicaron rápidamente que ellos también irían. Aunque fueran más visibles, no cabía duda de que en grupo eran más fuertes, apuntó Clair.

Siguieron las vías unos cien metros y luego salieron a la carretera, una larga recta bordeada de plátanos, que conducía al pueblo. Pasaron por delante de un garaje donde un hombre reparaba un viejo Ford. El hombre no se fijó en ellos.

Continuaron la marcha y se cruzaron con grupos de campesinos que volvían



a sus casas después del torneo de petanca. Delante caminaban dos o tres parejas de hombres que iban en la misma dirección que ellos, hacia el pueblo.

La luz se desvanecía rápidamente bajo los enormes árboles. Quintanilla se sintió más confiado; si las tiendas estaban abiertas, no iba a resultar tan difícil, después de todo.

Un coche gris pasó a buena velocidad camino de las vías del ferrocarril. Quintanilla distinguió la palabra «doctor» escrita en un cartón en el parabrisas y al menos a seis hombres apretujados en su interior, todos en mono de trabajo. Le dio la impresión de que estaban tensos y decididos.

Cuando llegaron a la plaza mayor, el torneo había terminado, pero todavía se jugaban varias partidas entre aficionados. Ya era casi de noche y nadie se fijó en los fugitivos. Al fondo de un callejón muy estrecho vieron luz en una tienda de comestibles. Cuando cruzaban la plaza en dirección a ella, el alcaide de la prisión y el capitán Tresser aparecieron en la puerta de la comisaría, delante mismo de ellos.

Sterner se volvió al instante, y casi echó a correr para refugiarse detrás de un grupo que seguía la partida de petanca y se quedó allí con los hombros hundidos y la cabeza gacha. El alcaide alzó la vista al cielo en penumbra durante un segundo y montó en el coche. Dijo algo a Tresser con voz impaciente y el vehículo aceleró ruidosamente y se alejó acompañado de las motos de la escolta, que ensordecieron la plaza con su petardeo.

Quintanilla pasó tal susto y sintió tanto alivio luego, que estuvo a punto de desmayarse. Clair lo asió por el codo y lo ayudó lentamente a continuar hacia la tienda.

–Un caso claro de vísteme despacio, que tengo prisa –comentó Clair.

Quintanilla se recuperó rápidamente. Agradecía el sostén de Clair y le hacía gracia lo que había dicho, pero era evidente que corrían un peligro más inmediato de lo que habían imaginado, se dijo. Sería mejor que compraran toda la comida que alcanzara el dinero y salieran enseguida del pueblo. Era una suerte que él llevara la ropa de campesino con la que lo habían detenido, pero Sterner y Clair, con sus raídas prendas de ciudad, debían de resultar dos figuras chocantes para cualquiera que los viese. Estaba claro que, con la policía tan cerca, no podían arriesgarse a entrar en un pueblo.

Quintanilla pidió a Clair toda su parte del dinero. Era mejor aprovisionarse a

fondo, dijo.

Ya estaban a la puerta de la tienda cuando Sterner reapareció. Se resistió a entregar su parte pero, cuando Quintanilla empezó a alejarse, diciendo que no podía comprarle nada sin dinero, sacó de mala gana su fajo de sucios billetes.

Quintanilla entró en la tienda con paso decidido y los otros dos se quedaron fuera, nerviosos y tensos.

Mientras esperaban, una mujer encendió una luz en la casa de enfrente y sacó al portal una silla y su material de costura, dejando la puerta abierta. Sentada a pocos metros de ellos, observó con curiosidad a los dos desconocidos. Al cabo de un par de minutos, preguntó si los caballeros buscaban a alguien.

No, dijo Clair, sólo esperaban a un amigo que estaba haciendo unas compras en la tienda.

Sterner cerró la mano en torno al revólver que llevaba en el bolsillo.

La mujer se quejó del precio abusivo de todo y Clair se lamentó de los sueldos. Estuvieron charlando tranquilamente hasta que salió Quintanilla.

Había conseguido tres salchichones y unas piezas de pescado salado seco. Por desgracia, había tenido que gastar dinero en una cesta, pues habría sido ridículo, y extraño, que tres hombres cruzaran el pueblo llevando tanta comida en los brazos.

Clair preguntó a la mujer si sabía dónde podrían comprar pan a aquellas horas. Respondió que no, pero ella misma podía venderles una hogaza, si querían. Clair le dio las gracias y la mujer entró en la casa y se encaminó a la cocina.

Pasaron muchos minutos hasta que volvió y les cobró cuatro veces el precio regulado, pero se alegraron de conseguir el pan sin tener que deambular por el pueblo buscando una panadería. Se despidieron de la mujer y volvieron calle arriba hasta la plaza.

A Sterner le preocupaba el tiempo que había tardado la mujer en llevarles el pan y decidió que había cometido un error al entregar todo el dinero. Si tenían que separarse y escapar a toda prisa, estaría en desventaja. Tocó en el hombro a Quintanilla y se ofreció a llevar la pesada cesta, y se sorprendió al ver que el contrabandista accedía al momento. Era extraordinario lo poco capaces de cuidar de sí mismos que eran aquellos dos.

En la plaza parecía haber más gente que antes, casi todos hombres. Nadie

jugaba a petanca y nadie parecía hablar; formando corrillos dispersos, todos miraban a los tres desconocidos y la cesta. Sterner encabezó la marcha y apresuró el paso hasta que hubieron salido de nuevo a la carretera. Una vez allí, dio gracias de que casi fuese de noche, pues advirtió que un grupo de hombres del pueblo parecía seguirlos.

Ya se habían adentrado entre las dos filas de plátanos cuando, de pronto y sin que lo hubieran visto, dieron alcance a otro grupo de media docena de hombres que caminaba en la misma dirección.

Por la carretera no transitaba un coche y el trío se encontró andando exactamente al mismo paso que aquellos hombres. Sterner se alarmó y aceleró la marcha todo lo que le pareció prudente, pero los hombres hicieron lo mismo. Nadie dijo una palabra ni hizo gesto de advertir la presencia de los otros. Todos continuaron caminando y poco a poco cogieron el paso hasta que el pueblo se perdió de vista.

Entonces, Sterner notó un objeto duro en la nuca.

–Quédate quieto y en silencio –dijo una voz áspera.

Sterner llevaba la cesta de comida en la mano derecha y tenía el revólver en el bolsillo de ese lado, pero, en cualquier caso, habría sido inútil. Eran demasiados y sacaron subfusiles de debajo de la ropa y, al cabo de un momento, el grupo que los había seguido desde el pueblo se sumó a sus amigos. Cerraron un círculo con los tres fugitivos en medio y rápidamente, casi sin darles tiempo a enterarse de lo que sucedía, Sterner y Clair fueron desarmados.

Los hombres los condujeron por un camino que se apartaba de la carretera. Casi era noche cerrada y Sterner estuvo tentado de escapar a la carrera, pero decidió que no lo conseguiría en aquellas condiciones. Tendría que esperar a una ocasión mejor. Intentó explicarse qué había sucedido y llegó a la conclusión de que la mujer que les había vendido el pan los había reconocido como forasteros y, probablemente, había prevenido a su marido de su mala apariencia. El marido y sus amigos, enterados de la fuga, habían decidido sacar provecho del incidente efectuando la captura ellos mismos para reclamar la posible recompensa. Por lo menos, pensó Sterner, calcularían que aquello los congraciaría con la policía.

Estaba ya oscuro cuando llegaron a una alta verja de hierro forjado, junto a la cual estaba la caseta del guarda. Una tapia inusualmente alta rodeaba lo que parecía un pequeño parque. Mientras esperaban a que el guarda abriera la verja,

Sterner distinguió una enorme placa de bronce atornillada a una de las columnas de piedra gris que sostenían la verja, pero estaba al otro lado del grupo y, con la escasa luz, no alcanzó a leer lo que decía.

Continuaron la marcha por un sendero orlado de hierba sin cortar y matojos descuidados y llegaron a una enorme mansión cuadrada con lo que parecían cientos de pequeñas ventanas simétricas. Siguieron un camino hasta la parte de atrás y, una vez allí, los hombres los hicieron entrar por una puerta de servicio en un largo pasadizo. En el techo había una fila de bombillas desnudas, llenas de suciedad, que despedían una mortecina luz amarillenta, y hedía a vómitos y orina rancia. Muchos años antes, aquellas paredes habían estado pintadas de verde, pero ahora la pintura se caía a capas y en algunos lugares crecía el moho.

Nadie de la partida entró con los tres presos y Sterner se preocupó más que nunca cuando vio que un hombre con una gorra de uniforme cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Cuatro funcionarios más con zapatos de suela de goma aparecieron de la nada y, sin decir palabra, condujeron a los presos por el pasadizo. El único sonido que se oía era el arrastrar de sus botas gastadas en el cemento hasta que, de pronto, les llegó un estallido de risas roncadas, soeces, que subían de tono hasta convertirse en un grito agudo.

El sonido cesó bruscamente y continuaron unos pasos más, pero se detuvieron para dejar paso a un anciano que salió de un lavabo. El hombre tenía el pelo blanco y una expresión saludable, benigna, y llevaba una pulcra camisa de cuello de mariposa con una pajarita blanca. La chaqueta gris y las botas negras parecían nuevas, pero no se había abrochado los botones de la bragueta.

El viejo les dio las buenas tardes, muy educado, y continuó su camino con relajada dignidad.

A Sterner le asombró la torpe conducta de alguien que, probablemente, tenía un cargo en la cárcel, aunque sólo fuese burocrático, pero no tuvo tiempo para pensar más en ello, pues al momento fue empujado al interior de una pequeña celda con barrotes en la ventana y encerrado allí, solo.

A la luz de la bombilla del techo, vio la butaca de madera y la pulcra cama, con sábanas, y volvió a pensar en la incompetencia de la policía francesa. Se habían olvidado de registrarlo y todavía llevaba la cesta de comida. Tenía la navaja y el reloj de oro, con el que quizá podría sobornar a alguien. La navaja tenía una hoja considerable y con una estocada rápida alcanzaría, probablemente,

a clavársela en el corazón al primer carcelero que entrara en la celda. Incluso había una contundente botella de agua de cristal debajo de la ventana. Sterner sonrió y se sentó a comer.

La habitación de Clair estaba amueblada como la de Sterner. En la placa de bronce de la entrada había visto que el edificio era un hospital mental y había sentido un gran alivio al ver al educado anciano del pasillo y al oír la risotada. Aquello significaba que el asilo seguía en funcionamiento y, por lo tanto, parecía bastante claro que todavía no estaban en manos de la policía. Tal vez los campesinos que los habían capturado habían decidido encerrarlos provisionalmente en la «institución» más cercana de la zona mientras informaban a las autoridades penitenciarias, pero a Clair le pareció poco probable que se tratara de aquello. El guarda los había dejado pasar sin el menor diálogo, casi como si los estuviera esperando, y la partida había actuado casi con precisión militar. No se había producido ninguna discusión, no había habido palabras excitadas sobre qué hacer, como habría sido de esperar si fuera gente corriente del pueblo la que los hubiese capturado. Ni siquiera había habido la menor conversación con los empleados del asilo que les habían franqueado el paso –algo furtivamente, en opinión de Clair– por la puerta auxiliar.

Clair no se atrevió a ser demasiado optimista e hizo un esfuerzo por recordar alguna prueba de que estuviera en manos de las autoridades, francesas o alemanas.

Sin embargo, la situación era tan peculiar, tan manifiestamente misteriosa, que no parecía probable que los tres presos huidos hubieran sido capturados de nuevo por ciudadanos corrientes para ser entregados a la policía de la forma habitual. El detalle definitivo, para Clair, era el hecho de que la partida de hombres fuese armada con unos subfusiles británicos que él sabía que la RAF estaba repartiendo a miles a los movimientos de resistencia de los territorios ocupados por los alemanes. Que los civiles portaran armas era un delito capital y, por ello, Clair tuvo la certeza de que, por pura casualidad, se habían entrometido en algún asunto de la Resistencia local. Qué ironía, se dijo, que aquellos hombres los hubieran tomado, probablemente, por espías del gobierno francés.

De ser así, pensó Clair, todo dependería de la declaración que realizara. Lo mejor, quizá, sería que fuese absolutamente sincero en contar la mitad de la

verdad. Diría que era farmacéutico y que había huido cuando lo llevaban custodiado a Toulouse para interrogarlo. Era probable que, si habían tenido noticia de la fuga, lo creyeran y le dejaran ir. Seguramente, tenderían a considerar amigo, más que enemigo, a cualquiera a quien los alemanes quisieran interrogar.

Sin embargo, pensándolo mejor, vio que para aquellos hombres sería muy peligroso dejarlo libre, ahora que sabía que el asilo se utilizaba como tapadera para actividades gaullistas. Por el mero hecho de que lo hubiesen capturado, conocía secretos que la organización no quería correr el riesgo de que difundiera. Por fortuna, aquello significaba que existía una razón de peso para que no quisieran que cayera en manos de las autoridades y, tal vez, hablara.

Costaba imaginar qué iban a hacer con él. Clair sabía que algunos grupos de la Resistencia eran brutalmente implacables y consideró la posibilidad de que dieran crédito a su relato y decidieran que la única salida era fusilarlo allí mismo. Quizá sería mejor contar la verdad entera desde el principio. Si los convencía de que tal vez era, realmente, un agente inglés en una misión importante, quizá lo llevaran ante sus superiores y estos serían, probablemente, más fáciles de convencer y menos rápidos en darle al gatillo. Y en algún momento aparecería algún oficial de enlace británico que podría corroborar su historia.

Sin embargo, que contara toda la verdad o no dependía, reflexionó, de que tuviera la absoluta certeza de estar tratando con la Resistencia. Si se equivocaba y sus captores eran policías de paisano o gente corriente del pueblo, no metida en política, haberse declarado agente británico resultaría fatal.

Recordó lo hambriento que estaba y se puso a llamar a la puerta, con insistencia pero con buenos modales. Decidió pedir algo de comer y ver si podía sacar algo de información de quien lo atendiera. Era posible que el hombre no hubiera recibido instrucciones de ocultar al prisionero quién lo había detenido. De hecho, cabía la posibilidad de que, si el individuo no era miembro activo de la Resistencia, no viera motivo para esconderle nada. Y si lo era, tanto podía reconocerlo abiertamente, como responder con evasivas o negarse a hablar.

Un auxiliar abrió la puerta y entró en la celda. Clair se fijó en la gorra de uniforme, que le recordó la de un carcelero, pero el hombre llevaba un traje corriente de sarga azul. Su actitud era relajada y nada agresiva.

–No he comido nada desde hace tres días –dijo Clair–. ¿Podría traerme algo?

–Es una lástima –respondió el auxiliar–. Ya se ha servido la cena.

–¿No podría buscarme un poco de pan y queso?

–Preguntaré por ahí –dijo el auxiliar y dio media vuelta.

–¡Ah! –añadió Clair–, ¿y tendría la bondad de decirme dónde estoy y por qué razón me han traído aquí?

–Preguntaré –dijo el hombre plácidamente, antes de cerrar la puerta y echar el cerrojo otra vez.

Cuando el auxiliar regresó con una fuente de jamón y tomate y una botella de vino, Clair decidió que, definitivamente, no se hallaba todavía en manos de la policía o de los alemanes. Intentó seguir de conversación con el hombre, pero sólo recibió respuestas vagas y ociosas a sus preguntas.

Quintanilla fue el primero de los tres al que sacaron de la habitación y condujeron por el pasillo hasta los sótanos para interrogarlo. Él también había estado bastante seguro, desde el primer momento, de que los había capturado el maquis y, mientras bajaba los peldaños de piedra, decidió que reconocería desde el primer momento que era uno de los presos fugados. Si sus captores, finalmente, resultaban ser de la policía, no tardarían en poder identificarlo de todos modos, contara lo que contase.

Por un momento, Quintanilla pensó que era una lástima no haberse puesto de acuerdo con Sterner y Clair para contar toda una historia coherente, pero enseguida se dio cuenta de que cualquier consulta con ellos habría sido absurda, pues no podía poner en riesgo su propia misión haciendo la menor concesión a los puntos de vista de los otros dos, salvó que convinieran exactamente a su propósito.

Lo condujeron a un sótano enorme, de techo altísimo. Tres hombres estaban sentados a una mesa con caballetes cubierta con una manta del ejército. Las paredes estaban forradas de compartimentos para botellas de vino, repletos de expedientes y ficheros. A Quintanilla le desconcertó el silencio hasta que se dio cuenta de que se debía a la gruesa alfombra turca roja que cubría todo el suelo. A la derecha de la mesa había una estufa eléctrica encendida, delante de la cual dormía un gato siamés de color tostado. En un rincón, Quintanilla distinguió una ratonera montada y cebada con queso y se descubrió pensando en lo peligroso que resultaba aquello: era fácil que el gato sintiera curiosidad por el objeto de

alambre y madera y resultara herido.

El doctor Marsac, sentado en el centro, era un hombre muy gordo. Llevaba un traje negro de funeral y una camisa blanca con corbata de seda. En un dedo lucía un grueso anillo de boda de oro.

Era el director del asilo y también era el líder del movimiento local de la Resistencia desde 1941.

Quintanilla lo observó detenidamente y apenas le dio tiempo a decidir que no estaba ante un policía, cuando se encendió un faro de coche colgado del techo, enfocándolo a los ojos. Una voz le ordenó que tomara asiento en una silla plegable, delante de la mesa.

No distinguía nada más allá de la luz y la indignidad de verse expuesto de aquel modo, como un cadáver desnudo dispuesto para su disección sobre una mesa de operaciones, lo enfureció. Se sentó muy erguido y apretó los labios.

–¿Nombre? –preguntó la voz desde la oscuridad.

–Gil Quinto.

–¿Ocupación?

–Viajante de comercio.

–¿De qué empresa?

–Por cuenta propia.

–¿En qué comercia?

–Plumas estilográficas.

–¿Dónde tiene las muestras?

–Me las confiscó la policía.

–¿La policía?

–Sí –dijo Quintanilla con altivez.

–¿Qué hacía en Arboussols?

De pronto, a Quintanilla le entró miedo y, por un instante, estuvo tentado de responder con evasivas, pero finalmente pensó que sería mejor arriesgarse y, con esfuerzo, respondió:

–Iba camino de Andorra.

–¿Por qué?

–La policía me busca –respondió rotundamente.

–Haga el favor de contarnos cómo es eso.

Quintanilla se preguntó si sería justo delatar a Clair y Sterner sin



consultarles, pero decidió que no tenía alternativa y describió, a grandes rasgos, lo que había sucedido.

–Sólo había un guardia y nosotros éramos tres –añadió–. Lo dejamos sin sentido y escapamos.

–¿Y el conductor? –inquirió Marsac con repentina acritud.

El tono de la pregunta hizo que Quintanilla titubease un segundo. Hasta aquel momento, las preguntas y el tono del interrogador le habían reafirmado en su primera opinión y no veía qué interés podía tener para la gente de la Resistencia cuál había sido el destino de los funcionarios de prisiones. Decidió que era un asunto importante, pero que convenía ser un poco cauto.

–También lo neutralizamos –dijo.

–¿Dónde sucedió eso?

–En la carretera de Toulouse.

–¿Y dejaron el autobús allí?

–Sí.

–¿Y el chofer estaba vivo?

–Espero que sí.

–¿No está seguro?

–Sí, creo que estaba vivo.

–¿Pero podría estar muerto?

–Es posible.

El interrogador continuó importunando a Quintanilla sobre aquel extremo unos minutos más y luego pasó a preguntarle por sus movimientos desde la fuga. Quintanilla lamentó haber esquivado la primera pregunta acerca del conductor – lo cual sólo podía llevarlo a más mentiras de las que se proponía decir– y decidió ser más cauteloso y responder al resto de las preguntas con la más escrupulosa sinceridad.

Quintanilla fue sometido a un severo interrogatorio cruzado sobre cómo y por qué había aparecido en Arboussols aquel día en concreto y sus interpelantes mostraron un particular interés en la ruta que se proponía seguir para cruzar la frontera. Los tres hombres dedicaron un rato a inquirir sobre su vida anterior y Quintanilla percibió un claro tono crecientemente amistoso en sus voces cuando les reveló que era un español antifranquista exiliado después de la guerra civil. Por no contar mentiras innecesarias, se lamentó enseguida de no haber sido

combatiente, pues había pasado toda la guerra empleado en un puesto reservado del ministerio de Finanzas. Era administrativo de profesión, añadió.

Mientras lo llevaban de vuelta a su habitación, Quintanilla se sintió seguro de que habían dado crédito a su historia, sobre todo porque, cuando había pedido a sus interrogadores que le dieran de comer, habían accedido enseguida y habían dado órdenes a un auxiliar en tal sentido. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía la incómoda sensación de que todavía lo seguían considerando, claramente, un prisionero.

Sterner fue el siguiente en pasar por el interrogatorio. Se encargó de éste el camarada Barty, que era otro de los cinco miembros del Secretariado de la Zona Sudoccidental. Barty tenía apenas veintiocho años, pelo rubio, hombros muy anchos y piernas cortas además de rechonchas; llevaba una boina negra y una chaqueta de cuero vieja, amarillenta. Era el líder de la facción comunista de la zona y, aunque se había unido a la Resistencia dos años después que el resto y en 1940, bajo órdenes del Partido, había abogado por la capitulación ante Hitler, era ya, con Marsac, el más influyente de los líderes presentes. Como Quintanilla, en lo primero que reparó Sterner fue en el fuego y el gato tumbado a su lado; luego, vio la ratonera y pensó en lo estúpido que era desperdiciar comida en un gato y, al tiempo, poner trampas con cebo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el camarada, que conectó el foco y, dirigiendo la luz a su rostro, gritó:

–¡Siéntese en la silla!

Sterner estaba asustado, pero pudo controlarse porque la atmósfera del sótano, con aquellos oficiales pálidos e inexpresivos que fingían una cruel animosidad, el foco y las sombras negras, le recordó casi con nostalgia otros interrogatorios que había presenciado en su patria. Lo familiar de la situación lo ayudó a disimular el nerviosismo que lo atenazaba.

–¿Quién le ordenó venir a espiar a Arboussols? –inquirió Barty con voz tranquila, confiada.

La pregunta le produjo tal sobresalto que fue incapaz de pensar. Se quedó quieto, sin decir nada.

–¿Está sordo? –chilló Barty.

–No –respondió Sterner.

–Entonces, conteste.

–No lo había oído –murmuró Sterner.

Barny repitió la pregunta y Sterner dijo que no estaba espiando.

–¿Qué hacía, entonces?

–Comprar comida.

–¿Quién lo mando a Arboussols a comprar comida?

–Un hombre que encontré en la carretera.

–¿Cómo se llamaba ese hombre?

–Quinto. Me dijo que su amigo y él se habían escapado de la cárcel –dijo Sterner.

Le dio la impresión de que la voz procedente de las sombras titubeaba antes de continuar.

–¿Cuándo fue eso?

Sterner comprendió que, en vista de la incompetencia de la policía francesa, tenía una oportunidad de engañarlos fingiendo que colaboraba.

–Esta tarde –se apresuró a responder–. Son peligrosos criminales y me obligaron a bajar al pueblo con ellos. Iban armados.

El camarada Barty no entró en este tema porque el informe decía que se habían encontrado dos revólveres, sin especificar quién los llevaba.

–¿Para qué lo querían con ellos?

–No lo sé. Tal vez tenían miedo de que alguien los reconociera y necesitaban a un inocente para que hiciera las compras en su lugar –dijo Sterner con una mirada de astucia. Consideró que aquél era un argumento inteligente y plausible, y añadió–: Probablemente creyeron que vivía en la zona y que conocerían de vista, de ese modo no despertaría sospechas.

–Y que sería tan tonto –apuntó Barty con tono sarcástico– como para hacer todo lo que ellos le dijeran, supongo...

Sterner se llevó una decepción, pero se mantuvo en sus trece con valentía.

–Miré si había algún policía en la plaza, pero no vi ninguno. Los tipos eran delincuentes peligrosos y decidí no perderlos de vista hasta que encontrara la ocasión de delatarlos a la policía. Por eso estaba ahí cuando su gente los ha capturado.

Los tres hombres intercambiaron cuchicheos al otro lado de la mesa y, por último, Barty dijo:

–¿Quién es usted?

–Soy de París.

–¿Nombre?

–Jean Perry.

–Documentación –exigió el camarada.

–La he perdido.

–¿Qué hace en esta zona?

–Busco trabajo.

–¿De qué?

–De lo que sea.

–¿Dónde ha perdido la documentación?

–Creo que uno de esos tipos debió de robármela del bolsillo cuando me quitaron el dinero.

Barty continuó el interrogatorio durante otra hora. A veces hablaba en voz baja y a veces chillaba tanto, que su voz resonaba contra el techo, pero nada apartó un ápice a Sterner de la historia que acababa de contar. Negó rotundamente haber estado en prisión e incluso haber visto a los otros dos antes de aquel día.

Cuando condujeron a su presencia a Clair, Barty cedió de nuevo su lugar a Marsac. Antes de encender el foco, uno de los guardas llevó café a los tres de la mesa y Clair tuvo un minuto para observarlos. Los miró de hito en hito para ver si había algo en su aspecto que delatara quiénes eran. Se fijó en la camisa blanca limpia de Marsac, en sus ostentosos gemelos de oro, y los modales de aquel hombre orondo, corteses aunque reservados, lo alentaron. Tuvo la certeza de que no estaba ante un policía de pueblo corriente, ni ante un alemán. Era, no cabía duda, un alto cargo de alguna clase y, de tratarse de alguna autoridad penitenciaria, lo más probable era que los detenidos hubieran sido conducidos a su presencia en la ciudad donde tuviera su despacho. De ningún modo habría acudido él a interrogarlos en el melodramático escenario de aquel sótano. A Clair le dio tiempo de observar la chaqueta de cuero del camarada Barty y advirtiéndole que era poco probable que aquel hombre fuese policía. Seguramente, dos personajes tan discrepantes sólo podían encontrarse asociados como iguales en una situación profundamente iconoclasta. O, se recordó de pronto, en un asilo mental.

Sonreía ligeramente cuando le enfocaron la luz en la cara.

–¿Se divierte usted? –preguntó el doctor Marsac con frialdad.

–Lejos de ello, se lo aseguro –respondió con su voz fina.

Marsac le preguntó su nombre y ocupación.

Clair se sentó muy erguido y dijo que tenía que hacer una declaración de grave importancia, en relación a unos asuntos tan serios que debía solicitar que sólo estuvieran presentes las personas que ostentasen la máxima responsabilidad. Sugirió que se hiciera salir los escoltas y demás personal.

El trío de la mesa cuchicheó y pareció que discutía en voz baja; por último, Marsac ordenó a los guardas que esperasen fuera.

–Ahora, nombre y ocupación –dijo a continuación.

–Comandante C. S. Blair, número del ejército británico 1376520 –se presentó Clair.

Sin embargo, se llevó una decepción al ver la calma con la que Marsac se tomaba lo que sin duda constituía una información sorprendente, incluso desconcertante.

–¿Regimiento?

–Sólo puedo darle mi nombre, rango y número –dijo–. Soy un prisionero de guerra en fuga y como tal requiero la ayuda y la protección de todos los partidarios de la causa aliada.

–Usted es un ladrón preso en la cárcel de Naronne –replicó Marsac con voz severa.

–Así es. Las dos afirmaciones, la suya y la mía, no son incompatibles necesariamente –dijo Clair.

–¿De qué campo de prisioneros de guerra ha escapado?

Clair decidió que se había comprometido ya tanto, que no ganaba nada si respondía con evasivas. Les contó que llevaba a cabo una misión bajo órdenes de la Oficina de Guerra británica. Por una serie de circunstancias, lo habían detenido y encarcelado tomándolo por un civil francés, y la naturaleza de su misión era tal, que no convenía a los aliados que reclamara los privilegios de su estatuto de combatiente británico.

–Me habrían fusilado por espía sin más contemplaciones –dijo.

–Y usted ha sido y es un espía, ¿no? –inquirió de pronto Marsac.

–En efecto –asintió Clair.

Se decidió a contar la historia de la fuga de cabo a rabo, para desviar el

interés por los detalles de la misión, que, por supuesto, tenía el deber de no divulgar. Habló un rato y contó la verdad, salvo en lo relativo al asesinato de los dos funcionarios, respecto a lo cual sentía unos inexplicables escrúpulos. Se limitó a decir que habían dejado al carcelero y al chófer en un lugar del bosque, atados y amordazados. No mencionó si vivos o muertos. Clair concluyó la declaración diciendo que sus compañeros de cárcel y él se habían visto forzados por el hambre a arriesgarse a bajar a Arboussols para conseguir comida y terminó agradeciendo a la institución su amabilidad al proporcionarle la excelente colación de la que había disfrutado hacía poco.

—¿Dónde, exactamente, abandonaron el autobús?

—En un bosque, aproximadamente kilómetro y medio de la carretera principal.

—¿Qué casas había cerca?

—No vimos edificios en las inmediaciones.

—¿Era una buena carretera?

—No, era una pista en mal estado.

—¿Podría tratarse de un camino que llevaba a una gran mansión?

—Si lo era, no se utiliza desde hace tiempo.

—¿No vio ningún *château* a la vista?

—No.

—¿Cómo redujeron al conductor?

—Con una botella.

—¿Lo dejaron atado y malherido?

—Supongo que sí.

—¿Estaba muerto?

—Es muy probable.

—¿Por qué?

Clair se notó agitado y tuvo la seguridad de que su estado no pasaba inadvertido bajo la luz. Decidió que era mejor ser sincero.

—Porque también recibió un disparo.

—¿Quién le disparó? —preguntó Marsac, demasiado calmado.

—Uno de mis compañeros.

—¿El español alto?

—No, el otro.

–¿Qué relación tiene él con lo que nos cuenta que es su misión?

–Ninguna. Dio la casualidad de que lo trasladaban a Toulouse al mismo tiempo que yo. Decidimos aunar esfuerzos por las circunstancias.

–¿Quién es?

–Un carterista alsaciano de Beziers, creo.

–¿Lo conoce de la cárcel?

–Hemos compartido celda durante dos meses. Salvo esto, no tenemos gran cosa en común.

–¿Y el español?

–Lo condenaron por contrabando, pero es un hombre de talento y, yo diría, muy instruido.

–A la vista de las circunstancias, parece usted conocer sorprendentemente poco acerca de sus amigos.

–A la vista de las circunstancias, habría sido muy inapropiado mantener largas conversaciones francas y amistosas sobre nuestras biografías.

Clair soportó el interrogatorio un largo rato más, pero no consiguieron atraparlo en ninguna contradicción y, cuando insistió en que llevaran su caso a un nivel superior de la organización, donde hubiera algún oficial de enlace británico que respondiera por él, los tres hombres mandaron entrar a los guardas para que lo escoltaran de vuelta a su habitación.

La cama limpia era exquisitamente cómoda y durmió catorce horas seguidas.





Cuando Clair fue conducido de nuevo a su habitación y los guardias se hubieron retirado cumpliendo órdenes, los líderes que habían efectuado los interrogatorios continuaron sentados alrededor de la mesa, discutiendo la situación. El camarada Barty expuso que lo primero que había que notar eran las discrepancias existentes entre las tres declaraciones. Los prisioneros se habían mostrado evasivos y dos de ellos habían mentido sobre el lugar donde habían abandonado el autobús y diferían en sus versiones sobre lo ocurrido con Bujol. Era obvio que el tercero, el alsaciano, se había inventado toda su historia. Barty dijo que estaba seguro de que los tres hombres eran los presos fugados de la cárcel de Naronne, pero todos ellos intentaban ocultar algo y no debían confiar en ninguno. El que decía llamarse Clair les había contado una historia impresionante pero, habida cuenta de sus mentiras acerca de la posición del autobús, no había por qué creerla necesariamente. Barty añadió que un aspecto que indicaba que los hombres no eran auténticos activistas políticos que merecieran el apoyo de la Resistencia era su grotesca deslealtad mutua. Todos habían tratado de difamar y desacreditar a los demás y el alsaciano, por ejemplo, había confesado su intención de delatar a sus amigos a la policía. Personalmente, concluyó, no se sentía inclinado a perder mucho tiempo con aquella chusma.

El doctor Marsac dijo que no veía ningún motivo por el que debieran tratar a los tres hombres como si fueran una célula sólida. Era más que probable que el destino los hubiera unido por casualidad, como todos habían afirmado, y la deslealtad que Barty señalaba confirmaría, de hecho, este extremo.

En definitiva, dijo Marsac, la historia de Clair era la que resultaba más convincente. Por sus modales y su vocabulario, quedaba claro que era un hombre instruido y en su acento francés había un ligero deje, casi imperceptible, que podía deberse a que, en efecto, fuera de origen inglés. Marsac afirmó que la

riqueza de vocabulario no podía fingirse y que, por lo tanto, debían admitir con bastante seguridad que Clair podía ser la persona que decía ser.

–Reconozco –dijo– que podríamos estar ante un caso de esos en los que la mentira más grande es la que más fácilmente se cree, pero no es necesario discutir sobre Clair porque sus antecedentes, como él mismo dice, los puede confirmar un oficial de enlace en el cuartel general de la región.

Marsac añadió que las declaraciones efectuadas por el alsaciano y el español eran más difíciles de verificar, pero si Clair decía la verdad, lo que decía de los demás debía de ser razonablemente cierto.

–La cuestión concreta y práctica –intervino Barty– es la siguiente: ¿Qué le ocurrió a Bujol? Tendríamos que llamarlos e interrogarlos de nuevo.

–Remitiré esta cuestión al cuartel general –dijo Marsac–. Nos encontraremos aquí mañana a esta misma hora de la noche –añadió y levantó la sesión.

Al camarada Barty le esperaba todavía una larga caminata y, personalmente, deseaba marcharse de allí cuanto antes, pero, como de costumbre, el tono dictatorial y los aires de superioridad que exhibía Marsac lo sacaba de sus casillas.

A Barty le irritaba el enfoque legalista que el ex inspector de escuelas aplicaba constantemente a lo que, en esencia, eran problemas revolucionarios. La acción para la que la Resistencia llevaba meses preparándose estaba programada para aquella semana y cada hora era importante. Barty estaba convencido de que los tres presuntos fugados no habían aparecido por casualidad en Arboussols en aquel preciso instante y, mientras se abría paso en la oscuridad de la noche, pensó que el hecho de que Tresser hubiera ordenado la captura podía ser la clave que aclarase el significado de todo el asunto.

La situación política en el seno de la Resistencia había alcanzado un punto crítico: hacía poco, los miembros del Partido Comunista habían logrado una importante victoria en la sección regional al conseguir, tras años de trabajo, un incremento de cuatro miembros en el comité ejecutivo. En el transcurso de los debates y votaciones, los oficiales de enlace aliados, si bien fingían ser neutrales, habían hecho cuanto habían podido para impedir que los comunistas logaran tal éxito y era perfectamente posible, pensó Barty, que los tres prisioneros se hubieran infiltrado entre ellos como espías anticomunistas liderados por Tresser, quien trabajaba a las órdenes de la inteligencia británica.

Se preguntó qué clase de extraño truco sería aquel. Si eran agentes secretos, parecía extraordinario que uno de ellos lo confesase directamente y que otro hablase de querer delatar a sus compañeros a la policía. Tal vez era un engaño múltiple increíblemente elaborado, pensó.

Sin embargo, a aquellas horas de la noche, le costaba dilucidarlo. Estaba muy cansado y mientras regresaba a la granja en la que estaba instalado, caminando a tientas en la oscuridad, se sintió deprimido y ansioso. Estaba más que harto del sucio henar en el que llevaba diecinueve meses durmiendo. Afeitarse por la mañana con el agua fría de la bomba del pozo y unas cuchillas gastadas de tanto uso era una tortura y la caminata hasta el pueblo para tomar aquel flojo café de bellotas se había convertido en una penalidad casi insoportable. Barty pensó en el irascible granjero que siempre le exigía el alquiler y casi le insinuaba que le haría chantaje. Estaba más que harto, también, de tener que congraciarse con él y mantenerlo siempre contento con promesas y conversación amistosa.

Intentó dormir, pero las ratas que corrían por el henar con sus colas pelonas le daban asco y le impidieron conciliar el sueño. Sentía un escozor insoportable en el costado izquierdo, pero le costaba llegar a él y rascarse debido a la deformación congénita de su brazo derecho.

Por lo general, estaba agradecido de aquella deformidad porque le había servido para que lo declarasen exento del servicio militar y, antes que eso, lo había salvado de la mina en la que trabajaba su padre. Había tenido tiempo para leer y para ir a reuniones y para hacerse comunista. Sin embargo, en esta ocasión estaba preocupado porque sospechaba que tenía piojos en un sitio del cual le costaría mucho quitárselos y se recriminó haber alargado tanto su última pastilla de jabón.

Tardó mucho en dormirse y poco después de las seis lo despertó el ruido metálico de las lecheras que trajinaba el granjero en el establo de abajo.

–¡Buenos días! –le gritó el hombre.

Barty se quedó inmóvil y no respondió.

–¡He dicho buenos días! –repitió el granjero.

Barty le contestó en el tono menos irritado posible y el hombre empezó a quejarse de la falta de espacio en el establo y de los muchos y provechosos usos que tenía pensados para el henar.

–Me debes dos semanas –le dijo.

–He tenido que comprar unas botas de segunda mano –explicó Barty.

–Y yo –el granjero escupió y sonrió–. Y eso que se supone que no necesito botas. Trabajo en los campos.

–Lo siento –dijo Barty–. Ya sabes que, al final, siempre termino pagando.

–Y si no gastases el dinero en cigarrillos caros, podrías pagarme con puntualidad.

–Ya te he dicho que sólo fumo lo que la gente me regala.

–Debe de ser estupendo tener tan buenos amigos.

Barty refunfuñó por lo bajo. Se sentía un poco culpable porque, en muchos aspectos, vivía mejor que el campesino. En el asilo, a menudo le servían comidas excelentes con vino gran reserva y era cierto que fumaba muchísimo.

–Supongo que sería imposible que me vendieras algunos de los paquetes que te sobran para pagarme el alquiler, ¿verdad? –preguntó el granjero.

–Mañana te pagaré –dijo Barty, enojado.

Bajó con dificultad por la escalera, utilizando el brazo izquierdo, y fue a lavarse y afeitarse en la bomba del agua. Se quitó la camisa y examinó atentamente las costuras. Le quedaba un finísimo trozo de jabón en forma oval y decidió utilizarlo todo. Era un despilfarro tener que utilizarlo para lavar ropa, pero había que hacer algo con los piojos. Suspiró pensando en el agujero que significaría la compra de una nueva pastilla de jabón en el mercado negro en su magro salario, que se pagaba con las cuotas de los miembros del partido. No se consideraba mal retribuido porque sabía la cantidad de cosas útiles en las que se podía emplear el poco dinero que recaudaba la organización, pero aquella pobreza amargaba su actitud ante el doctor Marsac y los otros burgueses de vida confortable del secretariado de la zona. Los paquetes que le caían delante en las reuniones no conseguían aliviar aquel resentimiento.

Cuando se hubo afeitado y puesto una camisa limpia, aunque no planchada, salió y emprendió camino hacia el pueblo.

A las nueve de la mañana, los ocho miembros del comité local del Partido Comunista tuvieron un encuentro para decidir la táctica de su grupo en la reunión del consejo general de la Resistencia que tendría lugar aquella noche en el asilo.

Cuando el comité inició el debate, Barty preguntó si podía plantear dos

cuestiones, una personal y la otra de extrema importancia. Sobre la primera, dijo que necesitaba permiso para tomar prestada una pequeña suma del dinero que guardaba como tesorero del fondo para la edición de propaganda, pues había tenido un percance con un par de botas e iba retrasado en el pago del alquiler.

–Mi respuesta es afirmativa –dijo uno de los miembros.

–Lo mismo que la mía –se apresuró a secundar el secretario del Partido.

La petición quedó concedida y a continuación, de manera breve y profesional, Barty expuso el problema de los prisioneros fugados de Naronne. Tenía buena memoria y pudo hacerles un relato pormenorizado de lo que Quintanilla, Sterner y Clair habían dicho. Insistió en que la cuestión era urgente y peligrosa porque estaba seguro de que, de una manera u otra, estaba relacionada con la acción programada para aquella semana.

El secretario convino en que era esencial descubrir de qué se trababa todo aquello antes de realizar la acción y que, por tanto, no había motivo para informar del asunto a la ejecutiva regional. Comunicar con Londres costaría semanas, si no meses; para entonces, el daño que aquella gente –la organización para la que trabajaban los prisioneros fugados, fuera cual fuese– se proponía causar ya estaría hecho.

El secretario continuó diciendo que era significativo el hecho de que la propuesta para posponer una decisión llevando el caso a instancias más altas hubiese partido de uno de los propios prisioneros. Y, añadió, era típico del legalismo burgués de Marsac haber caído en la trampa. Eso, si realmente había caído en ella. No era imposible que hubiese estado involucrado en aquel asunto desde el principio.

El segundo miembro que tomó la palabra dijo que tenían que recordar que el chófer Bujol era carcelero de la prisión y amigo íntimo de Tresser, el segundo del alcaide. ¿No podía ser, preguntó, que las discrepancias en las declaraciones de los presos sobre el lugar donde habían abandonado el autobús se debieran al hecho de que el propio Bujol, siguiendo las órdenes de Tresser, hubiese organizado la fuga? No había habido ningún enfrentamiento y el chófer y el otro carcelero, cuidadosamente elegido, habían desaparecido. El hombre concluyó su intervención diciendo que debían tener en cuenta que, en la Resistencia, era de todos sabido que, por los motivos que fueran, Tresser había organizado otras evasiones de presos.

Sus palabras, sobre todo las últimas, causaron una fuerte impresión y sentaron el tono de lo que quedaba de reunión. Los demás hablaron con la misma sensación de duda, peligro y urgencia y se asustaron entre sí, de modo que el ambiente de crisis se intensificó poco a poco.

Finalmente, el secretario presentó una resolución formal. Dijo que el tiempo era un factor decisivo y recomendó que la facción del Partido Comunista en el Consejo General instara a que se emplearan inmediatamente todos los medios posibles para averiguar qué se traían entre manos los tres prisioneros.

–Tresser y compañía querrán saber qué queremos decir cuando hablamos de «todos los medios posibles» –dijo Barty–. Siempre son quisquillosos con esos puntos verbales.

–Queremos decir lo que decimos –replicó el secretario–. Si hay algún medio mediante el cual podamos arrancar toda la verdad ahora mismo a esos prisioneros, nuestro deber es utilizarlo. La vida de decenas de luchadores de la Resistencia y el éxito de nuestro Partido tal vez dependa de nuestra capacidad para tomar una decisión enérgica, sin dejarnos llevar por el sentimentalismo.

–Querrán saber qué pretendemos, exactamente –insistió Barty, testarudo.

–Creía que me había explicado bien –dijo el secretario–. Utilizaremos la fuerza para que confiesen.

–¿Qué clase de fuerza? –preguntó Barty, dubitativo y preocupado.

–Les apretaremos los dedos en un tornillo de banco hasta que confiesen –el secretario lanzó una dura mirada a Barty.

Durante unos instantes, reinó el silencio en la estancia. Entonces, Barty dijo que tenía que oponerse a la resolución del secretario. Los miembros no políticos del Consejo no se avendrían nunca a una cosa así y, si lo proponía y perdía la votación, el prestigio del Partido se vería menguado. Todos eran conscientes, dijo, de pronto podrían liderar una mayoría si trabajaban con prudencia, pero aquel tipo de propuestas ahuyentaría a las personas que en las que todavía no había arraigado por completo el marxismo-leninismo. El Partido perdería la influencia que había tardado dos años en ganar a base de una habilidosa actuación.

–Es un error –terminó Barty con incomodidad.

–¿El qué es un error? –preguntó el secretario.

–Es un error que el Partido se aliene los sentimientos de los trabajadores que

no son miembros de él. Es un error y es una muestra de sectarismo.

–Me da la impresión –dijo el secretario– de que tu objeción se debe a una cuestión política práctica o a un sentimentalismo pequeñoburgués.

Enojado, Barty rechazó aquella crítica. Entonces, el secretario pronunció un largo y eficiente discurso en voz baja en el que dijo que el Partido se encontraba en un momento crucial de su desarrollo. La gran ofensiva europea contra los alemanes era inminente y el periodo de preparación paciente iba a ser sustituido por uno de acción militar apoyada en la violencia revolucionaria. Había llegado el momento de que el Partido Comunista asumiera el liderazgo.

Había llegado el momento, repitió el secretario, de hacer una demostración de fuerza, de un ataque abierto contra los lloriqueantes métodos legalistas de aquellos que, como Marsac y compañía, habían logrado situarse hasta aquel momento como líderes de la Resistencia. La cuestión del trato a dispensar a los prisioneros, prosiguió, podría parecer pequeña en comparación con los inminentes acontecimientos históricos pero, en realidad, era muy importante. El problema fundamental del movimiento de la Resistencia era de energía frente a debilidad, de rapidez frente a dilación, y de audacia frente a cobardía. Tenían ante ellos la oportunidad única de separar a los débiles de los fuertes. Un asunto de aquel tipo podía llevar a Marsac y a los suyos a dimitir, dejando el control de la Resistencia al Partido.

El secretario añadió que el propio camarada Barty, a pesar de sus negativas y de sus referencias al marxismo, parecía necesitar algunas clases de refuerzo de teoría. Recordaría la actitud de Lenin en la cuestión de los medios revolucionarios. Era muy simple: todos los medios que contribuían al fin revolucionario eran buenos y todos los que lo obstaculizaban eran malos. Ni Lenin ni Stalin habían condenado ningún medio que funcionase y, en realidad, que un comunista no utilizara todos los medios necesarios debido a la cobardía o a los remilgos era una traición a la revolución. La lucha por el poder comunista era dura y se necesitaba una gran fortaleza para derrocar y abolir el capitalismo y toda su degenerada confusión de ética, moral y filosofía.

El barbero secundó la resolución del secretario. Afirmó que estaba seguro de que ocurría algo raro. Sabían que, el día anterior, Tresser había pasado más de una hora encerrado en el café Sport con los de la Gestapo. ¿De qué habían hablado durante todo ese tiempo? ¿Por qué el alcaide de la prisión y él se habían

marchado apresuradamente? En cualquier caso, dijo, apoyaba la moción porque de lo que se trataba era de averiguar cuanto antes en qué habían estado metidos Tresser y Bujol.

A continuación, habló un viejo ferroviario. Dijo que no le gustaría tener que justificar la propuesta en la delegación de su sindicato y, que por ello, votaría en contra. Un joven que también trabajaba de ferroviario y que había ingresado en el Partido hacía poco estuvo de acuerdo con él.

Todos los demás, a excepción de Barty, apoyaron al secretario.

Cuando votaron, hubo cuatro votos a favor de la propuesta y Barty y los dos ferroviarios votaron en contra. Barty insistió con cabezonería hasta el final en que no se oponía a los principios de la moción, sino que pensaba que era un error arriesgarse a perder en el Consejo General.

Por lo tanto, la moción de utilizar la violencia física con los prisioneros se aprobó por cuatro votos a favor y tres en contra y la reunión continuó con la discusión de los detalles tácticos con los que presentarían la moción en la asamblea general de aquella noche y de cómo presionarían para que se adoptara. Por descontado, según la forma de proceder habitual, los siete miembros de la facción comunista, incluidos los que habían votado en contra en la reunión previa, defenderían la moción y la votarían en bloque cuando la propusieran a la asamblea. Lo único que faltaba decidir era quién de ellos pronunciaría el discurso principal para presentarla. Como era miembro del secretariado principal y, por lo tanto, el más influyente de ellos, y también por ser un orador de una habilidad excepcional, se decidió que Barty sería el más adecuado para aquella labor. El hecho de que fuese a defender algo que había rechazado se consideró irrelevante. Una vez realizada una votación, los miembros del Partido siempre apoyaban, por estricta cuestión de principios, la decisión de la mayoría.

Cuando terminó la reunión, poco antes de las doce, Barty se dirigió al otro extremo del pueblo, al restaurante donde solía almorzar y leer los periódicos. La perspectiva de tener que pronunciar el discurso le causaba ansiedad porque estaba seguro de que era un error, en todos los sentidos, pero tenía una confianza absoluta en la rigidísima disciplina del Partido y no le pasaba por la cabeza hacer otra cosa que llevar a cabo concienzudamente sus instrucciones. Aunque sabía que era un orador que improvisaba con facilidad, decidió dedicar la tarde a preparar unas notas. El hecho de discrepar de lo que defendería hacía necesario



que el discurso fuera lo más brillante y efectivo posible. Como la noche anterior había dormido poco, decidió echar una cabezada de una hora en la trastienda del barbero después del almuerzo, a fin de estar en las mejores condiciones para la asamblea de la noche.

Aquella misma mañana, el capitán Tresser fue enviado de regreso a la cárcel para supervisar las medidas que se habían tomado a fin de contener el descontento de los prisioneros. Pasó un par de horas sentado a su escritorio y luego bajó a las pequeñas y oscuras celdas de castigo para hablar con el grandullón Isidore. Esperaba que éste le contara algo que confirmara su creencia de que lo que Clair había dicho de sí mismo era cierto.

Después de tantos días a pan y agua en la oscuridad, Isidore estaba demasiado débil y medio inconsciente, por lo que Tresser comprendió enseguida que no le sacaría nada de utilidad. El preso sólo dijo que Gil Quinto era un caballero y que Clair y Sterner eran buenos chicos. Tresser había encendido la luz del corredor de fuera y, durante toda la entrevista, Isidore permaneció sentado en el banco, encorvado y cubriéndose los inquietos ojos y casi toda la cara con las manos. Las circunstancias no permitían un interrogatorio demasiado eficiente.

El capitán ordenó que devolvieran a Isidore a la celda cinco y que le dieran un poco de comida extra durante los días siguientes. Con los problemas que ya tenían, explicó al alcaide en funciones en tono de disculpa, sólo les faltaría una investigación interna. Podría justificar su decisión ante el alcaide, se dijo, con el argumento de que sería más fácil que Isidore colaborase si se encontraba acompañado y en el ambiente, más libre, de una celda común.

Por la tarde, habló por teléfono con las comisarías de policía y con la Gestapo de Toulouse. No se había descubierto nada nuevo y Tresser suspiró aliviado cuando el sargento de Arboussols le presentó un informe igual de negativo que los demás, en el que confirmaba que la Gestapo no había actuado con más rudeza de la habitual. Se preguntó si no le convendría detenerse en el *château*, camino de Mont Louis, y ver si le sonsacaba algo más al administrador de la finca que había encontrado el autobús, pero finalmente decidió que sería mejor ahorrar energías. Estaba muy cansado y aquella noche debía asistir a la asamblea de la Resistencia en el asilo. Pensó en lo afortunado que era de alojarse tan cerca, en Olette.

A las seis, se reunió con el alcaide en Mont Louis para pasarle el parte y juntos dieron cuenta de una espléndida cena. Tresser no tomó vino para no quedarse dormido en la reunión de la noche, que se prolongaría, a buen seguro, hasta después de medianoche. El alcaide se mostró decepcionado por no haber capturado aún a los fugitivos, pero estaba seguro de que pronto caerían en la trampa que les tenderían a las afueras de Mont Louis.

—Estos ladrones de esquinas —dijo— no serán capaces de soportar la vida asilvestrada de las montañas. Seguro que no se alejarán de la carretera principal ni de las casas.

Tresser se inventó dos o tres rumores que dijo haber oído y que parecían confirmar el optimismo del alcaide. Se despidieron a las nueve en términos amistosos.

Cuando se presentó en el asilo, el doctor Marsac y también los siete miembros de la facción comunista habían llegado ya y estaban sentados en torno a una larga mesa del refectorio, esperando la hora de empezar. Hablaban muy poco y Tresser captó una vaga inquietud en el ambiente.

Los demás miembros llegaron en los minutos siguientes y empezó la asamblea, con el doctor Marsac de presidente. A excepción de Tresser, Marsac y otros dos que, obviamente, pertenecían a la clase media de la provincia, los veinte hombres reunidos alrededor de la mesa tenían un aspecto pobre, pero respetable. En lugar de organizadores de la violencia política revolucionaria, parecían miembros de una secta inconformista discutiendo el precio de un nuevo tejado para la capilla.

Tan pronto Marsac declaró el inicio de la asamblea, Barty se puso en pie, tomó la palabra y dijo que tenía que exponer un asunto de máxima urgencia, que debía tratarse antes que los demás puntos del orden del día.

La asamblea accedió y Barty se lanzó a pronunciar, con voz poderosa, un discurso de excelente factura. Realzó su dignidad y su carácter formidable escondiendo en el bolsillo el brazo tullido y repitió las frases del secretario del Partido en la reunión de la mañana sobre el nuevo periodo de acción y la necesidad de emplear métodos violentos para erradicar el legalismo burgués. Dedicó veinte minutos a construir la acusación contra los presos fugados y a declarar su convicción de que eran espías, haciendo hincapié en que el deber de la asamblea era utilizar cualquier método para averiguar sus intenciones y

objetivos. Defendió la importancia histórica de que los fines de la asamblea justificaban cualquier medio e insinuó que a quien no estuviera dispuesto a dar los pasos necesarios para proteger a la organización de los agentes provocadores se le consideraría sospechoso. Intentar proteger a los espías significaba identificarse con ellos, gritó.

Luego, bajó la voz y planteó con calma su propuesta de adoptar una resolución formal mediante la cual se autorizara el uso de la violencia física para inducir a los prisioneros a decir la verdad.

Tres miembros más de la facción comunista hablaron a favor de la resolución. Repitieron los argumentos de Barty e insistieron sobre todo en la siniestra interpretación que habría que hacerse de cualquier intento de proteger a los espías.

La propuesta dejó tan anonadado al capitán Tresser, que casi fue incapaz de articular una frase coherente. Había tenido una jornada muy larga y, naturalmente, no traía ningún discurso preparado, pero se puso en pie y debatió lo mejor que pudo. Dijo que la resolución equivalía a una propuesta mediante la cual, para combatir el fascismo, se convertirían todos en fascistas. Un fascista no era un monstruo biológico especial, sino un ser humano corriente que utilizaba la crueldad absoluta y medios malvados para lograr sus fines, los cuales, en muchos casos sinceramente, consideraba deseables. Entre los medios y los fines no había distinciones, ya que eran tan interdependientes como las causas y los efectos. Unos medios erróneos, exclamó Tresser con dogmatismo, llevaría inevitablemente a unos fines erróneos.

El discurso de Tresser fue teórico y poco inspirador. Agitó demasiado los brazos y se repitió hasta la saciedad y, como estaba cansado, divagó y cayó en frases y argumentos perogrullescos.

Los miembros de la facción comunista se impacientaron y lo interrumpieron chasqueando la lengua con desdén.

Tresser intentó encontrar algo nuevo que decir. Anduvo de un lado a otro y luego se detuvo y dijo que llamaría la atención de la asamblea sobre un hecho de lo más curioso y significativo: pese a su acérrima militancia, ninguno de los que habían hablado hasta entonces habían pronunciado la palabra «tortura». Sólo habían utilizado eufemismos melindrosos como «presión» o «medidas extremas» y era obvio que sólo aquello demostraba que los oradores no tenían la conciencia

del todo tranquila.

Como aquella cuestión lo afectaba tanto, Tresser no pudo competir con el histrionismo desapasionado de Barty.

Terminó con unas frases que sonaron a súplica desesperada y se sentó, esperando que alguien hiciese un discurso más competente que el suyo.

Barty propuso que se votara la cuestión, pero el doctor Marsac insistió en hablar primero a favor de la opinión del capitán Tresser.

Cuando se votó la moción de torturar a los prisioneros para arrancarles confesiones, ocho votaron a favor, incluido el amigo del secretario comunista que no estaba afiliado al partido, y seis votaron en contra. Los cinco restantes, como no querían que los acusaran de «proteger a los fascistas», se abstuvieron. Con este método, los cuatro que originariamente en la reunión de la facción comunista habían estado a favor de la propuesta consiguieron hacer valer su voz ante nueve (incluido Barty y los dos ferroviarios que, por razones de disciplina al partido tuvieron que votar y declararse en contra de sus auténticas opiniones), más otros cinco a los que intimidaron para que no hicieran nada. Aprovechándose de la letra de la democracia a fin de pervertir su espíritu, cuatro hombres habían logrado obtener una mayoría formal y vinculante contra otros catorce que no estaban de acuerdo con ellos.

También se decidió por la misma mayoría de ocho a seis que Barty se encargase de los interrogatorios y que tuviesen lugar la mañana siguiente a las nueve.

Durante el resto de la asamblea, Tresser permaneció sentado con la cabeza entre las manos, incapaz de seguir ninguno de los otros puntos del orden del día. La dificultad residía, pensó, en que sus amigos y él habían tenido ya muchas discrepancias con los comunistas que se habían dirimido por el voto de la mayoría. Para evitar la desintegración de todo el movimiento, todas las facciones habían convenido en aceptar las decisiones que se votaban y actuar de acuerdo con ellas. Los comunistas habían sido leales en ello y Tresser tuvo que reconocer a su pesar que las cosas, hasta entonces, siempre habían sido muy fáciles para él porque los socialdemócratas habían podido apoyarse en una pequeña, pero estable, mayoría favorable a sus puntos de vista.

La decisión de empezar a romperles los dedos a los prisioneros a las nueve de la mañana siguiente le impedía, por falta de tiempo, apelar a la ejecutiva

regional. Hiciera lo que hiciese, sería responsabilidad suya y empezó a tratar de encontrar razones para abstenerse de actuar. Al fin y al cabo, la Resistencia era un ejército en guerra; la disciplina, la lealtad y la acción coordinada eran esenciales. Naturalmente, a los líderes individuales no se les permitía hacer lo que les apeteciera, en oposición a los planes convenidos de manera oficial.

Quizá debería dimitir, pensó, pero aquello dejaría el campo libre a los comunistas en un momento decisivo. Su dimisión, y la de Marsac, conllevarían la elección de un nuevo secretariado y era muy posible que Barty consiguiera que lo formase una mayoría de comunistas. Se le ocurrió que tal vez era este el motivo por el que la facción comunista había presentado una propuesta tan atroz: esperaban que Marsac y él dimitieran en señal de protesta.

Tresser advirtió que rendirse y abandonar el movimiento en aquel momento equivaldría a traicionar sus convicciones políticas y a todo el mundo que pensara lo mismo que él. A fin de cuentas, aquella cuestión era sólo circunstancial, decidió, y no sería la primera vez que, por pasividad, había consentido la tortura. Desde su nombramiento como ayudante del alcaide, varios prisioneros habían sido enviados de Naronne a Toulouse para someterlos a interrogatorio. No había protestado en esas ocasiones y, por lo tanto, estaba exagerando aquel dilema. La diferencia entre este caso y los anteriores sólo era una cuestión de grado, no de principios. Al fin y al cabo, había hecho cuanto había podido para oponerse a la resolución.

Además, pensó, siempre cabía la posibilidad de que sus opiniones fuesen erróneas. Era irracional suponer que debía tener razón forzosamente y, por ello, era de vital importancia averiguar si los prisioneros habían dicho la verdad. Tresser advirtió que una parte de su rechazo a emplear la violencia no se debía en absoluto a motivos éticos, sino a que creía que torturarlos resultaba innecesario porque, a excepción del alsaciano, los otros dos habían dado explicaciones aproximadas de quiénes eran.

Sin embargo, Tresser recordó que tenía el deber de descubrir lo que le había ocurrido al chófer Bujol. Estaba preocupado y se sentía culpable de haber hecho muy poco por averiguar lo que le había sucedido.

Cuando la reunión terminó, Tresser suspiró aliviado.

Esperó a que se marchara todo el mundo y luego fue con Marsac al despacho del director del asilo.

No había estado nunca en aquella estancia y, por un momento, se quedó desconcertado ante los disparatados y grotescos cuadros surrealistas que colgaban de las paredes. Eran obra de los pacientes y casi todos eran crudos y violentos, pero algunos, todos del mismo artista, le pareció, estaban realizados con una gran técnica y llenos de detalles minuciosos, aunque a la vez eran obscenos y repugnantes en grado sumo.

El doctor Marsac era un entusiasta abogado de lo que llamaba, medio irónicamente, su método terapéutico de «a la salud por el arte». Animaba a sus pacientes a pintar y a esculpir con arcilla e incluso a componer música. Un hombre había formado una orquesta con silbatos, tambores, trompetas y platillos sobre un suelo de cemento, para la cual había inventado, dijo Marsac, unas secuencias de sonido hermosas y coherentes. Casi en tono de disculpa, Marsac le recordó a Tresser que el director del asilo de San Remy había sido lo bastante inteligente como para apreciar el arte de Van Gogh y alojarlo allí.

Se sirvieron sendas copas de coñac y empezaron a hablar de la reunión.

Marsac se había quedado tan conmocionado como Tresser, pero habló con sensatez de lo estúpido que sería dimitir. Para el honor y el futuro de Francia, dijo, era esencial que la Resistencia estuviese dirigida por los franceses y no por los rusos y sus engañados agentes. Las personas como ellos no tenían otra alternativa que aguantar y mantenerse en su puesto. Tendrían que aceptar el voto de la mayoría porque, en los tiempos que se avecinaban, su única esperanza era defender el método democrático del debate libre y del acatamiento de las decisiones tomadas. De otro modo, era inimaginable a qué lamentable anarquía los arrojarían aquellos comunistas.

El doctor Marsac dijo que entendía la aversión de Tresser hacia la propuesta de Barty, pues él mismo había tenido graves problemas de conciencia cuando, a expensas del bien de los pacientes, había llenado el asilo de ayudantes inexpertos, pero en los que podía confiar, políticamente. Había obrado mal, pero había sido necesario por el más alto interés del futuro de Francia.

Tresser tomó otro coñac y dijo que casi estaba de acuerdo con lo que decía, pero que sus palabras le sugerían la idea de un alemán justo y honrado que, después de la guerra, intentara justificarse diciendo que, por motivos patrióticos y en contra de su conciencia, se había visto convertido gradualmente en responsable de torturas y que, de no haber colaborado, lo habrían despedido y

habría caído en desgracia por desobedecer órdenes. ¿Alguien lo perdonaría?, preguntó Tresser.

Discutieron un buen rato, pero Tresser siguió insistiendo en que torturar a un ser humano en nombre de cualquier hipotético ideal más elevado era la esencia del fascismo y que él, personalmente, no lo apoyaría nunca. Oponerse al fascismo convirtiéndose en un fascista era la estrategia de un criminal lunático.

Para Tresser, haber tomado finalmente una decisión firme supuso un alivio tan grande, que volvió a pensar con claridad. No iban a conseguir que dimitiera mediante maniobras. Se había comportado como un impetuoso idiota aceptando a aquellos prisioneros, dijo, pero lo único correcto ahora era dejarlos libres.

El doctor Marsac lo miró con admiración en los ojos. Vio que Tresser estaba decidido y por lo tanto, no dijo lo imprudente que sería liberarlos. Ahora, aquellos hombres sabían que el asilo era el cuartel general de la Resistencia y que el capitán Tresser no era el oscuro funcionario de prisiones que aparentaba. Si los detenía la Gestapo y los interrogaba, los forzarían a contar lo que sabían. Y sabían demasiado.

En vez de exponer todo aquello, sonrió y dijo que era una idea peligrosa, pero que resultaba obvio que Tresser no le perdonaría nunca no haber hecho lo posible por evitar la tortura. Soltar a los prisioneros antes de las nueve de la mañana siguiente era, ciertamente, una solución.

Dijo que todos los ayudantes tenían una llave maestra de las habitaciones privadas: las llaves se perdían constantemente y había que sustituirlas, y entonces aparecían otra vez. No había ningún miembro del personal del que pudiera sospecharse más que de otro y, en cualquier caso, dirimirían la cuestión en el Consejo. Si los comunistas acusaban a uno de ellos, o a los dos, pondrían aire de inocencia y asombro y pedirían un voto de confianza que, seguramente, ganarían. Los no afiliados al partido, los que no se habían puesto de parte de nadie en una cuestión que consideraban circunstancial, no dejarían de votar por los líderes a quienes habían seguido desde el inicio del movimiento, a finales de 1939. Marsac dijo que insistiría en una cuestión que siempre molestaba a los comunistas y los forzaba a bajar la cabeza e intentar torpemente cambiar de tema. Se referiría al apoyo objetivo del Partido Comunista a Hitler al pedir la paz tras el episodio de Dunquerque y la conquista de Francia. Aquel era un asunto con el que siempre podrían contar para unir a los veteranos de la Resistencia y

aislar a los recién llegados como Barty, quien, como todo el mundo sabía, sólo había descubierto su patriotismo francés hacía dos años, cuando Rusia había sido atacada.

Tresser estaba tan abrumadoramente agradecido por el apoyo confiado y casi alegre de Marsac que se quedó sin palabras. Se puso en pie, se acercó a él y le acarició el hombro asimismo entre los dedos. Marsac le dio unas afectuosas palmadas en la mano y le ofreció otra copa de coñac.





Cuando el ayudante del alcaide de la prisión lo despertó en plena noche, Clair se llevó un susto de muerte. Aunque el capitán Tresser no vestía de uniforme, Clair lo reconoció de inmediato, quizá porque lo había visto hacía muy poco en Arboussols.

Tresser le dijo que se levantara y se vistiera enseguida. Luego, volvió a la puerta cerrada y aguzó el oído para espiar si había alguien en el corredor. A continuación, le cuchicheó a Clair que él y los otros dos iban a ser liberados y sacó del bolsillo un mapa a gran escala en el que había marcado la mejor ruta para pasar la frontera. Tenían que continuar por el valle, en paralelo a la carretera, hasta que estuvieran un poco más arriba de Villefranche-de-Conflent. Reconocerían el pueblo porque estaba completamente rodeado por una enorme muralla. Allí tenían que apartarse de la carretera y tomar un camino forestal hacia el sur hasta Sahore. A partir de allí seguirían un camino de mulas hasta Mantet y pasarían la frontera hasta Setcases, en España. No debían acercarse a Olette ni a Mont Louis bajo ningún concepto, le previno Tresser, pues él falsearía informaciones para desviar las patrullas a kilómetros de ellos, hacia Puigcerdà y Andorra.

Clair no alcanzó a detectar la menor nota de falsedad en la voz de Tresser y consideró que el plan era muy sensato, teniendo en cuenta la probable necesidad de sacrificarlo casi todo en aras de darse toda la prisa posible. Sin embargo, la presencia allí del segundo del alcaide no acababa de encajar con su convencimiento de que había caído en manos de la Resistencia.

–¿Por qué razón, exactamente, nos dejan ir? –preguntó.

–*Vive De Gaulle* –fue la seca respuesta del militar.

A Clair no le pareció imposible que el adjunto del alcaide fuera en secreto un miembro de la Resistencia y decidió dar por hecho hipotéticamente que decía la

verdad, hasta que sucediera algo que apuntara a lo contrario. Mientras Tresser despertaba a los otros dos, Clair pensó que tenía la ocasión perfecta para librarse de Sterner y Quintanilla. Tenía el mapa y bastaba con que les indicara un giro en la dirección equivocada y luego se retrasara un poco –fingiendo que se detenía a orinar, por ejemplo–, hasta que perdiera contacto con ellos. Al cabo de veinticuatro horas, antes de que los otros dos volvieran a caer en manos de la policía o consiguieran alcanzar España, él estaría al otro lado de la frontera y quizás habría emprendido el viaje de regreso a Londres bajo protección oficial. Desde el punto de vista del deber patriótico de asegurar el éxito de su misión, se dijo, éste era el curso de acción que debía seguir, sin duda.

Tresser los condujo por los pasadizos bañados por la débil luz eléctrica hasta la puerta de servicio por la que habían llegado y la abrió. Les dijo que debían evitar el camino porque no quería que los viera el guarda de la verja.

Había una buena luna y distinguieron la tapia al otro lado del descuidado césped. Corrieron hasta ella y Clair mostró a sus compañeros el experto método de escalar paredes que había aprendido durante los tediosos periodos de instrucción en Drumnagarry. Como era el más ligero, fue el primero en encaramarse con la ayuda de los demás; una vez allí, pensó que era absurdo quedarse en lo alto de la tapia para ayudar a los otros, en lugar de escurrirse y abandonarlos mientras podía hacerlo fácilmente. Sin embargo, se dijo a modo de excusa, que apresaran a los otros tan pronto, antes de que hubiera salido del valle, sería un gran riesgo para él.

Mientras Quintanilla y él ayudaban a subir a Sterner, Clair se inquietó al recordar la rotundidad con la que el segundo del alcaide les había prevenido de que el centinela de la garita no los viera. Sin duda, se dijo, el guarda tenía que ser también un miembro de la Resistencia, ¿no?

Mientras descendían apresuradamente hacia la carretera, Clair prefirió despreocuparse del asunto, diciéndose que tal vez el guarda tenía una mujer demasiado charlatana. En general, estaba seguro de que merecía la pena correr el riesgo de seguir las instrucciones de Tresser.

Hacía una noche fría y despejada y Clair recordó un poema que había aprendido de niño sobre árboles de plata, tejas de plata, campos de plata y ratones de plata. Levantó la vista a las nítidas puntas del Carro y a la estrella Polar para asegurarse de que seguían la buena dirección y, mientras caminaban,

reveló a sus compañeros el asunto del mapa que le había dado Tresser y la ruta marcada.

–Los hijos de puta se han quedado mi revólver –dijo Sterner.

–Confieso que me parece un poco desconsiderado por su parte no prepararnos un paquete con bocadillos para el camino –apuntó Clair.

Sterner escuchó con alivio el tono de confianza de su canijo compañero. Cuando les habían franqueado la puerta de servicio del asilo, había sospechado que iban a dispararles mientras intentaban escapar, pero empezaba a parecerle que habían caído, realmente, en manos de la Resistencia. Con todo, seguía desconcertándolo la presencia del ayudante del alcaide.

Continuaron caminando penosamente durante más de una hora, siguiendo el río a cierta distancia de la carretera. Sólo encontraron unos cuantos campos cultivados y no pasaron cerca de ninguna casa. El terreno pelado y rocoso, sin vallas ni muros, les permitió avanzar a buena marcha y, cuando empezó a clarear, ya habían dejado atrás Prades y se acercaban a Villefranche.

Se sentaron a descansar bajo unos robles y Sterner preguntó a Clair por qué estaba tan seguro de que todo aquello no era una trampa tendida por la policía, de alguna manera.

–No estoy seguro de nada en absoluto –respondió Clair.

–¿Por qué nos han dejado marchar, entonces? ¿Tú qué opinas? –inquirió Sterner.

–Son gaullistas y la nota que dejamos en el autobús los ha convencido de que nosotros también lo somos.

Sterner se quedó más preocupado que nunca. Si aquello era verdad, todo lo que había dicho en el interrogatorio había sido un error y, aunque hubiesen decidido liberar a Clair y Quintanilla, a él seguro que lo habrían detenido. Clair se equivocaba, estaba claro. Pero, entonces, ¿qué otra explicación cabía?

Pensó en su propia experiencia en el trabajo policial y recordó que uno de los procedimientos más elementales y utilizados era dejar en libertad a los detenidos para seguirlos y ver con quién se ponían en contacto. Claramente, era esto lo que había sucedido y el hecho de que algo pareciera haber salido mal en el último momento sólo era un ejemplo más de la degenerada ineficacia de la policía burguesa francesa.

Entonces, recordó que Clair había dicho que el ayudante del alcaide le había

proporcionado un mapa con la ruta precisa que debían seguir.

Sterner se felicitó de haber descubierto el engaño. En algún punto de la ruta, serían detectados y seguidos hasta España. Probablemente, las autoridades sospechaban que eran miembros de alguna importante banda de contrabandistas y tenían la impresión de que Quinto, que había sido condenado precisamente por contrabando, era el jefe y los tres estaban juntos en el negocio. Lo que pretendía la policía era capturar a la banda entera.

–¿Qué historia contaste cuando te interrogaron? –preguntó a Quintanilla.

–Dije que me había fugado de Naronne.

–Y tú, ¿qué contaste?

–Lo mismo –dijo Clair.

–Según tú, ¿por qué nos dejaron marchar?

–No tenían ningún motivo para ayudar a las autoridades colaboracionistas.

Sterner vio que iba a ser difícil convencerlos de que estaban cayendo en una trampa sin contarles el motivo por el que estaba seguro de ello. Evidentemente, no era aconsejable confesarles que, en el interrogatorio, se había mostrado dispuesto a delatarlos y que por eso, si los hombres del asilo hubieran sido miembros de la Resistencia, lo habrían fusilado en el acto por delator, en lugar de soltarlo.

Entonces, comprendió que perdía el tiempo preocupándose de los otros. Si querían seguir la ruta que les había marcado Tresser, allá ellos. Él se marcharía por su cuenta y cruzaría la frontera cerca de Mont Louis. Dado que les habían advertido muy claramente que evitaran el lugar, era muy probable que aquel fuese el paso más seguro. Sin embargo, pensó, antes de dejarlos tenía que hacerse con el mapa.

–Echemos un vistazo a la ruta –le dijo a Clair.

Era casi de día. Desplegaron el mapa en el suelo y, rodilla en tierra, lo estudiaron con atención. Tresser había marcado el camino con lápiz rojo. Tenían que seguir un torrente hasta el paso y, desde allí, un camino despejado que descendía hacia España. No parecía haber confusión posible. Sterner observó con interés que el pueblo de Mont Louis se hallaba donde la carretera pasaba más cerca de la frontera; evidentemente, aquél era el punto más fácil y se concentró en recordar el nombre de la aldea de Fontpédrouse, donde tomaría hacia el sur hasta la frontera.

A Quintanilla le decepcionó comprobar lo lejos que estaban de Andorra y de las reservas de oro y llegó a la conclusión de que debería aplazar su ascensión a la meseta. Por muy urgente que fuese para el comité de México recibir su informe, era demasiado peligroso para él permanecer en la zona con la policía y la guardia de fronteras en estado de alerta, probablemente a ambos lados de la línea. Sería mejor adentrarse directamente en España y descansar un tiempo hasta que las cosas se tranquilizaran. En cualquier caso, tendría que conseguir dinero. Como vagabundo famélico, tarde o temprano sería detenido por una autoridad u otra. Y la mejor manera de perder su identidad de preso fugado era, sin duda, establecerse como importante agente político entre los círculos monárquicos que conspiraban en Madrid. Regresaría a Andorra en primavera, tan pronto se fundieran las nieves, bien armado y con documentos de identidad válidos, un equipo de escalada adecuado y dinero.

Se incorporó y concentró sus pensamientos en el problema de cómo quitarse de encima a sus compañeros. Hasta que alcanzara el paso, se dijo, las vueltas y revueltas de los senderos y de los arroyos tributarios eran tan enrevesadas que no podía estar seguro de seguir la buena ruta sin el mapa.

Entonces, se preguntó por qué Tresser había escogido a Clair para darle las instrucciones. Clair no tenía el aspecto ni el carácter de un líder natural, sino que era un hombre menudo e insignificante, comparado con él mismo o incluso con Sterner.

Observó a los demás y vio que Clair volvía la mirada al sol que asomaba a su espalda y orientaba el mapa contando los contornos de las montañas con una ramita y comparándolos con los picos que tenía delante. Daba la impresión de estar perfectamente habituado a manejar mapas militares a gran escala.

Era curioso, reflexionó, que la gente de la Resistencia los hubiera liberado tan pronto, sin apenas haberlos interrogado y sin tiempo de comprobar sus declaraciones. Recordó que la suya había sido corta e imposible de corroborar, por lo que llegó a la conclusión de que había sido Clair quien los había convencido de que no corrían ningún peligro dejándolos libres. Seguramente, pensó Quintanilla, ello se debía a que el propio Clair era miembro de la Resistencia. Recordó aquel comentario suyo, «vísteme despacio que tengo prisa», cuando se habían encontrado cara a cara con las autoridades carcelarias en Arboussols. Clair demostraba tener un aplomo extraordinario y su manera de

plantear las cosas, así como su actitud general desde el día de la fuga, habían sido cada vez menos las de un delincuente habitual.

Impaciente por continuar la marcha, Quintanilla metió prisa a los demás. Dijo que debían seguir avanzando y observó cómo Clair doblaba con cuidado el mapa y lo guardaba. De pronto, para su irritación, Sterner alargó la mano y dijo:

–Echémosle otra ojeada.

Clair se incorporó, hizo un gesto a Quintanilla y los dos se pusieron en movimiento.

–No podemos perder más tiempo –dijo Clair a Sterner.

–No tardaré mucho –insistió Sterner–. Solamente quiero echar otro vistazo.

Clair no hizo caso. Quintanilla vio que no tenía la menor intención de desprenderse del mapa y lo comprendió perfectamente.

Recorrieron tres o cuatro kilómetros sin hablar y entonces, con cierta astucia, Sterner preguntó por qué consideraban conveniente seguir la ruta que les había marcado Tresser.

–Que nos hayan soltado demuestra su buena fe, sin ninguna duda –dijo Clair.

–Sería más seguro que tomáramos nuestro propio camino –apuntó Sterner.

–¿Por qué?

–Nunca se sabe, podrían cambiar de idea...

Quintanilla casi le dio la razón en que estaban dando por sentadas demasiadas cosas.

–¿El hecho de que nos hayan dejado libres es la única prueba que tienes de su buena voluntad? –preguntó a Clair.

Clair percibió el tono dubitativo de Quintanilla pero, aunque no quería dar la impresión de que escondía algo, no podía explicar que los habían puesto en libertad porque él era un prisionero de guerra evadido.

Entonces, se le ocurrió que, efectivamente, había algo raro en todo aquello. Si los de la Resistencia habían dado crédito a que él era un oficial británico, no tenían ningún motivo para dudar de su declaración de que sus dos acompañantes eran delincuentes comunes con los que se había asociado por casualidad. Sin duda, tenían que haber visto lo arriesgado que era soltar a dos presos sin principios que sabían que el asilo era una tapadera para sus propósitos secretos y que el capitán Tresser llevaba una doble vida. Se preguntó por qué lo habrían hecho.

Como no quería parecer que se resistía a responder a Quintanilla, dijo finalmente:

–Yo tengo suficiente con eso. Pero si alguien prefiere tomar otra ruta, no hay ninguna razón para que no lo haga. De hecho –añadió–, creo que sería muy conveniente que nos separásemos aquí y que cada cual siguiera su camino.

–Estoy de acuerdo –dijo Quintanilla–. Es una lástima que sólo haya un mapa.

A Clair se le ocurrió, sin embargo, que el mapa tenía varias partes y que, si cada cual iba a tomar un camino distinto, la solución estaba en dividirlo de forma que cada uno se quedara con la sección que le interesaba. Sugirió hacerlo y el grupo se detuvo y volvió a desplegar el mapa en el suelo. Sterner sacó la navaja del carcelero Bertiglia, Clair cortó limpiamente la parte que quería y entregó el resto a Quintanilla.

–Corta la parte que te interesa –le dijo.

Sterner cogió el pedazo de mapa donde aparecían Olette y Mont Louis con una avidez que a Clair le pareció patética. Aunque no podía explicarse los motivos de Tresser para liberar a Quinto y a Sterner, Clair estaba convencido de que el capitán había dicho la verdad al prevenirlo de que las patrullas policiales estarían concentradas en Mont Louis. Aquel pobre idiota de Sterner iba a meterse de cabeza en la boca del lobo y, sin duda, sería capturado y guillotinado por asesinato.

–Os ruego que creáis que tengo buenas razones para pensar que no nos han engañado.

–¿Cuáles? –preguntó Sterner.

–No estoy en disposición de revelarlas –dijo–, pero te aseguro que cometes una locura si te propones ir, precisamente, donde nos han dicho que la policía estará esperándonos.

Sterner lo miró con suspicacia y desconcierto.

–La cuestión es quién te lo dijo y qué motivos tuvo para hacerlo –dijo.

Clair le pasó el brazo por los hombros en un gesto amistoso y respondió:

–Vamos, sé buen chico y no hagas tonterías. Toma hacia el sur antes de llegar a Olette.

Continuaron el camino juntos hasta que el sol estuvo bastante alto. Cuando llegaron al punto en que se proponía dejar a sus compañeros, más allá de Villefranche, una repentina tristeza embargó a Clair. Los tres se detuvieron en el



punto donde arrancaba un camino de mulas que ascendía una empinada cuesta y se adentraba en las montañas y se miraron con timidez. Cuando se despidió de Sterner con un apretón de manos, Clair se sintió complacido y abrumado ante el calor con el que el alsaciano lo besaba en las mejillas y ante la embarazosa torpeza con la que rebuscaba en el bolsillo, sacaba la navaja y se la ofrecía.

–Vamos, cógela –dijo Sterner.

Era un regalo valiosísimo y Clair tuvo reparos en aceptarlo, pero vio que Sterner era tan sincero en su ofrecimiento, que lo ofendería si lo rechazaba. El único objeto de alguna utilidad que poseía Clair eran las tijeras que había cogido de la maleta de Bertiglia. Cuando se las dio a Sterner en correspondencia, se emocionó tanto que se le entrecortó el aliento.

A continuación, ofreció su pastilla de jabón a Quintanilla.

–Es un objeto inútil, pero huele bien –le dijo en tono jocoso y agradeció la carcajada contenida y digna de Quintanilla mientras lo aceptaba y le daba a cambio el peine del chófer Bujol.

Todos se estrecharon la mano otra vez, se dieron un abrazo y se desearon suerte.

Clair empezó a alejarse y, al cabo de un par de minutos, se volvió hacia los otros, que aún no se habían movido de donde estaban, y agitó la mano. Todavía seguían allí cuando, antes de perderlos de vista tras un recodo del sendero, se volvió por última vez para decirles adiós agitando de nuevo los brazos.

Cuando hubo desaparecido, Sterner y Quintanilla continuaron la marcha por el valle, siguiendo el río. Sterner se sentía deprimido y solo.

–Lo echo a faltar –dijo.

–A mí también me caía bien –sintió Quintanilla.

–Temo que lo capturen.

–Has sido muy generoso al darle la navaja.

–Dar regalos a quien se despide trae suerte.

En realidad, Sterner no era supersticioso en absoluto, pero hizo aquel comentario para disculparse consigo mismo por haber entregado un arma que podía resultarle útil para el éxito de su misión. Lo que había hecho era un acto de indisciplina, se dijo, y cayó en la cuenta de que el tono casi paternal que había empleado Clair con él al advertirle de que no se acercara a Mont Louis lo había pillado desprevenido. Aquel tono le habría recordado de pronto a Anna Kirilova,

la maestra del pie deforme del reformatorio de Odessa. No había vuelto a pensar en ella desde hacía años pero, mientras continuaba la marcha con Quintanilla, recordó el tono afectuoso con el que solía llamarlo tonto.

Hizo un esfuerzo por volver a centrarse en el presente y pensar en su siguiente movimiento y decidió que se desviaría hacia la frontera antes de llegar a Olette. Sacó su parte del mapa y vio que el mejor punto para hacerlo quedaba a tres o cuatro kilómetros de donde estaban en aquel momento.

Llegaron a un arroyo que vertía al río y Quintanilla anunció que iba a remontarlo hasta el paso. Se despidió con tono rotundo y le alivió comprobar que Sterner no había cambiado de idea respecto a seguir su propio camino. Por un momento, había temido que el alsaciano recordara que no hablaba español y quisiera continuar con él. No se intercambiaron regalos, pero se estrecharon la mano y Quintanilla le dijo que lo mejor que podía hacer en España era mendigar; en el país había muchos mendigos, sobre todo a la puerta de las iglesias, y si se hacía pasar por uno de ellos no llamaría la atención. Por ejemplo, podía andar siempre con la boca abierta y fingirse un pobre tonto inofensivo. En España, la gente era más bondadosa con ellos que en ninguna otra parte.

Mientras se alejaba, Quintanilla pensó que quizás había ofendido a Sterner con la sugerencia de que se hiciera pasar por imbécil y lamentó haberlo dicho, pero se consoló recordando la sonrisa insulsa de Sterner y la simpleza con que le había agradecido el Consejo. Se volvió para decirle adiós con un gesto, como había hecho Clair, pero Sterner ya había reemprendido la marcha hacia Olette.

A Clair le resultó sorprendentemente fácil cruzar la frontera. La ascensión fue agotadora, pero no le pareció peor que una excursión por el Lake District inglés y resultó claramente menos desagradable que una marcha de instrucción en Drumnagarry. El cielo estaba despejado y brillaba el sol pero, a aquella altitud, el aire era frío. En la minúscula aldea de Setcases, ya en España, vio a un tosco guardia de fronteras con aspecto de tener pocas luces. Decidió no hablar con él a menos que lo detuviera; aquel hombre, probablemente, era demasiado lerdo como para dar crédito a lo que le contaría.

Ya más relajado, continuó la marcha montañas abajo. Dos o tres camionetas pasaron traqueteando junto a él y se cruzó con un rebaño de vacas. El sol ya

empezaba a descender cuando llegó a un pueblo grande con cables de teléfono y luz eléctrica. En un café, preguntó por la comisaría y se encaminó hacia ella. Hizo una entrada briosa y llamativa y, con voz firme, dijo al sargento de guardia que tenía una comunicación importante para el oficial superior al mando.

Sterner tuvo más dificultades para salir de Francia, pero consiguió vender el reloj de oro en una aldea fronteriza y llegó hasta Gerona, donde se le terminó el dinero y acabó detenido por vago y maleante. Era tan evidente que el detenido era extranjero, que las autoridades pusieron más cuidado en investigar su caso del que habrían dedicado a otros y lo tuvieron en la cárcel más de seis meses mientras se comprobaban sus huellas dactilares. Finalmente, fue extraditado a Francia, donde se le juzgó y condenó por asesinato coincidiendo con la liberación de París por los aliados y fue uno de los muchos miles de prisioneros liberados por la acción local cuando las tropas alemanas se retiraron y el régimen de Vichy se hundió. Sterner sabía por experiencia que no podría llegar a Lisboa sin dinero y decidió regresar a Rusia atravesando Francia. Finalmente, trasladado de campo en campo de personas desplazadas, fue repatriado a Moscú, donde fue liquidado de un tiro, según el plan acordado, el día después de presentarse a sus superiores.

También Quintanilla consiguió cruzar la frontera sin dificultades, gracias a la eficiencia de Tresser en distraer las patrullas. Con cautela, penetró en tierras de Cataluña y, medio muerto de hambre, fue por los campos de casa en casa pidiendo trabajo por la mitad de la semana normal. Al final, lo aceptaron en una masía y el segundo día consiguió que le adelantaran el dinero necesario para poner un telegrama a su madre. El dinero que ella le mandó llegó a los cuatro días pero, para no despertar sospechas, continuó trabajando hasta el final de la semana pactada. Todas las noches y en las comidas, hablaba de toros con conocimiento del tema y se despidió del campesino y su familia en los términos más amistosos.

La infructuosa expedición del capitán Tresser y la patrulla perseguidora hasta la frontera andorrana marcó su definitivo descrédito a ojos del alcaide. El capitán

estaba permanentemente agobiado, era negligente en su trabajo carcelario y no habría tardado mucho en ser despedido por incompetencia si no lo hubieran encontrado un día en un campo, cerca de Arboussols, con un tiro en la nuca. La facción del Partido había interrogado, empleando la fuerza, a uno de los auxiliares del asilo del turno de noche, al que habían obligado a reconocer que la noche de la fuga había visto al ayudante del alcaide con los prisioneros en uno de los corredores. Sin remitir el asunto al Consejo General, la facción comunista dio la orden de ejecutar al capitán Tresser por traición.

Aunque el doctor Marsac dio por seguro que así habían sucedido las cosas, concluyó que estaba justificado no hacer nada al respecto. En aquel momento, lo fundamental era preservar la unidad de las fuerzas de la Resistencia para la acción que se preparaba y Marsac sabía que, para una operación militar de aquella envergadura, el elemento comunista sería el más sacrificado y fiable. El doctor continuó trabajando con el Consejo General durante el año siguiente con toda la lealtad que pudo pero, una vez terminada la guerra, agradeció la oportunidad de volver a sus investigaciones de terapia psicológica con un equipo de colaboradores cualificados.

El camarada André Barty se distinguió en las acciones de guerra de la liberación y, como diputado comunista, llegó a ministro en el primer gobierno de coalición. Durante el desempeño de sus cargos, fue admirado por la sencillez e integridad de su vida personal.

El administrador de fincas que encontró el autobús abandonado continuó prosperando con el mercado negro y, a la muerte de monsieur de Montalba-Latour, sorprendió a la comarca al adquirir el *château* y la finca entera. Su amigo, el notario, a cambio de la comisión de costumbre, realizó las gestiones necesarias para negociar una cuantiosa hipoteca al tres por ciento.

Mademoiselle Violetta Bertiglia no tenía a nadie con quien hablar por la noche y languideció y murió antes de que se cumpliera un año de la desaparición de su hermano. Los cuerpos del carcelero Bertiglia y del chófer Bujol nunca fueron encontrados.

Título de la edición original: *Three Among Mountains*  
Traducción del inglés: Montserrat Gurguí Martínez de Huete  
y Hernán Sabaté Vargas

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: agosto 2014

© Herederos del autor, 2012  
© de la traducción: Montserrat Gurguí Martínez de Huete  
y Hernán Sabaté Vargas, 2012  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014  
Fotografía de sobrecubierta: © Harry S. Truman Library, 2012

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
Depósito legal: B. 7801-2014  
ISBN: 978-84-16072-94-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.